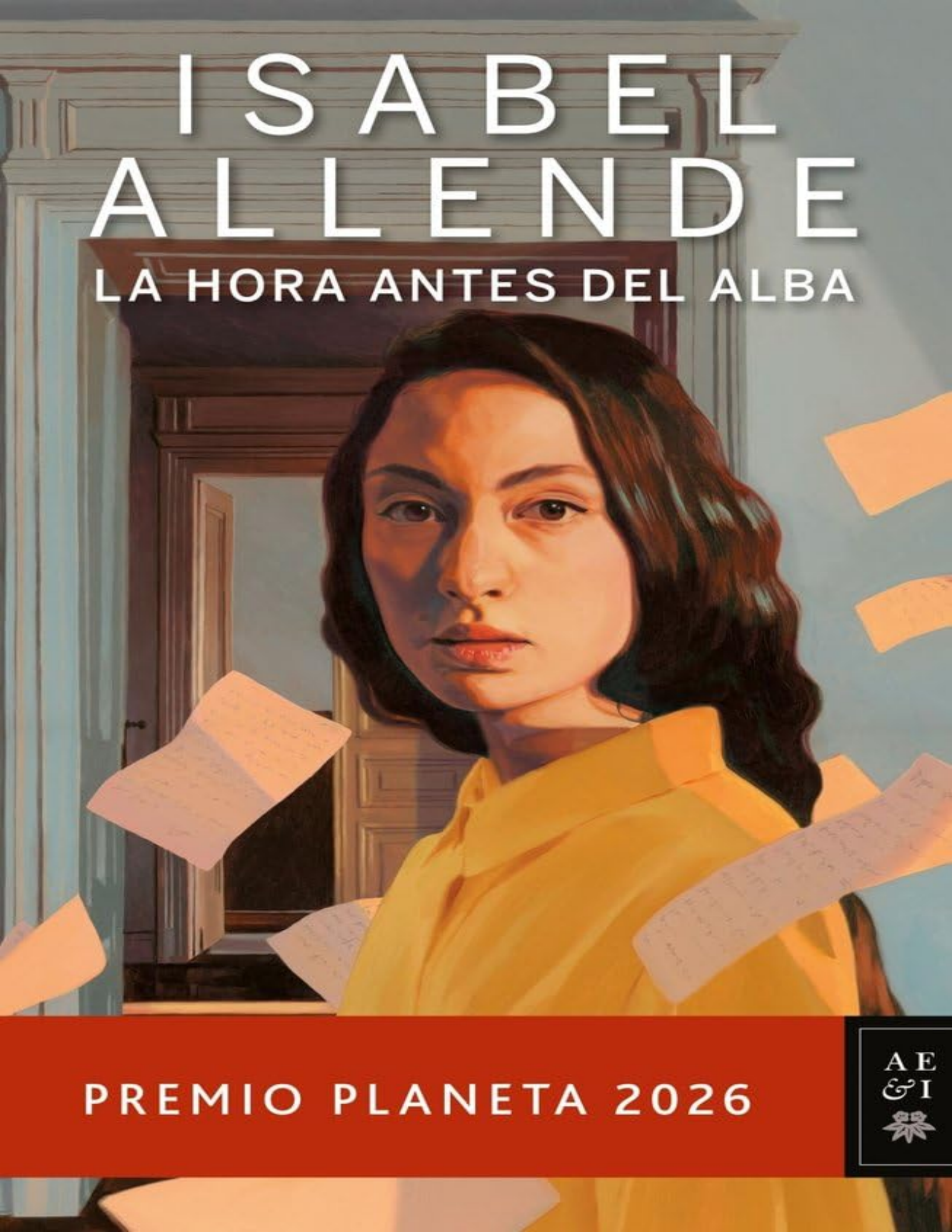
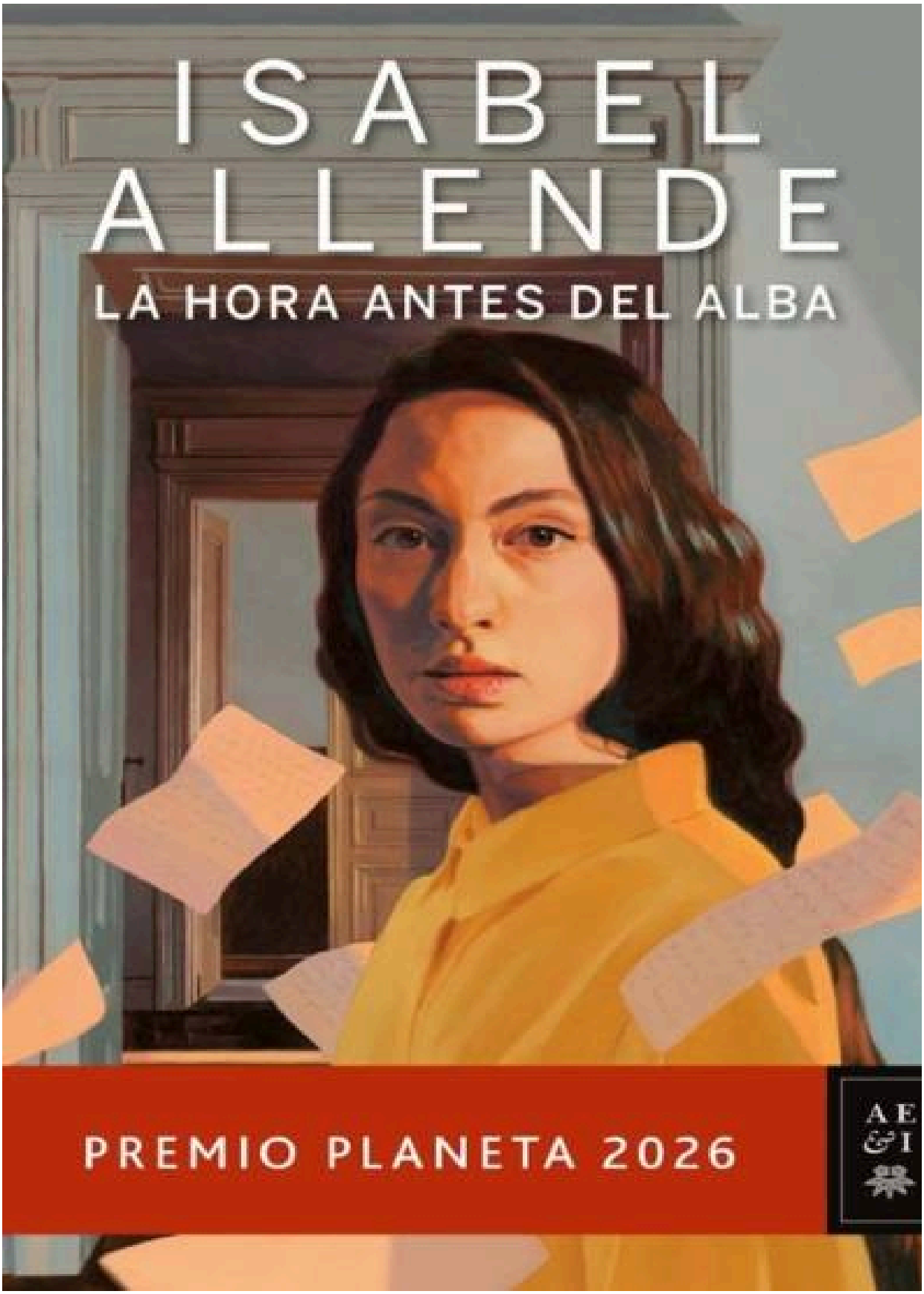

ISABEL
ALLENDE
LA HORA ANTES DEL ALBA
PREMIO PLANETA 2026
AE
&I


ISABEL
ALLENDE
LA HORA ANTES DEL ALBA
PREMIO PLANETA 2026

A mi abuela, mi madre y mi hija, los espíritus que siempre me acompañan.

Gracias a la vida,

que me ha dado

tanto

Me ha dado la risa

y me ha dado el

llanto

VIOLETA PARRA, «Gracias a la vida»

El amor de un ser humano hacia otro: esto es quizá lo más difícil que nos haya sido encomendado. Lo último, la prueba suprema, la tarea final, ante la cual todas las demás tareas no son sino preparación.

RAINER MARIA RILKE, Cartas a un joven poeta

Preludio

La segunda vida de Alba Satigny Trueba comenzó aquel día nublado en que enterró a su abuelo en el mausoleo donde lo aguardaban las dos mujeres que había amado: Rosa la bella, la novia eterna, y Clara clarividente, su esposa.

El mausoleo de mármol italiano color salmón, que todavía es el más ostentoso del Cementerio Católico, simboliza la ambición desmedida de Esteban Trueba y su propósito de inspirar respeto y envidia incluso en la muerte. Se alza como una acrópolis jibarizada al fondo de la sombría avenida de los cipreses, custodiado por las estatuas de Rosa y Clara en tamaño natural. El escultor uruguayo encargado de reproducirlas solo tuvo como referencia algunas fotografías, pero logró un parecido notable, aunque con la expresión constipada propia de los ángeles. El fallecimiento del senador salió en la prensa en grandes titulares y se produjo tal avalancha de condolencias, y flores, que Alba no pudo darle sepultura con la discreción deseada y tuvo que velar el cuerpo durante dos días en la casa, mientras se llevaban a cabo los preparativos de un funeral solemne.

Hasta antes de leer los obituarios, Alba no había tenido la medida de la importancia de Esteban Trueba. Para ella era simplemente su abuelo formidable, vestido de negro riguroso en un duelo irrevocable, con su melena gris, su vozarrón de trueno y su bastón de plata, a quien ella manejaba con el dedo meñique, porque era la única de sus descendientes a quien él quería. Fue el senador más pintoresco de la historia, venerado por la derecha y ridiculizado por la izquierda, hasta que clausuraron el Congreso por tiempo indefinido y se volvió irrelevante. Trueba representaba el pasado que

solo existía como referencia y escarmiento: jamás retrocederían a la época nefasta del socialismo.

En sus últimos días, el senador soltó por fin las riendas de su pequeño imperio, perdió la ambición y el orgullo, se desprendió de los rencores que tanto le pesaban y se abandonó a los brazos de su mujer y al consuelo de su nieta. Al sentir que se aproximaba la hora de despedirse, pulió con la tira de cuero la navaja que había usado durante setenta años y se afeitó con atención, después se vistió con su mejor traje, corbata de seda y zapatos recién lustrados, para evitar el bochorno de que otras personas vistieran su cadáver, y se acostó sobre la cama de Clara. «Que me lleven de esta casa al cementerio, Alba. Nada de iglesias ni funerarias. Y no me entierres a las volandas, como se usa ahora. Hay que darle tiempo a Clara de acostumbrarse a mi nuevo estado». A su nieta le pareció cruel recordarle que su mujer estaba en ese mismo estado desde hacía quince años, ya que él podía verla tal como siempre había sido en diferentes épocas de su vida; no estuvo tan unido a ella en este mundo como a su espíritu.

Al final, Alba se tendió junto a él, pendiente de su respiración cada vez más lenta, segura de que Clara estaba al otro lado esperando para llevárselo. «¿Qué voy a hacer sin ti, abuelo?», le preguntó. «Siempre voy a estar contigo», le contestó el anciano en un murmullo apenas audible.

Se murió a la hora más oscura de la noche, la hora del silencio. Alba se quedó con él aguardando el día para cumplir con los ritos necesarios, pero a los pocos minutos la venció el sueño y no despertó hasta bien entrada la mañana, cuando llegó Fresia a traerle una taza de café y la encontró dormida de la mano fría del patrón. «Estaba soñando con que arropaba la casa con una carpa negra tejida a mano», le dijo, desperezándose.

Capítulo 1

Alba

La dejaron sola con los ojos vendados y orden de no moverse, pero no la esposaron. Sentada con las piernas recogidas y la cabeza entre los brazos, apoyada la frente en las rodillas, esperó muchas horas largas como días. No sabía dónde estaba, si era una celda hermética o había un ventanuco, si era de día o de noche, pero no se atrevió a quitarse la venda, por si la estaban vigilando. Trató de no pensar en el paso del tiempo ni en aquello que la aguardaba, de respirar a fondo, de vaciar la mente del terror, de controlar los espasmos del estómago. Había pasado varios días en el patio de las mujeres, que la acogieron con sus canciones subversivas y ese entusiasmo desafiante que enfurecía a los guardias, y gracias a ellas empezaba a recuperar la cordura, porque todas tenían una historia como la suya y sin embargo apostaban a la vida y a la libertad. Justamente cuando también comenzaba a sanarle la mano y a soñar con que su abuelo podría movilizar la maquinaria de sus influencias y su dinero para rescatarla, los guardias se la llevaron a la fuerza, mientras las mujeres los insultaban en coro, cabrones hijos de puta, y cantaban su nombre, Alba Satigny Trueba, Alba Satigny Trueba, para que ella supiera que no iba a desaparecer del todo, que no sería olvidada. No se hizo ilusiones: ninguna de las prisioneras que se habían llevado antes había regresado.

En algún momento la venció la fatiga y la sed y se tendió en el suelo encogida como un gato; tal vez se durmió por unos instantes, porque cuando volvieron por ella no oyó las pisadas ni el sonido metálico de una puerta ni anticipó la presencia de los hombres, el olor agrio de la ropa sudada y del tabaco. La esposaron y la levantaron por los brazos y la trasladaron a la rastra; no preguntó adónde la conducían, porque había aprendido a callarse. Al pisar

gravilla supo que ya no estaba dentro del edificio y el aire frío le indicó que era de noche. Cuatro manos la alzaron con rudeza a un vehículo y otro par de manos la recibieron y la colocaron en un asiento; por el ruido ronco del motor supuso que era un jeep o un furgón. Había un hombre junto a ella, estaba segura de que llevaba uniforme, porque al rozarlo notó la tela áspera. En el tiempo que estuvo ciega por la venda había aprendido a distinguir el olor, la textura, las voces y las intenciones, a temer más a los hombres sin uniforme, esos no le debían explicaciones a nadie, tenían carta blanca. No pudo calcular cuánto rato pasó antes de que el vehículo entrara en un terreno pedregoso y por fin se detuviera. Pensó en Miguel y su imagen surgió como un consuelo en la negrura de la venda para darle coraje. Un tiro en la nuca, eso esperaba, pero el soldado que iba a su lado y que había permanecido tan silencioso como ella durante el viaje le puso algo en la mano: un caramelo.

—No se preocupe, señorita. No le va a pasar nada. La vamos a soltar y pronto estará con su familia —le susurró al oído.

Por la voz, ella imaginó que era joven, un hombre del pueblo, uno de los nuevos conscriptos. Sintió su cara a pocos centímetros de la suya y su aliento de ajo. El vehículo se detuvo y el hombre la ayudó a bajar, cogiéndola por la cintura con cuidado, como a un niño, y le quitó las esposas.

—Espere diez minutos después de que nos vayamos antes de sacarse la venda. Cuidado con el toque de queda, no se mueva hasta que amanezca —le dijo.

Ella obedeció, enroscada en el suelo, y cuando se atrevió a desprenderse de la venda y pudo ajustar la vista en la oscuridad, comprendió que la habían dejado en un basural. Varios perros olisqueaban entre los desperdicios, indiferentes a su presencia y a las ratas. A cierta distancia se adivinaban los contornos de un caserío con muy pocas luces titilando como estrellas. No sabía qué hora era y se dispuso a aguardar el amanecer tiritando de frío y de

miedo, pero la espera no fue larga, al poco rato se materializó un niño ante ella. Se movía con tal sigilo, que no lo vio hasta que lo tuvo delante y de la sorpresa se le escapó un grito. «¡Ah! ¡Está viva! Shht, venga conmigo calladita», le indicó el niño. La ayudó a ponerse de pie y, sosteniéndola por el brazo, la condujo agachados hasta una de las viviendas del caserío. Adentro estaba casi tan oscuro como afuera, una sola vela revelaba la pobreza irremediable.

Alba cayó en los brazos de una mujer sólida como un árbol, olorosa a carbón, y se echó a llorar todas las lágrimas que había acumulado en tres semanas de martirio. «Llore no más, eso le va a hacer bien», dijo la mujer. Calentó agua y le preparó un tazón de té, disculpándose porque no tenía azúcar; después le limpió la cara con un trapo mojado, pero no se atrevió a quitarle el vendaje cubierto de sangre seca de la mano. «Descanse, hijita, trate de dormir. Mañana veré cómo mandarla donde su familia».

Después de que Alba volvió a su hogar, el abuelo esperó que se repusiera lo suficiente y le pidió que se arreglara con un vestido bonito, porque iban a encontrarse con alguien muy importante. Debió ponerse firme, porque ella temblaba ante la idea de asomarse a la calle; solo entre las paredes de la casa donde siempre había vivido se sentía a salvo. En otros tiempos, el abuelo le habría asegurado que mientras anduviera con él no tenía nada que temer, pero ambos sabían que eso ya no era cierto. Fueron al antiguo hotel Crillón, uno de los pocos sobrevivientes a la furia del progreso que demolió los edificios antiguos y mansiones señoriales de esa zona cuando la ciudad creció hacia el oriente, para reemplazarlos por adefesios utilitarios. Los sitios de moda estaban lejos de allí, en los nuevos barrios residenciales, antros de decadencia para nuevos ricos, según Esteban Trueba; él siguió fiel a su Club y al Crillón, que se mantenían intactos desde finales del siglo XIX. El hotel tenía a honor ser el último bastión del verdadero refinamiento, con su porcelana francesa, sus copas de cristal de Bavaria y sus servilletas bordadas con el nombre del establecimiento; hasta los meseros de esmoquin parecían los tataranietos de los empleados originales. Se

sentaron en una mesa redonda junto a la ventana por donde podían ver el trajín de la calle venida a menos, los oficinistas apurados y unos pocos árboles secos envueltos en la niebla tóxica del tráfico, tan diferente al Barrio Alto moderno y optimista, vigilado por las majestuosas montañas de cumbres nevadas bajo un cielo límpido. A los pocos minutos entró al salón una mujer madura, con un traje de dos piezas color acero, blusa de seda blanca y un collar de perlas, a quien el abuelo recibió de pie y le besó la mano en un gesto que Alba jamás le había visto.

—Esta es la señora Tránsito Soto. Le debes la vida —la presentó.

Así se enteró la joven de que cuando todos fallaron a Esteban Trueba —sus pocos amigos, los miembros de su Club, sus compinches del golf, la gente que le debía favores y sus numerosas conexiones políticas—, recurrió a esa mujer para que lo ayudara a encontrar y liberar a su nieta. Lo que no habían intentado el general Rafael Hurtado ni otros personajes del gobierno, ella lo había conseguido.

—Nunca podré pagarle esta deuda, Tránsito —dijo el abuelo con la voz quebrada.

—Las deudas eran mutuas, estamos a mano, patrón.

—¿Cómo lo hizo, señora? —le preguntó Alba.

—A veces lo más valioso es la información —respondió Tránsito vagamente entre dos sorbos de té.

Más tarde Esteban le contó a Alba que Tránsito conocía los peores secretos de los hombres poderosos, por eso la temían; esa llave le abría todas las puertas. «Cuando no esté aquí para cuidarte, acude a ella en caso de que tengas una verdadera necesidad. Estoy seguro de que volverá a ayudarte si se lo pides».

En el último tiempo que compartió con su abuelo, Alba comenzó a descifrar los numerosos cuadernos de Clara, escritos a lo largo de su vida con su elegante caligrafía y sin fechas, como si todo hubiese ocurrido en otra dimensión, en un tiempo sin relojes ni calendarios en que los sentimientos se registraban con el rigor de los hechos. En esas páginas fue descubriendo la historia completa de su familia y el lado oscuro de su abuelo, a quien Clara había amado a pesar de su carácter explosivo y del temor que sembraba a su paso. Con un puño en el estómago, Alba leyó que ese hombre tan venerado, que sustituyó al padre que ella no tuvo, que la protegió y la mimó desde su primer instante de vida, el mismo que la sentaba en las rodillas para leer juntos, le enseñó a nadar en el mar y bailó con ella su primer vals, era capaz de cometer los peores atropellos en defensa de sus privilegios o cegado por la ira. Tantas veces lo escuchó perorar sobre cómo se había formado solo, sin ayuda de nadie, cómo había levantado el fundo Las Tres Marías de la ruina y lo había convertido en el más próspero de la región, la envidia de todos los terratenientes, y cómo les había dado mejor vida a los inquilinos, que antes de su llegada vivían como animales abandonados a su suerte, que no dudó de que su abuelo hubiera sido un buen patrón hasta que la reforma agraria le quitó la tierra. Sin embargo, en los cuadernos de Clara aparecían venganzas y castigos, campesinos azotados, mujeres que llegaban embarazadas a la casa patronal a pedir justicia y las echaban con los perros. Esteban Trueba no reconoció a ninguno de sus bastardos, los únicos que contaban para él eran los hijos legítimos, los tres que tuvo con su esposa: Blanca, Jaime y Nicolás.

La intuición infalible de Clara identificó a una de las jóvenes del fundo como la madre de uno de aquellos niños rechazados de su marido, una tal Pancha García, nacida y criada en Las Tres Marías. Todos sabían que tenía un hijo del patrón y nadie lo mencionaba. Pancha le puso Esteban al niño, para que supiera desde siempre quién era su padre, pero ni siquiera por eso Esteban Trueba lo distinguió entre los otros críos del campo, tal como después no lo hizo con el nieto de igual nombre. Alba se estremeció de horror al

verlo escrito en las páginas de su abuela y hacer la conexión inevitable entre ella misma y su verdugo: Esteban García, el hombre de las mazmorras del Servicio de Inteligencia y Vigilancia, el temido SIV, era su primo. Ambos eran nietos de Esteban Trueba.

Luisa, la única de las tres hermanas Mora que seguía con vida, llegó a ver a Alba unos días antes de la muerte de Esteban Trueba. Aquellas hermanas y Clara del Valle, unidas por la irresistible curiosidad por los fenómenos paranormales, eran las únicas integrantes de un club bastante peculiar que llamaban La Hermandad Blanca. Usaban telepatía y esperanto para comunicarse, estudiaban con rigor los textos esotéricos y se reunía una vez por semana para invocar a las almas de los ausentes. Luisa venía de comulgar. La Iglesia se opone al espiritismo como una forma de idolatría y superstición que puede abrir las puertas a influencias del demonio, y por eso ella no se confesaba, pero tampoco se privaba del placer de ir a misa. Fresia le abrió la puerta y la reconoció al punto, aunque la había visto solo una vez antes.

—¿Cómo está la familia, Fresia? —Luisa jamás olvidaba un nombre o una cara.

—Triste, doña Luisa. Nos devolvieron a la niña Alba en muy mal estado.

—¡Tuve tanto miedo por ella!

—A don Esteban todo eso le pegó muy fuerte. No sabe cómo ha sufrido. Se está apagando como una brasa… ¿Quiere verlo?

—No voy a molestarlo, Fresia. Morirse es algo muy privado. A mi edad todo el mundo se enferma o se muere, es muy inconveniente. En realidad, vine a ver a Alba.

Alba percibió el inconfundible perfume de violetas antes de que la dama entrara a la sala; esa fragancia dulzona, que las Mora habían usado toda la vida, estaba asociada a la mesa de tres patas del espiritismo. Recibió a Luisa con un largo abrazo y un sollozo de nostalgia atravesado en el pecho. Esa mujer delicada como cristal, que aún se vestía con treinta años de atraso en la moda y parecía inmune a los estragos del tiempo, pertenecía a la época luminosa de su abuela, cuando la casa era un reino encantado, antes de que su muerte acabara con la magia y las desgracias agobiaran a la familia. Sabía que unos meses antes Luisa había visitado a su abuelo para advertirle que ella estaba en peligro y debía irse del país, pero Esteban le hizo poco caso, porque en su experiencia los mensajes del Más Allá eran poco confiables; se expresaban de manera tan vaga, que podían interpretarse de cualquier modo según la conveniencia de cada uno. Sin embargo, en esa ocasión el mensaje fue muy claro y se cumplió.

Luisa le entregó a Alba un ramito de flores robadas de algún jardín ajeno — consideraba que las flores, como los libros, no tienen dueño, son patrimonio de la humanidad— y aceptó el té de jazmín que le trajo Fresia.

—Siento mucho que Esteban se esté despidiendo justamente ahora, cuando más lo necesitas. Pero así es la muerte: no respeta el calendario —dijo.

Comentó que desde el fallecimiento de sus hermanas ya no practicaba espiritismo, pero no se sentía abandonada por las almas bondadosas que flotaban en el éter. De vez en cuando alguna se comunicaba con ella, como esperaba que lo hiciera Esteban cuando llegara el momento, aunque no había garantía de que eso ocurriera, hay difuntos que se olvidan de los vivos. Tampoco la habían abandonado sus premoniciones y por eso había venido a verla.

—Usted tenía razón, doña Luisa. Pasé por una experiencia terrible, podría haber muerto —le confesó Alba.

—Doy gracias al cielo que salieras con vida, niña, pero creo que el peligro no ha pasado. Estos son tiempos muy inciertos, suceden cosas horribles, mucho dolor, mucho abuso. Tienes que cuidarte, por ti y por el crío.

Alba se sobresaltó. No había menstruado desde hacía bastante, pero sus reglas nunca habían sido regulares y no se alarmó, supuso que su cuerpo necesitaba reponerse de tanto maltrato sufrido, pero ahora Luisa Mora le planteaba algo que no quería ni siquiera imaginar. Un embarazo sería una extensión del tormento, otro castigo, un ser maligno en su interior nutriéndose de su sangre, Un ¡no! visceral se le escapó del pecho y hundió el rostro entre las manos. Luisa le acarició la cabeza.

—¿Por qué cree que estoy…? —balbuceó Alba.

—Porque lo presentí, fue como un aviso. Por eso vine, niña, para decirte que no estás sola, hay un alma inocente en tu panza, cuídala mucho.

—Mire cómo estoy, doña Luisa, parezco un espantapájaros, usted no sabe… ningún embarazo resiste lo que me ha pasado.

—Si ese niño o niña está vivo, es porque posee un destino excepcional. Le tocará hacer algo importante en el mundo.

—¡No puedo tenerlo! Ya veré cómo resuelvo esto —exclamó Alba.

—Eso sería un pecado mortal. Por amor a Dios, no lo hagas.

Esa noche Alba, desnuda ante el espejo, se observó con atención de astrónomo tomando nota de las huellas de la prisión, todavía visibles, y otras que había atribuido al estrés de los terribles recuerdos, a la agonía de su abuelo y a la ansiedad por el futuro: las náuseas, los pezones adoloridos, la fatiga. Tenía el vientre hundido, Luisa Mora podía estar equivocada, no debía dar crédito a las premoniciones, pero si fuera cierto, ese embrión no tenía más de

tres meses, todavía estaba a tiempo de hacer algo. No iba a tener a ese niño engendrado en la violencia por un asesino de su misma familia. ¿Era eso una forma de incesto? De las relaciones consanguíneas suelen nacer seres fallidos. Además, cualquier vástago de Esteban García sería un monstruo.

Alba pasó los tres días siguientes atormentada por la angustia, debatiéndose en un torbellino de incertidumbre y de repulsión por su propio cuerpo, que ya no le pertenecía, estaba invadido. Las náuseas y los vómitos se confundían con oleadas de rencor contra su abuelo, a quien culpaba por su sufrimiento y el de tantos otros antes que ella, incluso su abuela, en cuyos cuadernos se enteró de cómo su marido le voló varios dientes de un bofetón. Desde que ella murió, Esteban Trueba llevaba siempre consigo la prótesis dental en una bolsita de gamuza. Antes Alba creía que era prueba de su amor por Clara, ahora sabía que era una forma de expiación. Varias veces quiso enfrentarse con el abuelo para echarle en cara las consecuencias de sus acciones, pero al verlo convertido en un anciano frágil y triste, le flaqueaba la determinación y la rabia se le convertía en arena escurridiza. Se sentía aletargada, hibernando, le pesaban los huesos, y estaba tan esmirriada que, según Agustina, la menor brisa podía llevársela volando. La había ayudado a bañarse y le contó las vértebras en la espalda. Era la única empleada antigua de la casa que no se había marchado o había sido despedida por el abuelo en una de sus rabietas; Fresia había llegado hacía pocos meses. Alba siempre fue delgada, pero desde el golpe militar empezó a perder peso y le quedaba muy poco por perder cuando la detuvieron. Todo lo que comía le caía mal menos el arroz con leche, que Agustina le preparaba en la olla grande de los tallarines. Una caminata al aire libre le habría sentado bien, pero no osaba pasar más allá del jardín. Por fin, después de un par de noches largas con sueños tumultuosos, decidió llamar a Tránsito Soto, tal como su abuelo le había aconsejado. Necesitaba ayuda.

La mujer llegó puntualmente a las seis, como habían acordado, con el mismo traje y el collar de perlas del hotel Crillón. Alba la recibió en la pajarera, la pieza más acogedora, y no se atrevió a rehusar cuando la visitante manifestó deseos de conocer el resto de la gran casa de la esquina, que solo había visto por fuera. La llevó al salón, donde el piano de cola de Clara era lo único que parecía real, el resto tenía el aire difuso de los objetos abandonados. Alba le comentó que según la leyenda familiar, su abuela podía tocarlo con la tapa cerrada.

—Clara, ¿verdad? —dijo Tránsito—. Don Esteban la adora.

—Está listo para reunirse con ella. Perdone, pero no podrá recibirla, hoy es un mal día, está muy decaído ¿Cómo conoció usted a mi abuelo? —le preguntó Alba.

—No me acuerdo, de eso hace como mil años. Creo que fue en los tiempos en que él vivía en su fundo, ¿cómo se llamaba? Las Tres Marías, si no me equivoco. Siempre fue generoso conmigo.

En el comedor chico, Alba le mostró el aparador donde ella escondía a los gatitos que parían las gatas salvajes del tejado y en el comedor grande le señaló la mesa de fina madera sobre la cual el tío Nicolás bailaba flamenco.

—¿Nicolás? ¿No es el chico que se desnudó en la calle para jorobar al senador Trueba? —le preguntó Tránsito.

—El mismo, pero ya no es un chico. En esa ocasión a mi abuelo le dio un patatús y acabó en el hospital. No lo he visto en muchos años, porque vive lejos, pero le avisé para que viniera a despedirse de su papá.

—El senador tenía otros hijos, ¿verdad?

—Mi mamá, Blanca, y el tío Jaime.

Tránsito se impresionó con la biblioteca, a pesar de que las estanterías y los gabinetes vidriados para objetos raros de colección estaban vacíos. A Alba no le pareció prudente explicarle que los libros habían perecido en una hoguera infame el día en que allanaron la casa, tras el golpe de Estado; de esas cosas no se hablaba, podía traer consecuencias nefastas. Los agentes del SIV no se molestaron en seleccionar los títulos, tal vez apenas sabían leer, los trasladaron en grandes brazadas: la Enciclopedia Británica junto a los clásicos, Allan Poe y Shakespeare, la historia de la Conquista de América, textos de medicina del tío Jaime y de agricultura que el abuelo consultaba años antes, cuando la tierra le interesaba, y otros de ocultismo y magia de Clara. Los rociaron con gasolina y le atracaron un fósforo. Los libros no mueren rápido, la noche entera estuvieron ardiendo y todavía flotaban cenizas en el patio trasero. No pudo mostrarle el cuarto de su abuela, el único que no había sufrido el paso del tiempo, con sus paredes tapizadas en seda azul y la cama encortinada como un velero de agua mansa, donde en ese momento su abuelo respiraba a sorbitos como un gorrión recordando el día en que pidió la mano de Clara.

—Esta casa es mi mundo, señora. Irme, como me han aconsejado, sería lo más razonable, pero no puedo hacerlo, aunque comprendo que quedarme es una temeridad.

—No tiene que irse, Alba, ya no corre peligro —la interrumpió Tránsito—. Su nombre no aparece en la lista negra ni en ninguna otra parte, no hay registro de su detención. Eso nunca ocurrió, usted lo soñó, ¿me entiende?

Le informó que se habían movilizado influencias muy poderosas para ayudarla, pero que no tentara a la suerte, porque seguramente eso no se repetiría. Mientras no cometiera una imprudencia, le dijo, como hablar de más o relacionarse con personas sediciosas, nadie la molestaría. Sabía, porque Esteban Trueba se lo había dicho, que Alba había comenzado a estudiar Filosofía y lo único digno de mencionarse fue su participación en un torpe intento de los

estudiantes de tomarse la universidad, pero de eso hacía un buen tiempo y, en todo caso, la universidad estaba intervenida y la Facultad de Filosofía, como varias otras, había sido eliminada, de manera que no tenía nada que ir a hacer allí, que saliera, se divirtiera, fuera a fiestas, en fin, que hiciera la vida que le corresponde a una chica de su edad; debía reintegrarse a su círculo social, no le convenía mantenerse encerrada, era una confesión de culpa, la gente iba a sospechar. Y lo más importante: no debía hablar jamás de lo que le había pasado, porque la evitarían como a una leprosa, nadie quería contaminarse con una desgracia de esa magnitud.

—No puedo olvidarlo, señora Soto.

—Llámeme Tránsito, ¿quiere? No va a olvidar, pero el tiempo ayuda y aprenderá a acomodar las cosas en su memoria. Eso he hecho yo para llegar a tener la tranquilidad que tengo ahora.

—Es mucho más que malos recuerdos… Parece que como resultado de eso estoy embarazada —murmuró Alba.

Una larga pausa siguió a esa confesión, mientras el crepúsculo teñía los cristales de la pajarera. Fresia entró a cerrar las cortinas y ofrecerles algo de comer, eso rompió el silencio.

—¿Está segura? —preguntó Tránsito cuando quedaron solas—. Me refiero a si está segura de que es por… bueno, ya sabe.

Alba le explicó, sin mencionar el nombre de Miguel, que poco antes de ser detenida la visitó su enamorado, pero el embarazo había ocurrido en la prisión, eso era lo más probable. En cualquier caso, debía ponerle término, pero no sabía a quién acudir, no podía consultar al médico de la familia ni a ninguna de sus antiguas amigas. Eso se resolvía a espaldas de la ley, en callejones malolientes y cocinas grasientas en manos de toscos practicantes.

—¡Qué falta me hace mi mamá! —suspiró.

—A ver, Alba. Según tengo entendido, existe una posibilidad de que esto sea producto del amor y no de la violación, ¿verdad? —aventuró Tránsito.

—Es una posibilidad muy remota.

—Entiendo. Pero antes de tomar una decisión irrevocable, piénselo —concluyó la mujer.

La sugerencia de Tránsito quedó sonando con eco de caverna en la consciencia de Alba. La repetía invocando a las mujeres ausentes de su familia que la habrían socorrido: su madre ingeniosa y su abuela mágica. Nada se movía dentro de ella, nada se notaba entre los huesos angulosos de las caderas, pero al cerrar los ojos podía sentir la presencia de otra vida minúscula y tenaz enredada con su propia vida, inseparable. Llamó desesperadamente a Clara para que la ayudara a tomar una decisión que con toda seguridad la marcaría en adelante. En un impulso, cogió al azar uno de los cuadernos, lo abrió en cualquier parte y leyó lo que su abuela había escrito muchos años atrás: «Estoy embarazada desde hace apenas unos días y no necesito a ningún doctor para que lo confirme. Es una niña. Un alma suspendida en el espacio sideral, en la oscuridad infinita del universo, ha encontrado su lugar al fondo de mí y allí está creciendo». Su abuela no podía habérselo comunicado con más claridad, decidió Alba, esa era la señal que buscaba, el mensaje desde el Más Allá. También dentro de ella un alma se albergaba obstinada, sin que nada de lo padecido en el infierno del SIV hubiera logrado desprenderla. Una niña. Podía verla recién nacida, rosada y lampiña como un cochinillo, de cuatro años recogiendo gusanos en el jardín, de once con trenzas largas, de veinte inclinada sobre un libro con un lápiz en la oreja. No era el producto de su tormento, era una bendición. No era hija de Esteban García. Era hija suya y de nadie más, sin padre, concebida mediante una misteriosa y fantástica inseminación.

En el instante en que escogió la opción de ser madre sintió que la ira contra su abuelo se iba deshaciendo como espuma y un alivio inmenso la invadía. No le correspondía a ella juzgar ni condenar; suficiente tenía Esteban Trueba con los reproches de su propia consciencia. Ella no podía cargar con el peso inútil del resentimiento y la rabia, necesitaba liviandad de pájaro para criar a la niña que llevaba adentro. Entró silenciosamente a la pieza de Clara, donde su abuelo dormitaba en un sillón, y le dio un beso en la frente dispuesta a acompañarlo hasta el último momento. Esteban Trueba abrió los ojos y le sonrió con la ternura que reservaba solo para ella. «Llegó la hora despedirnos, Alba. Ayúdame a vestirme», le pidió.

Capítulo 2

La gran casa de la esquina

La mansión, con sus pretensiones de palacete francés, que su abuelo construyó con el propósito de que durara un siglo y albergara a varias generaciones de Truebas legítimos, se había ido deteriorando desde la muerte de Clara y había caído en el abandono desde que su hija Blanca se fuera al exilio con Pedro Tercero García, el único amor de su vida y padre de Alba. Clara carecía de sentido práctico e interés en las trivialidades de la existencia cotidiana, pero llenaba la casa de alegría y luz, de jaulas de pájaros, jarrones con flores y fuentes de fruta, y contaba con personal doméstico para mantener a flote aquel caserón en el mar de tribulaciones que sufrió la familia. Después de su muerte le cayó ese peso a su hija Blanca, quien a duras penas lo llevó a cuestas, pero no pudo preservar el encanto que aportaba su madre. Quedaba poco de la clásica arquitectura original, porque Clara le había agregado tentáculos según la necesidad del momento; la llenó de cuartos, pasillos culebreantes, escaleras inútiles y el resultado fue un laberinto donde había espacio y buena voluntad para acoger o refugiar a quienes lo necesitaran y donde deambulaban sin ser molestados los aparecidos que ella y las hermanas Mora invocaban los viernes en la mesa de tres patas. Existía una frontera tácita entre la parte original de la casa, en estilo clásico y decorada con refinamiento, pero sin ostentación, donde imperaba Esteban Trueba, y el reino encantado de Clara del Valle. Alba creció hasta los siete años entre esos dos mundos: el del intelecto, la razón, el poder, el orden y la autoridad del abuelo, y el otro caótico, colorido, amable y mágico de la abuela. Desde que empezó a caminar exploraba la casa de arriba abajo y cuando aprendió a leer se apoderó del sótano, donde se instalaba con un libro a la luz de una vela. Allí, en esa cueva húmeda y oscura, vigilados por ratones sigilosos, se inició en la intimidad con Miguel,

allí hicieron su nido, convencidos de que habían inventado el amor y que les duraría intacto para siempre, sin sospechar el acecho de fuerzas incontrolables que pondrían fin a esa ilusión. Miguel era dirigente estudiantil y militaba en la extrema izquierda; el mismo día del golpe militar su nombre apareció en la primera lista negra con orden de presentarse de inmediato a un cuartel de policía. Quienes lo hicieron nunca regresaron. Miguel desapareció en la clandestinidad. Por él, por el desgarro de la separación y la inquebrantable esperanza de volver a verlo, Alba había decidido que no se iría. Lejos de su país sería una planta sin raíces destinada a secarse y morir. No podía abandonar esa casa llena de recuerdos, esa casa viva. Un día Miguel llegaría a tocar la puerta y la encontraría esperándolo.

Durante el velorio de Esteban Trueba, los visitantes desfilaron frente al ataúd de caoba con remaches de plata desplegado en el salón principal entre crespones fúnebres, cirios y coronas de flores, donde el senador dormía con la expresión apacible que rara vez tuvo en vida. Varias personas comentaron a media voz que Alba era el único pariente directo que se hallaba presente, aunque había una docena de primos de segundo y tercer grado de la numerosa familia de su mujer, los del Valle. Ella explicó que su tío Nicolás vivía en California, había sido notificado y llegaría pronto. No mencionó a Blanca, su madre, que tenía la letra D de los desterrados en el pasaporte y estaba condenada al exilio, ni que su tío Jaime se había esfumado en los primeros días del golpe militar y no sabían de él. Poco después llegó a ver a Esteban Trueba un soldado temeroso y le dio testimonio en susurros de que nada quedaba de Jaime, sus restos habían sido pulverizados con dinamita, pero el viejo no quiso creerlo y siguió aguardando a su hijo hasta que se le apareció su espectro ensangrentado arrastrando una serpiente de alambre de púa. Entonces lo creyó, pero lo esperaba de todos modos.

Alba montó guardia en la sala, serena, porque todavía no asimilaba la ausencia definitiva de su abuelo ni su profunda soledad. No tenía luto que ponerse y se atrevió a explorar en los roperos de su abuela, que habían permanecido cerrados e intactos durante años. Con la sensación de cometer un sacrilegio, abrió los armarios de madera rubia con espejos biselados y vio que había mucha menos ropa de la que cabía esperar de una mujer que tenía reputación de elegante, casi toda muy sencilla y blanca, el color preferido de Clara. Colgados dentro de una bolsa de tela encontró varios vestidos de fiesta y rescató uno negro bordado con mostacillas de azabache que le quedaba holgado y era tan antiguo que había vuelto a estar de moda. En el afán de los preparativos para el entierro no pudo esmerarse en su apariencia, llevaba zapatillas de gimnasia pintadas de negro apresuradamente con betún de zapatos y el pelo en una cola atada con un elástico. Mientras ella recibía a los visitantes, Agustina y Fresia circulaban entre el salón y la biblioteca con copas de licor y bandejas de dulces.

Uno de los primeros en presentarse a ofrecer sus respetos fue el general Rafael Hurtado, ministro del Interior, a quien Alba había visto a menudo durante los últimos meses de la democracia; llegaba sin escolta y se encerraba con Esteban Trueba en la biblioteca. «¿Andas conspirando, abuelo?», le preguntó Alba en broma en una ocasión. «Salvando al país, dirás mejor», le respondió el viejo secamente. Hurtado la besó en ambas mejillas, muy dolido por la pérdida de un gran amigo y de una gran persona, paladín de la nación, quien comprendió antes que nadie que a los políticos hay que tenerlos en jaulas. Ella estuvo a punto de recordarle que cuando su abuelo desesperado trató de conseguir su ayuda para liberarla, no lo recibió ni contestó sus llamadas urgentes. ¿Cuánto sabía ese hombre? Seguramente algo supo, pero si era cierto que el SIV actuaba por cuenta propia y hasta los militares estaban vigilados, no se atrevió a intervenir. El único a salvo de las garras del SIV era el Líder Supremo: no volaba una mosca sin su autorización. El general Hurtado siguió pontificando con su lógica distintiva sobre Rusia, un país esencialmente terrestre con una población semivegetal, pero

Alba no lo escuchaba. Después del segundo vaso de ginebra, que bebía como agua, el general le anunció que una guardia de honor despediría al senador en el cementerio, con la bandera nacional sobre su féretro, como correspondía al inquebrantable patriota que había sido, y le transmitió las más sentidas condolencias del Líder Supremo, capitán general Máximo Urrutia. Alba no respondió. Una de las coronas fúnebres — crisantemos blancos— venía de parte de él y la primera dama, la distinguida señora Lorelei Hansel de Urrutia.

Después de que se fueron los últimos visitantes, Agustina se dejó caer en el sofá más cercano. No le daba el cuerpo para recoger platos y vasos, dijo, lo haría al día siguiente con Fresia, estaba exhausta, ya no tenía edad para esos trajines.

—El velorio fue más trabajoso que una fiesta de Año Nuevo, es una vergüenza que vengan a comer y tomar y nadie tenga ni una sola lágrima para el difunto. Qué estaría pensando don Esteban, echado allí en su cajón a la vista de los curiosos, él que era tan privado. Si estuviera vivo, los mandaba a cambiar a bastonazos. Y ¿quiénes eran esas personas?, ¿esos milicos?, muy poca gente conocida, unos patanes, yo tengo olfato para eso, a mí no me pasan gato por liebre, la buena clase no se compra y esos eran todos unos ordinarios. ¿Por qué no lo velaron en la iglesia como se debe, niña Alba? El patrón merece por lo menos una misa —refunfuñó.

—Mi abuelo no quería misas. Ya sabes cómo era. Apenas llegue mi tío Nicolás, lo vamos a enterrar.

—Tu tío Nicolás nunca fue muy puntual que digamos. Yo apenas lo conocí, pero me caía muy bien, a pesar de sus bromas pesadas. Tu abuelo no lo aguantaba, decía que había salido a la familia Del Valle, que son todos un poco chiflados.

Agustina y Fresia se retiraron y Alba, tan extenuada como ellas, se quitó las zapatillas y el vestido —las mostacillas le arañaban la piel—

y se puso la bata de cachemira de su abuelo, que olía a tabaco, a su jabón desinfectante inglés y a vejez. Le dolía la cabeza y no había comido en todo el día, la vista de las bandejas le producía náuseas. Su abuelo yacía entre los pliegues de satén color mantequilla del ataúd tan desvalido, que no tuvo corazón para dejarlo solo y decidió velarlo esa segunda noche en un sillón cerca de él. Había oído que las almas tardan muchas horas, a veces varios días, en desprenderse del cuerpo, que en esa transición sienten mucha angustia y necesitan compañía y oraciones. Se preparó una taza de té en la cocina y se asomó a la terraza de las camelias a respirar el aire quieto de la noche. Y entonces, a la luz de la luna y de los faroles de la calle, vio claramente uno de los automóviles del SIV y la silueta de un hombre que fumaba junto a la reja del jardín. Nadie podía circular en la ciudad durante el toque de queda sin autorización. Alba sintió otra oleada de náusea, soltó la taza, que se estrelló contra las baldosas, y vomitó un líquido blancuzco. Desde la calle, el hombre la saludó con un gesto exagerado y burlón.

Esteban Trueba llevaba seis días descansando en su mausoleo cuando asomó su hijo Nicolás con un brazo en cabestrillo por una doble fractura, que le impidió llegar tiempo para reconciliarse con su padre y asistir al entierro. Alba lo recordaba pelucón, con barba de profeta recitando los novecientos noventa y nueve nombres de Dios o peleando a gritos con el abuelo. Ese tío representaba lo más aterrador y lo más divertido de su infancia, un torbellino, saltando de un proyecto demente a otro, hasta que volvió de la India convertido en gurú, con un pañal de trapos como única vestimenta y alimentándose de zanahorias crudas, que masticaba cincuenta veces, como un conejo. En la India encontró su vocación espiritual, que al principio pareció ser otra de sus excentricidades, pero pronto fue evidente que habría de definir el resto de su existencia. Esteban Trueba perdió definitivamente la paciencia con ese hijo desquiciado cuando se enteró de que estaba entrenando a la pequeña Alba para vencer al dolor físico con el poder de la mente y le afeitó la cabeza

para que recibiera mejor las ondas astrales con mensajes del universo. El agravio final de Nicolás fue presentarse desnudo en las puertas del Congreso con varios de sus seguidores tocando campanillas y tambores chamánicos, exigiendo libertad de culto y poniendo al senador en ridículo frente a sus colegas y a la opinión pública. Lo expulsó a viva fuerza rumbo al extranjero con órdenes de no volver a poner los pies en el país a menos que fuera llamado y desde entonces no había tenido contacto con él.

Alba tardó un par de minutos en reconocer al hombre calvo y huesudo que tenía por delante. Todavía era joven, le calculó unos cuarenta años, pero sus gestos reposados y su cadencia de monje para hablar le aumentaban la edad. Vestía una túnica y pantalones holgados de lino blanco y sandalias franciscanas, inadecuados a la temporada, al lugar y a las circunstancias. Llamaba la atención; los hombres andaban de traje y corbata, no quedaba ni un solo hippy o barbudo con guayabera que pudiera confundirse con un socialista. Alba debió explicarle quién era, porque la última vez que él la vio, ella era una mocosa pelada a mate. Le contó que el abuelo murió en sus brazos, con la abuela Clara a su lado, tranquilo y en paz, como no merecía, según él mismo admitió, porque había vivido más de noventa años atormentado por la ira y en su paso por este mundo pisoteó a mucha gente y sembró reconcomio y odiosidad. Sabía que en el Más Allá se encontraría con las personas a quienes había hecho daño y estaba preparado para pedirles perdón. El mayor dolor de su vida, dijo, fue que a su nieta le tocara pagar por sus pecados y su única preocupación era dejarla desamparada.

—El abuelo cambió al final, tío —le dijo Alba—. En los últimos meses se quebró de pena y de susto, se le agotó la fuerza a medida que perdía a su familia y sus convicciones, ya no estaba seguro de nada. Y cuando allanaron la casa y me llevaron, vio que también había perdido el poder que tuvo antes, ya no era nadie, no podía ayudarme, entonces quiso abandonarse a la muerte, pero no lo hizo, porque estaba movilizando cielo y tierra para liberarme, rezaba y suplicaba por mí. Lo encontré aquí en la biblioteca, sentado allí

mismo, en su sillón de siempre, disminuido, tembloroso, y nos abrazamos y lloramos juntos y quiso que le contara todo lo que me había pasado y le volvió la rabia ciega de la juventud y arremetió a golpes de bastón contra los muebles y por último se desplomó en sollozos. Y ahora tengo que vivir sin él, sin nadie…

—¿Te arrestaron? ¿Por qué? —la interrumpió Nicolás.

—Te lo contaré después. Ahora no quiero hablar de eso.

—No puedes quedarte aquí, Alba. Ven conmigo a California, puedo darte empleo en mi instituto.

—Supongo que me iré, pero no todavía —replicó ella. No podía darle la razón principal, decirle que esperaba alguna señal de Miguel, quien debía estar por allí escondido en las sombras.

—No te descuides, préstale atención a los signos, a los sueños y presagios. ¿Te acuerdas de que cuando eras chica yo te estaba entrenando para que desarrollaras los poderes psíquicos de tu abuela?

—Recuerdo que me apretabas los dedos en las puertas para que aprendiera a soportar el dolor. Ese entrenamiento no me ha servido de nada —dijo ella.

—La verdad es que a mí tampoco —se rio él.

Según Nicolás, la clarividencia se daba naturalmente entre las mujeres de la familia Del Valle, pero había que desarrollarla. Su hermana Blanca no lo hizo y se quedó en el plano de los asuntos domésticos, pero ese no tenía por qué ser el caso de Alba. Él había estudiado y practicado durante años y años en vano, porque es un don de nacimiento que muy pocas personas reciben de los astros, no se puede adquirir con fuerza de voluntad.

—Tú lo adquiriste en el vientre materno, Alba. Tu abuela lo detectó cuando naciste.

—No, tío, no tengo sus poderes ni los deseo. Esas cosas me asustan.

Se abstuvo de confesarle que cuando estaba llamando a la muerte tirada en el suelo de cemento de la celda, llegó Clara a consolarla y rogarle que viviera, porque la muerte viene de todos modos, en cambio la vida es un milagro. No fue una aparición nebulosa ni un engendro de su sufrimiento, sino su abuela de verdad, con su fragancia sutil y su voz dulce. Solo su abuelo lo supo, era otro de los secretos que compartieron en los últimos días, y no le extrañó, porque Clara lo acompañaba siempre. «¿La ves, Alba? Está escuchándonos allí sentada, vestida de blanco», le decía. Ella no la veía, pero no dudaba de su presencia. Tal vez su tío tenía razón: debía prestarles más atención a los espíritus.

Alba y Nicolás se reunieron con los abogados, que se presentaron en la casa a los pocos días del funeral para informarlos de las disposiciones del abuelo. Al leer el testamento se vio que existía una suma generosa para ser distribuida entre sus hijos, incluso Jaime en ausencia. En un aparte, le informaron a Alba que en sus últimos días Esteban Trueba había colocado un monto sustancial de su fortuna en cuentas e inversiones a nombre de ella y lo mismo hizo con la casa y el fundo Las Tres Marías, que había sido su más preciada posesión. Le entregaron una carta notariada escrita a mano en que el abuelo manifestaba que ella era la única persona de su familia que no le había dado dolores de cabeza, solo cariño, risa y compañía, por eso merecía ser su principal heredera. Iba a dejarla bien asegurada. «El dinero no tiene fronteras, puedes administrarlo en cualquier parte. Vende la casa, antes de que siga perdiendo valor, y Las Tres Marías, que es un elefante blanco, solo da gastos y preocupaciones. Ándate a Canadá con tus padres».

Un año antes Alba todavía llevaba la existencia de una señorita mimada. Estudiaba en la universidad, practicaba el violoncelo como pasatiempo, leía novelas románticas y hacía el amor con Miguel a escondidas. El golpe militar la colocó rápidamente en otra realidad y desarticuló a su familia para siempre. La revolución económica impuesta por el nuevo régimen, que le dio libertad total a los empresarios y desmanteló los servicios de bienestar social, produjo miles y miles de cesantes, muchos que habían vivido del trabajo se vieron forzados a pedir limosna. Alba empezó a vender lo que pudo sustraer de la casa familiar — cuadros, alfombras, muebles— para ayudar a los desesperados, convencida de que su abuelo ni cuenta se daba, porque pasaba ocupado en sus negocios y en el Club. Era consciente de que la caridad no resolvía el problema ni mitigaba el ardor de su propia ansiedad, pero no podía darle con la puerta en la cara a quien acudía a pedir comida. En ese tráfico de hormigas aprendió a regatear, pero nunca había ganado dinero y no sabía administrarlo.

El alboroto del fallecimiento del patriarca se disipó pronto y la casa se recogió en el silencio. Alba se encontró frente a una pila de documentos sobre la mesa sin saber por dónde empezar a develar el misterio de inversiones, dividendos, intereses y otras palabras que jamás había escuchado, cuando la llamó por teléfono Violeta del Valle, a quien había visto de pasada en el velorio, donde se presentó como prima de Blanca; su padre era uno de los catorce hermanos de Clara. Le explicó que rara vez tenía contacto con la familia, porque vivía en el sur, aunque solía viajar a la capital por sus negocios.

—Creo que me has llamado por telepatía, Alba. No he dejado de pensar en ti desde el funeral de Esteban. No me puedo quitar de la cabeza tu expresión de huérfana y ese precioso vestido.

—Era de mi abuela Clara.

Acordaron verse al día siguiente. Violeta la citó en el bar del hotel Sheraton con el fin de conocerse mejor, como dijo, pero Alba insistió

en que viniera a su casa. Excepto para ir al cementerio no había salido a ninguna parte desde la muerte del abuelo; temía encontrar al hombre dueño de la muerte aguardándola como ave de mal agüero. Comprendía el error de sucumbir al miedo y enterrarse en vida, pero cada vez que intentaba cruzar el umbral la apresaba una garra de águila en el pecho. Violeta era una mujer cincuentona, fachosa, con la belleza que otorgan la seguridad en sí misma y una espléndida cabellera. Aceptó el café que le sirvió Fresia y, pasando por alto la consigna de todo el mundo de no preguntar por los ausentes para evitar un mal rato, indagó por Blanca y Jaime, a quienes recordaba vagamente. Alba respondió que su madre vivía en Canadá, donde tenía mucho éxito con sus cerámicas, y que su tío Jaime andaba de viaje. Por el tono de la joven, Violeta adivinó que era una verdad a medias y sintió una ola de simpatía por esa muchacha, porque ella también tenía su propio secreto.

—¿Qué planes tienes, Alba?

—Por el momento voy a tratar de seguir viviendo como siempre.

—¿Sola en este caserón de espanto? —insistió Violeta.

—Es una casa mágica. No tiene nada de espantoso.

—No quiero pecar de intrusa, pero me gustaría saber cuál es tu situación. Si necesitas ayuda…

—Gracias, estoy bien. Mi abuelo se preocupó de dejarme lo suficiente —le informó Alba.

—Eso que ahora te parece mucho, muy pronto se reducirá a la nada si te descuidas.

—Voy a trabajar, Violeta, aunque no tengo una profesión ni algún talento en particular. Hablo algo de inglés y me las arreglo bien en francés, pero no creo que eso me sirva de mucho.

—Hay tiempo para eso. Ahora debes organizarte. Mira, Alba, yo soy empresaria. Me he ganado la vida desde que era una adolescente en el campo, eso me ha permitido hacer lo que me dé la gana. No dependo de nadie. El mejor consejo que te puedo dar es que no delegues tus finanzas, aprende a administrarlas, infórmate, defiende lo que tienes. Por ser mujer tendrás que ser mucho más lista y despiadada que cualquier hombre si quieres sobrevivir.

—Con otras palabras, lo mismo me decía mi abuelo. Sin embargo, no me enseñó nada sobre eso. Temía por mí, creía que una mujer sin la protección de un hombre estaba perdida.

—Eso era antes. Ya no. Debes velar por ti misma —replicó Violeta.

Alba sintió el impulso de confiar en esa mujer que había aparecido en el momento preciso, y le confesó que tenía entre manos una cantidad de dinero invertido en diferentes bonos, acciones y empresas, pero lo único que entendía eran las cuentas en los bancos. Violeta se ofreció a enseñarle lo fundamental y ponerla en contacto con su contador, hombre de honestidad puritana en quien confiaba plenamente. Agregó que el efectivo en los bancos es dinero muerto, hay que correr riesgos, como hacía ella, pero Alba no tenía interés en especular sino en vivir tranquila. Su abuelo invertía el grueso de su capital de manera conservadora y reservaba solo un veinte por ciento para aventuras; ella planeaba hacer lo mismo. Violeta le propuso que usara el veinte por ciento en asociarse con ella en una empresa de turismo en la Antártida, pero Alba rehusó amablemente con el argumento de que ni el turista más despistado iría a congelarse para ver pingüinos.

Una semana más tarde, Violeta apareció acompañada por un corredor de propiedades con la idea de vender la casa, como había aconsejado el abuelo. «Debería irse a un buen apartamento moderno en el Barrio Alto, señorita, yo puedo mostrarle algunos. Estas casonas antiguas, pasadas de moda y mal situadas ahora se destinan a oficinas y comercios», dijo el hombre. En ese mismo

instante un golpe de viento entró por alguna parte y la puerta se cerró con tal énfasis, que el florero se dio vuelta sobre la mesa. «Ahí tiene su respuesta, señor. Cuidado con lo que dice, esta casa es muy sensible», le respondió Alba. El portazo no desalentó al corredor, que regresó con folletos a color de residencias de lujo con gimnasio y piscina. Alba no lo recibió.

Pronto fue evidente que Agustina y Fresia no bastaban para manejar la mansión, que requería constante atención y solo limpiarla era labor de varios. La primera tenía artritis y la segunda era escasa de luces, podía seguir instrucciones, pero carecía de iniciativa. Agustina llevaba años trabajando en la familia y trataba a Alba con la autoridad de su edad y de todo lo compartido. Lo que le faltaba en educación lo compensaba con la infalible memoria de un caballo, le bastaba probar un guiso para identificar los ingredientes en las medidas exactas y repetirlo mejorado. Del mismo modo recordaba a todos los futbolistas, políticos, asesinos y otras celebridades. El abuelo le había dejado a cada una de las dos mujeres una buena bonificación, que Fresia pensaba dársela a la Iglesia, pero Agustina estaba estudiando la bolsa de valores, porque su buena memoria también le servía para los números.

Después de la partida de su hija Blanca, le cayó a Esteban Trueba dirigir la casa, porque nadie pensó que Alba podía hacerlo; tenía veinte años y todavía la consideraban una chiquilla. El mal carácter del patrón, su ignorancia de asuntos domésticos y sus órdenes contradictorias terminaron por ahuyentar al escaso personal de servicio que quedaba, menos a Agustina, la única que no le temía. «Mire, caballero, a mí nadie me levanta la voz, ¿me ha entendido?», y eso ponía punto final al altercado. Ella exigió que le dieran ayuda y así se incorporó Fresia, quien en la práctica era su sumisa asistente. Harto de perder tiempo y energía en asuntos de mujeres, como los llamaba, el abuelo delegó todo en Agustina, dio orden de cerrar los cuartos vacíos y deshacerse del gallinero, que ya no se necesitaba, podían comprar pollos en el almacén sin tener que hacer cola, como en tiempos del socialismo. En cuanto a las provisiones, dijo que no

le preguntaran nada, pensaba comer en el Club y le bastaba su café con un chorrito de coñac al desayuno. Alba se había criado con la impresión de que las cosas sucedían por obra de encantamiento: su ropa limpia y planchada, la comida en la mesa, el baño de agua caliente, su cama estirada. Nunca se había fijado en el papel que jugaba su madre en la organización de la casa ni en el trabajo incesante de las empleadas. Entusiasmada con Miguel y la universidad, flotaba por encima de las cuestiones prosaicas. El mismo día del fallecimiento del abuelo, cuando Agustina le preguntó qué iban a ofrecerles a las visitas que empezarían a llegar a darle el pésame, comprendió que de golpe estaba convertida en la patrona. Por primera vez observó el entorno en el cual había vivido y daba por sentado. Se sintió abrumada.

En los buenos tiempos, cuando Clara estaba viva, la casa había sido para Alba todo su universo. Entonces no había piezas desocupadas porque su abuela mantenía la puerta abierta para recibir a quien quisiera asomarse: sus amigos bohemios, parientes en mala situación, forasteros de paso y su séquito de espiritualistas. En esos años había jardineros que cuidaban los rosales y limpiaban las estatuas cagadas de paloma, había jaulas con aves ruidosas, perros, gatos, gallinas y conejos en el patio, hasta una o dos cabras destinadas al cumpleaños del patrón que se morían de viejas, porque no había corazón para cocinarlas. Cada rincón de la mansión le ofrecía a Alba una sorpresa, una aventura, un descubrimiento, incluso la biblioteca sagrada del abuelo, donde solo ella podía entrar sin permiso, y el sótano que estaba prohibido, porque los alambres eléctricos colgaban como algas sobre los charcos de agua que goteaba de las cañerías. Allí, entre cachivaches descartados, con peligro de morir electrocutada o provocar un incendio, Alba pasaba horas leyendo y más tarde ese sería el refugio de sus amores con Miguel. A falta de mantenimiento y de habitantes que la llenaran de ruido, la casa languideció. «¿Qué vamos a hacer aquí sin un hombre que imponga respeto? Cualquier día nos asaltan», se lamentó

Agustina, coreada por Fresia. Para tranquilizar a las dos mujeres, Alba decidió llamar a un cerrajero que asegurara las puertas y aprender a usar la escopeta de caza de su abuelo, tan antigua como su dueño. No estaría de más conseguir uno o dos perros guardianes, mastines fieros y de buena raza que provocaran pavor en cualquier visitante con malas intenciones.

La pajarera era una salita donde antiguamente transcurría la vida doméstica entre jaulas de canarios, cardenales y ruiseñores, con una chimenea para el invierno y ventanales para la brisa en verano. Allí estaba la mesa de tres patas de la Hermandad Blanca y el televisor que el abuelo compró presionado por Alba, pero que él no veía jamás; lo tachaba de aparato infame que infestaba la mente de vulgaridad y estupidez. En la época de las hermanas Mora, Clara había incorporado a su nieta desde que cumplió tres años a las sesiones de espiritismo, porque en teoría una criatura inocente facilitaba la comunicación con el Más Allá. Alba no estaba segura de haber presenciado alguna manifestación sobrenatural, se le confundían los recuerdos con la leyenda exagerada de su abuela, que había oído cientos de veces. Clara murió el mismo día que ella cumplió siete años y a esa edad todo era posible: las aventuras que leía en el sótano, los esfuerzos del tío Nicolás por ver el futuro en una bola de vidrio, las batallas por amor y celos de los gatos en los tejados, las historias para sufrir y llorar de las radionovelas en la cocina y, por supuesto, los seres invisibles que visitaban a su abuela en la pajarera. Si las damas de la Hermandad Blanca podían conversar con ellos, no había razón para que Alba dudara de su existencia, a pesar de las burlas de Esteban Trueba, quien calificaba el esoterismo de patraña sin fundamento científico. Alba sonreía al recordar cómo el viejo debió modificar ese juicio rotundo cuando empezó a ver a su mujer después de su muerte y terminó conversando con ella como nunca lo habían hecho antes. Pensó que si los espíritus de sus dos abuelos protegían la casa, no necesitaba la escopeta.

Capítulo 3

El encuentro

Un par de semanas más tarde, Alba aceptó ir con Tránsito Soto a la Clínica Inglesa, porque llevaba un buen tiempo con un dolor sordo y tenaz en el bajo vientre. Esperaba que se le pasara solo, su cuerpo necesitaba tiempo para sanar, pero cuando vio manchas de sangre en las bragas se asustó. Tránsito llegó a buscarla en uno de los nuevos coches importados, que manejaba un hombrón de cabeza pelada con tatuajes asomados por el cuello de la camiseta y una chamarra impermeable color limón. Se presentó como hijo de Tránsito. El contraste entre aquel tipo alto y fornido con aire de maleante y esa señora delicada era tal, que Alba dudó que en verdad fuesen familia. Él le explicó que en su cédula de identidad figuraba como Cajeme Soto, pero todos lo conocían como El-Ángel, con guion, el nombre que lo hizo famoso en el ring. Había sido campeón de lucha libre en el estado de Sonora hasta que debió retirarse a causa de una lesión, justamente cuando postulaba al título supremo de México en la Catedral de la Lucha Libre. Había regresado al país hacía algunos años para acompañar a su madre y ayudarla en la administración de sus negocios. Alba le preguntó cuáles eran esos negocios y recibió una respuesta vaga, algo así como hotelería. Todo esto y bastante más alcanzó a contarle mientras esperaban en la recepción de la clínica bebiendo un café aguado en vasos de papel. Tránsito no contribuyó con ningún comentario, hojeaba una revista a corta distancia, tan discreta como parlanchín era su hijo.

La Clínica Inglesa era lo mejor en medicina que ofrecía el país para quienes podían pagar sus servicios, un edificio moderno, vidrio, mármol, plantas ornamentales y esculturas abstractas en el jardín, donde Alba había estado un par de veces, porque su abuelo

consideraba que los hospitales públicos eran depósitos de bacterias y toda suerte de virus. Su tío Jaime, a quien Esteban Trueba llamaba despectivamente «doctor de pobres», había ejercido siempre la medicina en los mismos hospitales que el viejo criticaba sin haber puesto jamás los pies en uno de ellos. Alba pensó que a su tío, tan orgulloso de la salud pública, lo horrorizaría ver cómo la habían desmantelado con la teoría de que estaría mejor en manos privadas y el resultado era que los pobres recurrían a remedios autóctonos, hierbas y secretos de naturaleza; hasta la homeopatía había sido privatizada. Un médico de turno recibió a Alba y a Tránsito, mientras El-Ángel aguardaba fuera charlando con otros pacientes. En el bolsillo de la bata que llevaba abierta figuraba su nombre: Alonso Vial. Era delgado, atlético y parecía más joven de lo que en realidad era, a pesar de algunas canas y arrugas en torno a los ojos. Después de examinarla, le explicó que era difícil calcular cuándo daría a luz, puesto que ella no sabía la fecha de su última regla, pero por el momento lo más urgente era controlar la infección que podía ser grave en su estado.

Vial llevaba poco más de año y medio en el país y no le había tocado todavía un cuadro tan intrigante como esa joven de apellidos aristocráticos que iba a ser madre soltera, no sabía quién la había preñado, tenía gonorrea, estaba seriamente desnutrida, presentaba señales de haber sufrido trauma físico severo y cuando le preguntó qué le había pasado en la mano dijo que había sido un accidente. No le creyó. Estaba casi seguro de que era víctima de una situación violenta. Trabajaba por las mañanas en un hospital, donde le habían tocado un par de casos así de graves, pero a la Clínica Inglesa acudía gente pudiente con vidas bastante estables, nada como lo que presentaba esa Alba Satigny Trueba. ¿Quién era ella realmente? El apellido Trueba le sonaba, lo había visto hacía poco en la prensa. Se parecía a tantas otras muchachas privilegiadas de su medio social, pero le pareció evidente que llevaba una existencia marginal. ¿Prostitución? No había ningún indicio de que usara drogas, se había fijado bien en eso. La vio tan vulnerable que deseó conocer su

historia y ayudarla más allá de darle una receta. Le pidió a Tránsito que aguardara fuera.

—Estamos solos y lo que usted me diga es confidencial —le anunció a Alba—. ¿Con quién vive? ¿Se siente segura en su casa?

—Vivo sola. Nadie está seguro en ninguna parte, doctor. No sé por qué me hace estas preguntas.

—Usted ha sido muy golpeada, señorita. Conozco a un par de asistentes sociales. Si está en situación de riesgo, ellas pueden ayudarla. No quise mencionarlo delante de su acompañante, pero tiene una enfermedad venérea.

—Lo suponía —replicó ella y él notó el temblor de la voz y el temor en sus ojos.

—Dígame si esto puede afectar a mi niña.

—¿Cómo sabe que es una niña?

—No se lo puedo explicar. Lo sé, de eso estoy segura. Ella es lo único que me importa.

—Si eso no se trata a tiempo, puede tener consecuencias serias en el embarazo, incluso un aborto espontáneo, pero es una infección bacteriana que responde muy bien a los antibióticos adecuados. No se preocupe. Le repito que puede confiar en mí.

Ella no respondió y, al cabo de una pausa incómoda, él escribió la receta, le indicó que tomara una pastilla cada doce horas, que los síntomas disminuirían en cuarenta y ocho y que regresara a control dentro de diez días. Ella cogió la receta y se fue deprisa, sin despedirse. Alonso Vial quedó intrigado, con la sospecha de que ella no volvería.

Tan pronto se mejoró de la infección y se le cortaron las náuseas, Alba empezó a comer con la voracidad de una adolescente y Agustina se esmeró en los fogones. Del arroz con leche, que durante un tiempo era lo único que Alba toleraba, pasó a prepararle estofados de vacuno, cordero asado, los mejores pescados del mercado y otras proteínas con la intención de echarle kilos encima a su niña, como la llamaba. El resultado se vio un par de meses más tarde; por fin se podía apreciar un bulto del tamaño de una naranja en su barriga. Para entonces la abulia de Alba había sido reemplazada por inagotable energía y se dedicó a empapelar las paredes y pintar los muebles de la cocina, mientras Fresia tejía y cosía ropas de bebé. Con el pretexto del embarazo, Alba seguía sin asomarse a la calle; recluida en la casa no contestaba el teléfono y evitaba a las amigas y parientes. Les hizo prometer a Agustina y Fresia que no le contarían de su estado al tío Nicolás para no tener que darle explicaciones, lo que resultaba muy fácil, porque él andaba ensimismado en sus propios asuntos. Las tres apostaban a que el tío volvería pronto a California.

El-Ángel llegaba a menudo a ver a Alba sin invitación, enviado por su madre para realizar las tareas de hombre, como decía: quitar las hojas muertas de las canaletas, acarrear leña, reparar las tejas y destapar las cañerías. Eran excusas para instalarse a saborear la cocina de Agustina y pasar las tardes en la pajarera relatando sus inagotables aventuras reales e imaginadas e interrogando al tablero de la ouija, que Nicolás encontró entre los bultos olvidados de su habitación. El tío no estaba seguro de si el puntero se movía para responder a las consultas con la energía del pensamiento de los participantes o por intervención de entidades sobrenaturales, pero no importaba, puesto que se trataba solo de un juego inocente. La única que se benefició de la sabiduría de la ouija fue Agustina: compró un boleto de lotería y ganó el equivalente a una semana de su sueldo. Ese fue un incentivo para el tío Nicolás, pero asustó a El-Ángel, quien había participado para divertirse y no con ánimo de alborotar fuerzas ocultas que podían ofender a la Virgen. Se había criado interno en un prestigioso colegio de curas, que su madre se

las arregló para pagar con ayuda de un misterioso benefactor, donde sufrió más que otros niños, porque no daba pie con bola en los estudios y vivía castigado por sus travesuras, como poner excremento de perro en la silla del maestro. No se graduó de la secundaria, porque apenas aprendió a leer a trastabillones y era incapaz de escribir un párrafo, pero los números se le daban bien, podía resolver problemas de aritmética en la cabeza en pocos segundos. Un libro abierto, sin embargo, le provocaba sudor de pánico, descifraba las letras a duras penas sin entender las frases. Su madre le puso tutores que se daban por vencidos al poco tiempo, hasta que uno de ellos le tomó afecto y diagnosticó que era disléxico, término que Tránsito jamás había oído, y le explicó que su hijo no era tan bestia como pensaban los curas, sino que las letras se le confundían y le bailaban en la página; con razón se desesperaba. Lo expulsaron del colegio a los quince años por mala conducta y porque la educación académica le resbalaba sin dejar huella; el paso siguiente era el reformatorio juvenil, pero su madre recurrió a Esteban Trueba, quien estaba en el apogeo de su poder y consiguió que los curas lo retuvieran un par de años más. A los diecisiete Cajeme ya tenía su tamaño definitivo y andaba ocioso en la calle pidiendo guerra, fumando mariguana y esnifando pegamento, hasta que lo tomaron preso por amenazar con un cuchillo de cocina a un turista y arrebatarle la cámara fotográfica. El senador Trueba intervino de nuevo y logró impedir que el muchacho recibiera la sentencia que merecía, fue personalmente a buscarlo cuando lo soltaron, le dio dos bofetadas en plena calle y le advirtió que la próxima vez que hiciera una burrada, no contara con él. A Tránsito le aconsejó que lo alejara de las malas amistades y lo obligara a trabajar. Si para lo único que servía era para el deporte, él podía meterlo en el ejército, donde no había muchas oportunidades de pensar ni de cometer estupideces, solo tenía que obedecer, pero ella sabía que eso de obedecer no se le daba bien a su hijo. Gracias a un cheque de Esteban Trueba pudo mandarlo a México donde sus abuelos paternos.

El chico era producto de una relación muy breve que ella tuvo a los veinte años con un mexicano, que había pasado por el país para una competencia de lucha libre y se quedó un poco más por amor. El hombre reconoció al hijo y aceptó que Tránsito le pusiera el apellido Soto, pero insistió en que llevara su propio nombre, Cajeme, como el valiente jefe de la resistencia yaqui contra el gobierno mexicano en siglo XIX. Nunca contribuyó a su crianza, pero solía enviarle fotos de su numerosa familia, abuelos, tíos y primos, todos mestizos de Sonora. A sus ancestros yaquis, el muchacho debía su estatura de un metro ochenta y dos y su rostro lampiño. «Mi abuela era pura bondad, muy católica, ella me dio la fe en la Virgen, pero mi abuelo no me dejaba pasar ni una, me puso a trabajar la tierra y con cualquier disculpa me daba correazos, decía que yo era de mala índole y eso se cura con sangre. Habría podido aplastarlo como a una cucaracha, pero nunca me atreví, ese viejo era de temer. Creo que me habría matado si yo no hubiera encontrado mi destino en la lucha libre. Mi papá me entrenó y como resulté bastante bueno, decidió retirarse y se convirtió en mi agente. Viajamos juntos por todo México; él me apodó El-Ángel, porque aquí donde ustedes me ven, yo tenía rizos como los arcángeles de las iglesias. Digamos mejor que tenía pelo largo, me hacía la permanente y dormía con cachirulos para encresparlo. Ahora tengo cuatro mechas, por eso me afeito la cabeza. El ring fue mi vida, mi lugar en este mundo durante varios años, pero no es una profesión larga, el cuerpo no aguanta tanto maltrato, hay que retirarse a tiempo o acabar convertido en un viejo curcuncho y patuleco», les contaba a las mujeres y al tío Nicolás, que lo escuchaban embobados, y para probar que no mentía, les mostraba amarillentos recortes de prensa de su época espléndida, cuando se presentaba ante las rugientes multitudes con su llamativo traje celeste, su máscara y su melena. Era un pozo insondable de información trivial, poseía una memoria puntillosa para lo que le interesaba de la radio o la televisión y talento para enriquecer los hechos más banales. A su madre, sin embargo, la mencionaba muy poco, aunque vivía y trabajaba con ella y por lo que dejaba traslucir, estaban muy unidos.

CINTA # 1

He usado tantos alias que ya no tengo claro quién soy. Ernesto, Pancho, Simón y varios más, aunque ahora soy simplemente Miguel Espinosa León, como en mi certificado de nacimiento original y como será en el de mi muerte. Tú quieres que empiece por el principio, Romualdo. Veamos, amigo mío, supongo que tuve padre y madre como todo el mundo, pero no los conocí. Amanda me contó que éramos muchos hermanos, ella la mayor y yo el menor, un crío en pañales cuando se murió mi mamá y ella llegó a recogerme. Me contó que a los demás hijos los repartieron entre parientes y vecinos, algunos fueron a dar al orfanato de las monjas, pero yo era un crío de dieciocho meses, llorón, raquítico y con tos, nadie quería hacerse cargo de mí. Para entonces mi padre se había ido o puede ser que estuviera muerto, porque era alcohólico y pendenciero. Eso se lleva en la sangre, por eso soy abstemio, lo he sido siempre. Para hacer la revolución hay que tener la cabeza clara. Mucho ejercicio, comida sana, entrenamiento, nada de alcohol ni drogas, pero siempre he fumado mucho, dos cajetillas al día y a veces un buen puro cubano. Empecé a militar en las Juventudes Comunistas a los catorce años por monería, por copiar a un amigo, y no le dije nada a Amanda para no asustarla. Mi pobre hermana… no le tocó una vida fácil. Que yo me acuerde, solo hubo un tiempo breve en que estuvimos bien, eso fue cuando se enamoró de Nicolás Trueba, un tarambana, un desgraciado que no supo apreciarla, pero gracias a él nos aguachamos en la casa de esa familia. Clara, la madre de Nicolás, nos acogió, creo que se dio cuenta de que a veces no teníamos ni para comer. Si vieras qué linda era mi hermana entonces, Romualdo… No tengo ninguna fotografía suya ni de nadie, para no comprometer, pero me parece estar viéndola con su falda larga y un sonajero de pulseras, parecía gitana, eso fue antes de los hippies, era una precursora. La mansión que te digo está en una esquina, ocupa como media manzana y supongo que todavía pertenece a la familia Trueba-Del Valle. Cuando era chico me parecía que era un palacio, pero cuando la vi de grande comprendí que es

un esperpento con una fachada de museo y lo demás es una mezcolanza arquitectónica. Cómo iba a imaginar que un día volvería allí para hacer el amor a escondidas.

El Partido me ayudó en los años más difíciles, cuando otros muchachos andaban haciendo fechorías; tú sabes cómo es la cosa: el militante se acoge a las reglas, por joven que sea. Un dirigente me distinguió desde el comienzo, me apegué a él, reemplazó al padre que no tuve, un tipo seco, callado y estricto, nada de zalamerías, pero muy buena persona. Se murió de apendicitis, ¿puedes creerlo? Nadie se muere de eso, pero en vez de ir al hospital aguantó el dolor sin chistar porque los hombres no se quejan, como decía. Pienso a menudo en eso, porque pude haberlo evitado; yo tenía diecinueve años, ya era un hombre, me di cuenta de que estaba muy mal y podría haberlo llevado a la fuerza al hospital. Entre su mujer y yo pudimos salvarlo, pero no nos atrevimos, le teníamos demasiado respeto. Él me hacía estudiar, me revisaba las notas del liceo y no decía nada si yo traía una mala, aunque ponía cara de pena y eso me afectaba más que si me hubiera pegado; por él fui buen alumno y por él fui a la universidad, decía que el Partido necesita gente preparada y yo tenía buena cabeza, debía estudiar leyes para atacar al sistema con sus propios métodos. Tuve que trabajar tres años antes de empezar a estudiar, posiblemente era el alumno más viejo de la escuela y me faltaron solo unas semanas para graduarme, por el golpe militar. Allí encontré mi camino, comencé a leer lo que pude conseguir sobre marxismo-leninismo, se me acabó la timidez. Mientras yo andaba predicando sobre la lucha de clases y contra el imperialismo y sintiéndome superior, porque mis compañeros me admiraban y los profesores no se atrevían conmigo, Amanda estaba profundamente deprimida. No supe que había empezado a pincharse hasta que ya era demasiado tarde, la adicción es implacable. Los signos estaban a la vista y no los vi. Nunca me voy a perdonar por eso. Amanda fue mi única madre, me adoraba, trabajó en los empleos más humildes para mantenerme, soportó mis mañas y mi petulancia y al final hasta dio su vida por mí.

En la universidad ya tenía muy claro que la revolución se hace por las armas, no hay otra forma. La revolución francesa, la rusa, la cubana no se hicieron pactando, se hicieron a fuego y sangre. A la violencia del sistema hay que oponer la violencia revolucionaria. La idea de una revolución pacífica en democracia y dentro de la Constitución era una fantasía, un cuento de hadas, como lo dije siempre y como lo vimos. La izquierda ganó la elección, te confieso que nunca pensé que eso sería posible, pero desde el principio tenía los días contados. Yo era muy crítico con el gobierno y con ese socialismo conciliador y cauteloso, los cambios eran demasiado lentos, insuficientes, el poder del proletariado era pura palabrería, el verdadero poder seguía en las mismas manos de siempre. Fui uno de los primeros integrantes de la Vanguardia Revolucionaria, queríamos tomarnos el poder, quebrar al sistema, pero éramos un puñado de pendejos, pura teoría, alarde y poca preparación práctica. El golpe militar me partió la existencia, como a tantos de nosotros, los que sobrevivimos. Tuve que separarme de Alba, el único amor de mi vida, y asesinaron a mi hermana, pasé a la clandestinidad y desde entonces la lucha revolucionaria es todo lo que tengo.

Capítulo 4

La Esperanza

El mal tiempo llegó antes de lo habitual, con ventarrones y una lluvia pertinaz como lágrimas de viuda, tal como la describió El-Ángel, que tenía vocación secreta de poeta. Alba comprendió que había dejado pasar demasiado tiempo para cumplir con algo que tenía pendiente: ir a la población La Esperanza en busca de la mujer que la había ayudado cuando la dejaron tirada en el basural. La decisión de ir le costó varios meses de debatirse contra un miedo visceral a la calle, a los espacios abiertos y a la gente; solo se sentía segura en la casa con Agustina, Fresia y las visitas de El-Ángel, no necesitaba más. Toleraba al tío Nicolás, pero cuando llegaban sus discípulos y empezaban los cánticos y el sonido peculiar de los instrumentos tibetanos, se encerraba en la pajarera o en la habitación de Clara. No pudo seguir postergando esa deuda de gratitud, porque ya no tenía el pretexto de sentirse mal, en realidad nunca se había visto con más ánimo y energía que en el estado en que se encontraba. Según Agustina, eso era lo normal del cuarto al séptimo mes, después no podría moverse con el peso de la barriga. «Como si te hubieras tragado una sandía, niña».

El-Ángel decidió acompañarla en parte para servirle de guardaespaldas y en parte por curiosidad. Aunque sus orígenes eran muy modestos, su madre se las arregló para mantenerlo por encima de su nivel social y darle una escolaridad de señorito, de modo que La Esperanza era tan ajena a su realidad como las colonias de los nuevos ricos, con sus muros electrificados y sus mastines. Los arrabales de los indigentes habían desaparecido de la vista desde que los cercaron con altas panderetas, así la primera impresión de los turistas que venían del aeropuerto eran parques enmarcados por el perfil morado de la cordillera. Nadie preguntaba qué había detrás

de los muros blancos. Al otro lado estaban las callejuelas de polvo y barro, los perros vagos, los niños sin escuela, las mujeres agotadas por el trabajo y las viviendas de tablas y cartón, donde acudía Clara en otros tiempos, cuando la caridad era una obligación de la gente bien nacida. Alba solo había estado allí aquella noche memorable, cuando aquel niño bendito la recogió en el basural y una mujer desconocida la recibió con un abrazo de madre. Le dijo a Alba que el ruido del vehículo militar a medianoche la había alertado y mandó al chico a ver qué habían tirado allí, seguramente un cuerpo para escarmentar, no sería la primera vez. Alba, demasiado aterrada y adolorida, no le preguntó cómo se llamaba.

A simple vista el poblado era un hacinamiento de casuchas, pero al adentrarse se podían apreciar las calles con nombres, perpendiculares y paralelas a la plaza central, con el mismo trazado de las antiguas ciudades fundadas por los conquistadores españoles. Los primeros habitantes, víctimas de la catastrófica depresión económica de l930, ocuparon ese terreno baldío sin dueño y se organizaron para la sobrevivencia, pronto fueron llegando otras familias y años más tarde, cuando las autoridades intentaron sacarlos, ya eran cerca de mil. El número siguió creciendo y La Esperanza se convirtió en el asentamiento popular más emblemático del país, politizado y activo, un dolor de cabeza para todos los gobiernos y en especial para el actual, que lo allanaba cada dos por tres, pero no había cumplido la amenaza de arrasarlo con excavadoras.

El-Ángel comprendió la imprudencia de llegar en el coche, lo estacionó en las afueras y entraron a pie. Alba iba agarrada a dos manos del brazo de su amigo, mirando por encima del hombro convencida de que la perseguían, con unas ganas tremendas de dar media vuelta y correr a refugiarse entre las paredes de su casa. No sabía en cuál de esas callejuelas estaba la vivienda donde había sido acogida, le parecían todas similares, la tarea de encontrarla era prácticamente imposible. Nadie respondía a las preguntas de esos extraños hasta que alguien les indicó la vivienda del cura, quien

conocía a cada habitante por su nombre, y hacia allí se dirigieron capeando a los perros y los charcos de barro.

El padre Albert Benoit llevaba media vida entre esa gente y hablaba el castellano de los pobres con acento francés. Bajo, musculoso, con cejas demoníacas, testarudo de carácter y enojado por las injusticias que Dios permitía, predicaba el evangelio del Cristo obrero y de la Iglesia de la liberación, razones de más para ser considerado un revoltoso subversivo por las autoridades y un héroe por sus feligreses. Lo detuvieron varias veces, recibió más de una paliza y estaba amenazado con expulsión del país, pero lo protegían el cielo y el cardenal; siempre lo soltaban y volvía a La Esperanza más determinado que antes. El Líder Supremo aún no se atrevía a enemistarse con la Iglesia y así como toleraba a Benoit debió hacerlo con la Vicaría del Buen Pastor, que el cardenal instaló dentro de la catedral para llevar la cuenta de los asesinados y desaparecidos. Encontraron a Benoit arremangado y serrucho en mano cortando una tabla, observado de cerca por un par de aprendices. Una pequeña cruz al cuello era el único indicio de su condición sacerdotal. Al verlos soltó el serrucho y les dio una tibia bienvenida; no estaba acostumbrado a visitantes como ellos por esos lados: el hombre disfrazado de cantante de rock —cuero, denim, cadenas, muñequeras con pinchos de collar de perro bravo— y la joven con un abrigo que le pareció caro, aunque nada sabía de marcas ni precios.

—Haré algunas averiguaciones, pero no les prometo nada —les dijo después de escuchar a Alba—. Aquí la gente es muy prudente. Nadie va a denunciar a esa mujer por haberla ayudado.

—Yo solo quiero agradecerle y tratar de recompensarla si fuera posible… —murmuró ella.

De eso se aferró Benoit para reclutarlos a los dos. Había mucho que hacer, les informó. De partida, conseguir ingredientes para las ollas comunes, que proveían un plato de comida caliente al día, pero

no siempre alcanzaba para todos. En el mercado central donaban los productos que estaban a punto de expirar, pero la demanda era grande, había que establecer buenas relaciones con los verduleros y presentarse con un vehículo justo antes de que cerraran; también se requerían materiales para techos, las familias se estaban mojando, y para la guardería infantil y la escuelita, y juntar fondos para un consultorio básico, los hospitales no daban abasto. El-Ángel, abrumado, le advirtió que Alba estaba embarazada y Benoit replicó que eso no era impedimento para hacer lo que había que hacer.

Resultó que La Esperanza tenía una organización ejemplar, única forma de sobrevivir en la pobreza y la represión. Los hombres, en su mayoría cesantes, pasaban el día sin nada en qué ocuparse o recorriendo la ciudad en busca de empleo temporal, mientras las mujeres hacían todo lo demás, se encargaban de los niños y la comida, impedían robos y riñas, controlaban a los ebrios y algunas salían al amanecer hacia el Barrio Alto a servir como empleadas o a lavar ropa. El padre Benoit se entendía con ellas para resolver los infinitos problemas de quehacer diario. Para los adolescentes había formado equipos de fútbol, de boy scouts, grupos para mantener el orden o limpiar las calles, cualquier cosa que les diera dignidad a esos chicos sin futuro, presas fáciles de adicción y delincuencia. El-Ángel sugirió un club de lucha libre para jóvenes de ambos sexos, porque también las niñas podían batirse en el ring, aunque muy pocas estaban dispuestas a despeinarse, y él era la persona más adecuada para dirigirlo. Ese era un deporte magnífico, le explicó al sacerdote, porque formaba el carácter y requería perfecto estado físico, el luchador no podía permitirse ni siquiera un cigarrillo. Alba le preguntó qué actividades había para las mujeres y las niñas. Había notado que los niños jugaban en la calle, mientras las niñas cuidaban a los hermanitos menores, lavaban en la artesa, acarreaban leña, de acuerdo con el tácito entendido de que el género femenino no descansa. Tenían un centro de madres, le informó el padre Benoit, pero las mujeres no disponían de tiempo libre, estaban atareadas tratando de «parar la olla», como llamaban a la mera subsistencia, y respecto a las muchachas, era poco lo que

se podía hacer, porque se quedaban embarazadas en la temprana adolescencia y mientras el culpable se lavaba las manos, ellas se convertían en madres apenas salían de la infancia. El-Ángel intervino para opinar que no todo había de ser trabajo y más trabajo, las mujeres necesitaban un pretexto para reunirse, reposar los pies y chismorrear; por ejemplo, un taller de costura o artesanía, y sin consultarla le dijo al sacerdote que Alba se encargaría de fundarlo.

—¿Estás loco? Yo no sé nada de eso —le reprochó ella en el coche.

—Aprende, pregunta, infórmate. Yo te voy a acompañar al principio, hasta que entiendas que no te va a pasar nada. No puedes seguir encerrada, Alba. Necesitas algo que te distraiga para que dejes de gastar la existencia en lamentarte.

Capítulo 5

El doctor

Tal como Alonso Vial sospechaba, Alba no acudió a la cita de control que le tocaba. Estaba seguro de que los antibióticos habrían hecho efecto, pero temía que estuviera atrapada en un círculo de violencia. El misterio de ella lo intrigaba y confundía; trataba a sus pacientes con eficacia, para eso se mantenía al día con los adelantos de su profesión, aunque se cuidaba de las emociones que interferían con la claridad de la mente, por lo mismo le inquietaba su tendencia a pensar demasiado en Alba, no entendía por qué le había causado tanta impresión. Tal vez era bonita, con sus facciones finas, sus ojos sombríos y su cabello de un extraño color que parecía verde en la luz neón de su consultorio, pero en el estado en que él la vio nada tenía de atractiva, más bien daba lástima. Su rostro pálido y ojeroso se le aparecía cuando estaba esquiando con su hermano o en sus excursiones en bicicleta, la veía como un pincelazo fugaz en la calle o en los desnudos pasillos de la clínica. Supuso que para entonces debía notarse el embarazo, un esqueleto de mujer con una pelota por delante, ojalá hubiera ganado algo de peso, y ¿cómo fue ese accidente que le mutiló una mano? Averiguó discretamente que era nieta del senador Trueba, un personaje legendario, según le contaron, pero de quien él nunca había oído, porque había pasado demasiados años en los Estados Unidos. Se enteró por su hermana menor y algunas de sus amigas que Alba había sido una joven alegre y popular, que tocaba el violoncelo y siempre estaba dispuesta a cantar y bailar, pero nadie la había visto desde hacía meses, suponían que después de la muerte de su abuelo se había ido donde sus padres. Esa descripción no correspondía para nada con su paciente; de ser cierto, algo terrible debió ocurrirle para que cambiara tanto.

A Alonso le habían asignado su profesión al nacer. Su abuelo, médico célebre y fundador del Hospital Santos Cosme y Damián , le metió en la cabeza desde la cuna que iba a ser médico y empezó a prepararlo muy temprano para ese fin; a los ocho años lo llevaba al hospital para que se familiarizara con el dolor y la muerte y a los trece lo hizo presenciar su primera autopsia, ante el horror de Kathy, su madre, una norteamericana que nunca se adaptó al país ni a la familia de su marido, unos nativos medio salvajes a su parecer. Kathy chapurreaba el español de mala gana y se aferraba a cualquier excusa para escapar a Filadelfia, por eso sus hijos se criaron hablando inglés y con un pie en los Estados Unidos. Alonso entró a la Facultad de Medicina sin ningún esfuerzo, de hecho, sabía más que varios de sus profesores, se graduó con la distinción máxima de su promoción y comenzó su residencia en el hospital del abuelo, quien había muerto antes de cumplir el sueño de verlo convertido en médico. Tal vez porque nunca se le ocurrió que había otras opciones, asumió su profesión como un sacramento que lo comprometía hasta la muerte, tal como asumió su matrimonio. El juramento hipocrático hecho al graduarse equivalía en solemnidad a los votos nupciales. Se casó con Constanza Tupper, amiga desde la escuela primaria y la única novia que tuvo sin que jamás otra mujer le interesara. Al año siguiente nació Matías y la pareja se trasladó a Boston, donde él iba a hacer un posgrado siguiendo el ejemplo de su hermano mayor, Marcelo, quien estaba en Chicago haciendo el suyo en economía. Alonso tenía la vida llena con los estudios, la práctica en un hospital y los deportes: jugaba al tenis y era campeón de tiro al blanco. Su abuelo le había enseñado a disparar apenas pudo sostener un arma en las manos. Cuando terminó el posgrado, consiguió un buen empleo en un hospital de Boston, donde se instaló con su pequeña familia. Entretanto, Constanza esperaba la oportunidad de ocuparse en algo más interesante que cuidar al niño y limpiar el modesto apartamento. Había estudiado historia del arte, pero su visa no le permitía trabajar.

Constanza reunía las características que a Alonso más lo conmovían, porque eran justamente las que a él le faltaban: era tan alegre, impulsiva, bohemia y ruidosa como él era introvertido y estudioso. Tenían poco en común, pero se complementaban, al menos eso creía él. No hubiera cambiado ni un pelo de su mujer, la amaba y le gustaba incluso cuando le buscaba camorra, lloraba a gritos sin razón aparente, o él llegaba a la casa y la encontraba haciendo la maleta para irse a ver a su familia en un súbito ataque de nostalgia. Desde el primer momento Constanza detestó la cultura estadounidense; no conocía a nadie, se aburría con las labores domésticas y no le parecía necesario preocuparse demasiado por el hijo, quien resultó autosuficiente desde la cuna. En Boston, los inviernos se le hacían insoportables y eternos; la falta de sol la sumía en una melancolía tan profunda que se encerraba en su habitación arropada con frazadas sin acordarse de Matías, quien se alimentaba de bananas y barritas energéticas si su padre no estaba cerca. Tal como había hecho su suegra norteamericana, que vivía con un pie en Filadelfia, ella huía de vuelta al hogar paterno varias veces al año arrastrando consigo al niño. La escolaridad de Matías era caótica, pero resultó estudioso como su padre y se las arreglaba para superar exámenes y pasar de curso con las mejores notas. Cuando llegó al poder un gobierno de izquierda y medio país entró en estado de pánico, especialmente en su clase social, Constanza siguió viajando con su hijo, mientras Alonso permanecía en Boston. No sabía nada de política, como ella misma admitía, pero defendía el experimento socialista, que consideraba de lo más peculiar, por el puro afán de provocar a sus amistades y a su marido. «No tienes derecho a opinar, porque nunca has tenido que hacer cola para un rollo de papel higiénico», la espetó su suegra. «Y usted tampoco, para eso tiene empleadas», le respondió Constanza. Los Vial eran un clan tradicional y conservador, que consideraban a esa nuera como una bomba de relojería, nunca se sabía qué imprudencia cometería ni qué pachotada iba a soltar en el momento menos apropiado, pero sentían por ella la misma fascinación que Alonso. Por atrevida y arrebatada que fuera, no se podía negar su simpatía. Era prodigioso que, con tal madre, Matías no presentara síntomas de neurosis o

trastornos de conducta. Tampoco era ensimismado como el padre. «Tuvimos suerte, este niño parece adoptado», decía Constanza.

Alonso terminó su posgrado y se quedó trabajando en los Estados Unidos a la espera de que se resolviese la situación política en su país, que llevaba tres años dando que hablar en el mundo por haber elegido mediante el voto popular a un presidente socialista, cuyo gobierno se sostenía a duras penas con una oposición inclemente: sabotaje económico sistemático de la derecha y agresión de los Estados Unidos. El resultado era escasez, racionamiento, desorden, división irreconciliable entre partidarios y enemigos del gobierno. La mitad de sus amigos y de su familia se habían ido a otras partes a esperar que escampara la tormenta. Alonso no tenía prisa en regresar, prefería aguantar un tiempo más, hasta las próximas elecciones, cuando sin duda se daría vuelta la tortilla y la izquierda sufriría una derrota inevitable. Como experimento, ya bastaba. A Constanza, en cambio, el presente y el futuro de la política le daban lo mismo, porque no la afectaban en lo personal. Sus ausencias de Boston se hicieron cada vez más prolongadas y frecuentes y ya no era posible atribuirlas al invierno, porque también desaparecía en verano. Su marido no sospechó hasta que ella se lo anunció claro y pelado: se había enamorado de un chef, paradójica elección para alguien que vivía a dieta.

Dante Rossi, de obvio origen italiano, dueño de La Tavola Antica, el mejor restaurante de la capital, jamás se vio limitado por lo que faltaba en el mercado, se las arreglaba para obtener lo que necesitaba o reemplazarlo con proezas de creatividad, como su famoso filete bourguignon, que preparaba con coliflor en vez de vacuno. Constanza lo conoció en una gala para recaudar fondos para la sociedad protectora de animales, cuando ganó como premio una clase de cocina con él. El día señalado tuvo que levantarse al amanecer para acompañarlo al mercado central en busca de lo que pudieran encontrar. Si escaseaban los pollos, había que arrebatar el

pescado antes de que otro más vivo se adelantara; si faltaba pescado, tal vez consiguieran conejos. Dante le explicó cómo se elegía un melón, cuándo una berenjena estaba en su punto, cuáles papas servían para ñoquis y cuáles para freír. La forma en que palpaba, olía y sopesaba cada ingrediente despertó en Constanza una sensualidad que Alonso ni siquiera imaginaba que ella albergara. Más tarde, en la cocina del restaurante, entre ollas de cobre y sartenes de hierro, esos humildes vegetales se transformaron en las manos del chef en un banquete. Por cuidarse la línea, ella había desechado de su existencia el gusto de comer, pero en ese día inolvidable probó todos los bocados que el cocinero le sirvió de su propia mano, soplando la cuchara y mirándola a los ojos, y despachó los platos de fondo acompañados del mejor vino con la voracidad acumulada durante años de padecer hambre. Tras el cierre del restaurante, cuando el último empleado se retiró, se acostaron en el piso de la cocina, donde flotaba la fragancia deliciosa de los diversos platos que sirvieron esa noche. «Vaya, me gané un premio doble», suspiró ella acaballada sobre el italiano extenuado. Fue amor a primera vista. Separarse por el tiempo que ella debía pasar con Alonso en Boston era un suplicio; pronto decidieron que lo más racional era vivir juntos.

El marido engañado recibió la noticia como un garrotazo en la nuca. Jamás imaginó que Constanza pudiera dejar de quererlo, porque él no podría hacerlo, estaba condenado a amarla para siempre. Durante los meses siguientes pasó por las etapas normales de furia, celos, depresión y la determinación de reconquistarla, que se desinflaba al comprobar que ella no respondía a sus cartas, telegramas y frecuentes llamadas por teléfono. En sus peores momentos planeaba formas de venganza, como quitarle la custodia de Matías a esa ramera, pero al final se calmó lo suficiente para viajar a enfrentarla con ánimo de reconciliación: pecar es humano, perdonar es divino. Constanza lo recibió tan contenta en la pequeña casa de sus padres, sin el menor cargo de conciencia, y esa noche

durmieron juntos con Matías al medio, porque no había otra cama libre. Al día siguiente ella le agradeció la nobleza de haberla absuelto, le reiteró que no pensaba volver con él a Boston y agregó que se iría a vivir con su amante. Matías no tenía inconveniente, de hecho, lo anticipaba con ansias, porque Dante vivía en una comunidad cerrada con otras cuatro familias donde había muchos niños y varios perros. Constanza lo llevó a La Tavola Antica a conocer a su rival, ya que este tendría un papel importante en la crianza de Matías. Se sentaron a conversar en un rincón de la cocina mientras compartían una botella de chianti y bocadillos de salmón ahumado. Alonso, ofendido y enojado, tieso en su silla, se fue relajando a medida que el vino hacía efecto e iba conociendo a Dante Rossi. Una hora más tarde se despidió de la pareja bastante más tranquilo; debió admitir que la atracción entre esos dos era inevitable. El chef parecía una caricatura del italiano de las películas, exagerado, gesticulador, parlanchín y con modales de galán, pero bajo esa superficie exuberante había un hombre amable que inspiraba confianza y en un momento, hacia el final de ese singular encuentro, le dijo que sentía mucho haberle causado tanto pesar, comprendía lo difícil que era esa situación para él y le prometió que cuidaría a Constanza y Matías como si fueran su esposa legítima y el hijo de su sangre. A pesar del tono melodramático, que en principio le parecía sospechoso, el esposo cornudo se conmovió.

Alonso se resignó a perder a su mujer, pero estaba decidido a mantenerse presente en la vida de su hijo. Renunció a su empleo en Boston y regresó a su patria semanas antes de que el socialismo en democracia terminara con un golpe militar y un baño de sangre. Se instaló en un departamento moderno en pleno Barrio Alto y empezó a trabajar por las tardes en la Clínica Inglesa y tres mañanas por semana en el hospital público Santos Cosme y Damián, donde atendía docenas de pacientes a toda prisa, sin disponer de tiempo para averiguar sobre sus vidas. Insistía en ver a su hijo tan a menudo que cuando Constanza y Dante se fueron a vivir juntos acabaron adoptándolo como otro miembro de su pequeña familia. Se llevaban muy bien y Constanza tuvo la fantasía de convivir en un

triángulo amoroso que facilitaría la crianza de Matías, aliviaría el gasto y le daría a ella dos hombres muy diferentes, como en la novela de Jorge Amado, Doña Flor y sus dos maridos, que había leído y releído porque la idea le parecía digna de imitarse. A veces la exuberancia de Dante la irritaba, demasiado queso parmesano y ópera, y en esos momentos echaba de menos la paz de cementerio de su matrimonio con Alonso, cuando de puro aburrida se daba tiempo para pensar. Su proposición no resultó por falta de cooperación de los hombres, que inexplicablemente se ofendieron, cómo diablos se le ocurría que iban a dormir todos en la misma cama, alegaron, pero eso no era lo que ella tenía en mente, sino turnarse, los días pares con uno y los impares con el otro. En todo caso, Alonso nunca había comido mejor que en el hogar de los Rossi, agradecía que Matías fuera normal y apreciaba como es debido las ventajas de tener a Constanza por amiga en vez de esposa.

Capítulo 6

La amable espera

El embarazo fue lo mejor que le podía haber ocurrido a Alba. La criatura ocupaba su cuerpo, su mente y su alma, no dejaba espacio para nada más, era una compañía permanente, le hablaba y le cantaba, se dormía imaginándola. Ya la llamaba Aurora. «Te vas a llevar un tremendo chasco si sale hombre», le advirtió Agustina, pero a ella no le cabía duda de que era una niña. Creía que Clara se lo había indicado y el tío Nicolás lo confirmó con el tablero de ouija cuando fue imposible disimular el tamaño de la barriga y no quedó otra que decírselo; tuvo el buen tino de no preguntar quién era el padre. Aurora como el amanecer, el momento en que aparece la primera luz. Aurora como las mujeres de la familia: la bisabuela Nívea, la abuela Clara, su madre Blanca, todas con nombres que significaban claridad. Los sinónimos en español no se habían agotado, quedaban Luz y Sol y Lucía…, pero por curiosidad Alba empezó a buscar en otros idiomas como Edurne en vasco o Kiara en italiano, hasta que en uno de los cuadernos de Clara encontró una mención a Aurora del Valle, una famosa fotógrafa de la generación de su abuela, que tenía un sitio de honor en la familia. Esa mujer había dedicado su larga vida a preservar las imágenes más notables del país, las calamidades y las celebraciones, la miseria y la abundancia. Había muerto a los noventa años sin alcanzar a ver la república gobernada por las armas. Aurora era el nombre perfecto.

Alba se sentía anclada, con los pies en la tierra, fuerte por fuera y blanda por dentro, ya nada le importaba demasiado, solo Aurora. A medida que le crecía la barriga y ganaba peso, adquirió un aspecto radiante, le refulgían los ojos, se le puso la piel luminosa y sonrosada. «Eso siempre pasa con el embarazo, porque las venas se llenan de sangre nueva», le explicó una de las mujeres de La

Esperanza, donde iba dos o tres veces por semana. Había logrado apaciguar en cierta medida la fobia a salir. No andaba por la calle ni hacía vida social, pero en la población se sentía segura. Iba con El-Ángel en el Cadillac azul corintio del abuelo, uno de los pocos automóviles lujosos de antes, cuando las importaciones estaban restringidas, y lo estacionaba frente a la cabaña de Benoit, quien había impartido instrucciones de respetarlo. A veces los niños lo limpiaban por unas monedas y los novios pedían permiso para fotografiarse adentro. Un día en que las socias de la olla común la estaban esperando y El-Ángel no pudo acompañarla, tuvo que ir sola, después de mucho vacilar. Eso sirvió para que empezara a perder temor al mundo y se atreviera a salir de vez en cuando sin su fiel guardaespaldas. Los pobladores se acostumbraron a su presencia y ya no la trataban con sospecha, pero ni así pudo averiguar la identidad de quien la ayudó aquella noche. «Deja de buscarla, Alba. Pudo haber sido cualquier madre, todas habrían hecho lo mismo», le dijo Alice Murphy, la misionera norteamericana que vivía en La Esperanza y jugaría un papel decisivo años más tarde. Se trataba de una joven diminuta con gruesos lentes de miope y mejillas coloradas, con cierta reputación de santa entre la gente del asentamiento. Había crecido en Chicago en una familia de origen irlandés, todos católicos observantes, pero ella era la única entre los siete hijos con vocación religiosa y se hizo laica consagrada apenas salió del colegio. Profesaba los votos de pobreza, castidad y obediencia, pero no pertenecía a una congregación. El padre Benoit la quería como a una hija y el cariño era mutuo.

El taller de artesanía resultó más popular de lo que el sacerdote había anticipado porque muchas mujeres se sintieron con derecho a escapar del trabajo y compartir unas horas de recreación. Se organizaron en turnos y mientras unas cuidaban a los niños y a los viejos, otras asistían al taller. Alba compró pinturas de acrílico y un horno para las cerámicas, pero lo que tuvo más éxito fueron las arpilleras. Con trapitos multicolores, las mujeres creaban escenas de la vida cotidiana en telas de saco: la olla común, la cola para el grifo de agua, los camiones militares, los presos, las bombas

lacrimógenas, las mujeres frente a la morgue. Tuvieron un destino fortuito. Alba le regaló una a Violeta del Valle, a quien le debía más de una atención, porque a ella la estaba ayudando con sus finanzas, y a Agustina, a invertir lo que le había dejado el abuelo. Esa prima de su madre, con visión de buen comerciante para detectar oportunidades invisibles, se había enriquecido con casas prefabricadas y una compañía de hidroaviones privados para pasajeros y carga que llegaban dondequiera que hubiese suficiente agua.

Violeta le presentó a un amigo de la embajada de Noruega, «por si alguna vez tienes que asilarte», le dijo. El hombre estaba maravillado por la arpillera, que representaba un entierro digno de los pinceles de Chagall: un ángel se llevaba al difunto al cielo, la viuda y los niños lloraban, un borracho empinaba su botella y en una esquina vigilaban dos soldados con metralletas. Demasiado alto, pálido y con aire de sonámbulo, el noruego calculó de inmediato el impacto que las arpilleras podían tener como testimonio y denuncia. Eran los tiempos de la resistencia, como decía, y pronto llegarían los tiempos de la oposición, así había sido en su juventud, cuando los nazis ocuparon Noruega en l940. La resistencia era reactiva pero fundamental, porque en ella se gestaba la oposición activa que derrocaría a la dictadura. Gracias a él, que mandaba las arpilleras a Europa, donde algunas fueron a dar a galerías de arte y museos, varias mujeres de La Esperanza contaban con un ingreso. En vista del éxito afuera, se pusieron de moda en el país como arte primitivo y terminaban colgadas en las paredes de aquellos que no tenían ni el menor interés en recobrar la democracia. Entonces la primera dama, doña Lorelei, puso a las integrantes de los centros de madres del gobierno a hacer arpilleras optimistas de niños jugando a la ronda, familias en torno a una mesa abundante, rodeos de caballos embanderados, desfiles militares y otros temas patrióticos. No tuvieron el éxito esperado.

Alba empezaba a sentirse pesada y lenta, con dolor de espalda, los tobillos hinchados y una modorra tenaz que había reemplazado la energía anterior y la asaltaba en cualquier momento del día y no siempre de noche. Pasaba horas en el escritorio de su abuela escribiendo a Miguel cartas a máquina con dos dedos y componiendo la historia de su familia a partir de los antepasados que poblaban los cuadernos de Clara hasta el presente. Calculaba que cada uno de ellos le aportaba algo de sus genes y sus experiencias a Aurora; su hija era la depositaria de la memoria familiar. No tenía que inventar, su labor era dar algún orden a esos fragmentos, en lo posible cronológico, y para eso debía deducir las fechas aproximadas. Allí estaban su abuelo cuando era joven luchando por hacer su fortuna, y después del terremoto, cuando quedó con la mitad de sus huesos rotos, se le descompuso aún más el carácter y comenzó a cumplirse la maldición de su hermana Férula, a quien él expulsó de la familia en un arrebato de celos: «Se te va a encoger el cuerpo y el alma y te vas a morir solo como un perro»; sus tíos Jaime y Nicolás, mellizos tan diferentes que no parecían de la misma sangre; su madre, Blanca, enamorada de Pedro Tercero, y un enigmático conde Jean de Satigny, que se casó con ella forzado por Esteban Trueba para tapar el hecho de que estaba embarazada. El conde desapareció antes de que Alba naciera, solo le legó su apellido. Ella creyó que su padre había muerto de fiebre en el desierto, esa fue la versión que le dieron, hasta que descubrió que su padre no era aquel francés sino Pedro Tercero García, humilde campesino de Las Tres Marías y cantautor folclórico y de protesta, a quien el abuelo declaró la guerra por haberse atrevido a poner su mirada de peón descalzo en su hija Blanca. En realidad, a ella le correspondía llamarse Alba García. «Me tomé muchas molestias para darte un apellido noble, ni se te ocurra cambiártelo», le advirtió su abuelo, para quien el linaje era fundamental y solo se aplicaba a los hijos legítimos. «Te llamas Alba Satigny Trueba y ese será el nombre en tu lápida, ¿me has oído?», y como a ella el apellido le daba lo mismo, no discutía con el viejo por esa nimiedad.

Los cuadernos de Clara comenzaban con Barrabás, un cachorro de raza desconocida que llegó en el equipaje de un tío abuelo explorador, creció sin control y de adulto parecía un cruce de perro con caballo, como se podía apreciar en su piel convertida tras su muerte en alfombra; y con su tía abuela Rosa, la primera novia del abuelo, que era bella como una sirena y murió envenenada. Alba notó que todos los personajes de esas páginas eran extravagantes y dedujo que simplemente Clara decidió omitir a aquellos parientes con sentido común. En el fascinante proceso de recrear el pasado como un rompecabeza olvidaba el miedo y el odio contra su verdugo y otros como él, perdonaba a su abuelo por las acciones cometidas motivado por la ira, la lujuria o la codicia, perdonaba a Miguel por haber escogido la lucha armada y por haberse ido, se perdonaba a sí misma por aquellos momentos en que perdía la esperanza. Todo estaba bordado en una enorme tapicería, los actos de cada uno tenían consecuencias que recaían sobre los hijos, los nietos y otros inocentes que terminaban pagando por las faltas ajenas. Nada era fortuito. Sentía la voz de Clara contando y contando; su papel no era explicar ni justificar, solo transcribir: era la escribana. Algunas de las anécdotas le parecían inverosímiles, como el tío que fue enterrado dos veces, o la cabeza decapitada de su bisabuela olvidada en una sombrerera, pero no intentó comprobar los hechos, solo anotarlos. Navegando en el desorden de los cuadernos se mantenía entretenida y el espectro de la prisión retrocedía a segundo plano. Pasaba días sin pensar en eso.

Estableció una correspondencia obsesiva con su madre, pero tenía muy poco contacto con Pedro Tercero, ese padre remoto y casi desconocido. Blanca le hablaba de Calgary, la ciudad donde se habían instalado, de cómo era la vida en Canadá, la paz, la convivencia amable, el desinterés por la política, una existencia ideal para ella, que tenía un círculo de amigas, hacía yoga, pertenecía a un club de lectura y vendía sus cerámicas en una galería de arte. Le sugirió a Alba que le enviara algunas arpilleras de La Esperanza, estaba segura de que tendrían una gran aceptación, los canadienses apreciaban el arte primitivo. Sin embargo, el exilio era muy difícil

para su compañero. Pedro Tercero ya no era el hombre apasionado de voz cálida y profunda para cantar a la justicia, al amor de los pobres y a la revolución, el hombre que ella amaba con devoción obsesiva desde que eran niños y jugaban a revolcarse en el polvo en Las Tres Marías, desde que eran adolescentes enardecidos de deseo y retozaban a la orilla del río, desde que empezaron a madurar separados por las convenciones sociales. Ahora, al fin, podían vivir juntos y alentar ese amor tantas veces postergado. Se habían casado, porque él se lo pidió mil veces, pero eso no bastó para darle confianza en el amor que ella le ofrecía, nada era suficiente para Pedro Tercero. Estaba aferrado a la depresión como un deber moral de solidarizar con las víctimas, con los caídos, con los desaparecidos, se culpaba por estar vivo y aprovechar la hospitalidad de ese país generoso como un cobarde, un traidor, mientras tantos otros sufrían la represión. Se perdía por horas, a veces el día entero, en excursiones por las montañas, siempre solo, siempre triste. No hacía esfuerzo alguno por aprender el idioma e integrarse, había rehusado los empleos que le ofrecieron, se limitaba a dar clases de guitarra a un par de alumnos. «No reconozco a tu papá, Alba. Lo he querido siempre, solo a él, a ningún otro hombre, pero ya no sé cómo alcanzarlo. La nostalgia lo está destruyendo».

Por suerte contaban con la ayuda que les había dado el abuelo en vida y el dinero que les dejó en herencia. «Imagínate, Alba, después de haber odiado tanto a Pedro, de haberse opuesto de manera tan brutal a nuestro amor, de negar incluso que él es el padre de su nieta, el viejo comprendió el mal que nos había hecho, consiguió asilarnos y al despedirse nos bendijo. Te confieso que me ha costado mucho reconciliarme con él y creo que solo lo he logrado por completo ahora, cuando él ya no está en este mundo y nunca más podré abrazarlo. De chica le tenía un respeto que lindaba en el miedo, era autoritario, sus deseos eran órdenes, ni siquiera mi mamá se atrevía a oponerle resistencia y optaba por evadirse a su propio mundo. Nunca entendí por qué se casó con él y lo seguía queriendo a pesar de las diferencias. Cuando Pedro y yo no pudimos seguir ocultando el amor, mi papá se convirtió en el enemigo más

despiadado. Quiso matar a Pedro y casi lo consiguió. El hachazo que le propinó iba destinado a la cabeza, pero le dio en la mano derecha y le rebanó tres dedos; pero ya ves, Alba, ni así Pedro dejó de tocar su guitarra. Mi papá no pudo callarlo, pero nos amargó la vida. Ahora, cuando ya es tarde, lo he perdonado, porque creo que fue víctima de sus propios demonios, y trato de recordar los pocos momentos buenos que compartimos».

A pesar de la perturbadora presencia de Barrabás, el perrazo mitológico abierto de patas en el suelo, Alba se apoderó de la habitación de Clara, con sus paredes tapizadas de seda azul y la cama de velos; allí percibía la presencia de su abuela y a veces de su tío Jaime, pero su abuelo era más esquivo. Supuso que su alma todavía andaba un poco confundida, como había sugerido Luisa Mora. «Si quieres, podemos llamarlo», le había ofrecido, pero ella no quiso recurrir a la mesa de tres patas para apurarlo; su abuelo acudiría cuando estuviera listo. Clara, en cambio, había cumplido la promesa que le hizo antes de morir: «Mientras me recuerdes, siempre estaré contigo». En esa pieza apacible del color del cielo despejado había instalado su máquina de escribir y sobre una mesa tenía la pila de cuadernos y las resmas de papel.

Al principio Barrabás la distraía por su hábito de mirarla fijo con sus ojos de vidrio, pero no quiso mandarlo de vuelta al sótano, donde estuvo olvidado durante años, porque su abuelo le contó que el perro había acompañado a Clara desde la infancia. Con la intención de darle una sorpresa a su esposa, Esteban Trueba mandó curtir la piel del animal después de que murió, pero al ver a su mascota querida convertida en una macabra alfombra, Clara se desmayó. «Para que veas lo poco que entiendo a las mujeres», agregó su abuelo. En honor a esa buena intención, Alba dejó a Barrabás echado al centro de la habitación reposando en el sueño apacible de la taxidermia.

Guardaba las cartas que componía para Miguel y no podía enviarle en un compartimento disimulado entre las piezas ensambladas del piso de madera, que Clara le había mostrado cuando ella tenía seis años. En caso de que volvieran a allanar la casa, esas cartas estaban a salvo.

Mi adorado Miguel:

Mándame una señal, dime dónde andas, necesito saber que estás bien y que piensas en mí como yo pienso en ti. No sabes cómo te echo de menos, cómo te llamo con el pensamiento y te espero; heredé de mi abuela el talento para invocar con la mente, me basta pensar en alguien para que llegue, pero contigo no me resulta. Te llamo y te llamo a cada rato porque tengo algo importante que contarte, algo que te hará feliz y que quiero decirte en persona para ver tu expresión cuando lo sepas y oír lo que me dirás y sentir tu abrazo apretado. Estoy esperando una guagua. Sí, Miguel, estoy embarazada. Será una niña, estoy segura, nuestra niña, y se va a parecer a ti, solo a ti, tendrá tu coraje, tus ojos negros, tu idealismo, tu corazón apasionado. De mí quiero que tenga solamente la capacidad de amar. Es cierto que hay desgarro y sufrimiento en el amor, pero también hay dicha y esa dicha pesa mucho más en la balanza que el dolor. Guardo como un tesoro los recuerdos de los momentos que alcanzamos a vivir juntos y vuelvo a sentir esa inmensa felicidad, la anticipación, la prisa por llegar a ese sótano que era nuestro paraíso, los besos eternos, tú y yo enredados en un abrazo tan absoluto que desaparecía la barrera de la piel, éramos uno, el mismo aliento, el mismo pulso, el mismo calor. A veces vuelvo al sótano y enciendo unas velas, como hacíamos cuando estábamos juntos, y repito tu nombre, Miguel, Miguel, Miguel mil veces, y me quedo allí reviviendo cada instante que compartimos, te hablo, te cuento de la niña que tengo adentro, hago planes de fantasía que tal vez nunca se cumplan, porque es posible que no vuelvas. No. No voy a imaginar eso, no quiero llamar a la desgracia

con el pensamiento. Ni siquiera puedo buscarte, Miguel, me dijiste claramente al despedirte que no lo hiciera. Tampoco sabría por dónde comenzar.

Ya se me nota la panza y la niña se mueve, está flotando en agua clara como un pez; sé que me oye, por eso le hablo, le canto y le narro bajito cuentos mágicos para que no se aburra en esta espera de nueve meses. También le hablo de sus antepasados, empezando por los más antiguos que figuran en los cuadernos de Clara, su bisabuela, para que los vaya conociendo, con ellos no hay cómo aburrirse. Es un milagro que ella exista con mi sangre, mis tejidos, mi aliento, cada latido de mi corazón, cada uno de mis pensamientos, todo lo que hago ella lo siente y todo lo que siento a ella le afecta, por eso no puedo permitirme ni una sola lágrima por ti ni por mí. Voy a recordar lo mejor de nosotros, la pasión y la ternura, pero no voy a lamentar tu ausencia para que la niña no llegue al mundo con esa ausencia en la memoria. Mis días son muy largos desde que se murió mi abuelo. Esta casa tiene eco, es fría y oscura, imposible de calentar en esta época del año, estoy esperando la primavera, cuando pueda abrir las ventanas para que entre el sol. Si tú estuvieras aquí, sería siempre primavera. Cuando nuestra hija esté aquí, será siempre verano.

¡Te quiero tanto! Este amor me consume, Miguel. No puedo tener a esta niña sin ti, sin su padre.

Alba

Capítulo 7

El amigo

Alba renunció a emplear más ayuda doméstica, como había planeado, porque Agustina se opuso a cada una de las candidatas que se presentaron y al final dijo que prefería trabajar como mula antes que tratar con gente extraña. Dejaron cerrada la mayor parte de la vivienda, pero siguieron limpiando la pajarera, los salones, el comedor principal y especialmente la biblioteca, porque Alba estaba segura de que cuando viniera su abuelo a visitarla, lo encontraría allí, sentado en su sillón favorito con su bastón de plata y un whisky en la mano. Al tío Nicolás lo reclamaba su trabajo y no pudo postergar más su regreso a California; se fue con la promesa de mantenerse en contacto. Desaparecieron sus discípulos y un apacible silencio de convento reinó en la casa. Las tres mujeres suspiraron aliviadas, su estadía había sido demasiado larga, pero pronto empezaron a echarlo de menos. Nicolás era como el mar, siempre en movimiento, hipnótico.

Mientras pudo soportar el dolor de espalda, Alba continuó asistiendo a los talleres en La Esperanza y recogiendo donaciones de alimento para las ollas comunes, que eran mucho más que un paliativo al hambre y al desempleo, era un foco de resistencia. El gobierno lo tenía claro: La Esperanza era un nido de subversivos. Cuando allanaban la población volteaban los calderos y pisoteaban los alimentos; en esos días había muy poco que comer. Ella procuraba llegar temprano para aportar lo que conseguía y recolectar las contribuciones dentro de la población —un puñado de arroz, una taza de frijoles, huesos para la sopa, a veces algo de dinero—, todo a cargo de las socias, que decidían el menú de acuerdo con los ingredientes disponibles. La estricta contabilidad la revisaba el padre Albert Benoit para mayor transparencia, aunque él

mismo admitía que Dios no le había dado cabeza para los números. En ocasiones solo tenían harina y había que conformarse con pan y té. Al mediodía preparaban la comida en grandes calderos en cocinas a leña, mientras intercambiaban información y planeaban las acciones comunes, desde algún festejo hasta las protestas, que requerían ciertos preparativos. Ponían música popular en radios a pila para alegrar el ambiente cuando la gente desfilaba con sus platos, primero los niños y las embarazadas, transformando así la humillación del hambre en la dignidad de compartir.

En torno a la olla común, Alba identificó por fin a la mujer que la había acogido cuando la liberaron. Se parecía a muchas otras, ancha de pecho y caderas, con el pelo negro veteado de canas y una sonrisa fácil en que faltaban algunos dientes. Si no hubiera estado tan débil, dolorida y aterrorizada aquella noche espantosa, habría grabado para siempre ese rostro en su corazón. La casucha no tenía más luz que un bombillo y ella no estaba en condición de fijarse en nada. Se dejó arropar con una manta, bebió el té que le ofrecieron y después de hablar largamente se durmió agotada sobre una colchoneta en el suelo junto al niño que la rescató y otros dos más pequeños. También ese chico, nieto mayor de la Mandona, se parecía a los demás de su edad en el campamento: desarrapado, travieso, flaco y alegre.

—Es usted, ¿verdad, señora? Usted se atrevió a ayudarme, se arriesgó por mí. La he estado buscando, le he preguntado a todo el mundo por usted… —le dijo Alba.

—¿Para qué me anda buscando, pues? —le contestó la mujer mientras picaba un atado de zanahorias.

—Para darle las gracias. Pienso en usted a cada rato. Tengo una deuda inmensa, no sé cómo pagarle lo que hizo por mí.

—Eso no se paga —replicó la otra encogiéndose de hombros.

Alba comprendió que Benoit, Alice Murphy y las socias de la olla común sabían quién era su benefactora y no se lo habían dicho por el convenio tácito de protegerse mutuamente. Esa mujer tenía nombre, pero nadie lo recordaba; le decían la Mandona, porque había nacido para ser obedecida. Tuvo el primero de cinco hijos cuando apenas había cumplido quince años y el último a los veintidós y hubiera seguido echando chiquillos al mundo si el marido se hubiera quedado con ella, pero se fue sin despedirse, como tantos otros, agobiado por el peso de las bocas que debía alimentar, y nunca más se supo de él. Fue una bendición para la Mandona, que solía aparecer machucada o con los ojos en tinta cuando a él se le pasaba la mano con el alcohol. Se dispuso a criar sola a los hijos y no volvió a admitir a un hombre en su cama por el peligro de otro embarazo y el fastidio de aguantarlo. Se convirtió en líder de las mujeres y terror de los abusadores, porque organizó a las vecinas en caso de violencia; a los gritos de una mujer o de los niños, salían las que estuvieran más cerca con sartenes y rodillos de amasar, invadían la vivienda en cuestión y le daban una paliza al perpetrador. Los dos hijos mayores de la Mandona se habían ido al norte a buscar trabajo en las minas, el menor estaba haciendo el servicio militar obligatorio y las hijas eran madres solas; ella estaba criando a los nietos. Era la tesorera de las ollas comunes, cabecilla de las protestas y amiga entrañable del padre Benoit, a pesar de ser carismática y a veces en el fervor de la fe hablar en lenguas. Alba comprendió que la única forma de agradecerle era contribuyendo a la olla, cualquier regalo para ella le habría ofendido.

Sus visitas a La Esperanza se espaciaron, porque sufría de ciática —la panza le curvaba la espalda— y se suspendieron por un tiempo después de una redada que resultó más violenta que otras. Al llegar con El-Ángel a la población al mediodía, con el coche cargado de bolsas de azúcar, harina y frijoles, notaron que había mucha agitación. El día anterior habían detenido a varios hombres cogidos al azar, los tuvieron semidesnudos y amarrados durante la noche entera a la intemperie y, después de golpearlos por rutina, los soltaron; esos escarmientos se producían sin causa aparente, en

cualquier momento, para avivar el miedo. Los pobladores se habían juntado en la plazuela frente a la parroquia, el corazón de la comunidad, arengados por la Mandona y una madre a quien le habían devuelto un hijo muy magullado. Los ánimos se enardecieron rápidamente, a pesar de que el padre Benoit trataba de interceder llamando a la calma. No lo dejaron hablar.

A eso de las dos de la tarde oyeron los pasos de paquidermo de los vehículos militares y en vez de retirarse, como suplicaba Benoit, la multitud les salió al encuentro, una masa compacta de hombres, mujeres y niños armados de lo que pudieron coger: palos, piedras, cucharones de cocina. Por un altavoz, el oficial a cargo les ordenó dispersarse, tenían dos minutos para obedecer. Nadie retrocedió, siguieron gritando insultos y consignas prohibidas, algunos empezaron a cantar el himno nacional. Un tiro al aire les indicó que el plazo se había cumplido y el primer camión avanzó pesadamente con su carga de soldados con pertrechos de guerra y grandes escudos de plástico blindado, sin nombre ni rostro, todos iguales. Eran jóvenes, brutos, sudando como fieras en los ásperos uniformes, enojados, obedientes porque no quedaba más remedio, reclutados por obligación o incorporados al ejército para ganarse la vida, armados hasta los dientes. Alba se preguntó de dónde sacaban tanto odio contra otros que eran iguales a ellos, del mismo color, hijos de la misma pobreza. Albert Benoit y Alice Murphy enfrentaron a los militares clamando que se detuvieran, que se podía llegar a un entendimiento y por amor a Dios bajaran las armas, pero los camiones siguieron avanzando.

Alba y El-Ángel se encontraron sin saber cómo mezclados con el resto de la gente, a muchos de los cuales conocían por sus nombres. Vieron que cuando Albert Benoit tenía al primer camión a menos de tres metros de distancia, se tiró de bruces por delante, con los brazos en cruz y la cara en el barro. Se produjo un silencio absoluto y durante un minuto eterno nadie se movió. El vehículo se detuvo, porque ni el más despiadado podía pasarle por encima a ese hombre, y entonces Alice Murphy se acostó junto al cura, imitada

por la Mandona, que también iba delante, y varios pobladores. El resto reaccionó con un solo grito salido de todos los pechos y se abalanzó sobre los soldados, que habían saltado de los camiones protegiéndose con los escudos. El-Ángel trató de escapar con Alba, pero en medio de la batahola que se produjo intervino un carro lanza-agua. El violento chorro de agua inmunda les dio de lleno, proyectándolos lejos, aturdidos.

Horas más tarde, cuando por fin lograron salir de La Esperanza y llegar a su coche con la sensación de haber sido apaleados, El-Ángel comprendió que Alba podía perder al bebé y la llevó directamente a la Clínica Inglesa. Por una corazonada pidió ver al doctor Vial y así fue como a Alonso le tocó atender a Alba por segunda vez. Había pensado tanto en ella, que cuando la tuvo en su consultorio le pareció que se conocían de toda la vida y la saludó con un beso convencional en la mejilla, que ella recibió con un breve sobresalto. A pesar de su lamentable estado, empapada de agua fétida, entumecida, y sangrando de una pedrada en la frente, la encontró mucho mejor que antes. Había ganado unos cuantos kilos, se veía sana y fuerte, ya no era la chica ojerosa, taciturna y famélica que recordaba. No tuvo que preguntarle qué le había pasado, ella se lo contó vívidamente: el cura Benoit había detenido en seco a los milicos y cuando se lo llevaron a rastras iba encharcado de barro cantando el avemaría a voz en cuello para fregarles la paciencia. Nada de eso aparecía jamás en la prensa, pero por su trabajo en el hospital Alonso tenía una idea aproximada de lo que sucedía lejos del Barrio Alto. No había imaginado los detalles.

Hizo pasar a Alba detrás de un biombo para examinarla, mientras El-Ángel esperaba al otro lado, de pie porque tenía la ropa mojada y le pareció descortés dejar una poza en la silla. El médico comprobó que el embarazo de Alba progresaba normalmente, debía estar de unos siete meses, de la infección venérea no quedaba ni rastro y, fuera de los machucones producidos por el chorro de agua, no

presentaba nada sospechoso. Ella se vistió y él fue a su mesa a escribir una receta.

—¿Cuándo fue el último control obstétrico? —le preguntó.

—¿Para qué voy a hacer eso?

—¡Cómo que para qué! —exclamó Alonso.

Cogió el teléfono para programarle una cita con una obstetra que trabajaba en la misma clínica y le machacó a Alba la importancia de los controles para asegurarse de que el bebé estaba bien y planear el parto, extrañado de que a ella no se le hubiera ocurrido hacerlo meses antes.

—¿Tiene mamá o alguna mujer que la pueda asesorar? Cuando vino la primera vez, la acompañaba una señora —dijo.

—Las madres de La Esperanza tienen sus guaguas sin tanta alharaca.

—Le dije a Alba que yo puedo acompañarla a los cursos de preparación al parto, pero es muy porfiada. Opina que para respirar como perro en verano no necesita clases y que las mujeres han parido sin un manual desde hace trescientos mil años —intervino El-Ángel.

—Vamos a tener que hacerle algunos exámenes. La voy a dejar internada en la clínica por un par de días —decidió Alonso, más que nada por tenerla cerca y buscar la oportunidad de hablar a solas con ella.

—Me voy de aquí a mi casa. Nada de exámenes ni de clínica —replicó ella poniéndose de pie.

—Mire, Alba, creo que usted y yo tenemos que conversar. Hay otros pacientes esperándome, pero si quiere podemos tomar un café

más tarde…

—Gracias. Otro día será —lo interrumpió ella. recetó el doctor», aseguraba. El-Ángel optó por llevar revistas ilustradas de lucha libre, que le mandaban de México, y libros de bolsillo de espías y crímenes para que Alba se los leyera en voz alta, ya que él no podía hacerlo. Ella se había criado con la palabra impresa como única diversión, primero los libros de aventura de los baúles encantados de aquel antepasado explorador a quien enterraron dos veces, que encontró abandonados en el sótano, y después todo lo que cayera en sus manos. Se propuso iniciar a su amigo en literatura más elevada, pero debía ir de a poco, para no asustarlo, porque se le agravaba la dislexia. Tan constantes eran las visitas de El-Ángel, que Agustina y Fresia sospechaban que lo motivaba el amor. Para salir de dudas, Alba aprovechó una ocasión en que estaban solos y le preguntó a quemarropa qué sentía por ella.

—Llámeme a cualquier hora aquí, al Hospital Santos Cosme y Damián o a mi casa. Insisto en que tenemos que hablar. Y por favor, acuda a la cita con mi colega, ¿estamos? — le dijo con un suspiro, al tiempo que le tendía la receta para unas vitaminas donde anotó su teléfono.

Sospechaba que no volvería a verla. Si no estuviera su patibulario acompañante vigilando de brazos cruzados en un rincón del consultorio, podría ser más directo con ella. ¿Quién era él y cuál era su relación con esa joven? Le costaba imaginar que fueran pareja o parientes, pero notó la confianza y el cariño con que se trataban. Si Alba Satigny era víctima de violencia en el hogar, como él creyó al examinarla la primera vez, no era por culpa de ese hombre, había otra explicación que no le incumbía, pero necesitaba averiguarla.

El-Ángel llegaba de visita a la gran casa de la esquina varias veces por semana, alterando el silencio con su enorme presencia de botas

tachonadas y su risotada de trueno. Su aspecto amenazante engañaba: era un sentimental de los más llorones. Las mujeres sucumbieron a su irresistible simpatía y lo adoptaron. Agustina lo regañaba por arrastrar mugre de la calle en las botas, pero le preparaba sus platos preferidos y lo mandaba a su casa con las sobras. Apenas cruzaba el umbral, Fresia corría a servirle su horchata con canela, que él llamaba su tequilita, y abandonaba lo que estuviera haciendo para acomodarse en la pajarera a escuchar sus cuentos de mujeres apasionadas, maridos celosos y peleas heroicas. En una ocasión llevó comida china y Agustina la tiró a la basura. «¿Qué se ha imaginado, que en esta casa pasamos hambre?». Tampoco el vino o los dulces eran bien recibidos. En la bodega de Esteban Trueba había una colección de botellas que habían escapado milagrosamente de la redada del SIV el día en que detuvieron a Alba y en todo caso él era abstemio y Alba debía evitar el alcohol y el azúcar. La única que bebía en esa casa era Agustina, que no perdonaba su vasito de jerez a la hora de la telenovela y sus margaritas en los fines de semana. «Es por la presión baja, me lo

Á

—Mucho cariño y ganas de cuidarte. Sé lo que te ha pasado. El SIV y eso… — contestó él.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi mamá me lo contó. No tenemos secretos entre nosotros. Por eso venía al principio, Alba. Ella me encargó que te cuidara, pero ahora vengo por amistad.

—O sea, somos amigos no más —insistió ella.

—Si quieres nos casamos, para que Aurora tenga padre conocido y no digan que es una mocosa de la calle —sugirió él—. Es broma, mujer. A mí el enamoramiento no se me da.

Le contó que hacía dieciocho años que no sentía deseo por una mujer. No, no era homosexual, le aclaró. Había sufrido una lesión en el ring, uno de esos accidentes que rara vez se dan; la lucha libre es más circo que guerra, los movimientos están bien calculados. De joven él había sido muy atlético, flexible, fuerte, buen gimnasta y atrevido, por eso llegó tan alto. Su padre lo inició en el mundo de ese deporte, que no se parecía a ningún otro, le presentó a los mejores luchadores, lo familiarizó con las técnicas, le enseñó todo lo que sabía. El entrenamiento era constante y despiadado: pesas, sentadillas, suspensiones, movilidad, resistencia, velocidad. Con su padre, que había sido campeón, aprendió a luchar como un profesional, primero en combates locales con otros jóvenes como él, pero pronto con luchadores fornidos y expertos en las arenas grandes, donde se apostaba dinero en serio y a menudo las peleas estaban amañadas. A su padre se le ocurrió el apodo de El-Ángel, las botas altas, el leotardo y la capa celestes, el elaborado cinturón con escudo y sobre todo la máscara plateada que lo identificaba y nunca debía permitir que se la arrancaran en el ring, eso era más grave que perder los calzones. Por arreglo con los organizadores, Cajeme sería siempre el héroe, nunca el villano. El joven asumió a la perfección su papel. Antes de la pelea invocaba hincado en el ring con auténtica vocación a San Sebastián, patrono de la lucha libre, y a la Virgen de Guadalupe; no se ensañaba con su oponente, por bestia que fuera, y al final, después de vencerlo, lo ayudaba a incorporarse. Su profunda fe en la recompensa que le aguardaba en el cielo lo inducía a llevar una vida de decencia que hubiera sorprendido a su madre, quien lo recordaba como el delincuente que era de muchacho. Imaginaba a Dios lejano, sordomudo, inalcanzable y severo, no aspiraba a que aquel ser omnipotente que regía el universo en su inmensidad lo viera, lo suyo era una relación afable y comercial con los santos y la Virgen. Con los primeros intercambiaba favores por promesas de velas y donaciones en efectivo, en especial con San Antonio de Padua para las cosas perdidas y San Judas Tadeo para los asuntos difíciles, dos santos proclives al soborno. Ganaba buen billete y las mujeres se lo peleaban, «no exagero», le aseguró.

Uno de los movimientos más difíciles de la lucha grecorromana consistía en levantar al contrincante por la espalda, arquearlo hacia atrás y aplastarlo contra el suelo, para lo cual se requería poner toda la fuerza en las caderas, le explicó a Alba.

—Tenía a Kuramoto cogido de la cintura por detrás. Se hacía pasar por japonés, descendiente de samurái, pero era zapoteca puro. Excepto en su estado de Oaxaca, donde era campeón, el público siempre lo abucheaba porque peleaba sucio, pero fuera del ring era buena persona y nos hicimos amigos, un tipo simplón, no le importaba el papel de tramposo que le asignaban los agentes, era teatro, había un guion. Era pesado como una vaca, forzudo pero torpe. Lo levanté a media altura y supe al instante que la llave me había fallado. No sé cómo me resbalé, el peso se me vino encima y me caí con las piernas abiertas. Al mismo tiempo, Kuramoto trató de parar su caída, levantó una pierna y me pegó de lleno en los testículos. Recuerdo ese momento como si lo estuviera viviendo, el grito unánime del público, el sonido sordo del golpe, el olor de la colchoneta mojada de sudor, el dolor. Fue como una descarga eléctrica, intenso, visceral, y no pude moverme, me quedé encogido en el suelo. Las piernas no me respondían, no me podía mover, creí que me había partido la espalda, que me estaba muriendo. Me sacaron en andas. Mi padre y otro entrenador me pusieron hielo y me hicieron tragar un puñado de analgésicos, pero cuando vieron la tremenda hinchazón, al fin tuvieron que llevarme al hospital. El tejido estaba molido, muerto, hubo que operarme, me sacaron las bolas.

Le contó que a raíz de eso había quedado impotente, pero como tampoco producía testosterona, el sexo ya no lo atormentaba. Al principio se sometió a terapia hormonal, pero se sentía tan mal, que la dejó. A veces pensaba con cierta nostalgia en el amor, nada más que para notar cerca el calor y la suavidad de una mujer, aunque la tentación pasaba casi de inmediato. Estaba tranquilo, podía enfocarse en otras cosas y la Virgen lo ayudaba a aceptar su inesperado destino. Hablaba con ella, era su confesora, por ella

comulgaba los domingos, para ella rezaba el rosario. A su vez, Alba le contó que llevaba una existencia tan casta como la de él, porque en el calabozo del SIV quedó imposibilitada para el sexo. La idea de que un hombre la tocara con esa intención la aterrorizaba.

—Eso puede cambiar, Alba. No es un impedimento físico, como el mío. Espero que te enamores, esa sería la cura que necesitas —dijo el exluchador y ella se preguntó si podría hacer el amor con Miguel o si también con él estaría paralizada.

El-Ángel admitió que echaba de menos el ring. Abandonó la lucha libre, pero iba todos los días al gimnasio para mantenerse en forma, no quería acabar gordo y fofo como un eunuco. Después del accidente, su padre perdió interés en él, en cambio su madre se trasladó a México al día siguiente de la operación y lo acompañó hasta que sanó.

—Y después me trajo aquí de una oreja. Dijo que ella estaba envejeciendo y me necesitaba. Para concluir, Alba, no te hagas ilusiones, no pienso tratar de seducirte, pero si quieres, podemos decirle a Aurora que soy su papá, en caso de que pregunte. Aurora Soto no suena mal.

—Suena pésimo. Mi hija va a tener mis dos apellidos: Aurora Satigny Trueba. ¿Qué te parece?

CINTA # 2

En la universidad conocí a Alba, una chiquilla pituca, nieta del senador Trueba, el viejo más recalcitrante, reaccionario y golpista. Por entonces yo era dirigente comunista de la federación de estudiantes. Alba y yo no podíamos haber sido más diferentes, pero el amor es loco. Me acuerdo de la primera vez que la vi en la cafetería: ella acababa de entrar y parecía medio perdida en el tumulto de estudiantes; había pocas mujeres y sobresalían bastante. Se vestía igual que las otras, con pantalones pata de elefante, chaleco con flecos, los ojos pintados, zapatos con plataformas tan altas que cada paso sonaba como un balazo, pelo y más pelo, no sé qué hacían las muchachas para conseguir esos peinados que parecían pelucas. Sí, era como las otras, pero se le notaba de lejos la clase alta; uno de los profesores la apodó «la condesa» porque una vez llegó en el automóvil de su abuelo, un Cadillac con chofer, imagínate. En esa época había muy pocos de esos coches y se asemejaban a yates comparados con los únicos vehículos nacionales, unos Citroën 2CV grises que daban lástima. Las otras chicas la evitaban y cuchicheaban a sus espaldas, los hombres la miraban, era linda, pero se mantenían a la distancia, esperando su oportunidad. Yo no esperé. ¡Era tan presumido! Por culpa de mi hermana, que en medio de nuestra pobreza se las arregló para meterme en la cabeza que yo era un príncipe, me sentía irresistible. Ay, Romualdo, mírame ahora, hermano: no queda nada del tipo engreído que fui. Me propuse conquistar a la condesa y no me costó casi nada, porque era la niña más solitaria e inocente del mundo. Mis intenciones no eran las más santas, me daba aires de donjuán, pero cuando empezamos a conversar y me clavó la mirada inquisitiva de sus ojos negros, me derrotó por completo. Esos ojos son como el cielo en una noche sin luna, te hundes en ellos. Me enamoré de Alba sin sospechar que iba a ser el único amor verdadero de mi vida. Y a ella le pasó lo mismo, se entregó sin ninguna reserva, con una pasión insospechada en una chica de apariencia tan convencional. De convencional no tenía nada, venía de una familia de gente excéntrica

y me di cuenta muy pronto de que ella también lo era. Hacíamos el amor a cada rato, en cualquier parte, desesperados, incluso en la casa de Alba; si nos hubiera pillado su abuelo… no quiero ni pensar lo que habría hecho. Trueba era un ogro, todos lo temían menos ella, que lo adoraba y hacía lo que le daba la gana con él. Ella era la única persona en el mundo que él amaba y consentía después de que murió su mujer. Alba se crio con él, siempre bajo su ala, porque no contó con un padre; no sé exactamente cómo era su situación familiar, creo que ni ella lo sabía. Tiene el apellido de un conde, pero parece que las hijas no heredan el título. Su padre biológico no pudo casarse con su madre, porque por alguna razón su abuelo se opuso y su madre, en vez de mandarse a cambiar con la hija y juntarse con el amor de su vida, se quedó bajo el techo paterno infeliz y sometida. El viejo la obligó a casarse con aquel conde, pero el matrimonio duró apenas unos pocos meses y ella regresó a la casa paterna a punto de dar a luz. ¡Ah, la casa! Quién sabe cuántos secretos guarda. Alba y yo hacíamos el amor en alguno de los muchos cuartos desocupados y en el sótano. Trataba su casa como si fuera algo más que un montón de materiales de construcción; decía que estaba viva, la saludaba, le hablaba con sonsonete como a las guaguas. «¿Cómo está hoy mi casita embrujada, mi casita bonita?». Y creía que la casa le contestaba, que tenía sentimientos, a veces estaba contenta y otras veces asustada o triste, dependía de las rabietas de su abuelo. ¿No te parece muy raro? La verdad es que Alba es bastante peculiar; después de ella no he vuelto a amar a nadie porque no hay nadie como ella.

Cuando Alba me invitó a su casa, introduciéndome a hurtadillas como un ratero, me di cuenta de que ya había estado allí y pude relacionar ese lugar con un recuerdo persistente que tengo desde la infancia. Fíjate, hermano, que vi nacer a Alba. Cierto, te lo prometo. No sé por qué Amanda y yo estábamos allí cuando eso pasó, debió de ser porque mi hermana andaba en amores con ese Nicolás. Ella y otras mujeres se afanaron con la que estaba pariendo y yo, aterrado por los gritos, me escondí en un ropero. Desde allí vi lo que estaba pasando y nunca se me va a olvidar ese vientre enorme, distendido,

con venas azules y el ombligo salido como un hueso. Yo tenía siete años. A esa edad los recuerdos perduran. ¡Qué daría por tener al menos una foto de Alba! Volver a ver su cara de niña, su nuca delgada, sus ojos retintos de tupidas pestañas, ojos de mora. No quiero que se me borre de la mente, Romualdo. Ya se me olvidó su voz.

Capítulo 8

La llegada

En esos días, justamente cuando rara vez pensaba en él, relajada en la modorra del embarazo, invadida de lleno por Aurora, que se movía en su interior como un pulpo, el hombre de sus pesadillas se presentó sin anuncio trayendo consigo el aire inconfundible de la perversidad. Fresia le abrió la puerta y le indicó que esperara, pero él la apartó de un manotazo y entró a grandes zancadas de dueño del lugar, directamente a la biblioteca. Alba sintió su presencia antes de que Fresia llegara a la casa. Estaba dormitando en el diván de la pajarera y despertó azorada con la premonición de una desgracia y un doloroso espasmo en el vientre, como si Aurora compartiera su aprensión, y unos instantes después escuchó el timbrazo. Venciendo el impulso de esconderse, se puso de pie con dificultad, balanceando la barriga, y se dirigió a la biblioteca apoyada en el hombro de Fresia.

En la penumbra distinguió la figura del hombre que tanto temía y supo que jamás estaría a salvo: Esteban García. Fresia encendió la luz y ella pudo verlo en detalle, como no había podido hacerlo en la prisión. Lo conocía desde hacía mucho tiempo, desde la infancia, tal vez desde antes de nacer, y ambos estaban enredados en una diabólica madeja, con los destinos marcados, reviviendo una y otra vez cada uno su papel. Enjuto, derecho de espalda, de nariz aguileña y mirada de cuchillo, tenía un cierto aire familiar. Se fijó en su mano izquierda, en el anillo de oro en el meñique. En una ocasión en que su verdugo se descuidó, a ella se le corrió la venda y alcanzó a entrever esa mano con el anillo. García la observó de arriba abajo con expresión de sorpresa. «Veo que has engordado», comentó. Le ordenó a Fresia que saliera y cerrara la puerta y ella obedeció hipnotizada, mientras Alba permanecía clavada en su sitio

protegiéndose el vientre con ambas manos, sin voz. Él recorrió con la vista las estanterías vacías, el gran escritorio de caoba, las sillas inglesas y las lámparas de mesa con pantallas de vidrio pintado, hizo girar con un dedo el globo terráqueo en su soporte de bronce y se aproximó displicente al aparador donde todavía estaban intactas las botellas de licor importado. Se sirvió un vaso de whisky y se dejó caer en el sillón de Esteban Trueba, donde ni Alba se había sentado jamás.

—¿Para cuándo es el crío? —le preguntó —. Tengo derecho a saber, ¿no crees?

Alba temblaba tanto que apenas podía mantenerse de pie, pero eso tuvo el poder de sacudirla del estupor. Recordó las palabras de Tránsito Soto y se aferró a ellas: «Estás protegida por influencias muy altas».

—¿Qué quiere? —logró articular.

—¿Sabes quién soy? El coronel Esteban García, a tus órdenes, Alba.

Ella lo sabía muy bien: el director del Servicio de Inteligencia y Vigilancia, el hombre más temido del país, más temido incluso que el Líder Supremo. No se trataba de un agente cualquiera, era quien manejaba con poder absoluto el aparato de represión.

—Tranquilízate, mujer, vengo como amigo —dijo García levantándose de un brinco como si el sillón lo quemara—. Lo que pasó entre nosotros, pasó; es historia antigua. Yo simplemente cumplía con mi deber, no fue nada personal, supongo que lo entiendes, ¿verdad? Traté de evitarte molestias innecesarias, pero eres testaruda como un chivo, te negaste a colaborar y me diste mucho trabajo. Solo tú tienes la culpa. Deberías saber que con el SIV no se juega; de nosotros depende la seguridad de este país; todavía hay insurgentes y terroristas, aunque cada vez menos. En

fin, vamos a empezar de cero, mal que mal tenemos mucho en común, ¿no?

—Diga qué quiere —repitió Alba en un hilo de voz.

—¡Siéntate y cállate! —ladró García.

Alba no pudo moverse, sentía vértigo, las paredes se movían, estaba atrapada. Esteban García la cogió de un brazo con fuerza, la arrastró al sillón prohibido y la obligó a sentarse, después vertió más whisky en su vaso, que empinó de un solo sorbo largo, y comenzó a pasearse por la habitación, mientras peroraba sobre las ironías de la vida, de cómo Esteban Trueba lo ayudó a entrar a las fuerzas armadas sin imaginar que un día lo iba a lamentar y que no lo hizo por su buen corazón, sino porque le debía una recompensa y se la pagó con diez años de atraso. La deuda empezó en Las Tres Marías, cuando él era un mocoso a pie pelado, como todos los chiquillos de los inquilinos, y le hizo un favor al patrón, que andaba a la caza del seductor de su hija para matarlo y él lo ayudó a encontrarlo.

—Pedro Tercero se llamaba, ese es tu padre, Alba. No eres la única bastarda ni madre soltera en tu familia. ¿Nunca te confesó ese viejo de mierda que tú y yo estamos emparentados? ¿Nunca te dijo que yo también soy su nieto? ¡Mírame bien! Me parezco al abuelo; si tienes una fotografía de él cuando era joven, verás que somos casi iguales —dijo, sirviéndose el tercer whisky, cada vez más agitado.

Alba lo escuchaba a medias, hundida en el sillón, mientras García seguía enumerando la lista de sus agravios, los mismos que Clara había escrito en sus cuadernos y ella conocía: cómo Esteban Trueba había violado a su abuela, Pancha García, cuando ella era una campesina de quince años en Las Tres Marías y nunca reconoció al hijo y cómo Pancha lo nombró Esteban para recordárselo. ¿Acaso Alba no sabía qué clase de degenerado era ese viejo? Al nieto también le dieron el mismo nombre por la misma razón: Esteban García, ese era su nombre, aunque en justicia le correspondía el

apellido del patrón, como su abuela Pancha no se cansaba de repetirle. Se crio con la cantinela de que él tenía derecho a un apellido y a una herencia, que el fundo Las Tres Marías debería ser suyo. De chico no podía acercarse a la casa patronal, una sola vez se atrevió a entrar cuando el patrón no estaba; ella era una niña chica de delantal almidonado y cinta en el pelo, pero ya era tan orgullosa y presumida como el resto de su maldita familia.

Esteban García era el hombre que solía aparecer en sus pesadillas mucho antes de convertirse en su verdugo. En el sueño Alba tenía unos catorce años, estaba en la glorieta del jardín de su abuelo, sola, esperando algo o a alguien, y un desconocido se le sentaba al lado, la cogía con fuerza por la mandíbula y la besaba de lleno en la boca. Despertaba mojada de sudor, asqueada. Ahora que conocía la historia de su familia, comprendía que Esteban García se había encarnizado con ella para vengarse de Esteban Trueba, para hacerle pagar las infinitas humillaciones. Miguel había sido solo un pretexto para arrestarla, porque sabía que no iba a obtener nada de ella. Alba no tenía idea de dónde se encontraba Miguel. Ningún guerrillero revelaría su paradero y mucho menos a alguien cercano que estaría en la mira del SIV. A medida que García hablaba y hablaba, a Alba le pareció percibir en los huesos la fuerza y autoridad de su abuelo, como las sentía en su infancia, cuando se sentaba en sus rodillas en ese mismo sillón, rodeada por sus brazos, leyendo juntos una revista.

—Vine a ver cómo estás, Alba. Y a decirte que no te metas con el cura Benoit, te lo pido a la buena, para evitarte problemas —le advirtió García—. Ese cura esconde terroristas. Esta casa se presta para eso, no sería la primera vez que lo haces, pero a mí no se me escapa nada. Estás vigilada. Me he ocupado de eso personalmente, para protegerte, pero no puedo hacer milagros, si…

—¿Quién me va a proteger de usted? —lo interrumpió Alba desafiante; había logrado ponerse de pie a duras penas.

—¡Cuidado con lo que dices! Te hablo en serio, no quiero que te pase nada, mucho menos en tu estado. Me siento responsable por ti y por la guagua, pero no voy a permitir que me faltes el respeto. Volveré a verte y espero que me recibas mejor. Seré el primero en saber si aparece Miguel Espinosa León por aquí.

Alba no le contó a El-Ángel los pormenores de su historia con García, solo le dijo que era el hombre que la había torturado en el SIV. Le volvieron los vómitos, que no había sufrido en varios meses, y el temor a salir, se llenó de ronchas como una apestada. Sentía la soga cerrándose en torno a su cuello, le costaba respirar, imaginaba los peores escenarios. En los registros de la Vicaría del Buen Pastor existían casos de mujeres embarazadas que eran detenidas y no volvía a saberse ellas; decían que después de dar a luz acababan en una fosa común, mientras los bebés se entregaban en adopción por un precio estipulado, otro negocio en las sombras. Las madres de esas mujeres desfilaban frente al nuevo Monumento a los Heroicos Soldados, con la humareda de su antorcha eterna y guardia de honor permanente, exigiendo que devolvieran a los suyos. Sin sus cuerpos, sin una tumba donde ir los domingos a poner flores, el llanto no cesaba jamás, no había clausura, no había descanso, era una herida abierta, purulenta. A veces las corrían con el carro lanza-agua, pero ellas regresaban a la semana siguiente, silenciosas, desgarradas, desafiantes. Para Alba, la posibilidad de morir era menos escalofriante que imaginar a Aurora raptada por García.

El-Ángel habló con su madre, quien realizó algunas pesquisas y le reiteró a Alba que el SIV no podía detenerla, pero eso no significaba que García fuese a dejarla en paz, podía mantenerla en ascuas con solo pasearse frente a su casa. El terror de ella le otorgaba a él un poder que en verdad no tenía, dijo, pero Alba no podía evitar ese miedo fundamental, así como no podía borrar el pasado de su mente.

Unos días más tarde, El-Ángel llegó con un perro dachshund de pocos meses. Tarzán era corto de patas, largo de torso, lánguido de orejas, puntiagudo de nariz y cola y cabía en la palma de una mano, pero ya demostraba ser de temperamento atrevido. A pesar de su tamaño, tenía potencial de guardián, como aseguró el exluchador. Le contó a Alba que, cuando vivía en México, su abuelo tenía un chihuahua que se enfrentaba con los perros bravos y cuanto más le gruñían, más fiero se ponía.

—Voy a entrenar a Tarzán y a ti también. Los perros como García muerden cuando pueden, pero se asustan cuando un perrito salchicha les ladra. Y mientras aprendes a defenderte, cuenta conmigo. Si viene ese cabrón, le dices a Agustina que me llame.

Tarzán correteaba por todas partes con prisa de mensajero, masticaba lo que estaba su alcance, tenía la costumbre de aullar como sus improbables antepasados de las estepas y apenas lo vencía el sueño se echaba encima de Alba y roncaba. Le costó un par de semanas comprender que Barrabás era un tapete en el suelo y no un enemigo. No era exactamente el mastín que Alba tenía en mente, pero nadie es perfecto.

El-Ángel empezó a ir más seguido para aprender a leer de corrido —Alba había comprado un par de manuales para tratar la dislexia—, aunque en realidad lo hacía para velar por ella. La sandía había descendido y Tarzán cabía cómodamente entre la panza y los pechos; se adivinaba que Aurora estaba impaciente por salir. La doctora recomendada por Alonso Vial, que había controlado a Alba un par de veces, calculó que el alumbramiento se produciría dentro de un mes, pero se equivocó por tres semanas y sucedió a la hora menos conveniente.

Alba se acostó temprano y despertó horas después con la camisa y la cama empapadas. Su grito de sorpresa y los aullidos de Tarzán, que dormía a su lado, alertaron a Agustina y Fresia, quienes a pesar de su edad carecían de experiencia en ese trance y creyeron que se

trataba de orina, pero ella comprendió que se le había roto la bolsa amniótica. Como nada le dolía, se dispuso a esperar, porque la doctora le había advertido que un primer parto suele ser demorado, pero Agustina no soportó los nervios y llamó a la única persona que

Á

se le ocurrió. El-Ángel llegó tres minutos antes del toque de queda. No había apuro, les aseguró Alba, cuando amaneciera irían a la clínica y entretanto podían jugar al gin rummy y comer las sobras recalentadas del estofado de cola de buey de la cena, estaba muerta de hambre. El-Ángel propuso rezar un rosario, tardaba solo veinte minutos, y había que convocar a la Virgen para que ayudara en el alumbramiento. El hecho de que esas mujeres no fueran debidamente observante era lo de menos, la Virgen no era quisquillosa y la propia fe alcanzaba para todos, les aseguró. Así lo hicieron y después repartieron los naipes.

Alcanzaron a jugar dos manos antes de la primera contracción fuerte. A partir de ese momento, las explicaciones de la doctora y de la Guía del embarazo y parto, que Alba había estudiado a conciencia, resultaron inútiles porque los hechos se precipitaron, más dramáticos y urgentes de lo que ella suponía. Agustina fue a calentar agua, porque había oído que es lo habitual en esos casos, aunque no sospechaba para qué se utilizaba. Entre contracción y contracción, Alba se paseaba, mientras El-Ángel procuraba comunicarse con la policía para obtener autorización de trasladarla, pero nadie contestaba el teléfono y los minutos transcurrían a una velocidad perturbadora. Tampoco pudo hablar con la doctora. Alba ya sentía la presión tremenda de la cabeza de Aurora entre los huesos de la pelvis cuando recordó que Alonso Vial le había dado su número privado. Hasta entonces, nunca lo había llamado.

Acuclillada en el suelo y sostenida por Agustina y Fresia, Alba soportó las últimas contracciones acezando y gimiendo hasta cerca de las dos de la madrugada, cuando se le escapó un largo grito

gutural y con un último esfuerzo inmenso, Aurora asomó la cabeza. Al instante el resto del cuerpo se deslizó como un pez y cayó en las manos de El-Ángel.

—Es una niña —balbuceó el excampeón de lucha libre.

—Por supuesto, qué otra cosa va a ser. ¿Es normal? —le preguntó la madre súbitamente acosada por los mismos temores que había tenido durante el embarazo.

—¡Qué sé yo de eso! A mí me parece que está completa.

—Pásamela —le ordenó Alba.

El-Ángel, sujetando a la recién nacida por delante como si fuera un florero, se la puso sobre el vientre todavía unida al cordón umbilical, y ella comprobó que en efecto su hija estaba completa y lucía una estrella en la espalda como la que ella misma tenía: señal de buena salud y buena suerte. No habría que preocuparse por ella.

Alonso Vial tenía un pase para circular en caso de emergencia, que colgó del espejo retrovisor del coche antes de salir de noche cerrada con un pañuelo blanco colgado de la ventanilla. Se demoró mucho más de lo habitual, porque estaba limitado a veinte kilómetros por hora y lo atajaron un par de veces para pedirle los documentos y revisar el automóvil. Al llegar le sorprendió esa casa enorme semioculta entre los árboles del jardín, con una sola ventana iluminada; no calzaba con la idea que tenía de Alba. «Llegó un poco tarde», le reprochó Fresia al abrirle la puerta y lo condujo por una ancha escalera curva a la pieza de Clara en el segundo piso. Encontró a la madre en una cama antigua con baldaquín y cortinas, descansando agotada, el pelo pegado de sudor, la piel enrojecida por el esfuerzo, y a la criatura envuelta en una mantilla rosada en brazos de ese hombrón con pinta de filibustero que había acompañado a Alba a su consultorio.

—Con ayuda de la Virgen, yo le corté el cordón umbilical —le anunció el pirata con los ojos aguados de emoción.

—Con las tijeras de cortar flores —aclaró Fresia, que estaba limpiando con Agustina los vestigios del parto.

—¿Usted es el padre? —le preguntó Alonso.

—Yo soy su tío Ángel. Aurora no necesita padre, para eso me tiene a mí —replicó el otro, quien desde el momento en que enarboló las tijeras de cortar flores se enamoró de esa criatura que se aferraba a su dedo meñique.

En su práctica de medicina general, Alonso había asistido a más de un parto, pero esa no era su especialidad. Llamó a una ambulancia, que podía circular a una velocidad razonable, y entretanto le hizo a Alba un examen preliminar; tenía la presión muy baja y todavía sangraba, había que atenderla pronto para evitar un shock. También revisó a la recién nacida, que según los cálculos de su colega era prematura, pero fuera de ser diminuta tenía todas sus partes, pelo erizado y buenos pulmones para gritar. La ambulancia se llevó a la madre y a la niña, pero a El-Ángel no le permitieron acompañarlas. Esperó el amanecer en compañía de Agustina y Fresia, hablando de aparecidos, el tema de rigor para las noches en vela.

Agustina había vivido un buen tiempo con la familia y estaba acostumbrada a las cosas raras que sucedían en esa casa, pero a Fresia todavía se le ponían los pelos de punta ante cualquier mención de fantasmas. No hay nada que temer, le había asegurado Agustina, se trataba de almas conocidas y sin malas intenciones. «¿Y usted, don Ángel, no vio a la señora Clarita?», le preguntó al visitante. Ella tampoco la había visto, dijo, en verdad nunca se había topado con un espíritu, para verlos se requería poderes especiales, pero seguramente doña Clara estaba en la pieza ayudando a Alba, no podía permanecer ausente en el nacimiento de su bisnieta.

Miguel, amor mío:

Hace tres días nació Aurora y tú no estabas allí para recibirla. Por el toque de queda no pude ir a la clínica y nuestra hija vino al mundo en esta casa, como mi madre, mis tíos y yo misma. Nació sin dificultad y totalmente sana, aunque me dicen, se adelantó varias semanas. No lo creo, no tiene aspecto de prematura, está bien formada, hasta las minúsculas uñas de los pies, y tiene pelo, unas indómitas mechas oscuras. Según Agustina hay que pelarla para que le salga cabello crespo, pero yo no podría agredirla con una máquina de afeitar. Tampoco le voy a perforar las orejas para ponerle las perlas que trajo El-Ángel.

Es muy raro dar a luz, Miguel, la consciencia y el alma se adormecen y el cuerpo se apodera de todo, sabe lo que tiene que hacer, los huesos se abren, la carne se dilata, el esfuerzo es brutal, imposible de describir. Sé lo que es el dolor, un día hablaremos de eso, pero lo que pasa en el parto es un dolor diferente porque tiene un propósito determinado, una finalidad, no es un castigo, es necesario y útil. ¿Lo entiendes? Las primeras contracciones fueron tan débiles que apenas las sentí, pero de pronto, sin transición, una garra me estrujó por dentro y luego otra y otra más. Agustina y Fresia estaban conmigo, son dos mujeres que trabajan en la casa, y un nuevo amigo que se llama Cajeme, pero desde que nació Aurora le decimos tío Ángel porque eso es lo que es: un ángel enviado por Clara para protegerme. Es un tipo grande, fornido, musculoso y todo tatuado, si lo vieras en la calle, cruzarías a la otra vereda, da un poco de susto, pero es puro corazón y sentimiento. Ni se te ocurra tener celos del tío Ángel. El cariño que nos tenemos es de hermanos, te lo prometo. Él me dio ánimo mientras Aurora pujaba por salir, me decía que parir es como la lucha libre: se requiere fuerza, valor, determinación y aguante para una paliza. ¿Te dije que fue campeón de lucha libre en México? Al final sentí que algo enorme me partía por la mitad, un tirón terrible, escuché ¡pop!,

como al destapar una botella de champaña, y entonces Aurora resbaló a las manos de mi amigo. Cuando me pasó a la niña se puso a llorar como un crío, él sollozaba y yo también, de felicidad. Nada es comparable a ese momento en que la tuve recién iniciada en el mundo, desnuda, tibia, embadurnada de sangre y mantequilla, ronroneando como un gato. Mi hija, nuestra hija, Miguel.

Al poco, cuando Agustina y Fresia ya habían lavado a Aurora y la tenían envuelta en una mantita y con un gorro tejido, llegó un médico que logramos ubicar. No le gustó que yo siguiera sangrando, insistió en llamar a una ambulancia y nos llevó a Aurora y a mí a la Clínica Inglesa, donde me hicieron una transfusión y nos dejaron internadas un par de días. La verdad es que yo estaba un tanto confundida, me puse paranoica, no quería soltar a Aurora, tenía miedo de que me la quitaran. No te imaginas cómo cambia una guagua en solo tres días; dicen que nacen ciegas, pero ella abrió los ojos y observa a su alrededor con curiosidad; cuando me la pongo al pecho me clava la vista hasta que está satisfecha y se duerme sin soltarme. Ya estoy de vuelta en la casa llamándote con el pensamiento para que conozcas a la niña.

Ven, ven, aunque sea por unos minutos.

¡Cómo te quiero, Miguel!

Alba

Capítulo 9

Metamorfosis

La tercera vida de Alba comenzó en el momento bendito en que El-Ángel le puso a su hija recién nacida sobre el pecho. Sintió que se le rompía el corazón y se derramaba todo el amor del mundo, ya no era la mujer de antes, algo fundamental había cambiado para siempre, era la madre de Aurora. Una luminosa alegría la inundó bañándola por dentro como un bálsamo contra la maldad y las pérdidas, pero había aprendido a no confiar en la felicidad, que era veleidosa y traicionera; abandonarse a ella atrae la mala suerte. El instinto fiero de proteger a su hija la sacudió hasta la última fibra. Hundió la nariz en esa cabecita húmeda, la cubrió de besos, la olió y la lamió murmurando su nombre. Nunca sabría realmente quién era el padre, pero eso no importaba. Era hija suya y de nadie más, le pertenecía por completo y por ella estaba dispuesta a enfrentar lo que viniera, desde el repudio de las malas lenguas hasta el desafío de criarla sola. Imaginó que podía encerrarse en la casa con ella para siempre, protegidas por esas sólidas paredes y los espíritus que habitaban en ellas, aisladas de los peligros del mundo, intocables.

La maternidad resultó ser una mezcla de dicha absoluta y ocupación de tiempo completo, a pesar de la ayuda de Agustina y Fresia y la chifladura del tío Ángel. Debieron prohibirle al buen hombre que trajera más peluches de variados tamaños, juguetes para niños con uso de razón, muñecas que hablan, triciclos y patines, que se acumulaban por todos lados como chatarra multicolor. Si antes visitaba la casa con frecuencia, después lo hizo a diario. Alba le ofreció que se trasladara definitivamente a uno de los cuartos desocupados, pero él no podía dejar a su madre. Aurora era inquieta, rabiosa y gritona, solo el excampeón de lucha libre tenía el poder sobrenatural de callarla poniéndosela al hombro y

canturreando rancheras mexicanas, así le daba un respiro a la madre, quien andaba mal cubierta con una camisa de su abuelo para amamantarla a cada rato. El llanto incesante, cada vez más desgarrador a medida que pasaban las semanas, coreado por los aullidos de Tarzán, tenía a los habitantes de la casa con los nervios de punta y a Alba desesperada, incapaz de adivinar qué diablos le pasaba y todo por culpa suya: era mala madre. Dejó de escribir, de pensar, de cuidar su apariencia, había que obligarla a comer, ducharse, lavarse el pelo; estaba atrapada en su cuerpo, con los pezones partidos y sangrantes, los pechos hinchados y duros, el mismo dolor de espalda del embarazo, el estorbo de los puntos en la vagina, el cansancio de las noches en vela y los días meciendo a esa niña inconsolable, pero al tenerla en brazos, tan pequeña y vulnerable, mirándola intensamente mientras se atoraba de leche, todo el esfuerzo y la fatiga desaparecían. Aurora pataleaba de gusto en la bañera, ronroneaba cuando Tarzán la olisqueaba y en esos momentos en que se olvidaba del llanto, a Alba la inundaba la dicha incomparable de las madres y una aprensión terrible de que algo malo pudiera pasarle a esa niña perfecta.

Blanca y Pedro Tercero se enteraron de que les había nacido esa nieta una semana después del hecho, porque en los nueve meses anteriores Alba no había encontrado el modo de informarles que estaba embarazada sin ahondar en las circunstancias que lo rodeaban. Esteban Trueba no les contó que la detuvieron para evitarles la angustia, ya que nada podían hacer desde Canadá, y porque estaba seguro de que su nieta iba a regresar sana y salva dentro de pocos días. Eso creía antes de comprobar que había perdido su poder, que ya no le quedaban amigos o que nunca los tuvo, y que los años le habían caído encima de súbito, como otra maldición. Así pasó tres semanas de infierno hasta la mañana inolvidable en que Alba volvió hecha una mendiga, inmunda, con la ropa desgarrada, magullada y mutilada, pero viva. Entonces llamó a Blanca para darle una versión muy censurada de lo que había ocurrido y pedirle que se llevara a Alba a Canadá, aunque fuera a la fuerza; pero la joven resultó tan porfiada como él.

Alba tampoco accedió a las súplicas de Blanca después de que naciese Aurora. Su madre le hizo ver la locura de quedarse sola con la recién nacida, no tenía nada que hacer allí, para qué tentaba a la suerte, que cerrara la casa y se fuera a vivir con ellos, Aurora debía criarse cerca de sus abuelos, en un país civilizado donde nadie la juzgaría por carecer de padre conocido. Eso no lo perdonaban las malas lenguas en su medio social. Tal vez un día podrían volver todos juntos, los gobiernos pasan y la vida continúa, entretanto Calgary era el refugio ideal, una ciudad próspera y moderna, donde los forasteros eran bienvenidos, rodeada de bosques, lagos, ríos y montañas, con inviernos caprichosos, pero más soportables que en otras partes del país, porque de pronto descendía un ventarrón caliente desde las Montañas Rocosas y derretía la nieve y el hielo. Si se apuraba en viajar, le tocaría la Estampida, un festival de diez días con rodeos, exposiciones, conciertos y un millón de visitantes, algo fantástico, tan divertido como el carnaval de Río de Janeiro, pero sin desorden ni muertos, le dijo. Alba, sin embargo, seguía esperando noticias de Miguel. Sabía que estaba libre, ya que García continuaba buscándolo, como le había dado a entender cuando la amenazó. Estaba segura de que vendría a decírselo si lograba agarrarlo nada más que para refocilarse con su triunfo y con la desesperación de ella.

Alonso Vial encontró en aquella noche del alumbramiento la oportunidad de acercarse a Alba y no la dejó pasar. La acompañó a la clínica y se saltó su turno del día siguiente en el Hospital Santos Cosme y Damián para quedarse con ella, preocupado por su estado. En las primeras horas, hasta que pudieron estabilizarla, llegó a temer por su vida. La llamó cada día en las semanas posteriores, primero para preguntarle por su salud y pronto solo para conversar durante el toque de queda cuando él no estaba de turno. Pasaban una hora y a veces más colgados del teléfono hablando de todo y de nada y de cuando en cuando él lograba arrancarle una invitación a tomar té. Se instalaban en la pajarera, mientras Aurora chillaba y el perro

aullaba en la cocina. Alonso comparaba a esa criatura histérica con su hijo Matías, quien desde la cuna demostró ser un correcto caballero, pero a pesar de lo mal que le caía Aurora, seguía cortejando a la madre con una tenacidad que él mismo no se explicaba; tenía claro que no deseaba una pareja y menos una ermitaña quince años menor y con una guagua. Alba tampoco era su tipo, ocultaba demasiados secretos y tenía cuentos inverosímiles de su familia que indicaban una herencia de problemas mentales. No pudo sonsacarle la identidad del padre de la niña, nada sobre su pasado inmediato ni una explicación por el supuesto accidente de la mano; era enigmática, impredecible, pasaba de un estado de ánimo a otro en cuestión de segundos, una frase o una palabra podían sumirla en un silencio taimado. Costaba sacarla de su casa incluso para un paseo en el parque. Sabía que estaba traumatizada, los signos eran obvios, pero ella se negaba a hablar o consultar a un psiquiatra, como le había sugerido. Además, era supersticiosa. La casa embrujada y el fantasma de la abuela, que ella mencionaba con naturalidad, lo inquietaban. Se definía como un hombre pragmático, un científico; la magia, como la religión, eran consuelos para gente simple. Su tipo era su exmujer, Constanza: abierta, insolente, siempre dispuesta a pasarlo bien y hacer el amor. Era una lástima que el chef se la hubiera arrebatado.

La situación de Alba mejoró mucho con la llegada de la primavera. El jardín floreció en un desorden selvático de lirios que nadie había plantado y crecían entre la maleza, abrieron las ventanas y un aire de renovación recorrió la casa, la cocina se llenó de frutas de la estación. Para entonces al tío Ángel se le ocurrió que Aurora lloraba de hambre y propuso que le dieran leche de vaca , como Tránsito lo había criado a él. Fue una cura definitiva; de la noche a la mañana la criatura se transformó en la persona callada, seria y observadora que habría de ser siempre en el futuro. Esa nueva Aurora, apacible y contenta, reconcilió a Alba con las exigencias de la maternidad. Recuperó la cintura y le sanaron los pezones y la espalda. Examinaba en el espejo el vientre y los pechos distendidos con cierto orgullo: ese ya no era un cuerpo mancillado, era un cuerpo

purificado que merecía ser atendido con cariño. Permitió que después del baño Fresia la frotara con aceite de almendras para las estrías y le masajeara el cabello con aguacate molido, receta del campo para que no se le cayera, y bebía sin chistar el batido de cerveza y huevo crudo capaz de resucitar a una momia, que Agustina le daba al desayuno. Aurora le devolvió la alegría perdida antes del golpe militar, cuando Miguel empezó a alejarse envuelto en secretos y el país oscilaba al borde de un abismo. Después no volvió a saber de él durante varios meses, hasta que llegó un día a despedirse e hicieron el amor por última vez, sin alegría, solo lágrimas. Ella no pudo atesorar ese momento, porque poco después la detuvieron y a partir de entonces los hechos se le enredaban en la memoria. Ya no sabía cuánto recordaba y cuánto imaginaba, que era realidad y qué era pesadilla.

Su aislamiento se alivió con la llegada del buen clima, que animaba a pasear en el jardín, y de vez en cuando invitaba a Alonso a merendar en el invernadero, donde antes cultivaban orquídeas y plantas exóticas importadas del Brasil y ahora era solo una estructura vacía de hierro forjado y vidrio, amueblada con dos sillas de mimbre y una mesita. Mientras ellos tomaban té con los pasteles de Agustina, Aurora jugaba en el suelo sobre una manta con Tarzán a su lado. A Alonso ya no le resultaba tan aterradora la posibilidad de incorporar a esa niña callada a su vida. El-Ángel no veía esas visitas con buenos ojos porque temía que el médico tuviera éxito en seducir a Alba y se rompiera esa pequeña familia donde él había encontrado su lugar. La idea de perder a Alba y Aurora era insoportable.

Eran tan plácidas esas tardes en que el tiempo transcurría sin tropiezos y la confianza prosperaba a ritmo de caracol, que el médico aplazaba una y otra vez la intención de empujar esa parsimoniosa amistad al ámbito del deseo y la intimidad. Presentía que el menor apresuramiento de su parte rompería el delicado equilibrio en que ambos se balanceaban. La relación se desarrolló con una lentitud que hubiera cansado a cualquiera menos

ponderado, porque comprendió que si Alba no estaba lista para salir a la calle, menos lo estaba para el amor. Se dispuso a esperar en parte porque eso le daba ocasión de definir sus propios sentimientos; existía una distinción fundamental entre el capricho y enamorarse en serio, pensaba, y Alba era demasiado vulnerable, no podía herirla con su indecisión. Además, calculaba que la diferencia de edad sería un problema, en caso de que lograra su objetivo; cuando él tuviera setenta, ella aún sería una mujer joven. La imaginaba de unos cincuenta y cinco años, con algunas canas, tal vez con lentes, delgada y ágil, con arrugas finas en torno a sus ojos de largas pestañas, ojos de jirafa. Las horas transcurrían volando en el invernadero o en la pajarera, el tiempo con ella jamás alcanzaba, lo conmovía la forma en que trataba a su hija y al perro, a los dos con igual cariño, la lealtad incuestionable con el tío Ángel, Agustina y Fresia, la solidez de sus convicciones y la delicadeza de sus sentimientos. Su rostro de facciones irregulares y su sonrisa con profundos hoyuelos le parecían irresistibles. Rozar su mano al pasarle la mantequilla, tomarla del brazo para pasear en el jardín, compartir el paraguas en los chaparrones, apartarle un mechón de la cara, todos eran pasos cortos en un camino largo de conquista.

Una tarde de lluvia cedió al impulso de besarla. Había soportado cuarenta y ocho horas de turno en la clínica, durmiendo en minutos robados y sostenido con café, pero en vez de irse a descansar pasó a verla, porque esos días sin saber de ella se le habían hecho eternos. Alba lo recibió en la biblioteca, donde poco a poco las estanterías se iban poblando de libros que ella compraba o conseguía. No lo esperaba y la encontró en un overol de obrero, con el pelo enmarañado y mal recogido con dos palillos de tejer y una brocha fina en la mano barnizando con esmero el antiguo escritorio de Esteban Trueba. Sobre el sillón sagrado del abuelo dormía Tarzán a pata suelta. La fatiga le impidió a Alonso medir el deseo con la claridad habitual y sin pensarlo le quitó la brocha a Alba y la cogió por los hombros. Ella alcanzó a dar medio paso atrás, pero él no le permitió escapar, la retuvo con firmeza y la besó largamente con una urgencia febril que los dejó a ambos sin aliento. Por un momento

Alba se entregó a la caricia con labios golosos y un suspiro de sorpresa atascado en el pecho, mientras una lluvia de primavera sonaba como pasitos en los cristales de las ventanas y Tarzán, tan desconcertado como su dueña, soltaba un breve ladrido de advertencia.

Cayeron al suelo los palillos de tejer y Alonso, con la nariz hundida en su cabello desordenado, apretándola contra su pecho, le confesó a tropezones cuánto la amaba y la necesitaba, y cómo no podía estar sin ella y cuándo por Dios iban a estar juntos, que ya bastaba de rodeos, que no podía esperar más. Alba no se movió, enterrada en el abrigo mojado que él no había tenido tiempo de quitarse, con un zumbido de abejas en la cabeza y un calor que había olvidado entre las piernas, pero el abandono le duró solo un par de minutos, pronto se interpuso la imagen de Miguel y ella se desprendió del abrazo. «Perdóname, no puedo… No soy libre, ya sabes que tengo un novio, el padre de Aurora. Un día volverá…», balbuceó.

Por la expresión abochornada y la forma vacilante en que Alba mencionaba —muy rara vez— a su hipotético enamorado, Alonso sospechaba que si Miguel realmente existía y no era solo un pretexto para renunciar al amor; debía de estar preso, exiliado o escondido. No sería raro. Se había enterado de que los padres de Alba habían escapado a Canadá y uno de sus tíos había desaparecido, pero por discreción nunca había ahondado en esos temas, que ella evitaba. No le extrañó demasiado que eso sucediera en la familia del senador Esteban Trueba, ícono del Partido Conservador, porque en muchas familias había casos así; su hermana menor, la más mimada, que nació cuando sus padres se creían a salvo de procrear, era izquierdista y por eso se había alejado; Alonso era el único de los hermanos a quien ella toleraba, porque no la contradecía. También Constanza y Dante detestaban al régimen, pero solo se atrevían a manifestarlo en la privacidad de su hogar. Ella trabajaba en una galería de arte con una clientela pudiente de derecha y él manejaba

La Tavola Antica como un surfista corriendo la ola, no podía permitirse una indiscreción que acabaría con el restaurante y tal vez con su libertad. Delante de Alonso no se cuidaban, asumían que si se callaba era porque estaba de acuerdo, sin embargo él no sentía la misma pasión por la política; había vivido muchos años en el extranjero, saltándose la época dura del socialismo. En principio, prefería la democracia, por supuesto —era bochornoso encontrarse al mismo nivel de las repúblicas más atrasadas—, pero antes de conocer a Alba la situación no lo había afectado. Las historias que ella le contaba de La Esperanza y lo poco que él adivinaba sobre su pasado lo habían obligado a replantear su postura.

Alonso había tenido una existencia ordenada, sin mayores desafíos ni sobresaltos, fuera del inconveniente romance de su mujer y el chef que desbarató su matrimonio, pero no cambió su percepción de la realidad. Cuando volvió de Boston a instalarse en la capital, siguió siendo el mismo tipo ecuánime de siempre, se reintegró a su familia y a sus amistades como si nunca se hubiera ido, atendía a sus pacientes con dedicación y hacía tanto deporte como su trabajo le permitía. En su ambiente se daba por entendido que las fuerzas armadas habían impedido una dictadura comunista, eso tenía un precio y debían pagarlo, especialmente quienes apoyaron al gobierno anterior. La represión era necesaria, mano dura para eliminar hasta el último terrorista antes de pensar siquiera en la democracia, que por lo demás había demostrado ser inoperante y había permitido triunfar al marxismo. Tal como opinaba el general Hurtado: «Lo malo de la democracia es que es muy democrática». Cuidado: el mundo se inclinaba hacia la izquierda, la revolución de mayo en París en el 68 enardecía a los jóvenes, Fidel y el Che fomentaban la guerrilla en el continente y hasta el Vaticano estaba infiltrado de comunistas con los obispos del Concilio II y los curas obreros. La Unión Soviética iba ganando terreno y si no es por los norteamericanos aquí habría gulags, decían, hay que agradecerles que nos ayudaran. No se puede relajar la vigilancia. «Uno levanta una piedra y sale un comunista», repetía el Líder Supremo. «¿Dictadura? No, hombre, esta es una democracia autoritaria», le

aseguraba Marcelo, su hermano mayor. Marcelo era el más listo de la familia en varias generaciones, como sostenía su padre, casado con la mujer adecuada, con cuatro niños rubios y camino de hacerse muy rico, colaboraba con el gobierno en el plan económico, para lo cual se había preparado con años de anticipación en Chicago. Era uno de los consejeros de Máximo Urrutia, con acceso directo a su oficina, uno de los hombres más influyentes del país. Para Alonso, todo ese andamiaje de razones y pretextos se venía abajo con estrépito ante la crueldad del sistema. Su indiferencia de antes ahora le parecía una forma de complicidad.

Mi querido Miguel:

¿Eras tú? Juraría que ayer te vi en la calle. Salgo muy poco y siempre en el auto de mi abuelo, pero se quedó el portón abierto, Tarzán se escapó y tuve que ir a buscarlo. Supongo que no eras tú, porque si lo fueras te habrías acercado, me habrías hablado. No le vi la cara a ese hombre, se la tapaba el sombrero, pero era esbelto, puro músculo y fibra, con tu misma pinta de torero que se apreciaba a la distancia, se parecía tanto a ti, que estuve a punto de gritar tu nombre. El desconocido no me dirigió ni una mirada, siguió andando apurado. Es tanta mi necesidad de verte que la imaginación me juega malas pasadas y cualquier hombre alto y joven con el pelo negro eres tú. Hay mucho que hablar, Miguel, me han pasado cosas que son imposibles de borrar de mi pasado y las consecuencias me persiguen hasta hoy. Tengo un enemigo que es como mi sombra, no me puedo desprender de él. Un día, cuando estemos a salvo, te contaré todo esto.

Dos años, Miguel, dos años desde que nos despedimos. Me dijiste que ibas a desaparecer en la clandestinidad, que no te esperara, que no intentara comunicarme contigo, tenías que luchar y podías morir, pero tu sacrificio sería necesario. No recuerdo qué más me dijiste, porque lo único que se me clavó en la mente fue que podías morir.

La clandestinidad… tengo una idea bastante vaga de lo que eso significa, porque nunca me lo explicaste. Sé que estás escondido, eres uno de esos que el gobierno llama terroristas, andas disimulado en la multitud con un nombre que no es el tuyo y tal vez con bigotes y lentes como un disfraz, tienes un arma o una bomba en la chaqueta y documentos falsos. Te has inventado otra vida sin mí, sin Aurora, puedes ser un maestro de primaria en el norte o en el sur, puedes ser un obrero de construcción a diez cuadras de mi casa, puedes estar en cualquier parte, este país no es grande, pero hay muchos rincones donde puedes desaparecer si te lo propones.

En La Esperanza hay algunos muchachos que están dispuestos a salvar a la patria y hablan como lo hacías tú en la universidad, pero no pasan de las palabras, ninguno optaría por la clandestinidad; el padre Benoit los llama cabezas calientes. A veces hay que esconder a algún fugitivo que llega a través de la iglesia, hay muchos curas como Benoit y monjas también que ayudan a los perseguidos, tienen una red de colaboradores, personas que dan dinero, consigue asilar gente o sacarla del país, presta sus casas, transporta, médicos y enfermeras a quienes acudir en una emergencia, en fin, creo que tú sabes de eso mejor que yo. La Esperanza es un buen refugio, las mujeres están organizadas y siempre ayudan, a pesar de los allanamientos. Debe haber soplones, como los hay en todas partes, pero hasta ahora no han denunciado a nadie, que yo sepa. No puedo esconder a nadie en mi casa, como antes, porque estoy vigilada, sería un riesgo muy grande para esa persona y para mí. Te reías de mí, Miguel, decías que soy una burguesa mimada, pero resulta que donde estoy más contenta y segura —fuera de mi casa, claro— es en La Esperanza: allí no estoy sola, siento que pertenezco, aunque desde que nació Aurora he ido mucho menos, la maternidad es una esclavitud.

El tío Ángel y yo casi siempre vamos juntos; allí él también está a sus anchas, dice que la solidaridad es mejor que la familia, porque los parientes no se escogen y hay que soportarlos, aunque sean espantosos. No sé cómo serán sus parientes en México, tal vez sí

sean espantosos, pero aquí está su madre y se adoran; él ya no es tan joven y todavía vive con ella. Yo no cambiaría a nadie de mi familia. Mi abuelo tuvo muchos enemigos, era detestado, pero conmigo fue maravilloso y nunca vi su lado malo.

Estoy pensando dedicarme al periodismo, tengo que ver cómo podría hacerlo desde mi casa, tal vez hacer reportajes de investigación. La escuela de periodismo, que se había inaugurado hacía poco, las cerraron hasta nueva orden, pero no se necesita un diploma para ejercer, lo que se necesita es habilidad de ilusionista para sortear a la censura oficial, la autocensura y la cautela tremenda de la gente pusilánime que prefiere no saber nada de nada, pretende vivir en la luna. ¿Sabes lo que dijo el general Hurtado en una conferencia de prensa? «Pensar más de la cuenta es antipatriótico, a los periodistas no les pagan para pensar».

¿Tienes una pareja? Necesito saber al menos eso, Miguel, es injusto que yo siga esperando si nunca vas a volver, que te siga queriendo si ya no me quieres. Necesito amor, como todo el mundo, y creo que no me faltaría, pero no me lo puedo permitir mientras no sepa de ti. ¿Puedes hacerme llegar un mensaje? Un par de líneas serían suficientes. Sé que estás vivo, porque si hubieras muerto, habrías venido a verme en sueños. Tu clandestinidad también es mía. Estoy presa, cumpliendo una sentencia en una vida que no se mueve para adelante ni para atrás. Ni siquiera puedo mandarte estas cartas. Aurora es muy chica todavía, pero un día me va a preguntar por su padre y lo único que puedo ofrecerle es una fotografía de cuando eras estudiante. Te ruego, Miguel, vuelve antes de que ella me pregunte por ti.

Sigo esperándote.

Alba

Capítulo 10

Trauma

Apenas Aurora empezó a ir a una guardería, Alba tuvo que salir de la casa para llevarla y traerla. Pudo hacerlo porque al fin le hizo caso a Alonso y aceptó tratarse con la famosa doctora Cardoso, quien tenía cerca de ochenta años y ya no recibía nuevos pacientes, pero se interesó en ella. Era una psicoanalista irreverente, liberal, enemiga del patriarcado y del matrimonio monógamo, sostenía que limitaba la libertad y la evolución individual. En su larga carrera había desarrollado un método que combinaba los sueños, el I Ching, el yoga, la psicodanza y otras disciplinas para integrar las emociones, el intelecto y el espíritu y desentrañar los traumas que a menudo provenían de la infancia. Alba le mencionó el método similar desarrollado por su tío Nicolás y descubrió sorprendida que la psiquiatra tenía el mayor respeto por él y había seguido un curso en su Instituto de Unión con la Nada en California. Vaya las vueltas de la vida, pensó, tal vez su tío no era tan deschavetado como el abuelo creía y no sería mala idea la sucursal del instituto que él pretendía abrir en el país.

En la primera sesión Cardoso comprendió que el terror de Alba tenía un fundamento innegable en la realidad. «No puedo cambiar sus circunstancias, pero puedo ayudarla a vivir con ellas», le dijo. Era evidente que el rechazo al sexo y al amor, así como su temor a salir a la calle, tenían origen en el mismo trauma. Le hizo ver que su obsesión por el compañero desaparecido, el amante fatal y eternamente ausente, era una protección contra otras relaciones, que ella percibía como peligrosas. «La violación no es un acto sexual, es un acto de extrema violencia», le dijo. Proyectaba la energía maternal que Alba necesitaba, bajo su dirección pudo indagar en sus fobias, ayudada por LSD, y dormir tranquila gracias a

una píldora verde para la ansiedad y chocolates de mariguana. Dos meses después de comenzar una terapia intensiva con la doctora, volvió a ir con regularidad a La Esperanza, donde encontró la misma inquebrantable solidaridad de los pobres que han sobrevivido juntos por largo tiempo.

El-Ángel improvisó un ring en el asentamiento y pegó carteles con su retrato en el atuendo celeste y la máscara plateada que le dieran fama en México, anunciando las clases de lucha libre. La Junta había prohibido las artes marciales, pero la lucha libre entraba en la categoría del deporte, como la gimnasia. Se presentaron más candidatos de los que podía aceptar y tuvo que contratar por una suma insignificante a un compinche suyo como asistente. Los ánimos estaban aún más caldeados en La Esperanza y ya no contaban con Albert Benoit para plantarse delante de los vehículos militares.

En aquella ocasión el cura estuvo detenido durante setenta y tres horas en la cárcel común, donde por fortuna fue a dar en vez de a los calabozos del SIV. Regresó más desafiante que antes, pero un mes más tarde se enteró en el secreto del confesionario de la existencia de una tumba clandestina, donde habían enterrado a varios campesinos ejecutados en los primeros días del golpe militar. Sin decirle a nadie, se fue de excursión con una cámara fotográfica, siguiendo las instrucciones de un mapa trazado con lápiz en un cuaderno escolar por el hombre arrepentido que dio la información, y llegó a una cueva en la ladera de una montaña en una remota región del sur. Habían disimulado la entrada con rocas y arbustos, pero logró abrirla y se encontró con un montón de huesos y calaveras, todas con un orificio de bala. El cardenal recibió las fotografías, reunió a un grupo de la Cruz Roja, periodistas y un abogado de derechos humanos, que viajaron por separado al sitio y destaparon la fosa. Antes de que la censura pudiera impedirlo, se publicó el siniestro hallazgo en el extranjero y en el país. Otro crimen de la guerrilla, esos delincuentes se matan entre sí, dijeron las autoridades, pero nadie lo creyó. Fue imposible ocultar la

intervención del padre Benoit, porque él mismo se encargó de divulgarlo, y esta vez lo arrestó el SIV. No pudieron aplicarle el tratamiento habitual, porque lo protegían el cardenal y la embajada de Francia. Lo tuvieron cinco semanas metido en una jaula para perros y finalmente lo expulsaron del país, porque no había otra forma de deshacerse de él sin otro escándalo internacional por la patraña de los derechos humanos, como decía el Líder Supremo, pura propaganda del enemigo, como aseguraba el general Hurtado: «Los marxistas son humanoides que pertenecen a una especie no humana, por lo tanto no se les pueden aplicar los derechos humanos».

Desde su celda, Benoit fue trasladado directamente al avión y allí le quitaron los cepos y las esposas ante el desconcierto de los otros pasajeros. No se había lavado ni cambiado de ropa desde que lo arrestaron, olía a tumba y parecía más viejo, pero en nada había mermado su afán combativo. En París lo recibió con honores una delegación del gobierno y la prensa lo convirtió en el héroe del momento; apareció en televisión anunciando que iba a volver a La Esperanza, aunque fuera disfrazado de mujer, y a buen seguro lo habría hecho si no le da un ataque al corazón que casi lo despacha. Su congregación, que empezaba a cansarse de su fama, lo recluyó en una casa de retiro al cuidado de un par de monjas estrictas, donde se dedicó a escribir artículos panfletarios y miles de cartas para sus feligreses, esperando el momento de volver. «Señor, concédeme la gracia de morir entre los míos en La Esperanza», pedía en sus oraciones.

La ocupación principal en La Esperanza era cubrir las necesidades más básicas, empezando por el alimento; el desahogo eran las pachangas de fútbol y el desafío eran las protestas, que iban en aumento sin que los palos, las balas de goma y los gases lacrimógenos lograran impedirlas. Sucedían en diferentes puntos de la ciudad y parecían espontáneas, pero no lo eran. La gente salía de

sus vecindarios en grupos de dos o tres para no llamar la atención y se juntaban en el sitio asignado, donde pronto habría una multitud, sin más precaución que pañuelos para cubrirse la cara, botellas de agua y en algunos casos gafas de natación. Alba describía en sus páginas la realidad de La Esperanza: el alcohol, las drogas, los hombres sin trabajo, humillados, y sobre todo las mujeres y su portentosa organización de ayuda mutua para cuidar a los hijos y enfrentar la crisis permanente de sus existencias. Se contaban los problemas, lloraban y reían juntas, compartían la alegría cuando había algo que celebrar y el dolor sin quejarse. Se hizo muy amiga de la indomable Mandona, con quien pudo hablar sobre su paso por los calabozos del SIV, que la otra adivinaba, porque había muchos casos similares en el asentamiento, pero nunca lo había mencionado. Hay pudor en el sufrimiento. La Mandona trataba con la misma brusca autoridad al más encumbrado y a los niños, pero eso no disimulaba su desmesurada bondad. Acogió a Alba sin alardes sentimentales y con el mismo cariño seco y dominante que empleaba con todo el mundo.

El negocio de las arpilleras había despegado gracias al noruego, pero solo beneficiaba a las artesanas, el resto dependía de la olla común, la Iglesia y la Cruz Roja, que repartía alimento y medicinas. Alba destinó una suma mensual para ayudar a las madres, consciente de que era una gota de agua en un desierto de necesidad, y la Mandona la administró cuando se llevaron al padre Benoit. El contador recomendado por Violeta, un hombrecillo meticuloso que le tomó afecto a Alba, calculó que el patrimonio de Esteban Trueba era menor de lo esperado y le advirtió contra la tentación que arriesgarse en las nuevas inversiones que prometían fortuna y felicidad, así como contra el despilfarro y la excesiva caridad.

—Necesito trabajar, Alonso —le dijo Alba entre dos tazas de té en una de esas tardes ociosas.

El beso inolvidable en la biblioteca no se había repetido, pero abrió la compuerta a una cierta forma de intimidad casta, un enamoramiento vacilante de adolescentes tímidos: se sentaban siempre muy juntos, bebían de la misma copa, andaban, besos fugaces, abrazos breves.

—¿Tienes problemas económicos? Yo puedo… —dijo Alonso.

—No —lo interrumpió ella—. Por el momento me arreglo bien con lo que dejó mi abuelo, pero no va a durar para siempre. Además, no me imagino la existencia sin trabajar. Quiero contar con un ingreso para aumentar la ayuda a La Esperanza. Ahora que Aurora ya está más grande puedo dejarla con Agustina y Fresia. Y el tío Ángel está siempre disponible para hacerse cargo de ella, tiene paciencia de madre.

—¿Qué clase de trabajo? —le preguntó Alonso.

—Lo único que sé hacer es escribir.

—¿Quieres ser escritora?

—Me encantaría, eso le daría un propósito a mi existencia. Supongo que puedo hacerlo en mi casa, no necesito ir a ninguna parte para eso. Llevo dos años dedicada a escribir sobre mi familia para ordenar el pasado y cumplir la promesa hecha a mi abuelo, pero de ahí a ganarme la vida como escritora hay un abismo.

—Podrías intentar el periodismo —le sugirió él.

—¿Con la censura de prensa que tenemos? No parece muy buena idea. Además, el periodismo se hace en la calle, eso me asusta.

Entretanto volvió a la tarea ingrata de pedir dinero para La Esperanza y comprobó que la gente más generosa es aquella que menos tenía para dar. A Tránsito Soto y Violeta del Valle no había que rogarles, sus cheques llegaban puntualmente, y lo mismo el de

Alonso, a quien también reclutó para la policlínica con la cual tanto había soñado el padre Benoit, modesta y limitada, pero llenaba en parte el vacío que había dejado la privatización de la salud pública. Funcionaba en una casa prefabricada que Violeta instaló cerca de la iglesia, atendida por Alice Murphy y colegas de Alonso dispuestos a invertir unas cuantas horas en La Esperanza. Resultó que sobraban voluntarios.

Su trabajo en el asentamiento fue definitivo en la transformación de Alonso Vial. Allí la vida era dura, las necesidades básicas y las emociones sin filtro. Como él mismo admitía, aterrizó con veinte años de atraso en una realidad que los de su clase social ignoraban. De ser espectador pasó a opinar contra el régimen con la imprudencia de quien todavía no ha tomado conciencia del riesgo. Constanza y Dante adivinaron que por fin estaba enredado con alguien interesante; no había otra explicación para ese cambio. Constanza tuvo un chispazo de celos, porque esa persona desconocida había logrado sacudirle la neutralidad a su exmarido, lo que ella no consiguió en años de convivencia. Lo más irritante de Alonso cuando estaban casados era la actitud siempre conciliadora, la calma, la manera prudente de considerar todos los puntos de vista sin tomar partido; por contraste ella parecía una harpía histérica. Dante Rossi, por su parte , era un excelente contrincante con quien se podía pelear a muerte por tonterías y enseguida reconciliarse con desafueros indecentes en la cama. Le sonsacó a Alonso el nombre de la mujer —supuso que no sería un hombre— y le exigió que la llevara cualquier día a cenar para conocerla. Total, él era el convidado inevitable; una persona más en la mesa no suponía mayor diferencia.

Alba, con una de las píldoras verdes en la cartera, por si acaso, llegó con dos botellas de la bodega de su abuelo a una vivienda sin pretensiones en un barrio de clase media, cinco casas similares con un terreno común, cercado por una pared de juncos y un letrero adecuado: «Los Juncos». Por dentro, el hogar de los Rossi era una cueva de bohemios, desordenada, colorida, una mezcla de muebles

de segunda mano, recuerdos de viajes, afiches, fotos de momentos felices clavadas con tachuelas en las paredes y un disco de Pavarotti en el aire. Constanza llevaba un vestido de florecitas y chancletas. Había engordado, como cabía esperar de la compañera de un buen cocinero, y se veía mucho mejor, esos kilos extra eran el complemento adecuado a su carácter apasionado. Dante, de delantal negro, canturreando junto a Pavarotti che gelida manina con una pasable voz de tenor, condujo a Alba a la estrecha cocina con ollas y sartenes colgando de ganchos en el techo para demostrarle la preparación de un perfecto rigatoni al filetto con tomates de su huerto, mientras Matías, un chico de nueve o diez años, con una mata indómita de pelo crespo y lentes demasiado grandes para su cara de ardilla, armaba un complicado telescopio con Lego. Después de aquella primera noche, Alba no necesitó incentivos para ir a ese hogar disparatado cada vez que podía, acarreando con Aurora y Tarzán. El-Ángel, quien también solía ser invitado, resultó poseer talento para el Lego.

Los Vial eran plata vieja, con fundos y viñedos que llevaban en la familia desde comienzos del siglo XIX, aristócratas modernos con la mejor educación en colegios religiosos y universidades privadas; los hombres, abogados, médicos, ingenieros y economistas; las mujeres, en carreras decorativas. A ninguno de los hermanos de Alonso le interesaba la tierra de sus antepasados, era una carga poco rentable que solo daba prestigio, preferían dedicarse a las finanzas y negocios fantasiosos. Alba los conoció en el almuerzo dominical en casa de los padres, al que asistió como una prueba a petición de la doctora Cardoso, quien ya había logrado que saliera a la calle y creía que estaba lista para empezar a relacionarse con extraños. Al almuerzo de los Vial asistían los hijos y nietos por obligación y algunos invitados, casi siempre los mismos. Lo presidía el patriarca a la cabecera de la mesa en la única silla con brazos, mientras Kathy, su mujer, no tenía puesto fijo y se levantaba a cada

rato para ir a la cocina con diversos pretextos. La norteamericana se había resignado a terminar sus días en ese país primitivo y ya no escapaba a Filadelfia a cada rato, la edad y la mala salud se lo impedían. La ausencia de la hija menor era notoria, pero no se hablaba de ella; si había escogido el fanatismo político por encima de los lazos familiares, era como si hubiese muerto. Entre esa gente Alba retrocedió de golpe a su propia infancia, al comedor de la gran casa de la esquina, al tío Nicolás recién regresado de la India masticando como un rumiante, al tío Jaime leyendo taciturno mientras se le enfriaba el plato, a sus abuelos que no se hablaban y la usaban a ella para comunicarse. «Alba, dile a tu abuela que la carne está dura». «Alba, dile a tu abuelo que no se olvide de pagarle al plomero». Y así iban y venían los recados de un extremo al otro, por eso la apodaron paloma mensajera. Antes desconocía la causa de ese silencio, no entendía por qué sus abuelos vivían bajo el mismo techo, leían lado a lado frente a la chimenea en la biblioteca, iban juntos a los conciertos y al teatro y no cruzaban palabra entre ellos, pero al leer los cuadernos de Clara se enteró de que cuando su marido la golpeó, ella dejó de hablarle.

En la mesa de los Vial todos discutían a voz en cuello al mismo tiempo hasta que Marcelo tomaba la palabra y los demás se concentraban en comer, callados; por su cercanía al Líder Supremo, su autoridad era incuestionable. La única que no parecía impresionada era su madre, quien solía interrumpirlo con «come y calla» en inglés. Peroraba sobre el milagro neoliberal, la hiperinflación reducida de un hachazo, las empresas estatales en eficientes manos privadas, las importaciones que reemplazaban la mediocre industria nacional, el paraíso del capital y de los hombres visionarios. «Nunca habíamos estado mejor. Se terminaron las huelgas, los muros pintarrajeados de grafiti, las tomas de la propiedad privada, las colas, ahora hay de todo», y enumeraba los automóviles japoneses, en vez de las chatarras armadas de latón pegado con mocos armadas en el país, los centros comerciales con tiendas de lujo, los almacenes abarrotados, desde helado de coco y kétchup americano hasta perfumes de París. Alba se atrevió a

mencionar la situación desesperada de la gente en La Esperanza y Marcelo le explicó, con la tolerancia de quien le habla a un necio, que la política de choque era necesaria y temporal, el país se estaba recuperando rápidamente del caos social y económico anterior al pronunciamiento militar, ya no pertenecía al tercer mundo, bastaba ver los índices de crecimiento económico, era el más avanzado de América Latina, lo que no es mucho decir, había que compararse con Europa y los Estados Unidos; el desarrollo tenía un costo social inevitable y, además, esa gente de los asentamientos era floja, siempre había dependido de la caridad o del estado. «Ahora el que no trabaja no come», agregó. Alonso intervino para defender el derecho de todos a la salud y la educación, no solo de quienes podían pagar, y con eso se elevó el tono, que ya era estruendoso, y acabaron a gritos ante la sorpresa del resto de la familia, acostumbrada al complaciente silencio del hermano pequeño.

—Perdona, fui yo quien sacó el tema y provocó la pelea —le dijo Alba cuando estuvieron solos.

—¿Pelea? Nadie estaba peleando, estábamos conversando —replicó Alonso.

Capítulo 11

El amor

Alonso se fue alejando de su familia sin proponérselo, como consecuencia natural de las diferencias ideológicas. Con el pretexto de sus turnos en la clínica y el hospital, se saltaba dos de cada tres almuerzos dominicales, un cacareo de sordos del cual estaba excluido, porque junto a Alba había cruzado la frontera invisible que dividía a su familia y al país, dos realidades opuestas y enfrentadas, una triunfadora y cada vez más arrogante y la otra reprimida y cada vez más osada. En La Esperanza estaba a gusto curando cuerpos ajenos y curando la propia alma, como le dijo a Alba, pero en el hogar de sus padres se sentía como un intruso y eso le dolía, porque no lograba desprenderse de las ataduras sentimentales, como había hecho su hermana menor, que resultó más atrevida. Resentía el hecho de que también allí debía ser prudente con sus opiniones. Su puesto en la clínica le exigía discreción, el ambiente era de complacencia con la dictadura. Lo mismo le sucedía a Dante en su trabajo. Ambos veían partir a Alba y Constanza a las protestas, preparadas para lo que viniera, y las recibían de vuelta exhaustas y eufóricas. «¡Fantástico! ¡Se juntaron miles!», decían. Sentían temor por ellas y vergüenza por quedarse atrás.

Por su aspecto, Constanza Tupper parecía una típica mujer de origen europeo y clase alta, rubia de melena lisa, altiva, pero provenía de una familia de clase media, artistas y pensadores, todos de izquierda. Su padre fue profesor de historia hasta que debió renunciar a la universidad, porque rehusó atenerse a la versión oficial de la historia censurada en la cual el pasado era reinventado y el presente era una oda al patriotismo, y se fue con su mujer a vivir en una provincia remota. Uno de sus hermanos tenía una librería de libros usados y una imprenta clandestina en la trastienda y el otro

dibujaba historietas y escribía artículos incendiarios sobre la realidad nacional, que llegaban por conductos secretos a Europa, donde se publicaban con un seudónimo. Para Constanza la resistencia se convirtió en una pasión, no tanto por sus convicciones políticas como por el gusto de la aventura y de ir contra la corriente. En la galería donde trabajaba debía callarse la boca, pero no se perdía una marcha con Alba, a pesar de las advertencias de Dante y Alonso. Eso consolidó la improbable amistad de la exesposa con la nueva novia. Constanza, quien hasta entonces no se había preocupado de legalizar la separación, le propuso a Alonso que en vista de su falta de interés en un triángulo entre ellos y Dante, o entre las dos parejas incorporando a Alba, deberían tramitar la nulidad matrimonial, única forma de disolver legalmente el matrimonio, solo se requería un juez complaciente y un par de testigos falsos, que se conseguirían sin problema en Los Juncos. Sin embargo, como ni Alba ni Dante deseaban casarse, la nulidad quedó en el limbo de las resoluciones sin fecha.

Fue en La Esperanza en una tarde polvorienta del verano, la primera vez que Alba vio el otro lado de Alonso. Hasta entonces lo había colocado en la categoría de los maridos pasivos y los padres complacientes, como tantos hombres de su clase social, que existían en una burbuja aislados de las vicisitudes de otros mortales, un intelectual decente, que cumplía con las reglas, alguien que sanaba, cuidaba, componía y nunca rompía nada. Lo comparaba con su abuelo, que le inculcó la medida del macho autoritario, y con hombres sufridos como El-Ángel, o atrevidos por necesidad, como Dante Rossi, y concluía que a Alonso las cosas se le daban con demasiada facilidad.

El altercado comenzó en la plaza, a treinta metros de la policlínica, con los gritos de dolor de una mujer interrumpiendo al médico, que estaba vendando la pierna de un paciente después de extirparle un tumor benigno asistido por Alba, a quien a veces le tocaba hacer de

enfermera cuando la misionera Alice Murphy, que había hecho un curso de paramédico en los Estados Unidos, no estaba disponible. Alonso se asomó a la puerta, cegado por la reverberación del mediodía, y se encontró ante el espectáculo de un hombrón pateando a una mujer que yacía encogida en el suelo, protegiéndose la cabeza con los brazos. Sintió el sonido sordo de los golpes contra las costillas, el olor de la tierra seca, el aire caliente en la cara. Se habían juntado algunos mirones y varios niños, pero nadie intervenía. Alonso se aproximó de tres trancos decisivos. «¡Hey! ¡Déjala!», increpó al agresor. «¡No te metas, huevón!», replicó el otro entre dos patadas. Alonso lo cogió de un hombro para apartarlo y la reacción del otro fue instantánea, se volvió rojo, babeando insultos, con los ojos inyectados del alcohólico y en un segundo enarboló una navaja abierta sacada de la nada, como un prestidigitador. La hoja del arma brilló al sol.

Cuando Alba salió a ver qué pasaba, el círculo de curiosos había crecido y en el centro estaban los dos hombres, uno con bata blanca y lentes, el otro dispuesto a matar. Alonso no retrocedió. Comenzó una peligrosa danza, una coreografía de centímetros, el atacante lanzando manotazos, el siseo de la navaja cortando el aire y el médico contorneándose con piruetas de bailarín para evadir el filo, arqueando la espalda, agachándose, pivotando sobre los talones, brincando hacia atrás, midiendo la distancia, y en por tierra una joven ensangrentada que se arrastraba penosamente. Alonso no sintió miedo, eso vino después, sino el estímulo feroz de la adrenalina y la misma concentración absoluta que empleaba en el quirófano enfocada en cansar al borracho, que jadeaba desquiciado de rabia. Cuando percibió una microscópica apertura se le fue encima de un salto y le sujetó el brazo armado tratando de dominarlo, pero el otro era más pesado, más fuerte y tenía el hábito de la violencia. Forcejearon durante interminables minutos de pie, cara a cara, compartiendo el aliento ácido del vino y el olor agrio del sudor, hasta que Alonso aprovechó el impulso hacia delante del contrincante para hacerle una zancadilla. Cayeron juntos y rodaron en el polvo, un solo nudo de piernas y brazos, la navaja con vida

propia, el acero brillando en la mano que Alonso intentaba apartar. En uno de los manotazos el filo le dio en la cara, un tajo en la mandíbula, una maldición y los gritos de Alba pidiendo ayuda. El dolor y la sangre que le empapó el cuello fueron el detonante que arrasó con los últimos vestigios del hombre civilizado que Alonso Vial había sido hasta entonces. Impulsado por un instinto animal, le aventó un puñetazo demoledor en el estómago al adversario, que lo dejó sin aire, y enseguida lo remató con furia abrasadora, una ráfaga de golpes que le partieron la nariz, le volaron dos dientes y solo cesó cuando lo vio inerte. Le tomó un minuto entero recuperar la cordura, levantarse, recoger sus lentes rotos y apoderarse de la navaja, que cerró con un ruido seco y se echó al bolsillo de la bata ensangrentada. Tenía los nudillos en carne viva. Alba, que había presenciado el altercado paralizada como los demás espectadores, corrió a su lado y no alcanzó a abrazarlo, porque la detuvo la expresión salvaje que todavía desfiguraba a su amigo. Pero entonces él logró enfocar la mirada y al verla tan cerca mojada en lágrimas regresó del lugar primitivo y aterrador donde estaba. Se llevó la mano al tajo de la cara. «Tendré que dejarme barba», le dijo.

Para Alba, verle cubierto de polvo y sangre batiéndose a golpes, dispuesto a matar o morir, fue una revelación. Había otro Alonso agazapado dentro del hombre fino y tolerante, un desconocido capaz de la mayor violencia, alguien que le provocaba horror y una inconfesable fascinación.

La tarea de seducción que Alonso se había impuesto resultó más laboriosa y prolongada de lo que cabía suponer; con cualquier otra mujer habrían sido amantes desde hacía rato o él hubiera desistido. Casi había olvidado lo que era amanecer junto a otro cuerpo, cansado, satisfecho, agradecido, porque mientras esperaba a Alba para que ocupara ese lugar en su cama y en su vida, había perdido el gusto por los amoríos fugaces que le habían bastado desde que Constanza lo dejó. Renunció a llevar la cuenta de las muchas

razones por las cuales Alba no le convenía y la aceptó con sus misterios, su hija, su perro y hasta con su inseparable amigo tatuado. Con perseverancia y método la condujo paso a paso desde la amistad a un enamoramiento casto de preámbulos apasionados sin resolución que después de cada abrazo lo dejaban frustrado, con huesos blandos y el corazón en migajas, oscilando entre la lujuria contenida y la tentación de mandarse a cambiar y no volver a verla nunca más. El improbable novio ausente era otro de los secretos de Alba que debía soportar. Concluyó que si ese infeliz no había dado señales de vida, era porque la había abandonado o bien ella lo había inventado como escudo para defender su soledad, y en ambos casos él tenía que batirse contra una sombra escurridiza. El reto lo enfurecía y lo excitaba. Descubrió que en el fondo era un romántico contumaz, y si no lo había manifestado antes era por culpa de Constanza, que se burlaba de los rodeos sentimentales y tenía una manera desfachatada y directa de entender las relaciones. Con Alba, en cambio, debía avanzar con paso de cangrejo sin desanimarse cuando ella echaba marcha atrás. Intentó algunas veces enredarse con otras mujeres sin ningún resultado, o castigar a Alba con días de ausencia, indiferencia o arrebatos de mal humor que al final le dolían más a él que a ella, porque la separación le resultaba peor que el deseo insatisfecho. En un par de ocasiones dejaron de verse durante semanas, hasta que él inventaba una excusa para llamarla y cuando se encontraban ella retomaba la amistad amorosa como si nunca se hubieran separado, mientras que él la amaba más que antes y sufría por el tiempo perdido. Se demoró dos años en convencerla de que dejara a Aurora a cargo de las mujeres de su casa y del tío Ángel y pasara una noche entera con él.

—Perdóname, pero no puedo hacer el amor, Alonso —le advirtió al hallarse solos en el apartamento, pensando en lo que diría la doctora Cardoso cuando Alba le confesara que tenía vergüenza de su cuerpo.

—Ya lo sé, me lo has dicho como mil veces —replicó él sonriendo.

Se había preparado con el asesor más inesperado: Dante Rossi. Los dos hombres tenían en común a Constanza y Matías —quien prefería al padrastro porque era mucho más divertido que su padre — y también la bicicleta. Salían juntos por sendas traicioneras de los cerros hasta alcanzar la cima, donde se detenían a recuperar el aliento con sus termos de té helado y los bocadillos del chef. Disfrutaban la vista panorámica del mundo a sus pies, lejos del barullo de la vida, y conversaban. Alonso encontró en su rival al mejor amigo. Solo a él le confió su obsesión con Alba y sus propias dudas. «Caricias, besos… no me permite nada más, Dante. Está perturbada, sé que hay algo terrible en su pasado, pero no me lo dice. No puedo ayudarla», le confesó. El italiano se rio. «No hay secreto que resista un buen orgasmo», fue su respuesta.

Esa noche, la primera de las muchas que habría de compartir con Alba, la esperó con la mesa puesta, el vino abierto, el pato con jengibre en el horno y los ingredientes alineados sobre el mesón para la pasta con hongos, de acuerdo con las instrucciones precisas de su amigo. No esperaba engañarla atribuyéndose el mérito ajeno, porque la impronta del chef era inconfundible, solo deseaba ablandarle la resistencia con su esfuerzo. Para Dante la cocina era erótica; le aconsejó que prepararan juntos la cena y en el proceso despacharan la primera botella sin apuro; si todo salía bien, tendrían tiempo suficiente para la segunda. Había una buena razón para los hongos: la textura, el sabor y el olor eran afrodisíacos, evocaban el placer sexual. Alonso los había comido en variadas formas durante décadas sin haberlos relacionado nunca con eso y suponía que Alba tampoco, tendría que mencionarlo, la sugestión obra prodigios. Se sentaron a saborear la cena relajados y alegres por el brunello di Montalcino y las canciones francesas de antaño. Alba, poco habituada al alcohol, estaba ruborizada, con la piel caliente, el cuerpo flojo y unas ganas viscerales de echarse a dormir en el suelo como Tarzán. No le dieron las fuerzas para el postre de chocolate y la copita de licor de naranja, los broches de oro del menú de persuasión, y cuando se levantó de la mesa tuvo la impresión

efímera de que Miguel la espiaba desde la ventana de aquel decimonoveno piso. «Me cansé de esperarte», le dijo a ese novio impertinente y Alonso creyó que se refería a él y tal vez bastaba de preliminares. La invitó a bailar y sin darle tiempo de considerarlo la cogió por la cintura y empezaron a moverse al son de la música lenta y dulzona de París. «Ven», le dijo por fin y ella se dejó conducir dócilmente.

En la espartana habitación de Alonso, la cama ancha y el plumón blanco eran una gentil invitación que le permitieron a Alba bloquear por algunas horas los malos recuerdos que la atragantaban ante cualquier forma de verdadera intimidad. Miguel volvió a asomarse a la ventana para recordarle la promesa de amarlo para siempre, pero también volvió a rechazarlo. Deseaba a Alonso con un calor y una ansiedad que no había sentido desde las citas con Miguel en el sótano de su casa. Imaginaba el olor de su nuca, la textura de su vientre, sus manos hábiles explorando lo más secreto de su cuerpo, manos entrenadas para curar y calmar. Nada de violencia, nada de terror, solo la posibilidad bendita del placer con amor. Se abandonó a esa apetencia incontenible mientras Alonso la desvestía sin apuro y en silencio, consciente de la fragilidad de ese instante. Conocía bien el cuerpo de Alba, la había examinado cuando llegó a su consultorio preñada, enferma y desnutrida, cuando el tío Ángel la rescató de los chorros de agua de la policía y cuando dio a luz, pero en la penumbra de su cuarto la descubría por primera vez. Había esperado durante siglos esa oportunidad, amándola y maldiciéndola y anticipando esa noche como un suplicio, pero se obligó a visualizar la nieve y el mar para controlar su propia impaciencia y concentrarse en Alba. Ese momento le pertenecía a ella y era decisivo, él podía ayudarla a recuperar su sensualidad o hundirla aún más en las trampas de su memoria. Al quitarle la ropa, prenda a prenda, besándola en el cuello, entre los pechos, el ombligo, sintió el olor de su piel, de los hongos, del vino, una fragancia terrenal, primitiva, y agradeció que no usara perfume.

Alba solo lo había visto vestido y no sabía que tenía pelo en el pecho y vello oscuro y tierno en las piernas y los brazos, las espaldas anchas y músculos duros del tenis y la bicicleta, que olía a jabón y a bosque después de la lluvia. Hasta entonces no había querido imaginar su sexo ni sus hábitos de amante por su determinación de sostener la ilusión de Miguel y no traicionarlo ni siquiera en pensamiento, pero había pasado tanto dolor desde entonces, que la fidelidad ya no era una opción, sino una condena que ella misma se había impuesto. Esa cercanía nueva y maravillosa con Alonso la liberó del pantano de sentimientos encontrados donde chapoteaba desde hacía demasiado tiempo y que en el fondo era el pretexto para no arriesgarse al amor, como sostenía la doctora Cardoso. Basta. Alonso se quitó la ropa a tirones, sin dejar de acariciarla, la levantó en brazos y la llevó a la cama, donde cayeron frente a frente, mirándose a los ojos, murmurando sus nombres, hasta que Alba tomó la iniciativa de subírsele encima y acoplarse como a la deriva, anclándose en la solidez de ese hombre, recibiendo el placer como un regalo, a salvo y por fin reconstruida.

Durmieron a ratos en las pausas entre los abrazos en una noche sin relojes, estática, eterna e inmutable en el recuerdo, y al amanecer, desnuda y somnolienta descansando sobre el pecho de su nuevo amante, Alba pudo contarle de la prisión. Alonso, estremecido hasta el alma, no tuvo palabras de consuelo, solo pudo arroparla en su amor, que después de esa noche habría de consumirlo durante el resto de su vida con una dolorosa y fiera ternura por ella.

CINTA # 3

Después del golpe militar, la lucha entró en otra fase. Antes nos limitábamos a aguijonear al gobierno, azuzarlo para que apurara el paso, para que hiciera los cambios radicales que el país necesitaba, promovíamos la lucha armada, pero no teníamos ni una sola pistola decente. Nos perseguía la policía porque plantábamos cócteles molotov: los fabricábamos en la cocina de un compañero, eran más humo que otra cosa y nunca lo hicimos con el fin de matar inocentes. Ruido y más ruido. Desobedecíamos las directivas del Partido, que colaboraba con el gobierno. Teníamos mala fama. Ahora que puedo mirar hacia atrás con objetividad, veo que andábamos muy equivocados, hermano, no calculamos lo que realmente estaba en juego, saboteábamos al primer gobierno de izquierda que habíamos tenido; la Vanguardia Revolucionaria le hizo tanto daño al presidente como los grupos de ultraderecha. Los métodos eran similares. Nos enfrentábamos con esos fachos y más de una vez nos atribuyeron las acciones de ellos. Por supuesto, yo no le contaba nada de eso a Alba, no podía comprometerla, pero ella algo sospechaba y quería unirse al movimiento para estar conmigo. Al menos eso lo tuve muy claro: una chica ingenua, enamorada, sin convicciones políticas y para colmo relacionada con Esteban Trueba, era fatal. Mantuve siempre separados el amor y la guerra.

Digo guerra, pero eso no empezó hasta el golpe militar, antes eran escaramuzas. La Vanguardia se convirtió en el objetivo principal de la Junta. Empezó de inmediato una persecución organizada, eficiente y despiadada con el fin de exterminarnos a todos, porque uno solo que sobreviviera podía volver a convocar a los enemigos de la patria, como nos tildaban. Los milicos estaban preparados, nos tenían infiltrados, por eso lograron agarrar a muchos de nosotros a pesar de que disolvimos las células y nos dispersamos con órdenes de evitar el contacto entre nosotros y con quienes nos conocían. Conseguí avisar a mi hermana y a Alba de que iba desaparecer por un tiempo. Alba volvió a rogarme que la llevara conmigo, no

sospechaba lo que es la clandestinidad, se me ocurre que nunca había oído esa palabra. Esa fue la última vez que vi a mi hermana. Estaba mal, muy flaca, amarilla, encorvada con una joroba, con un olor agrio y pegajoso; la droga la estaba consumiendo. Apenas alcanzamos a darnos un abrazo apretado. ¿Sabes lo que me dijo entonces? «Daría la vida por ti, Miguelito». Eso me dijo, Romualdo, como si supiera lo que iba a pasar.

Ni Amanda ni Alba supieron más de mí. Casi me volví loco cuando me avisaron de que las habían arrestado. En la Vanguardia sabíamos que nos podía ocurrir a cualquiera de nosotros, era un riesgo que asumíamos, aunque nadie puede estar preparado para algo así . El compañero detenido debía aguantar veinticuatro horas, eso les daba tiempo a los demás de reaccionar; hablar antes de las veinticuatro horas se consideraba traición, pero no estoy de acuerdo con eso. Quien no ha pasado por los calabozos del SIV no tiene derecho a juzgar. Amanda murió un par de días después, estaba muy débil y no resistió. Con Alba fue diferente, con ella se ensañaron. Entonces hice algo que fue una locura, pero no se me ocurrió otra cosa: me fui a ver al viejo Trueba. Lo encontré solo, desesperado, un pobre anciano lloroso, no quedaba ni sombra del déspota autoritario que había sido. Sí, la clandestinidad se me fue al carajo, arriesgué mi vida y la de otros compañeros. Peor aún, Romualdo, lo fui a ver más de una vez, porque teníamos en común la necesidad urgente de rescatar a Alba, eso pesaba mucho más que las diferencias y la desconfianza. Te confieso que lo vi sufrir tanto, que me costaba detestarlo. Por una de esas casualidades que parecen milagros, me enteré de que existía una persona capaz de hacer por Alba lo que ninguna de las conexiones de Trueba había logrado. Si yo fuera supersticioso diría que Amanda me lo hizo saber desde el cielo.

Tránsito Soto era dueña del hotel Cristóbal Colón, y si no se ha jubilado, todavía debe serlo. ¿Nunca oíste hablar de ese hotel? Vaya, pensé que su fama habría dado vuelta al mundo. Hay gente que viene de provincia y hasta de otros países a conocerlo. Parece que antes fue un burdel y que ella fue una puta célebre, pero esos son

chismes. No sé qué relación tenía Esteban Trueba con ella, tal vez era un cliente, aunque lo dudo, no calza con su personalidad y ya estaba muy decrépito para eso; el hecho es que cuando se la mencioné, resultó que la conocía. Alba estuvo detenida tres semanas y gracias a la intervención de Tránsito Soto salió con vida. No volví a esa casa hasta mucho tiempo más tarde, aunque sé que el viejo Trueba no me habría denunciado, porque no tuve valor para saber lo que le habían hecho a Alba por culpa mía y despedirme de ella de nuevo. Nunca imaginé que la separación sería tan larga.

Capítulo 12

Extorsión

El tío Nicolás había regresado a California convencido de que Alba tenía los poderes psíquicos de Clara, pero atrofiados por falta de uso, la misma negligencia que había cometido su madre, Blanca. Durante su visita la perseguía para averiguar si veía espíritus, que él solo percibía vagamente después de esfuerzos desmedidos de imaginación, si acaso tenía visiones, si se cumplían sus sueños, si pronosticaba fenómenos de la naturaleza o la muerte de animales y personas. No se conformaba con sus negativas, insistía en hacerle pruebas, como poner un objeto dentro de una caja cerrada para que ella identificara a ciegas el contenido. Cansada de contradecirlo, Alba colocaba la mano encima de la caja, cerraba los ojos y tragándose la risa fingía recibir ondas magnéticas del cosmos, enseguida le soltaba la primera cosa improbable que se le ocurría. Ante su consternación, a menudo acertaba. Nunca le mencionó a su tío la visita de Clara en su celda, porque implicaba admitir su paso por el SIV; solo se lo había contado a su abuelo, porque a él no tenía que explicárselo, y a Alonso, porque ya no cabían secretos entre ellos. Tampoco compartió con Nicolás su sospecha de que en esa celda Clara le trasmitió la habilidad de atraer personas con el pensamiento. Si echaba de menos a Alonso y sonaba el teléfono, era él; si necesitaba

al exterminador de termitas, el buen hombre se presentaba al día siguiente en la puerta.

Tres meses después de esa primera noche en brazos de Alonso, cuando Alba volvía a ser feliz como en los tiempos en que hacía el amor a hurtadillas en el sótano de la casa de su abuelo, cuando el milagro del placer y de dormir abrazados se iba convirtiendo en hábito, reapareció el coronel García. En los días anteriores su imagen detestada la asaltaba a cada rato y cuanto más luchaba para no pensar en él, más fuerte era la angustia de que lo estaba llamando. Por eso, al escuchar los dos timbrazos largos en la puerta de la casa supo de inmediato quién era y sintió una mezcla de zozobra ante lo que iba a enfrentar y de alivio porque ya no tenía que seguir esperando. Ella misma le abrió maldiciendo en silencio a ese hombre y a su propia mente incontrolable que sin querer lo había convocado.

—¡Qué gusto de verte, Alba! —la saludó García con aquel tono falsamente amable que ella escuchaba en sus pesadillas—. Vengo de paso, andaba en el vecindario y pensé venir a saludarte.

Entró a la biblioteca, se dejó caer en uno de los sillones, pero evitó el de Esteban Trueba, y le ordenó a Alba que le sirviera un whisky. Ella obedeció tratando de dominar el temblor de las manos.

—¿Cómo está la guagua? Mejor dicho, la chiquilla, ya no es una guagua. Es hora de que me la presentes —le dijo García agitando el líquido en el vaso.

—No se meta con mi hija —logró articular ella.

—Nuestra hija, dirás. ¿Sabes que es la única? No tengo otros hijos. Tráela, quiero que conozca a su papá —insistió él.

—¡Usted no tiene nada que ver con ella!

—¿No? ¿Quién, entonces? No seas estúpida, mujer, te conviene que seamos amigos, por el bien de la mocosa.

Alba tuvo la súbita corazonada de que eso nada tenía que ver con Aurora, era un chantaje y a ella le tocaba pagar.

—Diga qué es lo que quiere, a ver si llegamos a un acuerdo —le dijo.

García se desconcertó, iba preparado para amenazarla, jugar con ella, refocilarse en su miedo como gato con su presa, pero a los pocos minutos de su llegada, antes que alcanzara a terminar el primer whisky, Alba lo privaba del gusto de someterla. ¿Qué se había imaginado esa mujer? Él estaba al mando y no tenía prisa.

—Supongo que te quedan cigarros del senador.

Alba no respondió. De pie, con los brazos cruzados, soportó que García le repitiera lo que le había dicho antes sobre su parentesco con Esteban Trueba, cómo él tenía el mismo derecho que ella a la fortuna del viejo, cómo había soportado durante una vida entera las humillaciones con que había sido tratado y no era justo que le robaran lo suyo. De nuevo se refirió a su niñez miserable en el campo, al despotismo del patrón y a la violación de su abuela, que provocó el infortunio de dos generaciones. Alba calculó que García había cobrado caro el crimen de su abuelo, pero se calló; no podía aludir a su propio sufrimiento, similar al de aquella pobre campesina, sin reconocer que Aurora podía ser fruto de la violación. Antes de que él terminara su cantinela ya tenía claro que García había venido a negociar Las Tres Marías. El valor del fundo que tanto había significado para Esteban Trueba representaba la mitad de lo que ella había heredado. Era un precio barato para librarse de García y poner fin a ese drama de odio y violencia que se repetía desde hacía medio siglo.

Dos días más tarde se reunieron en una notaría para transferir el título de propiedad.

Esteban García llegó a Las Tres Marías en uno de los coches negros del SIV, con su chofer y seguido por otro coche con sus

guardaespaldas. Aquella era una ocasión sagrada y solemne que había aguardado durante la vida entera y deseaba saborearla solo, pero no podía darse ese lujo, habían intentado matarlo varias veces, por eso andaba siempre armado y con escolta. Las Tres Marías había pasado por varias etapas y varias manos. Fue un fundo modelo en la época dorada de Esteban Trueba, con los toros reproductores, los caballos finos, las casitas de ladrillo para los inquilinos, las viñas, los huertos, las colmenas de abejas y la casa patronal de tejas rojas y puertas azules reconstruida y mejorada después del terremoto que la echó por tierra. Allí la familia pasaba los veranos; llegaban de la ciudad con un séquito de empleados y un cargamento de baúles, canastos y cajones, incluso jaulas con pájaros y una mesa de tres patas, que, según decían, servía para llamar a los muertos. Trueba se levantaba al amanecer y salía a caballo, inconfundible con su sombrero australiano de ala ancha y su postura de gran señor, a recorrer la propiedad examinando las siembras, interrogando a los campesinos, buscando razones para el descontento y la recriminación, mientras Blanca, su hija, se revolcaba a la orilla del río con su amante prohibido, Pedro Tercero García, quien escapó enjabonado del hachazo que le mandó el patrón. El coronel García recordaba muy bien a ese Pedro Tercero, que ya era el héroe de los campesinos cuando él era un chiquillo, el joven que se atrevía a desafiar a los terratenientes, perseguido por revoltoso, siempre fugitivo. Era también familia suya, sobrino de su abuela Pancha.

Las mujeres Trueba-Del Valle bordaban y jugaban a los naipes en la terraza de las buganvillas y Alba, la nieta legítima, bebía limonada con cintas en el pelo y delantal almidonado, tal como lo hiciera antes Blanca, su madre, en ese mismo sitio, mientras Esteban García la observaba de lejos, descalzo y andrajoso en la polvareda del patio. Ya entonces soñaba con el desquite.

La prosperidad de Las Tres Marías se vino abajo con la reforma agraria: la expropiaron y quedó en manos de los campesinos que habían trabajado allí siempre, pero no estaban acostumbrados a tomar decisiones y se burlaron de los asesores que mandó el

gobierno, hombres de escritorio con manos blancas que nunca habían cogido un azadón y venían a predicar las ventajas de esto y de aquello en su jerga de ciudad. García ya no estaba allí para ver cómo se comieron los toros de raza y engancharon los caballos de carrera al arado, dejaron pudrirse la fruta en los árboles y las siembras se fueron al carajo por falta de semillas y crédito; estaba en las fuerzas armadas, ascendiendo de rango a saltos y zancadas por el militar inquebrantable y disciplinado que era, hasta llegar muy alto. El general Máximo Urrutia fue su profesor de estrategia y lo distinguió al primer vistazo en la escuela de oficiales. «Alumno excepcional», escribió en su informe, y se acordó de él al día siguiente del golpe. Lo llamó para crear y dirigir el SIV de acuerdo con su visión de la seguridad del estado: un organismo que estuviera por encima de los servicios de inteligencia del ejército, la marina, la aviación y la policía, que le respondiera solo a él directamente. Se cuidaba de los otros generales de la Junta que él presidía, porque en cualquier descuido podían traicionarlo, pero depositó su entera confianza en García y lo ascendió con un florete de su lapicera al rango de coronel.

El hombre no lo había defraudado, el SIV contaba con cincuenta mil agentes, funcionarios de planta, espías y colaboradores, estaba organizado con precisión militar, disciplina y lealtad, ofrecía buenos beneficios de salud y jubilación temprana. Todo bajo su mando exclusivo. Él mismo seleccionaba a los agentes especiales, los interrogadores, entre los reclutas más pendencieros, aquellos que estaban a punto de ser expulsados, y los transformaba en hombres útiles con férreo espíritu de grupo y el debido adoctrinamiento, para que supieran que cualquier cosa que hicieran, aun la más despiadada, era para salvar a la patria del comunismo, como no se cansaba de machacarles. El entrenamiento era breve pero riguroso, a muchos los enviaba al Brasil, donde recibían instrucción de la CIA. Él mismo le debía gran parte de sus conocimientos a la Escuela de las Américas en Panamá, donde iban oficiales de todo el continente a aprender lo necesario para arrancar de raíz la maleza izquierdista. El trabajo del SIV era secreto; de vez en cuando alguno soltaba la

lengua y había que eliminarlo. Como aseguraba el general Hurtado ante la prensa, los recintos de tortura y de exterminio eran una patraña inventada por los exiliados; tampoco había desaparecidos, se respetaba la ley, cualquier juez podía atestiguarlo, y no era cierto que tiraran cadáveres al mar desde un helicóptero atados a un trozo de riel. ¿Acaso habían encontrado algún rastro de eso? Nada. El coronel Esteba García tenía los hilos en la mano. Los terroristas no respetaban fronteras, operaban en todo el continente y para combatirlos se requería coordinación internacional, por eso había creado una red eficiente de ayuda mutua con los servicios de inteligencia de varios países, compartían información e intercambiaban prisioneros; los fugitivos eran apresados dondequiera que escaparan. Estaba a la cabeza de un imperio en la sombra. Su trabajo lo absorbía por completo, no había podido encontrar a la mujer adecuada para casarse y tener hijos, para llevar una vida normal, como otros bajo su mando. Los envidiaba, porque podían lavarse, cambiarse la camisa manchada y regresar a su casa a jugar con los niños, conversar con los vecinos, ir a misa y al fútbol el domingo. Él se levantaba antes del amanecer, hacía una hora de gimnasia, se duchaba y quedaba listo para una larga jornada que terminaba de noche cerrada. Nadie trabajaba más que él en ese país de flojos, repetía. El Líder Supremo exigía informes diarios y nada por escrito, las actividades del SIV eran confidenciales. El coronel se presentaba a las cinco de la mañana en la residencia presidencial y compartía el desayuno con su superior, siempre lo mismo: café, una tostada con una lámina de jamón, una fruta de la estación. Creía que eran amigos, pero no se jactaba de serlo, porque también esa amistad era un secreto; Urrutia no podía parecer asociado con las actividades del SIV.

García celebró con una botella de brandy americano cuando las autoridades militares pusieron término a esa payasada del socialismo y devolvieron el orden a la patria y las tierras expropiadas a sus legítimos dueños, como decía el Líder Supremo. La reforma agraria no había mejorado para nada la situación de la familia García, sus parientes siguieron siendo tan pobres como siempre, pero eso a él

no le incumbía, se había elevado muy por encima de todos ellos. Cuando recuperó el fundo, Esteban Trueba se presentó con tres años de furia acumulada a recuperar lo suyo y vengarse. Les prendió fuego a las casitas de ladrillo con todo su contenido y echó a la gente que había trabajado y vivido allí por generaciones, entre ellos a todos los García, que se dispersaron y nunca más volvieron a reunirse, una ventaja para el coronel, que había cortado los vínculos con esa gente fracasada. Desde muy joven se comparaba con el jaguar, un ser solitario que se basta a sí mismo, y tanto le gustaba esa metáfora, que se mandó a hacer un anillo de oro con la imagen del felino y no se lo quitaba ni para dormir. Fuerte, fiero, hábil, nocturno, eficiente y despiadado en la caza, así era él: un jaguar. En el éxodo de los García, perdió a la familia que le quedaba y eso solo aumentó el rencor que su abuela había sembrado. Se le transformó en un odio tan profundo, que ni siquiera cuando tuvo a Alba en sus manos para hacer con ella lo que le diera la gana y castigar así al viejo Trueba, pudo aplacarlo. Y ahora, como culminación de sus esfuerzos, como recompensa por las miserias que sufrió su familia y él mismo, porque se lo había ganado con inteligencia y perseverancia, entraba por el portón principal convertido en el nuevo patrón de Las Tres Marías.

Echó una mirada alrededor. Todo lo que abarcaba la vista le pertenecía y esos nuevos campesinos, gente desconocida, se quitaban el sombrero a su paso. Pocos meses después de recuperar el fundo, Esteban Trueba había logrado salvar del desastre de la reforma agraria esa tierra donde él había nacido y ahora era suya. Cómo estaría revolcándose en la tumba ese viejo maldito, pensó el coronel. Al día siguiente citaría al administrador y les daría una arenga a los inquilinos, luego vería cómo iba a manejar la tierra , porque en verdad sabía plantar papas, lo había hecho de niño, pero no tenía idea de fertilizantes, semillas, vacunas, antibióticos, créditos, impuestos, salarios, contratos y otras vainas. Esa noche dormiría en la cama de hierro donde Esteban Trueba había abusado de su abuela, pero antes que nada iba a sentarse en uno de los mecedores de bejuco de la terraza a beber limonada.

Capítulo 13

La Condesa

Alba comenzó su peregrinación en busca de empleo como periodista en la redacción de la revista Veritas Liberat, una publicación mensual de los jesuitas sobre cultura, reflexión, espiritualidad y política, que se financiaba con suscripciones y venta en librerías. Desafiando a la censura, se atrevía a investigar y denunciar, eso le valía que la cerraran a cada rato y enjuiciaran al editor o a los colaboradores, que pasaban media vida en alegatos de leguleyos frente a jueces ornamentales designados por el gobierno. A veces el asunto terminaba con clausura temporal y una multa, otras con unos días en la cárcel entre delincuentes comunes. Los infractores preferían lo segundo. A Máximo Urrutia la revista le servía para probar la tolerancia del régimen; le convenía lucir a esos enemigos públicos, tan insignificantes que no podían hacerle daño. Algunos de los reportajes censurados salían por misteriosos conductos a Europa, otros se archivaban como documentos históricos que en el futuro servirían para refrescar la memoria. A Alba se le ocurrió que podía combinar sus experiencias en La Esperanza con su tímida tentativa de escribir. La recibió el padre Antonio Lazcano, un vasco enjuto, narigón y de apariencia seca como corcho, pero de corazón amable.

—¿Satigny? ¿Qué apellido es ese? —fue lo primero que le preguntó.

—Francés —balbuceó Alba, desconcertada.

—¿Su padre era francés?

—No. Mi padre es de aquí. El francés era un conde que se casó con mi mamá para disimular que ella estaba embarazada de otro —le explicó enrojeciendo.

—¡Ah! Mire lo que son las cosas, señorita. Yo tampoco llevo el apellido de mi padre, sino del hombre que se casó con mi mamá por la misma razón que ese conde francés le hizo el favor a la suya. Dígame en qué puedo servirle.

—No sé si a su revista le interesarían historias de la gente de la población La Esperanza.

—¿Por ejemplo?

—Los allanamientos, las ollas comunes, la cesantía, pero más que nada la solidaridad, el coraje, el humor. Las mujeres son sensacionales —dijo Alba, entusiasmada.

—¿Qué sabe una condesa de eso?

—Hago trabajo voluntario en La Esperanza, es mi segundo hogar.

—¿Y usted sabe escribir? ¿Qué experiencia tiene? —le preguntó Lazcano.

—Siempre leo Veritas Liberat. Para ser una revista de los jesuitas no está nada mal, pero, francamente, yo escribo mejor que sus redactores. ¿Son todos curas?

Por primera vez, el hombre sonrió luciendo sus dientes chuecos y amarillos.

—Tráigame una muestra y veremos. Le advierto que aquí pagamos muy poco, la mayoría de nuestros colaboradores no cobra.

—Después de que lea la muestra, hablamos de eso, ¿qué le parece?

—Bien. La espero el próximo miércoles. Mil palabras, más o menos. ¿Estamos, condesa?

—Estamos. No soy condesa. Puede tratarme de Alba.

De allí la joven se fue a La Esperanza a entrevistar a la Mandona provista de una grabadora portátil. Todavía le costaba sujetar un lápiz con la mano derecha.

A medida que su relación con Alonso se profundizaba y ambos comprendían que no estaban los tiempos para pensar en el futuro, solo el presente incierto contaba, Alba sentía la urgencia de resolver su compromiso pendiente con Miguel. ¡Si pudiera estar con él aunque fuera solo por unos minutos! Deseaba mirarlo a los ojos para verle el alma, hablar con él, o al menos tener una dirección donde enviarle las cartas que le había escrito y que se acumulaban en el escondite debajo del parquet de su casa.

Querido Miguel:

Perdóname. Hace mucho que no te escribo, cada vez es más difícil hacerlo, porque te siento muy lejano y mi vida se ha complicado. Mis sentimientos también se han complicado, ya no llevo la cuenta de los días de tu ausencia ni pienso en ti con la angustia insufrible del amor frustrado, pienso en ti con desapego y, te confieso, con algo de exasperación. Es estúpido aferrarme a tu recuerdo sin recibir ni una migaja de atención de tu parte. La revolución es tu causa, pero no es la mía. ¿Estás aquí? ¿O te has ido a otro país? Si estás aquí y no te has comunicado conmigo es porque ya no te importo o me has olvidado. Comprendo que hay riesgo, el SIV todavía vigila mi casa, pero supongo que tu grupo tiene información y sabes que voy a menudo a La Esperanza, podrías dejarme un mensaje con la misionera Alice Murphy o con los curas que reemplazaron al padre Benoit. La Vanguardia Revolucionaria, esos son ustedes ¿verdad? El nombre aparece en la prensa, le echan la culpa de todo y si pasa un

mes o dos sin noticias, matan a unos cuantos prisioneros y lo atribuyen a la guerrilla, aunque nadie se traga esa versión; pero ustedes no son santos, Miguel, las bombas y los secuestros no los planta el SIV. ¿Cuál es tu papel? No creo que sea simplemente obedecer órdenes, en la universidad eras dirigente estudiantil, siempre sobresalías, llevabas la voz cantante dondequiera que estuvieses, tienes naturaleza de líder, pero no tienes naturaleza de asesino. Estoy pensando en el rehén que mataron… era un muchacho inocente de veinte años. Dijeron que su padre pagó el rescate, pero igual lo mataron.

Aurora ha crecido mucho y tiene tus cejas gruesas y tu pelo negro ondulado, pero no se parece a ti, no tiene tu barbilla partida ni tu perfil de estatua romana; tú eres el hombre más guapo que he visto, Miguel, podrías haber sido actor de cine si no tuvieras el bichito de la justicia, como tú llamabas a esas ganas inmensas de mejorar al mundo. Los niños cambian rápido, tal vez cuando Aurora crezca será bella como tú, por el momento tiene el aire morisco de los Trueba, como mi abuelo y mi mamá. Eso me preocupa, Miguel, porque ese hombre que te mencioné, mi Enemigo, la reclama como hija suya y está emparentado con mi abuelo; de hecho, es como un tosco retrato de Esteban Trueba dibujado a grandes trazos con un lápiz grueso, tiene los rasgos de mi abuelo sin su refinamiento. Es un hombre ordinario. De eso también vamos a hablar cuando vengas… si es que vienes algún día. Mi Enemigo ahora es el dueño de Las Tres Marías, tuve que dárselo. ¿Te mencioné el fundo alguna vez? Mi abuelo invirtió el alma en esa tierra y yo la perdí en diez minutos con una firma en la notaría. Mi abuelo quiso dejarme asegurada y al paso que voy puedo terminar muy pobre.

Hay dictaduras que duran décadas, Miguel. Franco reinó durante casi cuarenta años: «caudillo de España por la gracia de Dios». Murió hace un par de años, pero quién sabe cuánto más perdurará su ascendiente. Espero que no sea el caso aquí. Imagino a la Vanguardia Revolucionaria como un grupo de muchachos cegados por sus ideales políticos, dispuestos a sacrificar todo por esos

ideales, el amor, la familia, la vida misma, pero sin los recursos para derrotar a la poderosa maquinaria de este gobierno. Dicen que a ustedes les llegan armas y dinero de la Unión Soviética y que los comandantes son cubanos. Aquí llegan armas y dinero de los Estados Unidos y los generales son profesionales con impunidad. Esta es una guerra dispareja que ustedes no pueden ganar. Cada acción terrorista refuerza la represión y el poder de los militares. Te pregunto si vale la pena tu sacrificio o si serías más útil en la resistencia dentro del país. Los que nos oponemos a la dictadura somos la mayoría, Miguel, y cada vez somos más, hacemos lo que se puede y cada vez podemos más.

Todo pasa, pero a veces tarda. Ha transcurrido un tiempo infinito desde que desapareciste y si demoras en volver verás que muchas cosas han cambiado. Yo también he cambiado. Pienso en ti, Miguel, y le pido a mi abuela mágica que te proteja, pero no voy a envejecer sola y sin amor. Ya no te espero como Penélope tejiendo una mortaja en el día y deshaciéndola durante la noche con inquebrantable fidelidad.

Te abrazo desde lejos,

Alba

Aurora cumplió tres años de una infancia feliz y, contaba con todo el cariño que podía recibir sin perecer sofocada. Su mundo eran su madre, Agustina, Fresia y los tíos Ángel y Alonso, su sombra permanente era Tarzán, que se crio en su cuna y dormía en la cama de Clara entra ella y su madre. «¿Qué vamos a hacer con este quiltro salchicha cuando vayas al colegio?», le preguntó el tío Ángel. «Lo estoy amaestrando para llevarlo en mi bolsón», replicó la chiquilla, que de tanto convivir con adultos hablaba de corrido en perfecto español. No usaba pañales desde los catorce meses y comía sentada a la mesa con dos cojines en la silla. La casa era su reino, la

recorría de arriba abajo, se escondía en los cuartos desocupados con el perro en los talones, conversando con su bisabuela Clara, a quien podía ver sin dificultad. Según Fresia, que se había criado lejos de las ciudades en el sur profundo y tenía sangre indígena, los niños pueden ver ángeles y espíritus y hablar con los animales hasta los seis años, después pierden esa virtud y no la recuperan hasta el lecho de muerte. Alba, que conocía todos los accesos, tapió con tablones la entrada al sótano; no quería que su hija lo usara para jugar y más tarde para el amor, como había hecho ella. Algún día arreglaría el problema de los cables eléctricos que colgaban encima de los charcos de las filtraciones.

Aunque ya no lo echaba de menos, Alba pensaba en Miguel un par de veces al día cuando se cepillaba los dientes en el baño. La única fotografía que poseía de él estaba pegada en el espejo, pero eso no le parecía una traición a Alonso sino una cortesía hacia Aurora. Con la doctora Cardoso había aprendido que caben muchos amores en el corazón humano y el que ella sentía por Miguel era una fantasía, un hilo con el pasado y con la inocencia del amor de juventud, que no competía con la sólida relación de amantes y amigos que tenía con Alonso. Aurora, de pie en un taburete con el cepillo de dientes en la mano, cumplía con el ritual cotidiano: buenos días, papá, buenas noches, papá. Para evitarle a su hija la incertidumbre que ella misma tenía, Alba había resuelto que lo más conveniente era asignarle un padre. La niña no preguntaba cuándo conocería a ese personaje, para ella el hombre pegado en el espejo pertenecía a una dimensión mitológica, como su bisabuela.

Arropada en la estabilidad que le ofrecía Alonso, Alba había dejado de esperar a Miguel, el amante, pero esperaba a Miguel, el padre de Aurora. Se aferraba a eso para no contemplar la posibilidad de que el padre de su hija fuera el torturador. Suponía que Miguel estaba vivo y metido en los atentados que aparecían en las noticias, porque en eso consistía la resistencia en la clandestinidad. Concluyó que si Miguel no había intentado verla en esos años, era porque ya no la quería o bien porque su misión no se lo permitía. En el futuro caería

la dictadura, como caen todas tarde o temprano, según le repetía Alonso, y entonces Miguel sería libre, pero habría cambiado, ya no sería el joven idealista que la enamoró, tendría sangre en las manos. El único con quien compartía ese tira y afloja entre la nostalgia y el despecho era El-Ángel. A veces, cuando se les pasaba la hora y los sorprendía el toque de queda, él se quedaba a dormir; había una cama para él siempre lista en una de las muchas habitaciones de la casa. La noche se alargaba, ambos en la pajarera tomando té, conversando y planeando el próximo artículo para Veritas; a él se le ocurrían las mejores ideas. Se habían contado las vidas completas y Alba sugirió, de confidencia en confidencia, que en reencarnaciones anteriores habían estado juntos como padre e hija, hermanos o esposos. En esta existencia les tocaba ser amigos y no amantes, como sería natural, por culpa del accidente en el ring. Una vez que se enteró de la penosa condición de El-Ángel, Alonso Vial superó los celos y sus prejuicios de clase y aceptó la presencia de aquel hombrón pintoresco en la existencia de Alba, resignado a la idea de que era parte de la familia.

Ese fue el año en que Alba volvió a ver a Miguel, justamente cuando se cumplía el primer aniversario de su amor con Alonso Vial y pensaban celebrarlo en una luna de miel en la playa, muy breve, ya que nunca se había separado de Aurora. El-Ángel, que se iba a quedar con la niña, le rogó que se fuera por un mes, así él podría mimarla a gusto y enseñarle a sumar, porque la chiquilla era un genio.

CINTA #4

Conocíamos los nombres de los esbirros, había una lista y yo la memoricé. Pude identificar a los que asesinaron a mi hermana y uno en particular, el coronel Esteban García, director del SIV, que se encargó de Alba. Juré que cada uno de ellos iba a pagar por sus crímenes y, si me alcanzaba la vida, haría pagar también a quienes daban las órdenes, empezando por el dictador. No iba a permitir que sucediera como en otras partes, que cae el tirano y les echan tierra a las atrocidades, pasan una ley de amnistía, los responsables se van tranquilos a sus casas y mueren de viejos en sus camas, comulgados y perdonados. No hay memoria y por eso el horror se repite una y otra vez. Máximo Urrutia es el Líder Supremo, como se hace llamar, y si es cierto que no vuela una mosca sin su consentimiento, conoce al dedillo las actividades del SIV y lo que le hicieron a Alba, tal vez fue él mismo quien se la quitó de las manos a García para complacer a Tránsito Soto, aunque no puedo imaginar por qué le debía un favor a esa mujer. Urrutia es el primero de la lista.

Nos perseguían y muchos compañeros cayeron, pero otros se unieron al movimiento, jóvenes idealistas. Mi misión fue reclutarlos, siempre tuve instinto para captar hombres y mujeres dispuestos a jugarse enteros. A mí también me tocaba financiarnos, ya sabes que la revolución cuesta mucho dinero y nunca alcanzan las contribuciones que llegan de afuera. Soy meticuloso, puedo planear una operación hasta el último detalle: extorsión, asaltos a negocios y bancos, secuestros. Eso era lo más engorroso, lo más desagradable, hermano, porque a veces el rescate se demoraba y teníamos que mantener a la persona encerrada en alguna parte, dos y hasta tres meses. Primero alquilábamos una casa cualquiera en un barrio tranquilo de clase media, donde instalábamos a una «familia», una pareja de compañeros con un niño chico, para que no hablara, y un perro para disimular. En uno de los cuartos armábamos la celda, una caja de dos por tres metros, sin ventana, con un excusado químico,

un catre, una mesita, una ampolleta en el techo siempre encendida para vigilar por un hueco en la pared. Nos turnábamos para eso. Te digo, Romualdo, era un tormento para el secuestrado, pero también para nosotros; estábamos tan presos como él. Los días se hacían eternos, los turnos de noche eran peores. Nos comunicábamos con el rehén mediante notas que pasábamos por debajo de la puerta, estaba prohibido hablarle para evitar involucrarnos emocionalmente, ya me entiendes, pero algunos compañeros eran muy jóvenes, carecían de experiencia y de puro aburridos aflojaban la disciplina y empezaban a conversarle. La compasión no tiene cabida en esta lucha, porque el enemigo no la tiene; la empatía es debilidad y la debilidad es muy peligrosa, puede costar la vida. Yo sé lo que es el aislamiento, uno se vuelve loco. Veíamos por el agujero que el tipo hablaba solo, dejaba de comer, se arrancaba mechones de pelo, lloraba, rezaba. En una ocasión se negaron a negociar y no quedó otra: tuvimos que ejecutarlo, yo di la orden y después tiramos a la suerte a quién le tocaría hacerlo, aunque en justicia esa era mi responsabilidad, yo era el jefe. Me costó mucho decidirlo, porque era un joven que había estado meses con nosotros y en la convivencia uno se ablanda, es humano, pero no podíamos soltarlo porque habría sido un pésimo precedente.

No éramos asesinos, Romualdo. Una cosa es que alguien muera por mala suerte en un encuentro armado o una explosión y otra muy distinta ejecutar a alguien a sangre fría, pero el fin justifica los medios. ¿Sabes, hermano? Cada vez que digo eso, pienso que lo mismo dicen los fachos, los torturadores, los asesinos del imperialismo: el fin justifica los medios. La revolución exige el compromiso total, no se puede andar con remilgos. Sin embargo, en mi país nunca recurrimos al narcotráfico, como en Colombia, aunque ahí es donde está el dinero fácil.

Fui subiendo de rango y llegué a ser uno de los líderes: comandante Emiliano, por Emiliano Zapata, ese era mi alias y para entonces ya nadie me conocía por otro nombre; había que olvidar los nombres verdaderos como medida mínima de seguridad.

Capítulo 14

El visitante

Miguel llegó en pleno invierno, en una de esas noches oprimentes de lluvia, ventolera y apagón en que varias zonas de la ciudad quedaban a oscuras; atentado terrorista contra las torres de alta tensión, afirmarían en el noticiero del día siguiente, pero como los apagones sucedían a cada rato, muchos sospechaban que se trataba de otra táctica del gobierno para imponer su política del terror, como los periodistas degollados y el montón de huesos, que destapó por error la excavadora de un edificio en construcción, también atribuidos a la guerrilla. Era prodigioso el daño que los subversivos podían hacer a pesar de la policía, la seguridad militar, el SIV y el estado de sitio indefinido. El Líder Supremo culpaba a los comunistas enviados por Moscú y La Habana y a veces no estaba lejos de la verdad. Por su parte, el general Hurtado opinaba en la televisión que en el país había nativos y moscovitas y a los segundos deberían mandarlos a la Antártida en calzoncillos y a pie pelado.

La pequeña Aurora, acostumbrada a los gemidos de la casa, no se asustaba con el viento que sacudía los vidrios ni la lluvia que martilleaba el techo; mientras rugía la tormenta, ella recitaba en sueños los números que su tío Ángel le estaba enseñando. A su lado, su madre golpeaba las teclas de la máquina de escribir a la luz de una lámpara a parafina. Era su ocupación de noche, cuando terminaban las labores del día y en el silencio la visitaban los ausentes invisibles y callados. Le faltaban horas para todo lo que debía anotar. Había aceptado el papel de cronista de su familia, como le pidió su abuelo en los últimos días al despedirse. Ya no se preguntaba por qué seguía escarbando en los cuadernos de anotar la vida de su abuela Clara y gastando resmas de papel, el propósito dejó de importarle, amaba el proceso. No era lo único que escribía.

Además de los artículos para Veritas y las cartas a Miguel, también era la archivista de las historias que le confiaban en la Vicaría del Buen Pastor y que un día servirían para rescatar del olvido a tantos desaparecidos. En esos registros estaba su tío Jaime, visto vivo por última vez por un soldado de guardia en el sitio donde lo tuvieron detenido, el mismo que fue a decirle al senador Esteban Trueba cómo dispusieron de su cuerpo con una carga de dinamita.

Tarzán despertó de súbito, saltó de la cama, pegó la nariz en la puerta y empezó a aullar. Alarmada, Alba se asomó a través de una apertura de la cortina temiendo ver uno de los siniestros vehículos de la noche frente a la casa, pero comprendió que, si lo hubiera, sería imposible distinguirlo por la lluvia y el apagón. Sujetó a Tarzán para que se callara y se quedó inmóvil, atenta, esperando los golpes en la puerta principal que anunciarían a García, pero pasaron varios minutos y solo escuchó el fragor del temporal. Apenas lo soltó, el perro volvió a embestir la madera, y entonces Alba encendió la gruesa vela, que mantenía en el escritorio de Clara para los apagones, verificó que Aurora seguía dormida, cogió la lámpara y armándose de coraje salió detrás de Tarzán, lamentando que El-Ángel no estuviera en la casa. Iba en camisón de dormir, con el chaleco apolillado de su abuelo y en zapatillas, tiritando de frío y ansiedad. El perro voló escalera abajo, atravesó a la carrera la cocina, el repostero, la lavandería y se detuvo ante la pesada puerta que daba al patio trasero, oliendo frenético. «¿Quién está ahí?», gritó Alba dudando de que afuera pudiesen oírla en esa demoledora tormenta. Pasaron dos o tres minutos larguísimos sujetando a Tarzán con una mano y la lámpara en la otra. Estaba a punto de retroceder para ir a despertar a Agustina y Fresia, cuando escuchó claramente dos golpes, pausa, tres, pausa y uno más. El corazón le brincó en el pecho al reconocer la clave que usaba con Miguel en los tiempos en que tocaba su ventana para que ella lo condujera de puntillas al sitio secreto de hacer el amor. «¿Miguel?… ¿Eres tú?». Los golpes se repitieron, no había duda, solo él conocía la clave. Tiritando, con el aliento atascado en el pecho, corrió el cerrojo.

En la luz amarillenta de la lámpara vio en el umbral una figura encapuchada que apenas se distinguía en la oscuridad y no lo reconoció, pero escuchó su nombre, «Alba, Alba…» y era él, era su voz. Miguel entró de una zancada, chorreando agua, cerró la puerta de un manotazo, atrajo a Alba de un tirón y la besó de lleno en la boca. Ella se rindió al abrazo, sujetando la lámpara en frágil equilibrio, mientras Tarzán seguía gruñendo. Se besaron por una eternidad, él hambriento y desesperado, ella confundida y asustada. Cuando al fin él la soltó, Alba se encontró ante un desconocido: Miguel estaba más alto de lo que recordaba, muy delgado, el rostro esculpido a cincel, pálido, sin afeitar y con la expresión atormentada de un fugitivo, pero sus ardientes ojos negros eran los mismos de antes. Olía a cigarrillo, sudor y lluvia. Alba trató de ayudarlo a quitarse la parka, pero apenas podía controlar el temblor de las manos.

—No puedo quedarme, vine solo a decirte que te adoro y a despedirme, esta vez para siempre, Alba —dijo él.

—Ven, tengo algo que mostrarte —dijo ella cuando pudo hablar y, cogiéndolo de la mano, lo llevó al segundo piso, donde él nunca había estado.

Ascendieron la ancha escalera de los retratos, pasaron por la sala de estar donde antes colgaba un cuadro de Monet y avanzaron por el pasillo, que en la escasa luz de la lámpara era un largo túnel, seguidos por el perro, que al fin se había calmado.

—¿Por qué vives sola en este caserón? —le preguntó Miguel.

—Nunca estoy sola. Ven… —repitió ella.

Entraron a la habitación de Clara, alumbrada por la vela, y ella lo guio a la cama. Apartó los velos del baldaquín y la lámpara iluminó un bulto pequeño y un desparrame de cabello oscuro sobre la almohada. Había imaginado esa escena desde que la niña era un renacuajo en su vientre, el momento temido e inevitable en que

tendría que explicarle a Miguel lo inexplicable. El guerrillero se acercó vacilante, sorprendido, y levantó con cuidado la sábana con una mano callosa de uñas sucias. La niña se movió, la luz le dio en la cara invadiendo el sueño de los números y abrió los ojos pestañeando antes de dormirse de nuevo. No registró la imagen de ese hombre inclinado sobre ella, pero nunca dudó la versión de que su padre arriesgó la vida nada más que para darle un beso en tiempos de la tiranía.

—Es mi hija, se llama Aurora —le dijo Alba.

—No tenía idea. ¿Cómo no lo supe antes?

—Tiene tres años. No sé quién es el padre —declaró ella con la voz firme.

Miguel hizo el cálculo en un instante y la verdad le dio de lleno como un puñetazo en el pecho. Le quitó la lámpara a Alba, la puso sobre la mesa de noche y se aproximó de regreso a la cama para examinar a la niña dormida buscando algún parecido con él sin encontrarlo, solo reconoció los rasgos delicados de la madre, pero resolvió en un impulso instantáneo que el origen era lo de menos: si ella se gestó en la violencia y sobrevivió intacta, merecía ser suya.

—El padre soy yo. Es mi hija, nuestra hija —le aseguró Miguel.

Atrajo a Alba en otro apretado abrazo que le cortó el aliento, lastimándola con el arma que llevaba al cinto. La soltó por fin y volvió a observar a la niña, quitándole el pelo de la cara.

—Aurora es un lindo nombre —dijo—. Aurora como el amanecer que vendrá después de esta larga noche del despotismo. Háblale de mí, Alba, cuéntale cómo nos conocimos, cómo nos hemos amado, dile que su padre la quiso mucho y que luchaba por ella, por la libertad.

Hablaba en pasado. Alba comprendió que en verdad esa era una despedida definitiva y sintió una mezcla de profundo pesar por la pérdida del primer amor y de inconfesable alivio porque no tendría que vivir con el alma en un hilo aguardándolo, rezando por él para que no lo cogieran vivo, durmiendo con un ojo abierto si no estaba y con un rifle junto a la cama si estaba, con las huellas de su perturbadora presencia en todas partes y el olor de la grasa de las armas, siempre temiendo por ella y por Aurora, esperando que la violencia las alcanzara en cualquier momento y ya no habría escapatoria. Aliviada también porque esa despedida otorgaba una oportunidad verdadera al amor tantas veces postergado que sentía por Alonso. Acompañó a Miguel hasta la puerta del patio, se besaron por última vez y lo vio desaparecer en la lluvia. También él era un fantasma.

Capítulo 15

Espíritus traviesos

En el último año de la democracia, Esteban Trueba solía recibir en la biblioteca a los conspiradores: políticos, hombres en uniforme, de negocios y del mundo de las finanzas, el embajador de Estados Unidos y miembros de la CIA. Fue así como estableció amistad con el general Rafael Hurtado y lo patrocinó en su Club, donde en aquel tiempo era imposible que aceptasen a un militar sin linaje, que era lo único que valía antes de que todo se pudiera adquirir a la fuerza o con dinero. El general del ejército Máximo Urrutia no participaba en esas reuniones de confabulación, se mantuvo neutral hasta que estuvo seguro de que las otras ramas de las fuerzas armadas y los gringos estaban a bordo, recién entonces se sumó al golpe. Trueba lo había invitado un par de veces a cenar con su esposa en un ambiente puramente social para sondearlo, pero el general era tan receloso como el senador y no mostraba sus cartas. La casa no era la misma desde la muerte de Clara, pero los salones, la biblioteca y el comedor principal conservaban el esplendor original. Doña Lorelei Hansel de Urrutia, quien todavía no sospechaba la voltereta que daría su destino, era una matrona de cabello acartonado y abrigo de piel de zorro. Su amplia pechuga y su aspecto provinciano engañaban: Lorelei era un lince. Después de la cena, los hombres pasaron a la biblioteca para el coñac y los cigarros, y Lorelei le pidió a Alba que le mostrara el resto de esa mansión, de la cual tanto había oído hablar. La mujer pasó por alto el abandono y se fijó con atención en las dimensiones palaciegas, los frisos decorativos, las maderas nobles de nogal, cerezo y palisandro, las perillas y pasamanos de bronce, el mármol italiano y los azulejos de Marruecos. «Lo felicito, senador, su residencia es envidiable», le dijo a Trueba al despedirse. Alba habría de recordar ese comentario cuando un par de años más tarde recibió una llamada de Violeta del

Valle anunciándole que la primera dama deseaba comprar la casa. «Dígale que no está en venta ni lo estará mientras yo viva», respondió Alba. Violeta suavizó el mensaje, porque no le convenía a esa sobrina porfiada enemistarse con la primera dama. «La casa solo tiene valor sentimental para la familia Trueba, pero está en muy mal estado, excelencia. Hay otras mansiones mejor ubicadas y mucho más adecuadas para usted», le dijo. Violeta había obtenido un contrato con el gobierno para sus casas prefabricadas, que se destinarían a balnearios de recreación para las fuerzas armadas, por eso tenía contacto esporádico con doña Lorelei y conocía su carácter.

Violeta insistió en que Alba podía usar su manía por la palabra escrita en algo más ameno que sus reportajes para Veritas Liberat, bastante densos, como correspondía al tono de la revista, cuya misión era exponer y analizar la realidad. No siempre fue así, en sus orígenes tenía un enfoque espiritual, pero la necesidad de investigar y denunciar se fue apoderando de sus páginas. Alba escribía sobre la vida en La Esperanza, las madres de los desaparecidos en la plaza de los Heroicos Soldados, maltrato de animales, drogas, prostitución, miseria en los hospitales, en fin, no faltaban asuntos deprimentes que debía exponer con cuidado para escapar a la censura. Firmaba solo con sus iniciales: A. S., y cuando llegaron dos agentes del SIV a interrogar al autor de esos artículos, el padre Lazcano se las arregló para protegerla. Según El-Ángel, en tiempos normales habría que ser masoquista para suscribirse a esa publicación, pero como se atrevía a desafiar a la censura, contaba con miles de fieles lectores.

—¿Has pensado escribir algo más liviano? ¿Algo con humor, por ejemplo? La vida no es solo tragedia, Alba —le sugirió Violeta.

—No es el tipo de cosa que le interese a Veritas.

—Soy muy amiga de Josefina Aguirre, la nueva directora de Gracia. Te la puedo presentar. Gracia es la revista femenina de

más éxito.

—Es la única que hay, Violeta. Moda, belleza, decoración, pura frivolidad.

—Exacto. Le hace falta carácter. Josefina quiere darle enjundia, hacerla más interesante. Habla con ella, Alba.

Josefina Aguirre era joven, bella y de familia rica, había estudiado en Inglaterra y regresó al país convertida en incorregible feminista. Tal como le explicó a Alba, no había nadie más machista que los militares, pero la censura no se metía con temas de mujeres, que consideraba comadreo inofensivo. Podían introducir el feminismo en la revista, convertirlo en su sello, envalentonar a las lectoras y darles algunos palos a los varones. Se pusieron de acuerdo en veinte minutos.

—Tengo que advertirte que he tenido problemas con el SIV. No podré firmar con mi nombre —le confesó Alba.

—¿Estás en una lista? —le preguntó Josefina.

—No, pero hay un tipo bastante poderoso del SIV que me chantajea.

—A veces lo mejor es salir al encuentro de esos desalmados. Vas a firmar con tu nombre, como un desafío. Por eso no te pueden molestar.

El primer reportaje fue sobre el divorcio, que se había tratado de legalizar en vano durante veinte años con la oposición cerrada de los conservadores en el Congreso y de la Iglesia católica, pero desde el golpe militar ya ni siquiera se discutía. La Junta se vanagloriaba de defender los valores cristianos de la familia. Alba le dedicó ocho líneas a los aspectos legales, y dos párrafos a una entrevista con el ideólogo que había redactado la nueva Constitución, un solterón que se autoflagelaba y andaba con un cilicio para expiar los pecados que

todavía no había cometido, defensor a ultranza de la santidad del vínculo matrimonial. El resto del reportaje fueron testimonios personales. Su conclusión fue que, a falta de divorcio, casarse había perdido su atractivo; según las estadísticas, cada vez más las parejas se juntaban y separaban sin burocracia. El tono desenfadado, la ironía y la burla solapada a la autoridad causó sensación. Llegaron cientos de cartas a la redacción, casi todas a favor y unas cuantas de lectores furiosos. La edición completa de Gracia se vendió en tres días. Alba esperó con angustia alguna reacción del coronel García, pero no se produjo.

—Bravo, Alba. Si logras que los lectores identifiquen tu estilo y tu tono, te harás un nombre —le dijo Josefina.

Fue contratada de planta y le asignaron los temas más polémicos, que ella trataba desde la perspectiva feminista y en lo posible con humor. En el pasado las sufragistas alborotaban exigiendo el voto femenino y no faltaban mujeres líderes en el campo del trabajo, la salud y la educación, pero hasta ese momento nadie hablaba de feminismo, era una palabra nueva, algo que ocurría en el norte del planeta; la revista lo puso sobre el tapete. Para Alba y las tres periodistas de la redacción, nada era tan delicioso como ridiculizar o atacar de frente al patriarcado y comprobaron sorprendidas que eso vendía como pan bendito. Tal como Josefina predijo, pronto el nombre de Alba Satigny se dio a conocer, los lectores buscaban sus artículos y la gente más encopetada y linajuda quería conocerla y rozarse con ella, incluso muchas esposas de los militares. A ella se le ocurrió que hacía falta una columna de consejos, que serviría para entretener y tomar el pulso a las lectoras. Anunciaron el Correo del Amor y empezaron a llegar tantas cartas, que Alba no daba abasto para leerlas y hubo que contratar a una ayudante que seleccionaba las más sabrosas. Las redactoras se juntaban para contestarlas y si era necesario consultaban a la doctora Cardoso y a Constanza Tupper, a quien se le ocurrían los consejos más atrevidos. La sección era popular justamente porque desafiaba las convenciones. Alba escribía las respuestas y firmaba solo como Condesa. No quedaba

claro si era un nombre, un apellido o un título. La nobleza había sido eliminada en el siglo XIX, pero no se pudo eliminar la fascinación de la plebe por la aristocracia. Algunos periodistas intentaron entrevistarla, pero la Condesa nunca daba la cara. Josefina echó a correr el rumor de que vivía medio tiempo en Francia, defendía su privacidad a ultranza y le horrorizaba la publicidad; el misterio contribuía a su éxito.

Alba siguió colaborando en Veritas y llevaba una existencia esquizofrénica entre los artículos penosos para Lazcano y los divertidos de Gracia. El periodismo la mantenía ocupada, le daba un ingreso y la obligó a superar el miedo a la calle y a la gente.

La notificación de que el gobierno había confiscado la gran casa de la esquina llegó por medio de un funcionario engominado el mismo día en que murió Luisa Mora. Alba lo supo porque la despertó muy temprano el aroma de violetas y al asomarse a la ventana le pareció verla en la luz todavía nebulosa del amanecer recogiendo lirios silvestres en el jardín, pero no tenía ochenta y ocho años sino muchos menos, era la mujer que llegaba con sus dos hermanas a visitar a Clara. Pensó que había caminado dormida hasta la ventana y esa había sido una visión de sonámbula, pero la presencia de violeta en el aire persistía. Luisa no tenía teléfono, porque confiaba más en la telepatía, y Alba no pudo confirmar su impresión de la madrugada, pero, aunque lo hubiera soñado, de todos modos era un aviso.

Luisa y sus hermanas habían vivido siempre en un faro en desuso que transformaron en su hogar, con habitaciones estrechas unidas por una escalera infinita de caracol que iba de la planta baja hasta el tope de vidrio, donde antes se proyectaba la luz. Nadie conocía a ciencia cierta la razón para que hubiera un faro tan lejos del mar; se decía que un capitán de barco, enriquecido con contrabando, lo hizo trasladar por simple capricho desde la costa, desarmado como un

rompecabezas, y lo colocó en la ciudad desafiando múltiples leyes municipales y de la física. A pesar de sus muchos años, Luisa seguía trepando esa empinada escalera para llegar a su cuarto y hubiera vivido un poco más si no tropieza con un peldaño, cae rodando y se rompe una cadera. Quedó tirada durante veinte horas antes de que una vecina la encontrara, dolorida, deshidratada y con muchas ganas de reunirse con sus hermanas, que habían partido hacía tiempo y las echaba de menos. No permitió que la llevaran a un hospital; la acostaron en la salita inferior y allí esperó a la muerte, que no tardaría en reclamarla.

A Alba no le costó dar con la dirección, porque el faro era muy conocido en la ciudad, figuraba en los folletos para turistas, pero nunca había estado allí. En el último trecho debió conducir el pesado Cadillac por un largo sendero de piedrecitas y por los quejidos de la carrocería comprendió que lo había abusado demasiado. Cada vez que se subía a ese automóvil, sentía que abordaba un yate; hacía rato que debió cambiarlo por algo más moderno, pero eso sería una traición a la memoria de su abuelo. Se había corrido la voz de que Luisa se había caído y Alba se topó con una fila de vecinos, amigos, rosacruces, masones, illuminati y seguidores de Gurdjieff que se habían enterado por misteriosos conductos y acudían a despedirse de esa amiga deliciosa que yacía en el sofá tapada con chales, respirando apenas, pero todavía consciente. Se hincó a su lado y besó con reverencia esas manos traslúcidas de niño. «Soy Alba, doña Luisa. Por favor, dígale a mi abuelo cuando lo vea que tiene una bisnieta y se llama Aurora», le pidió. La moribunda abrió los ojos y murmuró en un suspiro que le daría el recado.

El aviso de que iba a perder la casa le llegó a Alba al día siguiente, justamente cuando Alonso había aceptado al fin el ofrecimiento de vivir allí, ya que ella rehusaba irse con él. Sus razones eran de peso: no podía abandonar a los espíritus familiares y no cabía en el apartamento de él, por amplio que fuera, con un perro, su hija, Agustina y Fresia, a quienes Aurora consideraba sus tías. Eran ellas quienes luchaban corajudamente contra el desgaste propio de las

viviendas ancianas, las indómitas arañas, hormigas y polillas, la humedad, el musgo entre las baldosas de los baños y el hollín de la cocina. La mansión fue construida con materiales nobles de la mejor calidad de acuerdo con las rigurosas instrucciones y la ambición del patrón, no había motivo para que se marchitara como una ruina de tres siglos. Alba lo atribuía a la tristeza que fue consumiendo a la familia y por extensión a la casa desde la muerte de Clara. Tanta desgracia y malos recuerdos se habían acumulado desde entonces entre esas paredes, que se requería más cariño del que ella sola podía dar para devolverle el ánimo. Estaba segura de que si se llenara de gente, niños y animales, las grietas y filtraciones desaparecerían, los pisos volverían a brillar, dejarían de crujir los goznes y la casa que tanto amaba volvería a sonreír. Ese era su plan y lo estaba elaborando con Violeta del Valle, quien contrató a un arquitecto para diseñar la mejor forma de dividir el espacio, una parte para uso de la familia, incluido Alonso, y el resto para mujeres abusadas y sus hijos que huían de la violencia familiar, como otros refugios que ella había fundado en varias ciudades del sur. Debían sacar cuentas, era un proyecto costoso que ponía muy nervioso al contador, pero Alonso ofreció ayuda. Había invertido con su hermano Marcelo en un extravagante negocio que eliminaba el uso de moneda corriente reemplazándola por una tarjeta de plástico que permitía comprar a crédito, con interés por supuesto, pero era tan anodina y vulgar, que el usuario rara vez pensaba en la deuda. Ya existía en otros países y Marcelo Vial había lanzado una ingeniosa campaña publicitaria para convencer al público de las enormes ventajas de aquella tarjeta, con tanto éxito que se convirtió en símbolo de ascenso en la escala social: quien no la tenía no era nadie.

Los planes para la gran casa de la esquina se vinieron abajo en un instante con el documento que aquel funcionario le entregó en sus manos a Alba, una sola hoja con el membrete del nuevo Ministerio de la Mujer y el sello y firma en tinta morada de la primera dama,

Lorelei Hansel de Urrutia. Tenía una semana para entregar la propiedad desocupada, le notificó el funcionario, pero si deseaba dejar los muebles, no habría problema. Después que el hombre se fue, Alba cayó sentada en el primer peldaño de la escalera y rompió a llorar por Luisa y las otras hermanas Mora, por la casa que amaba, por sus padres que se despidieron entre gallos y medianoche rumbo al exilio, por Miguel, por su tío Jaime, por su abuelo que andaba perdido en el Más Allá sin encontrar el camino para venir a verla, a llorar todas las lágrimas atrasadas. Allí la encontraron El-Ángel y Aurora, que volvían de pasear a Tarzán en el parque.

—¿Qué voy a hacer, tío Ángel? Sin esta casa estoy perdida.

—Calma. Vamos a encontrar una solución, no vas a acabar debajo de un puente.

—¿Y mi abuela? ¿Qué va a pasar con ella y con los otros?

—Se irán contigo, supongo… —replicó el exluchador y se quedó pensando en la posibilidad de que Clara se quedase a defender su territorio.

Constanza y Dante ofrecieron una solución: había disponible una de las casas de Los Juncos, sencilla y pequeña, apenas del tamaño justo para Alba, pero el ambiente era acogedor y el jardín compartido sería ideal para Aurora y Tarzán. Alonso la alquiló sin preguntarle y Alba no tuvo ánimo para oponerse. Entretanto El-Ángel consiguió un camión de mudanza y reclutó a varios jóvenes de su club de lucha libre, que pasaron cinco días embalando aquello que valía la pena guardar en una bodega: los mejores muebles, los pocos cuadros y adornos de colección que quedaban, los antiguos vestidos de fiesta de Clara, y una docena de cajas con fotografías, placas y negativos de Aurora del Valle, aquella pariente de la época de los bisabuelos de Alba, que según ella tenían valor histórico y un día estarían en un museo. El resto fue a dar a una casa de remates y al mismo anticuario que había comprado los objetos de valor que

Alba le robó a su abuelo cuando se propuso ayudar a los pobres y vendió uno a uno los cuadros, las alfombras, las piezas de jade, lapislázuli y ónix, las cajas chinas, la mitad de los cubiertos de plata y mucho más, incluso el retrato de Clara, que terminó en un museo en Londres, hasta que Esteban Trueba no pudo seguir fingiendo que no se daba cuenta. El-Ángel consideró que el piano de Clara era una reliquia digna de preservarse y convenció a Alonso de ponerlo en su apartamento, donde gozaría de una segunda vida. Por su parte, Alba le pidió a Alonso que aceptara también el sillón inglés, donde se sentaba a menudo cuando necesitaba recurrir a la fortaleza de su abuelo. Se hundía en el mueble y se sentía abrazada, protegida y segura. El-Ángel se llevó a La Esperanza lo que podía servirles a los pobladores, pero así y todo sobró una tonelada de corotos olvidados que nadie sabía de dónde habían salido. El ostentoso hall de la entrada, con la luz multicolor de los vitrales y el tintineo de la gran lámpara de cristal, que temblaba cada vez que abrían la puerta, se llenó de cajones, de papel y paja de embalaje, de pilas de muñecas mutiladas, tiestos oxidados de cocina, loza desportillada, almohadones con flecos, ropa antigua, floreros, bacinicas, santos de yeso y otros cachivaches que habían estado en la casa desde siempre y cuantos más botaban más aparecían, como si tuvieran la dudosa virtud de reproducirse cuando nadie estaba viendo. Alba no participó para nada en aquel proceso devastador; con cada cajón, el camión se llevaba un trozo del pasado. Se quedó con los cuadernos de Clara, las cartas que le escribía a Miguel y el bastón de plata de Esteban Trueba.

El Ministerio de la Mujer designó a dos soldados muy jóvenes a montar guardia dentro de la casa y reportar cualquier irregularidad. Los cambiaban cada ocho horas por otros dos tan imberbes como ellos. El-Ángel convenció a Agustina y Fresia de que esos mocosos eran enviados del cielo y había que tratarlos como tal, aliviando sus eternas horas de vigilancia como pudieran. El primer día los centinelas cumplieron con su deber, atentos, inescrutables, pero al segundo se relajaron con los platos de la mejor factura, que les ofrecía Agustina, y la telenovela de la tarde, que compartían con

Fresia. El-Ángel los acompañaba en las rondas obligatorias, desde el sótano pasando por cada cuarto vacío de los muchos que había agregado Clara, hasta el ático, y aprovechaba para charlar como quien no quiere la cosa sobre almas errantes, fenómenos inexplicables, desgracias que les caían a los incrédulos, susurros de los muertos y cómo la casa respiraba y tenía pulso porque estaba viva. «¿Sienten el olor a flores de cementerio? Es el sudor de estas paredes». Y claro, ellos temblando lo sentían.

El último turno de los soldados terminaba con el toque de queda. En el resto de la noche, El-Ángel llevaba a cabo los preparativos de su plan.

CINTA # 5

Estuve preso en Nicaragua y en Colombia; no cuento México, porque fue solo por dos semanas. Un chiste, Romualdo: imagínate, con la experiencia que tenía, me descuidé y me cogieron en una redada, pero buscaban a otros y no me relacionaron con la guerrilla ni con la droga. Yo andaba con un pasaporte peruano, se suponía que era maestro de historia y andaba visitando museos y sitios arqueológicos; era difícil que descubrieran mi identidad, porque México nunca fue parte de la red de gobiernos militares que intercambiaban información y prisioneros. Me hallaron cara de boludo y ni siquiera se tomaron la molestia de averiguar si mi historia era cierta; si me hubieran preguntado por las pirámides de Teotihuacán o Chichén Itzá, me habrían desenmascarado. Me soltaron y hasta me pidieron disculpas.

No pude volver a mi país, donde me correspondía estar luchando, porque me mandaron a Nicaragua a organizar un corredor para suministrar armas desde Costa Rica y por el mar Caribe. La misión fracasó, nos traicionaron, estábamos infiltrados y aunque teníamos sospechas, no pudimos descubrir a tiempo al soplón. Uno de los compañeros era rubio de ojos azules y hablaba inglés, le hacíamos broma de que era agente de la CIA, pero lo vigilábamos. Resultó que no era el traidor, los militares lo mataron como a un perro, le dieron diez tiros cuando ya estaba herido en el suelo. No fue el único, cinco de los nuestros cayeron ese día y al resto nos arrestaron. Al día siguiente soltaron a uno, Cayetano, se hacía llamar. Con toda seguridad, era el infiltrado, desapareció del mapa, nunca pudimos darle su merecido. Conmigo tuvieron pocas consideraciones, creo que allí me fregaron los riñones, orinaba con sangre. Alcancé a estar preso diecisiete meses y cuatro días en El Chipote. No sabes lo que era eso, Romualdo, una prisión maldita: palizas, electricidad, chorros de agua helada…, a algunos los violaban, pero al menos me libré de eso.

A pesar de mi entrenamiento estuve a punto de enloquecer, me sometieron al régimen de silencio, incomunicado en una celda oscura, sin hablar con nadie, sin ver ni a un alma; no había noche ni día, era imposible medir el tiempo, hablaba solo, me asfixiaba, estaba seguro de que no entraba suficiente aire, tenía visiones: extraterrestres, animales prehistóricos, insectos que me picaban por todas partes. Pensaba en las personas que secuestramos bajo mis órdenes, ellos no tenían mi preparación y pasaron por algo similar, aunque no en la oscuridad, por lo menos podían leer y les conseguíamos los libros que pedían. Te repito que casi me volví loco. Me impuse una rutina de ejercicio, pasaba horas haciendo sentadillas, lagartijas, flexiones, recitaba en voz alta los poemas de Rubén Darío, Gabriela Mistral y Alfonsina Storni que me enseñaron en el colegio, y la letra de todas las canciones que había escuchado, los nombres de los deportistas, los campeones olímpicos, las marcas de automóviles, sumaba, restaba, multiplicaba. También invocaba a mis compañeros, los vivos y los muertos, los llamaba por sus nombres o sus alias, los cubanos del entrenamiento, los argentinos, uruguayos y chilenos de la resistencia, los que cayeron en Bolivia y Brasil. Hacía un esfuerzo por visualizarlos y a veces lo conseguía tan bien que llegaban y se sentaban en mi camastro y conversábamos como si estuviéramos en la playa con un batido de piña en la mano. De modo que no siempre hablaba solo. No sé cuántas cartas imaginarias le escribí a Alba rememorando cada momento que pasamos juntos, desde el primer beso hasta nuestra despedida. La llamaba, pero nunca vino. ¡Qué habría dado por sentirla a mi lado, aunque fuera por unos instantes!

Estaba seguro de que iba a morir allí. No sospechaba cuándo terminaría el régimen de silencio, si es que terminaba alguna vez; no hubo juicio ni sentencia, me llevaron a golpes y empujones y eso fue todo, ninguna explicación. Estaba sepultado en vida entre esas asquerosas paredes, desaparecido, ausente de la faz de la tierra, nadie me echaría de menos ni preguntaría por mí ni reclamaría mi cuerpo. Está prohibido prolongar ese castigo de incomunicación total, nadie lo aguanta, hay convenciones internacionales sobre el

trato a los prisioneros, pero en El Chipote la ley no existía, podían hacer lo que se les antojara, no les pedían cuentas. Como te dije, en esa celda era imposible medir el tiempo. Después de que salí en libertad supe cuántos meses y días estuve encerrado y me sorprendió que fueran muchos menos de los que creía. Pensé que había envejecido, que tenía la cabeza blanca de canas y andaba doblado como un anciano. Resultó que había adelgazado veinte kilos, pero seguía siendo la misma persona.

Del Chipote me salvó el triunfo de la revolución sandinista: Anastasio Somoza huyó del país, terminó la tiranía y soltaron a los presos políticos. Salí trastabillando, porque a pesar de mi voluntad para el ejercicio, las piernas no me sostenían bien, y la luz me cegaba; tuve que usar lentes oscuros durante meses. Han pasado años desde entonces y todavía tengo algunas secuelas físicas y pesadillas recurrentes. Me emociono cuando me acuerdo de esos días de julio en Managua, las multitudes en las calles, los insurgentes tan jóvenes, tan zaparrastrosos, embriagados con la euforia del triunfo al cabo de tanto combatir. Supongo que algo similar viviste tú, Romualdo, cuando entraste con los barbudos de la sierra a La Habana aquel día de Año Nuevo en que Batista escapó con la cola entre las piernas.

Capítulo 16

Represión

En esos días de la mudanza llegó el tío Nicolás invitado a una conferencia por la doctora Cardoso. Alba lo fue a buscar al aeropuerto sorprendida de que ni ella ni Aurora hubieran tenido alguna premonición sobre una visita tan importante. Apareció vestido de lino blanco y sandalias, tal como estaba en el funeral de Esteban Trueba, con lentes redondos de poeta, melena hasta los hombros y una barba corta y bien cuidada. La conferencia fue autorizada con un trámite mínimo, porque los temas esotéricos no presentaban peligro, ningún subversivo se interesa en ellos, y quien aspira a la iluminación no tiene inclinación de molestar al gobierno. Durante los cinco días en que se llevó a cabo en un hotel del Barrio Alto, asistieron tantos profesionales y público en general, que el tío Nicolás decidió abrir la sucursal que tanto había anunciado y se asoció con la doctora Cardoso para ofrecer ayuda psicológica y guía espiritual a los clientes y cursos de entrenamiento para profesionales con una combinación de ambas ciencias. Constanza Tupper fue una de las primeras personas que se inscribieron, pero no logró arrastrar a Dante Rossi, para quien la cocina del restaurante era suficiente práctica espiritual.

La habilidad de Alba para llamar con el pensamiento no pasó de ahí, porque le faltó dedicación: estaba demasiado ocupada con el trabajo, La Esperanza, la maternidad y sobre todo el amor. En vista de eso, la atención del tío se volcó en Aurora, quien presentaba un potencial estupendo. Según Nicolás, si practicaba con la tenacidad de los atletas, alcanzaría las dotes de su bisabuela Clara, pero Alba no permitió que la retirara del colegio para educarla a su manera. Aurora poseía un sentido práctico poco usual en los niños de su edad y cuando se dio cuenta de que invocar a los muertos y mover

la mesa sin tocarla carecía de utilidad en la vida diaria, volvió a sus tareas escolares, sus juegos en el jardín de Los Juncos, y su trágico enamoramiento de Matías Vial, quien la trataba como a una mocosa desde la superioridad de su adolescencia.

El tío Nicolás tenía razón al suponer que su forma de espiritualidad causaría gran interés entre la gente pudiente. Al principio, Alba la consideraba una manera más de examinarse el ombligo, pero cambió de opinión cuando conoció a los estudiantes, que en su mayoría eran personas bienintencionadas. Le dedicó un largo reportaje en Gracia a esos cursos, que ofrecían algo diferente a la religión y atraían a un público sofisticado y un poco harto de la abundancia, con necesidad de encontrar su propia alma, ahogada en el exceso de materialismo. Notó que varias mujeres atraídas por el método también lo estaban por el maestro. Nicolás eras irresistible, incluso la doctora Cardoso lo miraba con ojos de gacela, aunque lo aventajaba en edad por unos treinta años.

A comienzos del verano hubo una redada en La Esperanza que salió en los canales de televisión, porque se trataba de una advertencia para otros asentamientos similares acusados de amparar fugitivos e insurgentes, a menudo con protección de la Iglesia. Albert Benoit había sido reemplazado por un par de sacerdotes jóvenes seleccionados por el cardenal para que continuaran la labor apostólica y social del francés. No tenían expedientes en el SIV todavía, pero eran menos ingenuos de lo que parecían, como se vio en el allanamiento. Al principio los pobladores los recibieron sin entusiasmo; esos nenes con pinta de señoritos inmaculados no podían compararse con Benoit, con sus espaldas de estibador y sus palabrotas en español enrevesado, quien les prometía por escrito desde Francia que estaba a punto de regresar. Recibir una carta personal del cura deportado era un privilegio envidiable; las cartas se exhibían durante unos días en la iglesia y después se guardaban como el tesoro más preciado del destinatario. La misionera Alice

Murphy se propuso pavimentarles el terreno a los nuevos curas y tuvo la idea de que hornearan pan dulce para los niños con la harina y el azúcar que Alba conseguía por sacos. Ya existían dos hornos de barro que se encendían con leña al amanecer y se usaban por las mañanas, pero estaban libres en las tardes. Alice instaló un mesón debajo de una lona en la plazuela frente a la parroquia, el lugar más visible de la población, y allí puso a los sacerdotes a amasar bollos inspirados en el pan de muertos mexicano, que se repartían entre los niños con el nombre más positivo de pan de vivos. Por su parte, El-Ángel los incorporó al ring de la lucha libre, eso rompió el hielo definitivamente, y cuando se produjo la cacareada redada, los curas demostraron que de pusilánimes nada tenían y terminaron de congraciarse con la gente.

Los allanamientos se llevaban a cabo por sorpresa al alba, pero en este caso se trataba de darle máxima cobertura para amedrentar al público en general y a otros asentamientos en particular, por eso lo hicieron a media mañana, en vivo y en directo en la televisión, que filmó con anticipación los preparativos en los cuarteles, los vehículos, los armamentos, los perros con cadenas y bozales, los soldados alistándose con sus complicados pertrechos y pintándose unos a otros las caras con betún negro para intimidar tanto como para ocultar la propia identidad. Se invitó a los presentadores de televisión a reportar desde los helicópteros y el resto de la prensa contó con pases para hacerlo en tierra.

Así como los militares se prepararon para el ataque antes de que amaneciera, lo mismo hicieron en La Esperanza al primer indicio de lo que iba a ocurrir. Estaban organizados. Las ollas comunes funcionaron durante la noche y a las cinco de la madrugada se sirvió la comida sabiendo que no habría nada más en lo que restaba de día; pusieron a salvo a los niños, los viejos y los enfermos, avisaron por teléfono a Alonso Vial y a otro médico de la policlínica, y después se reunieron en masa a la entrada de la población.

Repartieron agua en botellas, pañuelos, limones y bicarbonato para los gases, los pocos cascos de construcción que existían y cualquier arma que tuvieran a mano, desde piedra y palos hasta sartenes de cocina. Esta vez no estarían durmiendo cuando los rodearan, enfrentarían a los militares dispuestos a defenderse. Eso era justamente lo que el gobierno deseaba: una batalla bien publicitada para probar la existencia de los enemigos de la patria que debían ser reprimidos con la necesaria mano dura.

Alba había pasado la noche en el apartamento de Alonso y estaba dormida en sus brazos cuando sonó el teléfono de madrugada con la llamada de la Mandona. Se vistieron juntos, porque Alba decidió que debía estar en La Esperanza para reportar desde la acción y no quiso oír los argumentos de Alonso sobre el peligro que eso implicaba; llamó a Carmelo Ruiz, el fotógrafo con quien trabajaba a menudo, y le dio cita en la población. Debieron esperar un rato a que terminara el toque de queda, que aprovecharon para preparar desayuno y cargar el automóvil con lo que iban a necesitar. Llegaron a La Esperanza a las cinco y media a participar en los preparativos y minutos después apareció Carmelo, que ya no era joven y cojeaba, porque nació con una pierna más corta que la otra, pero estaba fogueado por cuarenta años de oficio y nada lo amedrentaba.

Los curas sugirieron montar el centro de primeros auxilios dentro de la parroquia, porque en una ocasión anterior la policlínica había sido casi destruida, a pesar del signo de la Cruz Roja que ostentaba en la entrada. Calcularon que se vería pésimo en las cámaras si los militares entraban a rompe y raja a la casa de Dios.

La tropa llegó puntualmente a las diez de la mañana en un día soleado de verano. Primero cercaron la periferia de La Esperanza con camiones y motocicletas para impedir que alguien entrara o saliera, mientras los helicópteros zumbaban como abejorros en el aire y los altoparlantes ordenaban permanecer en las casas. Después avanzó la tropa como un animal pesado y hediondo a sudor y metal, resoplando en un solo aliento de dragón, maldiciendo con una sola

voz de estruendo y se encontró frente a la multitud encabezada por los dos curas nuevos con sotanas, que hasta ese momento no habían usado, para que se viera de lejos que representaban a la Iglesia católica, por Alice, que se distinguía por la cruz en el pecho y su inconfundible aspecto de forastera, y por la Mandona, quien nunca le tuvo miedo a la autoridad y lo único que le preocupaba era que su hijo conscripto pudiera estar entre los atacantes. Alba se mezcló entre la gente, mientras Carmelo se desplazaba buscando los mejores ángulos para su cámara.

Una parte del destacamento arremetió contra los pobladores y el resto se dispersó por los callejones disparando al aire, con los perros enfurecidos sujetos con cadenas, pero sin bozales, destruyendo las puertas, matando a tiros a las mascotas, rompiendo lo que hallaban, pisoteando las pocas pertenencias de los residentes en busca de literatura subversiva, armas y fugitivos, en medio del griterío y los insultos de quienes se enfrentaban a los atacantes en una defensa heroica pero inútil. La resistencia duró poco menos de cuarenta minutos y dejó un saldo de setenta y tantos contusos y heridos, algunos tambaleándose y muchos tirados en el suelo. Alba ayudó a ponerse de pie a uno de los sacerdotes, aturdido de un culatazo en la frente, y lo llevó como pudo a la parroquia, donde Alonso y otro médico voluntario cosían, vendaban y entablillaban huesos rotos. Un oficial quiso detenerlos, pero Carmelo lo cegó con el flash de su cámara y alcanzaron a entrar al recinto. Alonso interceptó al militar en el umbral con la autoridad de su delantal blanco, su aspecto de aristócrata y un exagerado acento del Barrio Alto, para recordarle altivamente que ese recinto era un santuario y el país entero estaba observando en sus pantallas. El hombre plantó a un soldado de guardia en la puerta para impedir que en el ardor del momento sus hombres cometieran un desatino frente a la prensa.

Cuando lograron controlar a los defensores, los soldados reunieron en la cancha de fútbol a los hombres mayores de catorce años, de rodillas, con las manos en la nuca, donde habrían de permanecer el resto del día y de la noche, escogieron a muchos y los subieron a

golpes a los camiones. A Alba le impidieron acercarse a empujones y amenazas, pero Carmelo tomó varias fotografías, una de las cuales, publicada en el extranjero, se convertiría en la imagen icónica de la represión. A eso del mediodía se dio por concluido el espectáculo y los militares se retiraron dejando a su paso un estropicio de fin de mundo. Cuando se asentó el polvo, el humo y la fetidez de la pólvora y el gas, sacaron la cuenta de que se habían llevado a ciento treinta y seis personas; anotaron sus nombres para que no desaparecieran sin dejar rastro. Entre ellas iban Alice Murphy, la Mandona y varias de las mujeres líderes de la comunidad. Alba se libró, porque cuando se la llevaban en vilo a uno de los camiones, Alonso se enfrentó al mismo oficial que había visto antes. «La señorita es de la prensa y es amiga personal de la primera dama. Llame a la presidencia, si quiere comprobarlo», lo conminó, mientras garabateaba unos números en un trozo de papel.

—¿Cómo es que tienes el teléfono de Lorelei? —le preguntó Alba después.

—No lo tengo. Eran números al azar, pero el tipo no contaba con tiempo ni teléfono para llamar.

Tres días más tarde, cuando habían quemado los cadáveres de los animales y empezaban a levantar del suelo las viviendas destrozadas, fueron llegando de a poco, golpeados y asustados, muchos de los detenidos, incluso la indomable Mandona, pero entre ellos no estaba Alice Murphy. Nadie sabía dónde tenían a los que no soltaron. Alba y la Mandona recorrieron comisarías y cuarteles preguntando por ellos y recibieron siempre la misma negativa: nadie con esos nombres había sido arrestado. Era la respuesta oficial para cualquier indagación sobre los detenidos desaparecidos. Fueron al consulado y a la embajada de los Estados Unidos, donde un funcionario tomó nota del nombre y ocupación de Alice Murphy con el aire fastidiado de quien ya ha escuchado quejas similares. «Les avisaremos si hay alguna noticia», dijo y les señaló la puerta. Alba se llevó a la Vicaría del Buen Pastor la lista de los que no volvieron y

en un impulso le escribió a la familia de Alice en Chicago. Todavía era muy pronto para dar por perdida a la gentil misionera, pero pensó que sus padres tenían derecho a saber lo que le había pasado.

El reportaje completo de lo sucedido en La Esperanza tuvo doble destino: la parte que no mostró la prensa oficial se pudo imprimir en Veritas gracias a Alba, y otra parte, la más truculenta, fue a dar a publicaciones en Europa. Josefina Aguirre no le permitió mencionarlo en Gracia, que no era una revista política; habían logrado sortear a la censura hasta ese momento, sería una imprudencia desafiarla.

Capítulo 17

La primera dama

Aurora floreció en Los Juncos. Hasta entonces había vivido entre adultos, consentida y celebrada, y allí tenía que competir y pelear con otros niños, a nadie le importaba que se empapara con la manguera o tuvieras las rodillas llenas de costras, sangre de narices, hambre o frío. Los vecinos supervisaban a los niños propios y ajenos con la misma benévola negligencia. El amplio jardín descuidado era su país mágico, a pesar de la caca de perro, que ella y los otros chiquillos debían recoger. Aprendió a jugar rudo, hablar a gritos y defenderse como los demás críos; volar a refugiarse con sus tías era muy mala idea. Mantuvo su seriedad para el estudio y su notable sentido de la observación, pero desarrolló la habilidad necesaria para funcionar en el mundo de los vivos, que tal vez nunca hubiera adquirido en la gran casa de la esquina. Había dado un estirón, todo en ella era alargado, el cuello, los brazos, las piernas y hasta la trenza que le colgaba a la espalda y no se dejaba cortar. Heredó de sus antepasados castellanos y vascos los gestos determinados, nada en ella era delicado o vacilante; calculaban que iba a ser bastante más alta de lo habitual entre las mujeres de su familia, porque tenía pies grandes de holandesa. Solía sorprenderlos a todos con presagios de temblores, accidentes, enfermedades o visitas que hacían la dicha del tío Nicolás. «Va a venir la tía Violeta en taxi porque chocó el auto», anunciaba y al día siguiente la mujer se presentaba sin avisar. Según su madre, eso era diferente a llamar con el pensamiento; la niña no provocaba desgracias, solo las presentía con cierta anticipación, y tampoco podía evitarlas.

Alba notó con una mezcla de pesar y alivio que Aurora se iba despegando de sus faldas y se sintió más libre. Hasta entonces había asumido la maternidad como una vocación absorbente y

agotadora, pero a medida que la niña crecía, esa responsabilidad se repartía entre muchos. Cuanto menos la vigilaba y temía por ella, más fuerte y contenta estaba su hija, eso eliminó la culpa que sentía por el tiempo y la dicha que compartía con Alonso, quien pudo matar dos pájaros de un tiro, como decía refiriéndose a que Matías y Alba estuvieran en el mismo sitio. Antes dedicaba los fines de semana a su hijo: fútbol, pícnics, bicicleta, museo de la ciencia, la misma película siete veces, revisar tareas escolares, soportar la práctica de trompeta; pero desde que Alba vivía al lado de su exmujer, la tarea absorbente de ser padre se hizo mucho más ligera. Estaba esperando que se vendiera o alquilara otra de las casas del conjunto para trasladarse definitivamente a Los Juncos y entretanto pasaba allí buena parte de su tiempo libre. Mientras Matías y Aurora se entretenían cada uno en lo suyo, él examinando a escondidas revistas de damas en cueros y ella armando alguna monstruosidad con Lego, Alba y él escapaban por unas horas o por toda la noche en los fines de semana. El apartamento de Alonso era el asilo de sus amores. Ya no tenían el apremio desgarrador del primer año, cuando él procuraba recuperar el tiempo perdido en conquistarla y ella procuraba olvidar la celda de sus terrores en la purificación del placer. Dormían entrelazados, despertaban con cualquier ruido para retozar con parsimonia, porque después de probar un millón de acrobacias, resultó que preferían un par de abrazos convencionales; volvían a dormirse acariciándose en el sueño, se levantaban de la cama cuando el sol pintaba de naranja la nieve en la cordillera, tomaban café con leche y medialunas envueltos en una bata y recién entonces se acordaban de los hijos y cogían el teléfono para preguntarles qué habían hecho el sábado.

La vivienda de Los Juncos resultó muy conveniente. De partida, limpiarla era tarea de niños; Agustina y Fresia podían espabilarse dos horas más tarde para que el día ocioso pareciera más corto. Aurora y Tarzán entraban y salían sin permiso de las otras cuatro casas, como el resto de los chiquillos y perros de la comunidad. La

niña, su madre y el salchicha dormían en uno de los cuartos, ocupado enteramente por la cama de Clara, una carabela anclada que dejaba apenas unos centímetros libres para circular por los lados; las otras dos mujeres compartían la segunda habitación y en la tercera, destinada a la televisión, pusieron el diván turco para las noches en que al tío Ángel se le antojaba quedarse. Se acostumbraron a la estrechez, les daba una sensación de seguridad eso de toparse a cada rato, escuchar las conversaciones a través de las paredes, oler la fritanga de otras cocinas y enterarse de las vidas ajenas en el chismorreo del espacio común. Nada de fantasmas, no temían a los rateros, los apagones era pretexto para reunirse en torno a la barbacoa del jardín y hasta el ruido del aparato militar era un eco lejano. Dante Rossi solía aparecer con alguno de sus platos fundamentales o con sobras deliciosas del restaurante y otras veces Agustina lo sorprendía a él con su torta de lúcumas o su mousse de alcachofas.

La única que no pudo rendirse por completo al encanto de la nueva vivienda fue Alba, pero se adaptó de inmediato a vivir en comunidad. Había reemplazado a los ausentes con su hija y la familia adoptada compuesta por Alonso, el tío Ángel, Agustina y Fresia; en Los Juncos se incorporaron otros parientes sin lazos de sangre, como algunos que tenía en La Esperanza y la Vicaría del Buen Pastor. En la gran casa de su abuelo no había vecinos, se alzaba solitaria y arrogante en una esquina, pero la echaba de menos, representaba el pasado, los recuerdos, las raíces, y la iba a ver a menudo para comprobar que permanecía en pie. Seguía azotando las teclas de su máquina en las páginas finales de las crónicas que estaba componiendo desde la muerte de su abuelo, pero sentía cada vez menos las tenues presencias que antes deambulaban en los largos pasillos y lo atribuyó a la apretada convivencia y al bullicio inevitable. Comprendió que de ella dependía que no desaparecieran; mientras las invocara, estarían con ella, por eso se esmeraba en afinar su capacidad de llamar con el pensamiento. Clara fue la única que se trasladó sin dificultad a la nueva morada. Era la musa de su inspiración. El manuscrito de Alba

tenía cerca de quinientas páginas, todas pintadas con líquido corrector, muchas parchadas con los párrafos que cortaba y pegaba donde correspondían o manchadas con los dedos sucios de Aurora, y media docena mordisqueada por Tarzán cuando era cachorro. Existía una sola copia y no la había leído de corrido.

Alba se sorprendía con frecuencia observando desde lejos su casa convertida en propiedad del gobierno y hablándole como había hecho siempre. «Tranquila, casa mía, no te van a demoler. Todo cambia, todo termina, un día vamos a estar juntas de nuevo». Su excelencia, la primera dama, había deseado apoderarse de la mansión de Esteban Trueba desde que la visitara años atrás, pero los afanes de su cargo la tuvieron distraída en otras cosas. La recordó por azar cuando vio una fotografía del exterior en el reportaje de una revista sobre edificios emblemáticos de la ciudad. No había imágenes del interior, porque Alba no les permitió entrar al reportero y su fotógrafo, segura de que su abuelo se moriría de nuevo si viera su casa invadida por la prensa, que detestaba. De hecho, temía que estuviera furioso en el Más Allá porque ella había terminado ganándose a vida como periodista, que él consideraba un oficio de truhanes. Antes Lorelei quiso comprar la casa, pero esta vez ni siquiera contempló ese recurso por el hábito arraigado de ejercer el poder absoluto. Una vez que la desalojaron, fue a verla acompañada por su confidente para los asuntos importantes, Asdrúbal López, a quien llamaban Rasputín por la influencia que ejercía sobre ella, aunque nadie pronunciaba ese apodo en su presencia. Era un venezolano a quien conoció antes de alcanzar la posición de primera dama, cuando era un ama de casa preocupada por unos kilos de más, un dolorcillo en las entrañas, los desatinos de un hijo, los secretos del marido, las deudas y el miedo a envejecer. Asdrúbal era un báculo en la incertidumbre de Lorelei, astrólogo, consejero, amigo, siempre atento, paciente y reconfortante a pesar de las demandas de su profesión; tenía un espacio televisivo en el que ofrecía el horóscopo del día y los consejos pertinentes según lo

que indicaran los planetas. En cada programa leía una carta del espectador que hubiera ganado ese privilegio en un sorteo, analizaba el problema que le presentaba y ofrecía una solución de acuerdo con el zodíaco, que por lo general era de un pragmatismo excepcional. «Tengo un negocio bien bueno, pero mi mujer gasta mucho y nos va a arruinar», decía la carta. «Póngala a trabajar en su negocio», respondía Asdrúbal. Se definía a sí mismo como «sentidor», es decir, captaba por medio de los sentidos y la intuición lo que otros no podían percibir, incluso las vibraciones del universo y las pulsaciones del corazón de la Madre Tierra, eso le otorgaba una autoridad irrefutable. Lorelei necesitaba su sabiduría y experiencia en lo concerniente a la casa de los Trueba.

El asunto de los fantasmas, que los soldados de guardia juraban haber visto con sus propios ojos, había prendido como incendio y la casa consolidó su reputación de embrujada. Eso interfería con el proyecto de su nueva dueña. «Por supuesto que no creo en esos disparates, Asdrúbal, pero por si acaso, quiero que le eches una mirada», le pidió. El sentidor estipuló que solo ella podía acompañarlo al interior, nada de guardaespaldas ni secretarios que interfiriesen con su concentración. La casa vacía y en penumbra parecía dos veces más vasta y tenebrosa, los techos demasiado altos, las ventanas muy angostas, los pasillos interminables, puertas y más puertas cerradas, escaleras que no conducían a ninguna parte, claraboyas para ver la luna y ojos de buey entre las habitaciones para conversar a la hora de la siesta. Las paredes lucían las marcas de cuadros inexistentes, y los pisos, de las alfombras que ya no estaban; el eco resonaba como un quejido en los espacios desnudos. Lorelei, estremecida, tuvo la certeza de que la observaban y no pudo resistirlo; antes de que Asdrúbal diera su veredicto fue a refugiarse en la limusina que la aguardaba. Por su parte, él no necesitó realizar un recorrido exhaustivo, le bastaron el primer piso y la habitación de Clara para determinar que la mansión en verdad estaba habitada por seres malignos de otra dimensión, pero aseguró que podían ser expulsados mediante los conjuros apropiados.

—¿Te refieres a un exorcismo? Eso a mi marido no le gustaría para nada. Imagínate el ridículo si se llega saber —alegó la primera dama.

—No te preocupes, linda, esto se hará con la máxima discreción — la tranquilizó Rasputín.

Así fue. Durante varios días, el sentidor dirigió a sus cuatro acólitos de entera confianza en la tarea alucinante de fregar con ajo molido, vinagre y jugo de limón los marcos de puertas y ventanas, salpicar con sal bendecida por los lamas del Tíbet, ahumar con salvia y palosanto los cuartos uno por uno, quemar incienso, invocar a las fuerzas del Más Allá con las oraciones y salmos habituales en estos casos y finalmente lavar el suelo de adentro hacia fuera con un líquido oscuro y viscoso de creación propia, que olía a café con creosota. Estuvieron a punto de provocar un incendio con un centenar de velas rojas, pero al lunes siguiente el venezolano se dio por satisfecho, la casa estaba lista para ser remodelada al gusto de Lorelei. Rasputín no veía las horas de salir de allí. El embrujo dejó de ser una bufonada para impresionar a su mejor clienta y se transformó en una escalofriante posibilidad. También él se sentía observado.

Desde su lugar al otro lado de la calle, donde solía plantarse, Alba tomó nota del desfile de decoradores y paisajistas con sus respectivos ayudantes y le explicó a la casa que nadie arremetería contra ella con picos y combos, los cambios serían cosméticos, pero eso podría remediarse en el futuro. Cuando los trabajos concluyeron, debió admitir que al menos por fuera el resultado era notable, la pintura resplandecía y había resucitado el jardín versallesco que su abuelo mandara a plantar medio siglo antes. Vio descargar muebles de patas doradas y rollos de tela brillosa de los camiones e imaginó el interior con un escalofrío de horror. Una mañana apareció el nombre en letra cursiva en la fachada: Sede de las Damas

Voluntarias de la Patria. Alba decidió que no podía perder esa oportunidad de volver a pisar su casa y consiguió hablar con la secretaria social de la presidenta para ofrecerle un reportaje en Gracia: deseaba dar a conocer la labor de la excelsa primera dama y las ilustres voluntarias.

Lorelei Hansen de Urrutia recibió a Alba en su oficina en el primer piso del palacio presidencial, a pocos metros de la de su marido; las malas lenguas decían que así podía vigilarlo de cerca. En ese edificio, donde imperaba una sobriedad de cuartel, la sala de Lorelei destacaba como una aberración: muebles recargados, cortinajes de brocado, papel mural, fotografías familiares en marcos dorados, jarrones chinos y, por un capricho inexplicable, máscaras africanas. La primera dama, vestida con un traje inspirado en Chanel, que en ella perdía algo de su elegancia, recibió a Alba y Carmelo puntualmente, como correspondía a una persona acostumbrada al rigor militar. La casa confiscada era el elefante en la pieza que ninguna de las dos mujeres habría de mencionar para nada. Parte de la entrevista se fue en hablar de los centros de madres, el orfanato, las becas para estudiantes meritorios de bajos ingresos, los pañales para recién nacidos en los hospitales, los programas para combatir el alcoholismo y reformar a los homosexuales, mientras Carmelo se esmeraba en fotografiar a la señora en la forma más halagadora posible para congraciarla con la revista. A Lorelei el feminismo de Gracia le parecía innecesario: las mujeres podían hacer lo mismo y más que los hombres sin tanta bulla. Alba trató de llevar la conversación a temas más personales.

—A las lectoras les gustaría saber sobre su relación con el Líder Supremo. Por ejemplo, cómo se conocieron —le preguntó.

—En los Juegos Florales. Fui reina de los Juegos a los dieciocho años. Él estaba de uniforme y me llamó la atención, era muy viril, bien plantado, y cuando empezamos a conversar comprendimos que teníamos mucho en común. Los dos venimos de familias católicas a

la antigua, de principios, somos disciplinados, trabajadores, desinteresados. Estuvimos de novios un año antes de casarnos. No era como ahora, ¿sabe? En ese tiempo una niña decente no salía sola con el novio.

—Supongo que entonces usted no podía imaginar que un día él sería el hombre más poderoso del país…

É

—No, pero supe que llegaría muy alto. Él demostró siempre su amor por la patria, que yo comparto de todo corazón, por eso Dios nos asignó la tarea de salvar a este país del comunismo y cualquiera que se oponga lo pagará con sangre. Eso incluye a las pindongas que se atreven a coquetear con mi marido —dijo Lorelei con énfasis.

—¿Puedo citarla, excelencia? —preguntó Alba pillada de sorpresa.

—Está grabando, ¿no? Escriba lo que digo exactamente. No me gusta que tergiversen mis palabras.

—Por supuesto…

—Mire, voy a dar un té en la nueva sede de las voluntarias. Puede venir, para que lo reporte en su revista. Mi secretaria le entregará la invitación —le dijo Lorelei en un tono socarrón, consciente de que se trataba de la casa que le había quitado a Alba.

A pesar del loable empeño del sentidor, durante la restauración de la casa hubo varios inconvenientes enigmáticos: colgaban las cortinas y al día siguiente estaban en el suelo como harapos arrugados, amanecían las sillas y mesas patas arriba, encontraban manchas de sangre en las paredes, que al ser analizada resultó de origen humano, y en una ocasión había un gallo en avanzado estado de podredumbre en al salón principal. Lorelei, mujer de hierro, no se

amedrentó, todo eso podía atribuirse a sabotaje del enemigo, decretó ajustándose las perlas. Hizo instalar alarmas y aumentó la seguridad, pero no pudo impedir que circularan chismes exagerados. Los guardias de día, tipos duros y bien armados, escucharon sonidos espeluznantes, aullidos de condenados, lamentos de almas en pena. Los de noche vieron claramente las siluetas de dos mujeres vestidas de blanco en lo alto de la escalera y las acribillaron a tiros, haciendo añicos el gran espejo veneciano, que Alba no se había llevado porque estaba adherido a la pared.

Nada de eso impidió la inauguración de la sede con un té para sesenta damas inspirado en el Savoy de Londres, aunque con un cierto aire de cuartel: manteles almidonados, una banderita nacional en cada mesa, canastillas individuales con trufas de chocolates, loción para las manos y una fotografía enmarcada del Líder Supremo y su esposa. El honor de ser invitadas a esa reunión exclusiva no fue suficiente para mitigar la aprensión de las invitadas, que habían escuchado los chismes sobre la casa y hubieran preferido que el té se llevara a cabo en cualquier otra parte, pero ninguna se atrevió a excusarse.

Alba y Carmelo llegaron temprano para que ella pudiera ver los cambios en el interior, que no eran tan graves como temía, y repetirle a la casa que no se preocupara, todo iba a estar bien. Carmelo fotografió el desfile de las invitadas —la mayoría esposas de militares—, que vestían con esmero. Anunciaron a Lorelei una vez que todas estuvieron en sus asientos, para evitar a la primera dama el fastidio de saludarlas una por una. Ignoró por completo la presencia de Alba, pero saludó con amabilidad a Carmelo: las fotos eran lo principal. La media hora inicial transcurrió según el programa, con los discursos inevitables, pero en el momento en que los mesoneros servían los scones recién salidos del horno, Alba vio espantada que una plaga de ratones invadía la sala, escurriéndose entre los tacones altos, trepando por los manteles, asomándose a la mermelada, ante el deleite de Carmelo, que por fin tenía algo interesante que fotografiar. Tal vez no eran más de una

docena, pero el pánico los multiplicó por cien. Se desató una estampida en dirección a la salida, una marea de sombreros ladeados y chillidos, mientras los guardias de seguridad rescataban a toda prisa a la primera dama, la única que no perdió la compostura. Se requería más que un mísero ratón para asustarla. Instantes antes que la manada histérica alcanzara a llegar al hall de la entrada, la gran lámpara de lágrimas se vino abajo con un estallido de catástrofe, bloqueando la puerta principal con una barrera de cristal triturado. Para su artículo en Gracia sobre la inauguración de la Sede, Alba no necesitó recurrir a la ironía. Las fotos de Carmelo bastaron.

La investigación posterior fue exhaustiva e inútil. Entre los problemas de la propiedad, que Alba había tenido que develar por escrito, no figuraban roedores de ninguna clase, porque los gatos salvajes del tejado se encargaban de ellos. Tampoco se pudo culpar a nadie por la lámpara, concluyeron que el cable que la había sostenido desde la construcción de la casa estaba gastado y por una desafortunada coincidencia se rompió durante el té de las damas. La mala fama de los hechizos se consolidó definitivamente y Lorelei Hansel de Urrutia, harta de pelear con las sombras, trasladó la sede de las damas patrióticas al Ministerio de la Mujer. Se le pasó por la mente la solución de demoler o incendiar la casa, pero recordó que a su marido le molestaban esos excesos. Al cabo de un par de semanas tapiaron las puertas y ventanas con tablones remachados, colocaron un candado industrial en el portón, se olvidaron del jardín y la propiedad permaneció abandonada durante los años siguientes. La gente empezó a llamarla la casa de los espíritus.

Querido Miguel:

Antes te escribía con la idea de que en un día pudiera entregarte todas mis cartas atadas con una cinta para que vieras cuánto te amaba y echaba de menos, pero ahora te escribo de vez en cuando

para no perder el hábito y anotar algunas cosas para el futuro. La memoria es muy frágil; mucho se me olvida y lo que recuerdo no pasó así. Todavía te buscan, eso significa que estás vivo, pero no volverás, Miguel. Eso me quedó claro en la única visita que me has hecho en todos estos años. No volverás, aunque recuperemos la democracia y nunca leerás ninguna de mis cartas, por eso puedo contarte algunas cosas que antes me callé.

Cuando te fuiste me detuvieron para sonsacarme tu paradero, que yo ignoraba y aunque lo supiera no te habría delatado. Lo mismo le sucedió a tu hermana, a quien no vi, pero otras prisioneras me hablaron de ella. Lamento tanto lo que le pasó a Amanda, Miguel, sé que eso te atormentará cada día de tu vida. Estuve un tiempo largo en manos del mismo hombre a quien llamo Mi Enemigo, porque no lo quiero nombrar. Hubo otros también, pero él siempre estaba presente, él mandaba, él me interrogaba. Al principio me preguntaba por ti, pero se dio cuenta de que yo no sabía dónde estabas ni qué hacías, después me castigaba por gusto o por odio. Desde entonces he tratado de olvidar lo que me hicieron, pero mi cuerpo lo recuerda tan claramente, que a veces en sueños me encuentro de vuelta allí y despierto a otros con mis gritos. Y a veces también me sorprendo observando a Aurora en busca de un parecido con Mi Enemigo. Estuve a punto de morir, pero me mandaron a un lugar donde atienden a los prisioneros que desean mantener vivos y allí había un enfermero bondadoso que me dio morfina y me curó la mano. Me soltaron porque mi abuelo consiguió ayuda con la mujer que tú le mencionaste, Tránsito Soto, pero supongo que eso ya lo sabes. Ella me dijo que Mi Enemigo no puede agarrarme de nuevo, a menos que me acuse de algo concreto; dijo que estoy más o menos protegida, pero la verdad es que en este país ya nadie puede estar seguro de nada.

No todo son desgracias, Miguel. Desde que nació Aurora, mi vida dio un vuelco y estoy contenta, porque ella ilumina todo con su presencia. La única espina es Mi Enemigo, que me acecha como el monstruo debajo de la cama de mi infancia. Antes dormía con mi

mamá por temor al monstruo y ahora duermo con Aurora y mi perro por la misma razón. Hace algún tiempo que Mi Enemigo no viene a molestarme, ha averiguado que no me puede quitar mucho más o bien tiene otras fuentes de ingresos y otros rencores que ventilar. Continúo mi voluntariado en La Esperanza y trabajo como periodista, el sueldo no es mucho, pero me alcanza. Me queda muy poco de la herencia de mi abuelo y la habría perdido toda si no fuera por Violeta del Valle, una señora emparentada con mi madre, que invirtió una parte de mi dinero en su empresa de hidroaviones bajo otro nombre para esconderlo de Mi Enemigo.

Desde que me quitaron la gran casa de la esquina vivo en una comunidad y Aurora cuenta con varios niños y animales para jugar. Su mejor amigo se llama Matías y aunque es ocho años mayor que ella, se llevan bien porque son parecidos de carácter, estudiosos, serios, demasiado inteligentes y maduros para su edad. Aurora me anunció que se van a casar cuando sean grandes. Le pregunté qué opinaba Matías sobre eso y me contestó que todavía no lo sabe, está esperando el momento preciso para informarlo.

Debo contarte del padre de Matías, porque juega un papel importante en mi vida y en la de Aurora. Se llama Alonso Vial, somos pareja y planeamos vivir juntos apenas sea posible. No sé si esto te choca o si ni siquiera te interesa, no puedo adivinar lo que ahora soy para ti. Lo que siento por él es diferente a lo que sentía por ti, Miguel, pero no es menos intenso. Con Alonso no hay incertidumbre, ansiedad ni despedidas, es un río tranquilo que fluye sin grandes obstáculos. Contigo tuve pasión, con él tengo amistad y comprensión. Le he contado casi todo de mi pasado y me está ayudando a superarlo, se requiere mucha bondad para lidiar conmigo. También me está ayudando una psiquiatra, muy poco convencional, fíjate que está de acuerdo con Constanza Tupper en que convivir de a cuatro no es mala idea. Constanza es la esposa de Alonso, pero están separados, suena un poco confuso, ¿verdad? Ella vive con su nuevo compañero, Dante Rossi, en la misma comunidad que nosotras, o sea que estamos todos revueltos. Se ha convertido

en mi mejor amiga, es una tipa muy especial, pero no me parece necesario que terminemos los cuatro en la misma cama. Ya sabes a qué me refiero. Soy monógama y tomo el amor muy en serio. Por suerte Alonso está de acuerdo conmigo. ¿Y tú, Miguel? Supongo que tienes una compañera, tal vez una esposa e hijos. Yo voy a cumplir veintiocho años y tú debes tener treinta y cinco o treinta y seis, no me acuerdo de la fecha de tu nacimiento ni cuál es tu signo zodiacal. En todos estos años debes haber tenido algunos amores o un solo amor grande como el que tuvimos tú y yo. Te lo deseo con toda el alma, no hay nada más triste que la soledad.

Un abrazo,

Alba

Capítulo 18

El Enemigo

Lo último que Alba esperaba en el recinto cerrado de Los Juncos, donde el sentido de la realidad solía desdibujarse y se podía fingir que estaban en un país normal, era una visita del coronel Esteban García. La noche anterior, a la hora de la cena, Aurora había anunciado entre dos cucharadas de sopa a «un visitante que nadie quiere», pero no le hicieron mucho caso, porque esperaban en cualquier momento al inspector que vendría por tercera vez a evaluar Los Juncos; mediante una artimaña de abogados la comunidad pagaba menos impuesto a la propiedad que el quiosco de periódicos. Alba suponía que se había librado de García definitivamente en aquella notaría donde le entregó Las Tres Marías y posteriormente con varios pagos que le sacó mediante extorsión. Llevaba un buen tiempo sin recordarlo, estaba segura de no haberlo atraído con el pensamiento. García tocó la campana de la entrada, que por capricho del arquitecto reemplazaba a un timbre eléctrico, y uno de los niños le abrió el portón. «Cuidado, que no se salgan los perros», le dijo y se fue trotando detrás de su pelota. García no necesitó preguntar en cuál de las casas vivía Alba; había poco que el SIV no pudiera rastrear. La puerta de la casa no se cerraba con llave durante el día, entró sin llamar y se encontró cara a cara con Fresia.

—La señora no está —murmuró la mujer con un hilo de voz al reconocerlo.

—Vengo a ver a la chiquilla. Tráela —le ordenó.

—La niña…

—¡Tráela! —le repitió.

Fresia obedeció aterrada y al minuto entró Aurora del jardín, colorada y sudorosa seguida del salchicha. Tarzán estaba tan habituado a la tribu de Los Juncos, que le movía la cola a cualquier extraño que apareciera, pero olió desde la puerta la índole fatal de García y le gruñó. La chiquilla —alta para su edad y con los ojos grandes de su madre— adivinó que ese hombre se disponía a darle una patada mortal a su perro y lo levantó bruscamente, apretándolo contra su pecho, mientras el desconocido la observaba con una sonrisa socarrona.

—Déjame ver a tu perrito —le dijo, estirando la mano.

Aurora retrocedió dos pasos, dio media vuelta y se metió a la cocina, donde Agustina estaba revolviendo la olla del dulce de leche con la radio encendida y no se había enterado de nada. La mujer se asomó, vio de quién se trataba y, rogando al cielo que Alba se atrasara, salió a recibirlo.

—La señora…

—¡Ya lo sé! Voy a esperarla —la interrumpió García acomodándose en el único sofá de la sala.

—No sé a qué hora va a llegar.

—Yo sé a qué hora va a llegar y de dónde viene. Hazme un café.

La mujer volvió a la cocina, le indicó a Aurora en voz baja que volara a cualquiera de las otras casas y llamara por teléfono a su tío Alonso, mientras ella ponía a hervir agua, tentada de echarle veneno para los ratones a la cafetera. Estaba colando el café cuando escuchó el chirrido inconfundible del portón y el auto de Alba. García la recibió echado para atrás en el sofá con los pies sobre la mesita de centro y fue tanta la sorpresa de ella, porque nada sabía de él desde que dejó la casa grande, que lo único que salió de su boca fue «buenas tardes, gusto de verlo», exactamente lo opuesto de lo que quería decir. Él soltó una risotada que sonó como ladrido.

—El gusto es mutuo, Alba. Te ves bien —dijo y recién entonces ella pudo reaccionar.

—¿Qué hace aquí? —logró articular.

—Vaya, vaya, mujer, ¡qué malos modales! ¿Has visto a Miguel Espinosa? Me imagino que no sería tan idiota de venir aquí. Lo tenemos cercado. Yo mismo me ocuparé de él, lo voy a mantener vivo lo más posible y después te contaré cuándo y cómo murió. Pero supongo que eso ya no te importa, porque lo has reemplazado, tienes un amante. ¿Te sorprende que lo sepa? No hay nada que yo no sepa.

—Ya tiene Las Tres Marías y todo lo demás que me ha quitado. ¿Qué más quiere?

García comentó que Las Tres Marías era un clavo, un saco sin fondo, había que estar metiéndole plata, apenas se sostenía con las cosechas y la lechería, solamente los costos de mantenimiento podían arruinarlo; también el crédito agrícola estaba cada vez más caro y no es que él criticara al gobierno; no tenía dificultad con los bancos, pero le molestaban las deudas; ella ni siquiera sabía de qué estaba hablando, porque nunca se había fijado en gastos, eso pasa cuando se nace en cuna de oro, en cambio los hombres como él, criados en la miseria y hechos a sí mismos, con el propio esfuerzo y nada más, aprendían a medir cada centavo; además, el fundo requería la presencia del patrón para que nadie robara ni se diera a la pereza, pero él tenía responsabilidades en la ciudad, un trabajo fundamental para la seguridad nacional, como ella sabía, un compromiso con la patria que requería toda su dedicación.

—Si lo que quiere es la casa de mi abuelo, llega tarde. Me la confiscaron —lo interrumpió Alba.

—Lo sé. Una lástima, pero no quedaste en la calle, Alba, te sobran medios y además sé que te pagan bien en esa revista estúpida para mujeres ociosas. No sé por qué vives en esta casucha de medio

pelo. ¿Avaricia? Has bajado de nivel, qué diría tu abuelo. En todo caso, no vine a hablar de eso, solo vine a ver a mi hija.

—¿Quién?

Un silencio amenazante acogió la pregunta. García se puso de pie.

—¿Crees que la he olvidado? —masculló—. ¿Cómo es que se llama? Ahora que tiene uso de razón voy a verla seguido, para que nos vayamos conociendo. Quiero que pase los fines de semana conmigo. No todos, porque mi trabajo no sabe de horario, pero podemos empezar este sábado.

—¡No! ¡No es su hija y no tiene derecho a verla! —exclamó Alba, incapaz de controlar el pánico.

—¿Derecho? ¿De qué hablas? Es mi hija.

—¡No puede probarlo!

—Evidencia circunstancial. Veo que no has aprendido nada, Alba. Yo no tengo que probar nada. Nunca. Mi palabra basta. Te advierto que no se te ocurra recurrir al pelotudo del general Hurtado, o cualquier otro tipo con influencia. A ninguno le conviene meterse conmigo. Los tengo en mi poder, para eso está el SIV: inteligencia y vigilancia, esa es mi misión. A mí nada se me escapa, tengo una hoja de vida de cada uno. Conmigo nadie se atreve, ni siquiera el Líder Supremo, a él también lo tengo en mis archivos con suficientes secretos para hundirlo.

Alba se desmoronó en el sofá, vencida. Tendría que pagar de nuevo, hacerlo una y otra vez hasta que no quedara nada más para darle a ese hombre. Recordó lo que había dicho Tránsito, que García solo tenía el poder que ella le daba, pero eso era una falacia, el poder se lo otorgaba el SIV, el sistema, el arma que llevaba en la sobaquera. Lo que estaba en juego era Aurora y no podía defenderla.

—¿Cuánto quiere para dejarnos en paz? —le preguntó finalmente.

No era la primera vez ni sería la última en que le pagaba su cuota y en cada ocasión le repetía esa pregunta sin obtener respuesta. Transaron en una suma menor de lo que ella estaba dispuesta a darle, García no deseaba matar a la gallina de los huevos de oro sino prolongar el placer de estrujarla. Se juntarían en el banco al día siguiente, decidió él, y se fue sin el café y sin hablar con la niña. Alba no pudo moverse, atontada de pavor, incapaz de responderle a Aurora que le tiroteaba la manga «qué pasa, mamá, qué pasa…». Cuando llegó Alonso veinte minutos más tarde, Fresia la cogió de la mano y la llevó a jugar afuera. El-Ángel se reunió con ellos poco después, también a él lo había llamado Aurora, y Alba repitió aquello que ya le había contado a Alonso.

—¡Me la puede quitar! Seguirá chantajeándome hasta que no me pueda sacar más y no sé qué voy a hacer entonces.

—Le pedí a Marcelo que interviniera y trató de hacerlo, pero el SIV tiene impunidad. García es intocable. Creo que la única solución es que te lleves a Aurora lejos.

—¿Dónde, Alonso? García nos encontraría en el mismísimo infierno.

—A Canadá. Me reuniré con ustedes lo antes posible. O a Boston, donde tengo amigos. No vamos a estar separados por mucho tiempo, te prometo.

—¿Irme? ¿Dejar a toda mi gente?

—Por ahora tienes que pagar, después veremos —la interrumpió El-Ángel y le pidió que repitiera palabra a palabra lo que había dicho García.

Capítulo 19

El refugio

Alonso consiguió una van, que cargaron hasta el tope, y condujo a Alba y los demás al sur para no dejar rastro de pasajes en avión o en tren. En la prisa de partir ella no pudo avisar a la gente de La Esperanza y le asignó al tío Ángel la tarea de recolectar las donaciones del mercado y entregárselas a la Mandona. Para eso el Cadillac era perfecto; pensaba que su abuelo, quien lo mantenía como una reliquia, pulido como espejo, y lo usaba con un chofer de uniforme, se moriría de nuevo si lo viera inmundo, lleno de sacos de verduras a punto de expirar, oliendo a pescado y cebolla. Antes de emprender el viaje quiso pasar a echarle una mirada a su casa, que llevaba un buen tiempo abandonada y se veía triste, pero todavía entera. A pesar de los tablones que sellaban puertas y ventanas y del cerrojo industrial en el portón, ella y el tío Ángel se las arreglaban para entrar de vez en cuando. El exluchador se jactaba de poder abrir cualquier candado y ella conocía los vericuetos de acceso invisibles para los demás. Iban de noche, antes del toque de queda, provistos de linternas a pila y recorrían las habitaciones heladas, húmedas, con el olor distintivo de los espacios cerrados. Eran excursiones peligrosas, pero El-Ángel terminó por comprender la necesidad de su amiga de visitar el pasado y ella perdió el pudor de hablarle a la casa delante de él. Ningún aparecido interrumpía esos recorridos, nada de fantasmas ni vampiros ni zombis, como le atribuían las malas lenguas a la casa de los Trueba, ni siquiera los descendientes de los ratones que invadieron el té de las Damas Voluntarias de la Patria. A veces un vecino o un transeúnte veía fulgores entre las ranuras de las tablas en las ventanas y contribuía con su propia versión al supuesto embrujo. Mientras Alonso esperaba con el vehículo en marcha, Alba se despidió de la casa con la promesa de volver a verla.

Violeta del Valle le ofreció hospitalidad en su finca en el sur, en la región de Nahuel, donde ella pasó la infancia y donde pensaba ir a

morir cuando llegara su momento, porque entendió de inmediato la necesidad de Alba de esconderse. Había vivido una situación similar con su hijo, quien para escapar en los primeros días del golpe salió de la finca a pie, atravesó las montañas y al cabo de un azaroso trayecto terminó viviendo en Noruega. Al dejar atrás la ciudad los viajeros entraron en una realidad más apacible y excepto por los controles que había cada veinte kilómetros, la presencia de los militares no molestaba. Atravesaron pueblos de calles polvorientas y casi vacías, una principal con el comercio y a veces un hotelito para vendedores viajeros, humildes casas de un piso, a menudo con las puertas abiertas, plazas descuidadas con una fuente seca o una estatua de algún prócer olvidado y levas de perros callejeros dormitando en la sombra. Pasaron la primera noche en una pensión familiar de uno de esos pueblos, habitaciones modestas y limpias, dos platos de comida, postre y café, todo por un precio fijo. La dueña era una viuda enérgica que cocinaba, servía y hacía el aseo. En el comedor colgaba un retrato del Líder Supremo junto a otro del cardenal. «Para darle gusto a todos y que nadie se ofenda», explicó la señora. El calor, los controles, la fatiga y las paradas para orinar a la orilla del camino y pasear un poco a Tarzán, que se mareó desde la salida, demoraron el viaje que en circunstancias normales se podía hacer en un día y medio, pero llegaron sin contratiempos hasta la región de Nahuel, con su pródiga naturaleza de vastos bosques nativos, lagos azul cobalto, ríos torrentosos y volcanes de cimas coronadas de nieve, algunos siempre humeando.

La finca no figuraba en el mapa y las instrucciones resultaron tan vagas, que dieron un largo rodeo antes de encontrar la señal del desvío que Violeta les había descrito: una ermita de la Milagrosa Beata Eduvigis, adornada con flores de plástico. Dejaron el camino, se internaron en un sendero de tierra y veinte minutos más tarde llegaron a un patio con dos casas prefabricadas pintadas de blanco con una peluca de coirón en el techo. Los recibieron una manada de perros ladrando, un cerdo que se acercó a olisquearlos y una mujer sin edad, arrugada y de pelo gris, pero ágil y de piernas fuertes, que se presentó como Facunda. Había sido advertida de la llegada de los

forasteros mediante un telegrama y los esperaba con las camas preparadas y un pastel de carne y maíz en el horno.

—Bienvenidos. La casa es chica, pero el corazón es grande —dijo, señalando una de las viviendas.

—Disculpe esta invasión. La verdad es que no sé por cuánto tiempo nos quedaremos —le explicó Alba.

—No me diga nada, señora. A buen entendedor, pocas palabras. Mientras menos yo sepa, mejor para todos. Aquí no viene nadie, van a poder descansar sin que los molesten. ¿Cómo se llama el perrito?

—Tarzán —dijo Aurora con el animal en brazos haciéndole el quite a los otros quiltros.

—Suéltalo, linda. No le va a pasar nada. Perro que ladra no muerde.

Se instalaron lo mejor posible, Agustina y Fresia en una habitación, Aurora en el suelo con Tarzán en la salita, para que Alba y Alonso tuvieran privacidad esa última noche juntos. Ambos se quedaron hasta tarde en el patio compartiendo una botella de vino bajo un cielo sin luna salpicado de estrellas, arrullados por el chirriar de los grillos, conscientes de la inutilidad de hacer planes, pero decididos a que esa separación sería muy corta y cuando volvieran a verse iban a vivir juntos. «Apenas podamos nos casaremos», le propuso él por centésima vez, aunque no había hecho nada por obtener la nulidad matrimonial con Constanza, y ella lo sorprendió con el primer sí, porque ya era hora de sacudirse el pasado e imaginar el futuro. Esa noche en el campo ninguno de los dos quería pensar en la posibilidad real de que el largo brazo de García los alcanzara, se sentían invulnerables a las desgracias, protegidos por la certidumbre del amor. Alba le recordó la estrella que tenía en la espalda, signo irrefutable de buena suerte, y el hecho de que se hubiera ido borrando con los años no le restaba poder; todavía era visible. Había que confiar en la estrella y apostar a la felicidad.

Se acostaron en la hora después de la medianoche, mucho rato después de las mujeres y la niña, cuando se callaron los grillos, se durmieron los animales del corral y una pesada somnolencia cayó sobre el mundo. Disponían de una cama de tablas con colchón de crin donde hicieron el amor como una coreografía bajo el agua en cámara lenta y en completo silencio para que no se enteraran en la pieza de al lado, con maniobras sabias en busca de alguna postura que no les machucara los huesos en el duro camastro, temerosos de que crujieran las tablas y se despertara Tarzán con su ladrido de perro grande. Al día siguiente, después del café y el pan de Facunda recién salido de horno, con nata y dulce de moras, Alonso emprendió el camino de regreso. Acordaron evitar contacto durante un par de semanas, que iban a sufrirlas como un par de años, mientras evaluaban la situación, y después se comunicarían a través de Violeta hasta que se resolviera el viaje al extranjero, que él insistía en apresurar y ella en postergar.

Aurora y Tarzán se adaptaron en pocas horas al ambiente bucólico de la finca, el primer día salieron a explorar los alrededores, se perdieron hasta el atardecer y regresaron embarrados y felices. Nadie los había echado de menos en la agitación de instalarse en una de las casitas, eso marcó la pauta de lo que serían esas supuestas vacaciones. Fresia había nacido a pocos kilómetros del lugar y recordaba el paisaje y una vivienda redonda de barro y paja, donde creció hasta los seis años. También recordaba el terremoto y el hospital, pero había un blanco de varios años hasta que entró a trabajar en la casa de los Trueba. No podía explicar la cicatriz en forma de cruz que tenía en el cráneo, disimulada por una mata de cabello negro-azul, suficiente pelo para tres cabezas, como decía Alba. Según el tío Ángel, esa cicatriz y las lagunas en su memoria daban razón de sus limitaciones, quién sabe qué le pasó en esa catástrofe. A Facunda le bastó la primera mirada para determinar que era indígena de la zona, como buena parte de su propia familia. Ella también recordaba el terremoto, que tiró al suelo las viviendas de los pueblos aledaños y destruyó por completo las frágiles rucas de las comunidades indígenas. «Mire usted, el mundo es un pañuelo.

Vamos a ver si le quedan parientes por estos lados», le dijo con la intención de asar un cabrito y convocar a sus amistades de la tribu vecina.

Agustina, en cambio, preguntó a la mañana siguiente hasta cuándo se iban a quedar en ese peladero donde ni siquiera podían ver la telenovela sin rayas y puntos y se iban a morir de hambre, porque esa Facunda era incapaz de preparar algo decente, comida de campo, puro maíz y tomates; y ella misma estaba de sobra, porque Aurorita ya no la necesitaba, a ella que la vio nacer, esperen no más, en menos de una semana la chiquilla se va a convertir en una india; estoy de sobra, inútil, eso pasa cuando se vive muy largo, a una la descartan como ropa usada. Alba la dejó refunfuñar, aguardó a que se callara y le anunció que el lunes le daría dinero y le compraría el pasaje en tren para que se fuera donde quisiese. Eso puso fin a la pataleta. Facunda fingió no haber escuchado la mención de su nombre en la cantinela. «Al mal tiempo, buena cara, doña Agustina, y a panza llena, corazón contento», y la convidó a la cocina a preparar empanadas.

La finca le recordaba Las Tres Marías a Alba, aunque más pequeña, aislada y primitiva: el mismo olor a tierra mojada al amanecer, a albahaca y laurel al mediodía, a humo y pan en las tardes, las mismas montañas moradas a lo lejos, los árboles centenarios, los zorros, las liebres, las águilas y el mismo cielo negro tachonado de estrellas. Se preguntaba cuánto tiempo estaría separada de Alonso, cuándo volvería a ver al tío Ángel, a los amigos de Los Juncos y La Esperanza, sus colegas en las revistas, su casa de los espíritus. Antes del viaje le explicó a Josefina Aguirre que iba a ausentarse por un tiempo, pero mantendría el Correo del Amor y trataría de mandarle tres reportajes que ya había preparado y solo faltaba escribirlos: infidelidad femenina, el mundo de las masajistas y partos dentro de la bañera con agua tibia, una novedad importada de Francia. Conversando con Facunda se enteró de la guerra

permanente del gobierno contra los indígenas. La versión oficial era que se trataba de unos bárbaros que se negaban a asimilarse a la civilización y solo entendían a balazos. La versión de los indígenas era que peleaban por defender sus tierras, su cultura y su autonomía. Alba decidió que al padre Lazcano le interesaría la segunda versión; iba a investigarla.

La cuarta vida de Alba empezó durante la forzada separación con Alonso en el momento en que le tomó el peso al amor. Hasta entonces se habían amado con la complacencia y la comodidad de ser correspondidos y de llevarse bien, a pesar de las diferencias de carácter. Compartían casi todo, hasta los hijos de cada uno, con la fluidez de una buena amistad, aunque existían algunos escollos ineludibles. Una vez que Alba le confesó el secreto de su paso por el calabozo del SIV, fue como si hubiera destapado la famosa caja de Pandora y todo lo que había llevado adentro guardado a presión pugnara por salir, mientras que a él no le parecía necesario describir lo que se podía demostrar con hechos. La había perseguido por años, estaba con ella en cada momento que tenía libre y planeaba un futuro juntos, eso probaba sus intenciones y la incondicionalidad de su amor, mencionarlo sería redundante. Por su parte, Alba era introvertida y callada frente al mundo, pero cuando estaban solos hablaba hasta dormida, pretendía saber lo que él hacía, pensaba, sentía. ¿Me estás queriendo? ¿Por qué no me lo dices? Y al mismo tiempo postergaba una y otra vez la decisión de casarse o vivir juntos, de manera que Alonso se veía vapuleado arriba y abajo en una montaña rusa de mensajes confusos. Además, era sensible, se ofendía de pronto sin explicación y se refugiaba tras una pared de silencio cortés, obligándolo a acudir al rescate para salvarla de su propio empecinamiento. Él no podía adivinar aquello que podía molestarla, y como tampoco había mala intención de su parte, consideraba injusto pedir disculpas y así un malentendido se convertía en drama. Cuando estaban casados, Constanza le reprochaba su reticencia, lo acusaba de ser blando como un

almohadón de plumas en el cual ella se hundía sin encontrar resistencia, nada más irritante, y ante la imposibilidad un enfrentamiento, acabó por dejarlo plantado. Si el reemplazante no fuera Dante Rossi, habría sido cualquier otro con ñeque para batirse con ella. Alba, en cambio, lograba sacudirlo. Si ella levantaba la voz y se enojaba, él reaccionaba de la misma manera, eso despejaba el aire. Nunca alcanzarían la perfección de las peleas de Constanza y Dante, pero no se puede tener todo en esta vida.

Alba se había preguntado más de una vez si estaba enamorada de Alonso como lo estuvo de Miguel y obtuvo la respuesta durante los pocos días que permaneció en la finca de Violeta. En una tarde ociosa en que estaba con Constanza en Los Juncos pintándose las uñas de los pies una a la otra, ella dijo a propósito de nada: «el verdadero amor es urgente». Alba lo tomó como otro de tantos comentarios de su nueva amiga, cuya mente brincaba de un asunto a otro y de pronto decía algo sin venir a cuento. Al día siguiente que Alonso retornó a la capital, ella despertó en la finca con un vacío en el estómago que no se apaciguó con el desayuno de Facunda, persistió durante el resto del día y al irse a la cama con ganas de llorar comprendió que no era hambre lo que tenía, sino la angustia que le estrujaba el pecho de que algo sucediera y la separación con Alonso fuera definitiva. Esa posibilidad devastadora la quemaba como hielo. A medida que transcurrió ese día y el siguiente sin poder siquiera llamarlo por teléfono, esperando contra toda lógica que a medio camino en la carretera él hubiera dado vuelta y llegara de sorpresa y la levantara en un abrazo largo y declarara que no podía estar sin ella, recordó lo que había dicho Constanza. La dolorosa urgencia de ver a Alonso, de hacer el amor, de compartir la vida con él para siempre, le dio la medida de sus propios sentimientos.

CINTA # 6

A Colombia fui a colaborar con las FARC y a aprender. Estaban muy bien organizados, tenían apoyo de las comunidades en las zonas campesinas y dinero. En materia de financiamiento no se puede andar con remilgos, todo se vale, hermano: extorsión, narcotráfico, secuestro… Me di cuenta de que yo era un niño de pecho comparado con los compañeros colombianos. Me creía experto, pero la verdad es que no tengo temperamento para la violencia, me ha tocado luchar, pero lo mío es enseñar, planificar, organizar. En cada etapa de mi vida he tratado de ser útil a la revolución, voy donde me manden.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia eran eficientes, flexibles, se movían con rapidez, atacar y desaparecer. Conocían bien el terreno para una guerra de escaramuzas, evitaban el enfrentamiento directo con el ejército, pero a veces era ineludible. En esa ocasión nos acorralaron en un caserío fronterizo de la región amazónica. Teníamos un campamento en plena selva, que parecía inexpugnable, pero llegaron por el río. Murieron muchos y arrestaron a los sobrevivientes; entre ellos estaba yo. Pasé año y medio en la cárcel y al final salí porque las FARC me canjeó junto a otros presos por un empresario dueño de los principales periódicos, un magnate secuestrado. Ese tiempo de cárcel fue malo, pero mil veces mejor que mi paso por El Chipote. Lo que más me pesaba era estar inactivo: el mundo rodaba sin mí. Pensaba obsesivamente en Alba, aunque había renunciado a ella, al amor, a cualquier forma de estabilidad. Nunca volvería a verla, no podía ser el amante ni el compañero que ella merecía, estaba comprometido con la lucha armada, tal como lo estoy ahora y siempre, hasta la muerte. Alba debía olvidarme y rehacer su vida, tenía derecho a la felicidad, después de todo lo que sufrió por mí. Si salía en libertad, planeaba volver a la Vanguardia Revolucionaria, necesitaba participar en el derrocamiento de Urrutia, pero me prometí a mí mismo que no iría a verla. Bueno, tal vez la espiaría de lejos sin que ella lo supiera.

No sé si te conté que tuvo una hija, Aurora. La vi una sola vez, eso fue antes de que me mandaran a Nicaragua, antes de El Chipote. No sentí conexión con ella; claro que había muy poca luz y además no estoy acostumbrado a tratar con críos. En ese momento ella tenía tres años y estaba dormida. Si hubiéramos hablado, si hubiera visto sus gestos, escuchado su risa, tal vez habría sido diferente, pero nada de eso importa, Romualdo, porque en el fondo de mi corazón tengo la certeza de que es mi hija. Eso me da una gran ilusión, significa que no he estado en este mundo en vano, una parte de mí perdura en esa niña, alguien con mi impronta y con un pedazo de mi alma queda después de mi muerte. Razonablemente es casi imposible que yo sea el padre, pero Alba también se aferra a la misma ilusión, porque la alternativa es atroz. Al recordar ese momento tan extraordinario en que vi a la niña y abracé a Alba por última vez, me parece que sucedió en otra vida, que yo era otro hombre.

Capítulo 20

Tránsito

A novecientos kilómetros de distancia de la finca en el sur, Alonso sentía la misma urgencia que atormentaba a Alba: algo iba a suceder y los sorprendería separados. El país se había vuelto tan incierto, que tenía la impresión de ir en una balsa capeando olas, estaba muy revuelto y ya ni siquiera en los bastiones del Barrio Alto se podía seguir manteniendo la fachada de estabilidad. Habían aumentado los controles, la vigilancia y la presencia de policías y soldados armados; arreaban con gente en la calle y la subían a golpes en camiones del ejército en lugares públicos, porque se trataba justamente de intimidar a los curiosos para que repartieran el miedo. A pesar del toque de queda, amanecían muros pintarrajeados con insultos al Tirano Supremo. La detención de docenas de periodistas no impidió que se publicaran los escándalos de corrupción, tortura, asesinatos y listas de desaparecidos en hojas sueltas, que circulaban de mano en mano y a veces caían como nieve desde los tejados sobre las calles del centro o se encontraban dobladas en las cajas de cereal del desayuno, entre los formularios de las oficinas públicas, debajo de las almohadas en los hospitales, dentro del maletín de los ejecutivos. Nadie dejó de ver las fotografías pavorosas de los dos muchachos rociados con gasolina y quemados vivos porque una patrulla policial confundió el estuche de una flauta con un arma. La presencia del SIV ensuciaba el aire de sospechas y temor, como una pestilencia.

Alonso manejó de vuelta a la capital con el estómago en un puño, derrotado por una sensación de impotencia: Alba estaba amenazada por el psicópata más poderoso del país y él no podía protegerla, pero a medida que iba tragando kilómetros esa parálisis se fue transformando en una rabia feroz. Conocía ese aspecto de su

carácter, ese momento en que alcanzaba el límite de su propia humanidad y lo cegaba una violencia incontrolable. Llegó a su apartamento dispuesto a la acción, durmió mal atontado de fatiga y al día siguiente El-Ángel lo encontró en La Esperanza con los ojos inyectados y cubierto de un sudor espumoso de caballo, dándole puñetazos al saco de arena con que se entrenaban sus alumnos de la lucha libre y mascullando entre dientes lo voy a matar, lo voy a matar.

—¿A quién? —le preguntó.

—A Esteban García. Ayúdame. Necesito un arma.

—No seas idiota, huevón. Arriesgas la vida y arriesgas también la de Alba. ¿Y cómo crees que te vas a acercar a García?

—Tú tienes contactos, necesito un fusil de francotirador al precio que sea. Un Remington 700 sería ideal. Soy campeón de tiro, tengo varios premios —le anunció Alonso.

—Solo los milicos tienen ese tipo de fusiles.

—Sé que circulan en el mercado negro, se pueden obtener de contrabando. Habla con tu madre, a ella se le va a ocurrir algo —insistió mientras se secaba el sudor que le corría por el cuello.

—¿Mi madre? ¿Crees que mi madre es del hampa?

—No, hombre, no quise decir eso, pero parece que ella logra lo imposible. Si pudo arrancar a Alba de las garras de García, puede conseguir cualquier cosa.

—Veré qué puedo hacer, pero te advierto que esto va a demorar un poco —le dijo El-Ángel pensando en darle tiempo para que se le enfriara la sangre, sin imaginar que ya estaba rodando la pesada rueda de los eventos inevitables que haría innecesario el fusil para Alonso Vial.

El coronel García llevaba un meticuloso registro personal de lo que sucedía bajo su mando, con fotografías y grabaciones, por si alguna vez tuviera que defender sus acciones, y ficheros de personas importante con la información que obtenía mediante espionaje. Eran su carta de seguridad. Sin embargo, por alguna razón que ni él mismo podía justificar, no había iniciado una de esas carpetas sobre Alba: recordaba todos los detalles de su relación con ella y confiaba plenamente en su memoria, no necesitaba más. En ninguna parte quedó registrado cómo fue interrogada ni que salió de su celda embarazada, tampoco que tenía una hija y colaboraba en la Vicaría del Buen Pastor y en una revista subversiva. No le costó nada descubrir quién se escondía detrás de las iniciales al pie de esos reportajes de Veritas Liberat, que en el fondo nada importaban, esa publicación de los jesuitas solo la leían los católicos de izquierda, unos pelagatos, era como predicarle al coro. No deseaba llamar la atención del SIV sobre Alba. Ella le pertenecía por completo, estaba reservada para él. Y no se trataba del dinero que le quitaba, contaba con otros ingresos que nunca saldrían a la luz; su propósito era humillarla y asustarla hasta que enloqueciera.

En el fondo no tenía nada personal contra esa mujercita insignificante, a veces incluso pensaba en ella con cierta simpatía, su venganza era contra Esteban Trueba. Lamentaba que el viejo hubiera muerto antes de que pudiera destruirlo por completo, pero le dejó a la nieta y a la bisnieta para descargar su inquina. Ellas representaban a su maldita familia y tendrían que pagar las culpas de todos y cada uno de ellos. Sonreía ante el hecho extraordinario de que la última de esa estirpe desgraciada fuera hija suya, cómo se cerraba el círculo de los bastardos y cómo el afán desmedido de Esteban Trueba por su linaje, su clase, su apellido y su sangre terminaba en la bisnieta Aurora García, ese debía ser el nombre de la chiquilla. Se preguntaba si acaso el viejo supo que Alba estaba embarazada o se fue sin sufrir ese golpe definitivo, se lo preguntaría cuando la visitara de nuevo. En cierta forma, fue conveniente que le ordenaran dejarla en libertad, porque si hubiera perecido en un

descuido suyo o de sus muchachos ya no tendría la diversión de arruinarle la existencia de a poco. La última vez que estuvo con ella en el banco para recibir otro cheque, ella le hizo ver que quedaba apenas nada. «¿Quiere comprobarlo? Puedo mostrarle el saldo», le dijo. Pero no era necesario, él sabía exactamente de cuánto disponía en esa cuenta, pero podía tener más escondido, tal vez en Suiza, ¿no era eso lo que ahora hacían los ricos y todo el mundo en el gobierno? Tendría que averiguarlo. Se enteró de que Alba se había ido con la chiquilla, las dos empleadas y hasta el perro, pero no investigó adónde. Habría tiempo para eso. Estuvo tentado de aparecer con sus muchachos en Los Juncos nada más que para darles un buen escarmiento a esos burgueses comunistas, e interrogar a un tal Cajeme Soto por ser amigo de Alba, aunque era un tipo inofensivo. También tenía en la mira a Alonso Vial, el amante, pero por el momento era intocable, no le convenía provocar a su hermano, Marcelo Vial, hombre de confianza de Urrutia.

La partida de la familia sumió al tío Ángel en la melancolía durante tres o cuatro días, hasta que Alba regresó del sur, pero no se resignaba a perder contacto con Aurora, su princesa. Antes de conocer a Alba y entregarse al cariño de esa niña era un solitario ansioso por dejar de serlo. Echaba de menos los años del ring, la euforia de la lucha cuerpo a cuerpo, el entusiasmo de los fanáticos, los abrazos espontáneos de desconocidos en la calle, las mujeres que lo buscaban sin el menor recato, el placer de poseer un cuerpo enérgico y musculoso, el cuerpo de un guerrero. Todo eso terminó al irse de México. Contaba con un par de amigotes del gimnasio, los chicos de La Esperanza y conocidos con quienes compartía un saludo al pasar y unos palmetazos en la espalda cuando ganaba el equipo de fútbol favorito, pero su gran amor era Aurora y las únicas personas cercanas eran Alba y su madre, a quienes lo unía una complicidad incondicional.

Tránsito Soto había salido de un lupanar miserable en un pueblo perdido, donde se vendía por hambre cuando todavía era una niña flaca, con pechitos de ciruela, sin que nada la distinguiera de otras muchachitas de su condición, pero ya soñaba con triunfar como las luminarias de Hollywood que admiraba en las revistas usadas que conseguía en el almacén. Recortaba las fotos y las pegaba con tachuelas en las tablas de su cuartucho como recordatorio de que no se iba a quedar trancada allí para siempre, iba a conquistar el mundo. En esas circunstancias conoció a uno de los terratenientes de la zona, Esteban Trueba, dueño de Las Tres Marías, quien en ese entonces era un hombre vigoroso y rico, que muy rara vez buscaba sus servicios y solo si estaba bebido, porque, tal como decía a risotadas, no necesitaba pagar por lo que conseguía gratis. Aun así tenía cierta debilidad por ella, por su generoso entusiasmo para complacerlo y por las cosas divertidas que decía luego, como su loca ambición de cambiar su destino con cincuenta pesos. «Para un pasaje en tren, un vestido rojo, unos zapatos con tacón, un frasco de perfume y para hacerme la permanente. Es todo lo que necesito para empezar, patrón», le dijo en uno de esos asaltos y él se los dio, por supuesto. Años más tarde, Trueba volvió a ver a Tránsito instalada en la ciudad y dedicada a lo mismo, pero bajo sus propias condiciones. Había ganado los kilos que le faltaban, se había hecho la permanente y lo sorprendió con una culebra tatuada en torno al ombligo y otra idea para alcanzar la cumbre del éxito: una cooperativa de putas y maricas. «Las cooperativas de trabajadores están de moda. A los patrones no les gustan nada. Y cuando yo arme la mía, tampoco les va a gustar a los cafiches», le aseguró. Esteban Trueba casi se muere de risa, pero ella sabía de qué estaba hablando. Así, de salto en salto, impulsada por la inquebrantable seguridad en su propio valor, adquirió prestigio en su oficio, dinero e información. Había comprobado que un hombre amodorrado por el alcohol y el deseo satisfecho suelta la lengua por propia iniciativa, revelándole a ella y al resto de los miembros de la cooperativa los secretos privados y públicos. En la época en que ayudó a Esteban Trueba a rescatar a su nieta de la muerte, regentaba el hotel Cristóbal Colón, refugio de amores ilícitos, limpio y hasta elegante,

según cómo se lo mire. Se había retirado de su ardua profesión para convertirse en empresaria y tomaba clases tres veces por semana con una maestra retirada, quien le impartió la escolaridad que no tuvo de niña. La maestra, que nunca supo en qué se ganaba la vida su alumna, le enseñó todo lo que sabía y le tomó gran afecto, porque rara vez había encontrado una inteligencia natural y una avidez por el estudio como las de Tránsito. El resto ella lo aprendió en un manual de cortesía bastante anticuado, pero todavía útil, y revistas de moda. Con la edad había adquirido el bienestar económico y la posición de señora a la cual aspiraba a los quince años, pero tenía la lucidez suficiente para aceptar que siempre estaría al margen de la sociedad. Se cuidaba de provocar chismes, ya que los mismos hombres que se habían pavoneado desnudos en su presencia se mostrarían escandalizados si se encontraran con ella a plena luz del día, y las mujeres que jamás la habían visto antes podían percibir por instinto el hálito inquietante que emanaba aún en la madurez, por eso no se presentó en el funeral de Esteban Trueba, como hubiera deseado. Su línea de trabajo se fundamentaba en la reserva y el buen tino, consideraba esa necesaria invisibilidad como una ventaja. Permaneció inalterable mientras el país y el mundo cambiaban, sorteó sin modificar para nada sus hábitos en las tormentas políticas, las catástrofes geológicas, los avances increíbles de la modernidad, el desastre bullicioso del socialismo y el desastre camuflado en orden y progreso de la dictadura.

En su juventud trató de ocultarle a su hijo la forma en que se ganaba la existencia y lo logró gracias al internado religioso y porque el muchacho no demostraba curiosidad por saber cómo se las arreglaba su madre. Lo veía en las vacaciones, cuando lo llevaba a algún balneario por un par de semanas, antes de mandarlo a un campamento de verano que lo mantuviera ocupado hasta la vuelta a clases. Temía el momento que inexorablemente llegaría en el futuro en que el chico se enterara y la vergüenza alcanzaría de sobra para los dos, sin embargo, su temor resultó infundado, porque eso ocurrió cuando lo fue a buscar a México después del accidente en el ring y para entonces él era un hombre curtido. Se lo planteó en el hospital

al día siguiente de la operación, calculando que estaría drogado y no registraría la magnitud de su confesión. «¿Por qué no me lo dijo antes, mamá? ¡Tantos sacrificios que ha hecho por mí! Si antes la quería, ahora la quiero mucho más», replicó el paciente, para quien el pasado poco virtuoso de su madre era un pelo de la cola comparado con la tragedia de haber perdido los testículos. A Tránsito no le pareció necesario aclarar que no lo había hecho por él, sino por ella. Desde entonces vivían juntos y trabajaban en la administración del hotel y de otras propiedades de alquiler en que ella había invertido sus ingresos. Desconfiaba de las especulaciones, porque con cualquier pretexto la economía daba una voltereta y dejaba a los incautos en la inopia, en cambio el cemento, los ladrillos y las tejas no desaparecían.

Cuando Trueba fue a rogarle por el amor de Dios que salvara a su nieta, era un anciano que llevaba tanto tiempos sin pisar el Cristóbal Colón que ya no recordaba su existencia, y ella se había convertido en una dama de traje sastre y collar de perlas. Tránsito debía su éxito a su visión comercial y a su buena memoria: nunca olvidaba algo que pudiera serle útil ni los favores que recibía. A Esteban Trueba le debía varios, porque la sacó de algunos apuros y salvó a su hijo del reformatorio y la cárcel, por eso siguió pendiente de Alba más allá de la obligación contraída con su abuelo de rescatarla del SIV. No imaginaba que su hijo llegaría a ser el mejor amigo de esa infortunada ni que invertiría en la niña Aurora el cariño paternal que nunca podría otorgarles a hijos propios. Alba le había dado una familia a su hijo. Eso extendía su deber hacia ella indefinidamente. Eso pensó cuando El-Ángel le informó con los ojos aguados que Alba y Aurora se habían ido con destinación desconocida y sin fecha de regreso.

—Están escondidas en alguna parte mientras encuentran la forma de irse del país. Ay, mamá, si se van, yo me voy a ir con ellas —le dijo a Tránsito.

—¿Por qué piensan irse?

—El coronel García, ese asesino, amenazó a Alba con quitarle a Aurora. Parece que es el padre de la chiquilla —le explicó El-Ángel.

—¿Cómo va a probarlo? No puede admitir, ni siquiera ante el juez más corrupto, que violó a la madre. Todo el mundo sabe que el SIV tortura, viola y asesina, pero no se menciona —argumentó su madre.

—No necesita probarlo, se la puede quitar a la fuerza. ¿Quién se lo va a impedir?

—Veremos —replicó ella.

CINTA # 7

Lo planeamos con meses de anticipación, inspirados en los atentados de Somoza en Paraguay y Trujillo en la República Dominicana. Estudiamos esos casos a fondo. Había una mujer que fue clave, sin ella no habríamos podido hacer nada: Natalia Bianchi, una cantante de cierto éxito en clubes y escenarios pequeños, con una voz melodiosa y sensual, favorita de los milicos y de la gente mayor, porque su repertorio se componía sobre todo de música romántica de los años cuarenta y cincuenta: Lucho Gatica, Los Panchos, Agustín Lara e incluso tangos de Carlos Gardel, que acompañaba en la guitarra. Ya nadie se acuerda de ella, la derrotó el rock. Era bonita y se ganaba al público con su personalidad, una mezcla de ingenuidad y seducción. Treinta y cinco años, aunque parecía menor, buena facha, maquillaje profesional y pobretona como todos los artistas, pero se vestía bien con cosas de segunda mano, tenía ojo para descubrir el impermeable de detective, el sombrero del Zorro o el vestido largo con plumitas en medio de un montón de ropa insípida y usada. Tal vez te estoy aburriendo con todos estos detalles, Romualdo… La contrataban para animar eventos sociales, conferencias, aniversarios de empresas, fiestas privadas. Máximo Urrutia la vio por primera vez en la celebración de sus setenta y seis años en su residencia y quedó tan encantado con

las canciones antiguas y con ella en particular, que la invitaba a menudo. El tirano sabe de memoria varios boleros y tangos, es entonado y una de sus escasas diversiones consistía en cantar a dúo con la Bianchi: «Solamente una vez amé en la vida…». ¿Te acuerdas de esa canción, hermano? Supongo que Natalia le devolvía brevemente al viejo el entusiasmo de su primera juventud. Antes de entrar al ejército fantaseaba con ser cantante, pero tenía padre y abuelo militares, esa opción era impensable. Parece que te extraña que yo sepa tanto sobre esto, Romualdo. No te imaginas cuánta información pude obtener.

Urrutia no estaba mal para sus años, se mantenía en buena forma, siempre fue disciplinado con el ejercicio y buen jinete, le traían caballos de raza de Kentucky. Hay varias fotos de él y su mujer cuando eran jóvenes. Lorelei Hansel es nieta de inmigrantes alemanes y se educó en las monjas. Averigüé todo lo que pude sobre los Urrutia, estudié los discursos, las entrevistas y me las arreglé para hacerme amigo de una empleada de su casa. La seguridad de los Urrutia era tremenda, pero entonces a las mujeres de servicio no les prestaban mucha atención, eran invisibles. No te imaginas las cosas que hablaban y hacían sin cuidarse de ellas, como si fueran ciegas y sordas. Supongo que eso cambió después del atentado. Entre halagos y regalos le sonsaqué a esa muchacha datos sobre la pareja, sus rutinas, sus gustos, sus debilidades; me obsesioné tanto con ellos, que a ratos perdía de vista el objetivo de tanta investigación. El dictador y su mujer estaban incrustados en mi vida, me acompañaban cuando tomaba el café de la mañana, en cada cigarrillo, en las pesadillas nocturnas.

Urrutia no se lleva bien con el resto de su familia, pero depende de Lorelei; en privado ella manda. Es mujeriego, pero muy prudente con sus escapadas, sus escoltas le guardaban el secreto, no tanto por la opinión pública, que le importaba un bledo, sino por la reacción de Lorelei, que es apasionada y vengativa, jamás olvida un desaire. Ella tenía las manos metidas hasta los codos en las funciones del gobierno y en la corrupción, era tan temida como el

tirano. Fue ella quien le vendió los bosques del sur a los daneses y el derecho a la pesca con explosivos a los japoneses. Esa familia no distinguía entre los bienes de la nación y los propios, robaron millones. A pesar de las infidelidades de su marido, que Lorelei no conocía o fingía no conocer, formaban una pareja excepcional, unidos por los hijos y nietos, la ambición desmedida, el gusto por el poder y la acumulación de bienes. Urrutia es astuto y desconfiado, incluso en el excusado andaba con una guardia de su entera confianza, hombres seleccionados y entrenados entre los mejores de las fuerzas armadas. Tenía pocos puntos débiles, por eso concluí que la única manera de acercarme lo suficiente para matarlo era a través de esa mujer, Natalia Bianchi.

Capítulo 21

El atentado

Natalia Bianchi no trató de aprovechar la pasión senil del Líder Supremo en su propio beneficio, la idea ni siquiera se le cruzó por la mente porque era una persona simple, de buenas intenciones, sin deseo de grandeza, satisfecha con sus canciones en la guitarra y su público limitado, pero fiel. Nunca le pidió nada. Los regalos caros, el automóvil, la casa en la falda de la cordillera, el programa de televisión y las entrevistas que él obtenía para encumbrarla, todo eso y mucho más fueron sorpresas que ella recibía maravillada y agradecida, pero tenía temperamento de pájaro migratorio, las cosas materiales le pesaban como un ancla, era incapaz de ahorrar o planear su futuro. A Urrutia lo conmovía ese absoluto desprendimiento; Natalia era una niña ingenua romántica y por lo mismo muy vulnerable. Sostenía que el papel del hombre es proveer y proteger y el de la mujer es servir y cuidar; la mujer es el reposo del guerrero, pero cuando se pone a mandar, como Lorelei, el guerrero no descansa nunca. En brazos de Natalia encontraba su reposo.

Al principio ella pensó que él le prodigaba un cariño paternal, como a la hija que siempre deseó, pero Dios le mandó solo dos hijos a quienes despreciaba, unos mequetrefes indignos de su padre, como él le había confesado en privado. «Culpa mía, por haber permitido que su madre los malcriara, flojos en el colegio, malos para los deportes, fracasaron en la academia militar, incapaces de ganarse la vida. Si no fuera por las oportunidades que tienen gracias a mí, quién sabe dónde estarían. Los quiero, no tengo alternativa, son mis hijos, pero me han defraudado, no están a la altura del destino que les ha tocado como hijos míos. No aprecian el hecho de que su padre cumple la dura tarea de rescatar a la patria de la

doctrina satánica del marxismo que obnubiló al pueblo y lo apartó de la tradición cristiana». Natalia lo escuchaba con lágrimas.

Antes de convertirse en amantes, se veían en público en reuniones en la residencia presidencial o en fiestas con los colaboradores más cercanos del gobierno, que ella animaba, sin que hubiera ningún avance de parte de Urrutia que pudiera encender los celos de su mujer. En su trayectoria de marido infiel era bastante directo con el objeto de su interés, no tenía paciencia ni tiempo para muchos rodeos, pero Natalia le inspiraba respeto, presentía que no era como otras conquistas, con ella tenía que avanzar con prudencia para no asustarla y descubrió que esa manera de cortejarla a la antigua lo excitaba más que cualquier ataque frontal. Cantaban a dúo y solo una vez la sacó a bailar asumiendo el deber del anfitrión de hacerlo con todas las invitadas. Bailaba bien, sabía guiar a su pareja con la presión justa de la mano en la espalda procurando que ella se luciera.

Un día le hizo saber que le gustaría verla a solas para ensayar algunas canciones, quería impresionar a sus visitas en el Año Nuevo. Un chofer la condujo a una casa apartada, en un barrio tranquilo con pocos vecinos, donde él la esperaba con la seguridad habitual, escoltas armados afuera y adentro. Estaba sin uniforme, con un suéter blanco de cuello alto y mocasines, se veía más joven, relajado, alegre. En la sala, amueblada con sencillez, había un equipo de música, un micrófono y altoparlantes, y sobre la mesa un par de botella de champaña en un cubo con hielo y bandejas con bocadillos. Pasaron tres horas que se fueron volando entre cantar y conversar; él parecía genuinamente interesado en saber todo de ella. Natalia nunca se había sentido tan bella, tan admirada. La diferencia de cuarenta años en edad desapareció en el transcurso de esa velada inolvidable, que se repitió un par de veces antes de que ella comprendiera que Máximo Urrutia, el hombre más poderoso del país, era también el más solitario. Sin proponérselo, se convirtió en su amiga, su confidente y al fin su amante. Él se enamoró como nunca lo había estado, ni siquiera de Lorelei cuando ella era una

muchacha frutal. Ya no tenía el vigor de la juventud, el sexo era el complemento agradable de esa relación, pero lo más importante eran las horas que pasaban echados en la cama hablando, las caricias tranquilas, las canciones que ella le tatareaba después de hacer el amor. Llegó a fantasear con el delirio de escapar sin despedirse de su mujer ni del gobierno, adiós a todo lo que lo amarraba, irse con Natalia a un país tibio y remoto, donde pudiera amarla sin testigos ni guardias, libre del miedo y las precauciones, envejecer junto a ella y un día morir en sus brazos. Cuando le decía esas cosas, la cubría de besos, la llamaba mi vida, mi tesoro, luz de mis ojos, ella se reía con esa risa ronca que a él le encantaba. También Natalia estaba enamorada. Junto a ese hombre se sentía protegida y mimada. Podía ser su padre, pero no lo era, era el amante paciente y generoso que nada le exigía y velaba por su felicidad. Se acurrucaba en sus brazos, envuelta en el soplo de su colonia viril, segura por primera vez en su existencia.

Su familia era de provincia, gente de esfuerzo, práctica, conservadora y católica, que no apreciaba su talento de cantante. Lo que ella hacía de noche en un ambiente de alcohol y humo bajo la mirada de hombres libidinosos era reprochable, una vergüenza. A Natalia la trataban como la oveja negra de la familia y tampoco había encontrado apoyo en los enamorados, que no le habían faltado, pero pasaban por su existencia como cometas dejando una estela de desencanto y soledad. Máximo Urrutia, en cambio, la aceptaba sin reservas y le ofrecía el amor de novela rosa que ella había soñado; con él se sentía tan feliz, que no notaba los signos de la edad, lo veía como el hombre fuerte y guapo que había sido a los cuarenta años, mucho antes de que se manifestara su destino de salvador de la patria. Solo temía que se destapara el secreto y tuvieran que enfrentar el escándalo y la furia de la esposa, pero con prudencia y buena suerte, tal vez eso nunca ocurriría y podrían seguir amándose en secreto para siempre.

Esos encuentros con Natalia eran el principal motivo de regocijo para Urrutia, con ella desnudaba el alma, se volvía indefenso, se

entregaba confiado como no lo había hecho con nadie desde que tenía memoria. El uso del poder, que antes era el motivo fundamental de su existencia, pasó a ser una obligación, un servicio vitalicio a la nación, que cumplía cabalmente con la carga de tribulaciones que eso implicaba. Llevaba varios años en la posición que Dios le había asignado y se había acostumbrado a la autoridad absoluta, se consideraba el padre benevolente de una nación inmadura, desordenada y dividida que requería su dirección, su voluntad de hierro y su visión para no caer en la barbarie, como ya había sucedido cuando estaba en manos de los políticos y los civiles. Si el pueblo no sabía sonarse los mocos, cómo iba a ser capaz de votar, por eso había mandado quemar los registros electorales, para que no se repitiera el desastre anterior. Pero esa responsabilidad empezaba a agobiarlo. Escapaba cada vez que podía a reunirse con su amante, anticipando ese momento con premura de adolescente, y se despedía con el desencanto de no poder quedarse a pasar la noche entera con ella. Natalia tenía un pasado limpio, sin los chismes insidiosos tan comunes en su profesión, era recatada y defendía su privacidad; para complacerla, Urrutia aflojó la vigilancia; sus escoltas se quedaban en la periferia de la propiedad para que ellos pudieran estar solos. Esos hombres seleccionados, de probada lealtad, que lo habían acompañado desde que asumió el poder y lo conocían mejor que nadie, entre cuyas funciones estaba taparle sus diversiones con diferentes mujeres, bromeaban entre ellos que el general se les había perdido entre las piernas de una artista del culo.

La casa de sus amores, adquirida a nombre de Natalia Bianchi, quedaba a veinticinco minutos de la residencia del Líder Supremo en la caravana oficial con las motocicletas abriendo camino y el tráfico despejado, pero a cuarenta más tratando de no llamar la atención en un coche o dos. Era absurdo, pensaba el general, que tuviese que andar escondido como un bandolero, cuando en justicia podía hacer lo que quisiera sin rendir cuentas a nadie, pero debía cuidarse de Lorelei. Ya eran abuelos y del cariño inicial quedaba poco,

reemplazado por el largo hábito de la convivencia y las metas comunes. Se preguntaba si en realidad hubo pasión entre ellos alguna vez y no podía recordar nada comparable al sentimiento avasallador que le inspiraba Natalia. Ninguno de sus devaneos anteriores le había dejado huella; antes del pronunciamiento militar había tenido éxito relativo en seducir a algunas mujeres que le gustaron, después se le ofrecían o cedían a sus avances por interés o temor a las represalias. Le halagaba que entre hombres lo llamaran el padrote. Acostarse con el Líder Supremo, aunque fuera una sola vez, era una medalla de honor, pero él ya no estaba disponible para eso; solía bromear con Natalia que ella lo había domesticado, lo había hechizado con el filtro de la fidelidad.

El atentado se llevó a cabo el 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción, en el trayecto entre la casa de Natalia y la residencia presidencial, en el vacío y el silencio del toque de queda. Fue la culminación de una semana de brotes esporádicos de resistencia en diferentes ciudades; surgía de pronto un grupo de gente con pancartas gritando consignas y se dispersaba antes de que llegaran los policías y militares; a veces se unían quienes iban pasando y en cosa de minutos se armaba una marcha, que también se esfumaba apenas escuchaban la vibración de los camiones en el pavimento o las aspas de los helicópteros en el aire. El Líder Supremo le daba poca importancia a esas pataletas de los mosquitos comunistas, pero el coronel García no las tomaba a la ligera: la oposición estaba envalentonada. Sin embargo, no imaginó que los mosquitos tendrían la audacia de atentar contra la vida del capitán general y mucho menos que serían capaces de planearlo sin que él lo anticipara. Contaba con espías en todos lados, en fábrica, escuelas, universidades, empresas, comercios y hasta en las funerarias, para que a nadie se le ocurriera escamotear subversivos en ataúdes, como ya había sucedido.

El día de la Virgen se celebró esa mañana con una solemne misa cantada en la catedral, trasmitida por los canales de televisión. El Líder Supremo capitán general Máximo Urrutia y su digna esposa

comulgaron juntos y después las cámaras los siguieron a un orfanato, donde llegaron cargados de juguetes y dulces, mientras la voz untuosa del locutor alababa el espíritu cristiano y la generosidad de la ilustre pareja presidencial: Dios en el cielo y Urrutia en la tierra. Esa noche, apenas pudo librarse del protocolo y de su mujer, el general fue a visitar a Natalia. Pasó con ella poco más de dos horas sin hacer el amor; estaba muy cansado y cayó dormido en sus brazos tras el segundo vaso de champaña. Despertó pasada la medianoche maldiciendo el hecho de no poder quedarse con ella, porque debía amanecer en su propia cama. Hacía ocho años que no tenía relaciones con Lorelei y once que no dormían en la misma alcoba, pero ella se había impuesto la obligación de llevarle personalmente un café al amanecer, cuando él se levantaba, como un gesto mínimo de afecto conyugal. Algo le quedaba de la coquetería de su juventud, se quitaba la redecilla que mantenía intacto su peinado, se pintaba discretamente los labios y aparecía frente a su marido en una bata de seda encargada a París que en una mujer menos temible habría lucido mejor. A continuación volvía a su cama y dormía hasta las diez. Máximo Urrutia no encontraba la forma de librarse de ese execrable ritual sin ofenderla o levantar sospechas. Se despidió de Natalia con un último beso y subió al coche con su chofer, el fiel Lucho Escobar, y dos escoltas, seguido a corta distancia por un segundo vehículo con otros cuatro guardias de seguridad.

El camino pasaba entre dos cerros por el parque del Libertador donde se realizaba la parada militar durante las fiestas patrias, el único trozo deshabitado del recorrido. Envuelto en la sombra de los árboles, el parque se prestaba admirablemente para lo que iba a suceder. A la 1.07 am, Lucho disminuyó la velocidad tratando de esquivar un bulto tirado en la vía, que en la luz de los focos parecía un animal muerto. Esa fue la señal. Al instante surgieron de la nada varias figuras espectrales encapuchadas que rodearon el coche del presidente y comenzó el tableteo ensordecedor de las metralletas. Las balas, incapaces de perforar el blindaje, rebotaban contra los cristales y la carrocería como granizo. Mientras el chofer maniobraba

como un loco para salir de la encerrona, los dos escoltas atrapados en el interior se arrojaron sobre Urrutia para cubrirlo con sus cuerpos. El resto sucedió a cámara lenta. A través del vidrio trizado por las balas, pero todavía impenetrable, el general vio a un hombre plantado a corta distancia apuntando directamente a la cabina con un lanzacohetes y supo que estaban perdidos, porque podía pulverizar el vehículo con una sola carga. Transcurrieron unos segundos eternos en una vigilia de muerte esperando la explosión final. Pero la detonación no llegó. En esa pausa terrible, Lucho Escobar reaccionó por instinto, hundió el pie en el acelerador y en un último intento desesperado lanzó el coche dando tumbos a campo travieso entre los árboles del parque, justo cuando se aproximaba el segundo vehículo. Las cuatro puertas del coche de apoyo se abrieron a una y los guardias saltaron afuera disparando a ciegas. Los cuatro fueron acribillados y quedaron tirados en el camino. Era la 1.12 am. Habían transcurrido solo cinco minutos.

La prensa publicó a grandes titulares la intervención de la Virgen María, que había salvado al devoto Líder Supremo de la nación. El lanzacohetes de fabricación soviética, que encontraron en el lugar del ataque junto a los cuerpos de los guardias y de dos terroristas, milagrosamente se había atascado.

Capítulo 22

La amenaza

El primer día en la finca, Alba estuvo tranquila y pasó la noche sin sobresaltos ni pesadillas. Lejos de la capital era como estar en otro país, ni el toque de queda molestaba, porque la vida empezaba y terminaba con la luz del sol, pero pronto comenzó la ansiedad insoportable por estar junto a Alonso. Se repetía que la separación era necesaria: debía proteger a Aurora y allí estaban a salvo. Eso creía, hasta que escuchó por la radio la noticia del atentado contra Urrutia y vio en el anticuado televisor algunas imágenes entrecortadas por la mala conexión, entonces la asaltaron de nuevo los espectros del pasado. Tuvo la certeza de que Miguel estaba involucrado, huyendo o escondido, perseguido como un animal de presa por los servicios de inteligencia de todas las ramas militares y el SIV, que escarbarían en cada centímetro cuadrado del territorio nacional hasta dar con él y los otros. La venció la angustia por Miguel y también por ella misma y por Aurora, porque a Nahuel también llegarían los rastreadores y con ellos vendría García.

Facunda no pareció preocupada por la noticia. «Al mal tiempo, buena cara. No hay que ahogarse en un vaso de agua», sentenció. Se fue a caballo al pueblo a buscar provisiones, como hacía un par de veces por semana, y a tomarle el pulso a la situación. Delgada y derecha como lanza, sin montura, con botas gastadas y sombrero de paja, parecía tener cincuenta años menos de los que indicaba el calendario. Regresó horas más tarde con los periódicos y los chismes: no se hablaba de otra cosa y aunque nadie se atrevía a decirlo, la mayoría lamentaba que el lanzacohetes no hubiera funcionado; Urrutia tenía las siete vidas de los gatos y de los malos. Les adelantó que algún perseguido podía aparecer en la finca como había sucedido en algunas ocasiones en los últimos años, porque

existía un paso en la cordillera para atravesar la frontera y si los subversivos habían preparado la huida como se debe, contarían con un guía.

—¿Quién arriesgaría la vida para guiarlos? —le preguntó Alba.

—¿Por aquí? Muchos. Hasta yo misma lo haría —replicó la mujer.

—¿Usted conoce el paso?

—He visto de todo en mis setenta años. Más sabe el diablo por viejo que por diablo.

Pocos días después del golpe militar había escondido al hijo de Violeta del Valle, un chico que de guerrillero nada tenía, lo de él eran palabras y más palabras, pero lo pusieron en la lista negra y llegó a la finca disfrazado de mucama.

—Un amigo mío muy querido lo llevó por ese paso y le salvó la vida. No supimos del chico en varios años, pero la señora Violeta nunca perdió la esperanza de que estuviera vivo. El corazón de madre no se equivoca. Está en otro país y un día puede ser que vuelva. A mi amigo lo mataron. ¿Nunca oyó de los huesos humanos en una cueva? —le preguntó Facunda.

Alba sí lo había oído, como todo el mundo, y conocía los pormenores, porque estaba presente cuando el padre Benoit se dio el gusto de convocar a los periodistas en La Esperanza para contarles su macabra aventura. También estaba allí cuando el SIV lo arrestó antes de que terminara su relato.

—¿Qué vamos a hacer si llega un fugitivo por aquí, Facunda?

—Ayudarlo, pues, qué otra cosa vamos a hacer.

Ese era el ánimo en todas partes.

Alba sabía que la represión iba a ser feroz, habría un saldo de miles de víctimas y ella no podía mantenerse al margen, su lugar estaba reportando en la capital y junto a Alonso. Le explicó a Aurora que tendría que quedarse de vacaciones en el campo con Agustina, Fresia y Tarzán, mientras ella volvía al trabajo; sería por poco tiempo, pronto volvería buscarla. En Nahuel compró un pasaje en autobús rumbo a la capital a nombre de Facunda Reyes Millao, para que no hubiera rastro de dónde había estado, pero viajó con su propia cédula de identidad para presentarla en los controles, porque tal como le había dicho Tránsito Soto, no estaba en la lista negra. Lo suyo era un pleito privado con el coronel Esteban García.

Alonso Vial seguía esperando el fusil que el tío Ángel le iba a agenciar y entretanto se entrenaba en tiro al blanco, que había abandonado por un tiempo; suponía que la buena puntería nunca se pierde hasta que volvió al polígono y comprobó que estaba equivocado. Empezaba a dudar si acaso sería capaz de apretar el gatillo si tuviera a Esteban García en la mira. Podría hacerlo, estaba seguro, enardecido en una confrontación, pero para matar a sangre fría se requería un temperamento diferente al suyo, por algo había jurado al graduarse de médico que se abstendría de toda maldad y daño. Alba había llegado de sorpresa a su apartamento, cansada y hambrienta por las largas horas en el bus, con un bolso por todo equipaje, dispuesta a sortear junto a él lo que la suerte les deparara. Alonso pensó que era la peor decisión que podría haber tomado, pero no pudo reprochársela, porque la euforia de verla venció a la prudencia. Se abrazaron arrepentidos de haberse separado, con la pasión renovada y perentoria por la posibilidad de que hubiera sucedido una calamidad y la distancia se hubiera hecho irrevocable, repitiendo la letanía de que no podían vivir sin el otro, te quiero, te adoro y otras cosas propias de los amantes y así cayeron en la cama vestidos en la premura por sellar el pacto de amor inmediato, invencible y para siempre. A eso de la medianoche, Alonso se acordó de preguntar por Aurora, conmovido porque su madre la había

dejado para reunirse con él. Alba le explicó que la niña estaba aprendiendo a cuidar los animales de Facunda y montar a caballo; nunca lo había pasado mejor que en la finca. Agregó que allí estaba segura, porque García no podría encontrarla en el caso improbable que se afanara en buscarla, estaba muy ocupado cazando insurgentes. Por si acaso, Facunda tenía instrucciones de hacerla pasar por su nieta.

Al día siguiente Alba se reintegró a La Esperanza, a la vicaría y a las dos revistas, pero no regresó a su casa en Los Juncos para evitar que su presencia atrajera a García; se quedó en el apartamento de Alonso y descubrió la dulce satisfacción de llegar por las tardes llamándolo y sentir el olor casi imperceptible de su ropa, su cigarrillo y su loción de afeitar, de esperarlo sabiendo que llegaría, de ponerse el pijama de él para dormir y oírlo cuando canturreaba en la ducha sin pensar que era domingo y tendría que volver a su casa durante el resto de la semana. Era como estar casados y resultó que le gustaba.

—Estuve con el tío Ángel y me contó que quieres un fusil de francotirador —le comentó Alba el jueves por la noche, picando cebolla mientras cocinaban juntos.

—Alguien tendrá que meterle un tiro entre ceja y ceja a García —refunfuñó Alonso lavando los tomates sin mirarla a la cara.

—No somos asesinos como ellos, Alonso.

—¿No quieres vengarte?

—Quiero liberarme. Es todo. El deseo de venganza es un veneno, corroe por dentro como los celos o la envidia y uno se va pudriendo. He pensado mucho en esto, Alonso. No quiero estar atrapada en un ciclo inexorable de violencia que comenzó con mi abuelo o tal vez antes que él y se repite en cada generación. A mí me corresponde romper ese ciclo. No voy a prolongarlo —replicó ella limpiándose las lágrimas de la cebolla.

Agregó que la mayoría de los problemas se arreglan solos. El poder de la Junta se tambaleaba, la prueba era que ya había quienes trataban de asesinar a Urrutia, y cuando se viniera abajo, el segundo en caer, después del Líder, sería Esteban García.

—Dicen que los otros generales de la Junta quieren deshacerse de Urrutia. Están divididos.

—¿Dónde oíste eso? —le preguntó Alonso.

—Me lo soplo mi abuela —dijo ella.

No era cierto, llevaba varias semanas sin percibir a Clara en la periferia de su existencia cotidiana y lo atribuyó al viaje al sur: su abuela estaba confundida y le tomaría un tiempo volver a ubicarse. Había escuchado el rumor en la vicaría y lo creyó, porque sentía en la boca del estómago una fuerte anticipación desde que Aurora soñó dos noches seguidas con un gran pájaro negro que se precipitaba muerto del cielo a una piscina llena de arroz con leche. La experiencia le había demostrado que convenía prestar atención a los sueños de su hija; interpretó que el arroz con leche, postre favorito de Aurora y de ella misma, representaba a la democracia, y que el pájaro era Urrutia derrocado o García caído en desgracia. En cualquiera de los dos casos, era un buen sueño. Tendría que analizarlo con la doctora Cardoso cuando volviera a verla; echaba de menos la terapia y se le habían terminado los chocolates de mariguana y las pastillas verdes para la tranquilidad.

Tránsito Soto había utilizado su influencia sobre el Líder Supremo para liberar a Alba y con eso había quemado su única carta con él en lo que a esa joven se refería. No podía abusar pidiéndole otro favor, porque iba a parecer una forma de chantaje y el resultado para ella sería un accidente fatal o un tiro en la nuca, que el mismo García se encargaría con mucho gusto de despachar. Conocía a Máximo Urrutia desde hacía años, cuando ambos eran jóvenes, él escalaba

en el ejército y ella triunfaba en su cooperativa. La presidencia, con todas sus ventajas y privilegios, que en teoría le permitía hacer lo que quisiera con la impunidad de un rey antiguo, no podía ofrecerle a Urrutia ciertos servicios que ella prestaba. El general recurría a Tránsito para organizar las fiestas exclusivas para hombres solos, por invitación verbal y con garantizada discreción, en que el entretenimiento eran chicas y chicos muy jóvenes, alcohol, drogas y la parafernalia necesaria para los juegos de la imaginación más torcida. A esas bacanales asistían personajes que Urrutia deseaba controlar: empresarios, banqueros, jueces, colegas del alto mando y hasta un par de obispos. En más de una ocasión el huésped principal había sido otro jefe de estado. El coronel Esteban García, sin embargo, nunca había sido convidado; el Líder Supremo no se asociaba con su más útil vasallo. Tránsito se las arreglaba para que todos participaran en el desenfreno menos el anfitrión, que fingía divertirse, pero se cuidaba las espaldas. Su propósito era involucrar a los otros. Tal como Tránsito decía: conocimiento es poder y ella conocía más secretos que nadie. Había notado que en los últimos tiempos Urrutia no había solicitado sus servicios y pudo averiguar que la causa era una nueva amante llamada Natalia Bianchi. Vaya, pensó, quien iba a suponer que el Líder Supremo tenía un talón de Aquiles tan poco original.

Por lo que le había dicho su hijo, el coronel García tenía un archivo de cada persona importante, al igual que ella, pero él había cometido la imprudencia de jactarse delante de Alba, lo que ella jamás haría. Divulgar la existencia de esa información era peligroso. A Máximo Urrutia le haría muy poca gracia. A su parecer, daba lo mismo que García fuera o no el padre de Aurora, puesto que si lo era no se podía remediar, pero decidió fisgonear en ese asunto como primera medida, antes de echar a andar su plan. Veía a la niña con cierta frecuencia, porque Cajeme —nunca se acostumbró a llamarlo El-Ángel, el apodo no le calzaba— solía llevarlas a las dos a tomar helados para que se acostumbraran a la idea de que él era el tío y ella una especie de abuela reticente. También Alba la invitaba en cada Navidad y cada 9 de agosto a celebrar el cumpleaños de

Cajeme, pero no lograba establecer una relación relajada con ella y la gente de Los Juncos, eran de otra clase social, y tampoco con Aurora. Los niños la fastidiaban, prefería a los gatos.

Eran las nueve de la noche cuando Tránsito tocó el timbre en el apartamento de Alonso. Las visitas a esa hora eran raras. El tío Ángel estaba lavando los platos con Alba después de haber cenado allí y fue el más sorprendido al ver a su madre, que nunca se presentaba sin invitación.

—¿Pasa algo, mamá? —le preguntó.

—Perdonen la molestia tan tarde —dijo ella.

Una vez que estuvo instalada en la sala con un vaso de agua mineral y contaba con la atención de los otros tres, le preguntó a Alonso qué planes tenía, una referencia solapada al arma que su hijo le había mencionado. El médico prefirió no tocar ese tema, se sentía ridículo por haber imaginado una solución tan descabellada al problema de Aurora. Nervioso, se explayó en la respuesta: estaba planeando llevarse a Alba y Aurora a Boston, donde seguramente podía recuperar su antiguo empleo. Tendría que conseguir una casa con buena calefacción, para que Alba no repitiera el éxodo de su exmujer durante los inviernos.

—¿Usted está de acuerdo con eso, Alba? Ya sabe que aquí está protegida —lo interrumpió Tránsito.

—No quiero irme, pero no puedo correr el riesgo de perder a mi hija.

—Cajeme me explicó la situación. Y por eso estoy aquí. Dígame, doctor, ¿cómo se puede determinar la paternidad de alguien?

Alonso le explicó que si el hombre reconocía al niño, o si la pareja estaba casada o si había testimonio de relaciones sexuales, se suponía que era el padre. También contaba el parecido físico,

aunque eso era bastante subjetivo. El análisis de sangre podía excluir la paternidad, pero no probarla.

—Me imagino lo que está pensando, señora, pero en el caso de Aurora no será fácil obtener muestras de sangre —le hizo ver Alonso.

—Se refiere a la sangre del exnovio de Alba…

—Y también la del coronel García —agregó el médico.

—De eso me encargo yo, no se preocupe.

—No importa quién sea el padre, Tránsito. García me la puede quitar si se le antoja —intervino Alba.

—Entiendo. Pero vale la pena saber la verdad, ¿no cree? Para su propia tranquilidad —insistió Tránsito.

—En cualquier caso, hay que poner a salvo a Aurora, mamá —concluyó el tío Ángel.

—Si yo estuviera en su lugar, Alba, enviaría a la niña a Canadá. Cajeme me dijo que allí están sus abuelos.

—¡No podría separarme de ella! —se revolvió Alba.

—A veces no queda más remedio. Yo tuve que separarme de Cajeme.

—¡Pero yo tenía diecisiete años, mamá! Aurora todavía es una niña. ¡Y qué iba a hacer yo sin ella! —exclamó el tío Ángel.

CINTA # 8

Después del atentado empezó la cacería, que habría de durar años. Agarraron a cualquiera que les pareció sospechoso, gente que no tenía nada que ver con la Vanguardia, extendieron el toque de queda y toda la noche andaban circulando los vehículos militares y los coches negros del SIV, se llenaron los calabozos, se multiplicaron las ejecuciones, tiraban al mar los cuerpos todavía vivos desde helicópteros. No sé cuántos compañeros cayeron y los pocos que quedamos tuvimos que escapar. El tirano se las arregló para que no se supiera de dónde venía esa noche del atentado; una reunión política, fue todo lo que se publicó y me pregunto qué explicación recibió su mujer. Natalia Bianchi no tuvo nada que ver con eso, Romualdo, nunca tratamos de reclutarla, ni siquiera llegamos a conocerla, solo la acechábamos de lejos. Fue un peón en el juego. Al sentir la muerte tan cercana, Urrutia se endureció aún más, dobló su seguridad personal, eliminó sus rutinas de manera que nunca se sabía con certeza dónde estaba, su círculo se hizo más estrecho y mejor vigilado, dicen que ni sus hijos podían acercarse espontáneamente, pero siguió viendo a Natalia.

Como ya te conté, Romualdo, pasamos meses planeando la acción, preparándonos, consiguiendo las armas. No hubo nada improvisado. Me sentía seguro, porque había entrenado en Cuba, tenía la experiencia de Nicaragua y Colombia, años de práctica revolucionaria. Cuando descubrimos que Urrutia visitaba a la Bianchi, una compañera y yo alquilamos una vivienda cercana haciéndonos pasar por una pareja; se suponía que yo estaba contratado temporalmente por una empresa de turismo y ella era ama de casa. Sí, hermano, adivinaste: esa compañera era Tatiana y admito que lo nuestro comenzó allí, en esa casa. La atracción fue inmediata y tan fuerte, que los dos caímos en la trampa más peligrosa en ese momento: la pasión. Disponíamos de mucho tiempo ocioso, compartíamos una misión y también la cama, pero te aseguro que

eso no interfirió en nuestros planes. Sabíamos lo que debíamos hacer y lo hicimos a conciencia.

Nos dedicamos a observar cada movimiento de Natalia, tomamos nota de las llegadas del tirano, la duración de su estadía, la forma en que se movilizaba, la seguridad. Atacar la casa habría sido un suicidio, teníamos que hacerlo en el trayecto y el único lugar posible era el parque. Si la bazuca hubiera funcionado, nos habríamos librado de Urrutia con una sola carga; cómo íbamos a imaginar que después de tanta preparación íbamos a fracasar por eso. Estoy por creer el cuento de que la Virgen lo protegió.

En esos días llegaste tú, Romualdo, enviado del cielo, mejor dicho, enviado por Fidel. Entonces eras el comandante Camilo. Se notaba mucho tu acento cubano y tu pinta de mulato, no sé cómo te las arreglaste para sacarnos a Tatiana y a mí del país en las narices de los milicos. Éramos unos chapuceros, nos dijiste, cómo era posible que no hubiéramos probado antes el lanzacohetes, aunque viniera de Cuba, aunque fuera de fabricación soviética, la primera regla es no confiar en nada ni en nadie. Te prometo, hermano, que sí lo probamos una vez antes y funcionó a la perfección, pero eso no garantiza que la carga siguiente también resulte. Eras estricto, autoritario, disciplinado, nos tratabas como si fuéramos imbéciles, pero no podías disimular tu radiante alegría de caribeño. Andabas con una radio a pila, ¿te acuerdas?, y en los peores momentos, cuando parecía que estábamos perdidos, ponías música y el cuerpo se te movía solo, a veces bailabas con Tatiana, mientras yo todavía no lograba reponerme de la vergüenza y la rabia de lo que había ocurrido. No tengo ni el menor sentido del ritmo, me muevo como una foca fuera del agua, me da envidia verte bailar salsa. La Vanguardia Revolucionaria iba a entrar en receso, nos anunciaste, pero no se disolvía, quedaba en hibernación por un tiempo a la espera de que se pudiese volver a la acción. Ahora tocaba salvar el pellejo de los que aún no habían sido detenidos.

Capítulo 23

Estado de sitio

El intento de asesinato desató la redada más exhaustiva y violenta que se había visto desde los primeros días del golpe militar para dar con los culpables. La ley marcial se interpretó como guerra declarada contra la población civil con excepción de ciertas zonas del Barrio Alto, donde los militares fueron más respetuosos, porque no esperaban que en las mansiones de los partidarios del gobierno, que colaboraban con el esfuerzo de los patrióticos soldados, se escondieran los sospechosos. Peinaron el país con rastrillo de norte a sur escarbando en las posibles madrigueras del enemigo y lo hicieron en forma tan eficiente, que cayeron uno a uno casi todos los miembros de la Vanguardia Revolucionaria, que se había atribuido la acción, además de cientos de inocentes arrastrados por la ola de escarmiento. El SIV extrajo de los detenidos la identidad del comandante Emiliano, cabecilla del grupo, y Miguel Espinosa León se convirtió en la persona más buscada de la historia nacional. En los archivos del SIV figuraba como estudiante de leyes, dirigente estudiantil marxista leninista, organizador de una toma de la universidad y colaborador en varias huelgas de trabajadores; no tenía más familia que una hermana, ya fallecida, ni domicilio conocido. Estaba en la lista negra por sus actividades en la universidad y su oratoria incendiaria en actos públicos y en la radio; no se sabía de él en los últimos años, posiblemente había estado fuera del país y había regresado para asesinar al Líder Supremo. Existía una sola línea respecto a su posible relación con Alba Satigny Trueba, estudiante, quien había sido interrogada por rutina y liberada sin cargos.

La propaganda del gobierno describió el atentado como una gesta heroica del Líder Supremo, quien se enfrentó cara a cara con los asesinos respaldado por la intervención divina que le permitió escapar a la muerte, pero en la mente del público lo único destacable fue que había quienes planeaban el fin del dictador. En

otras palabras: solo era cuestión de atreverse. Hubo procesiones para agradecer a la Virgen organizadas por los obispos del vicariato castrense, desfiles con tanques y aviones como demostración de fuerza, vitoreados por los partidarios del gobierno y otros grupos acarreados en buses a quienes les ponían una banderita de papel en una mano y un billete en la otra, mientras al mismo tiempo se realizaban manifestaciones de protesta, tímidas al principio, pero cada vez más atrevidas. Alba, que andaba en la calle, a menudo acompañada por Carmelo Ruiz, comprobó que la gente ya no se amilanaba fácilmente con la violencia de los militares. La novedad fue que no oponían resistencia, desfilaban con música, pancartas divertidas, máscaras y consignas burlonas, como un carnaval, y cuando les caían encima, se tiraban al suelo. Carmelo fotografió a hombres pateados y mujeres arrastradas por el pelo. Nada de eso aparecía en la prensa oficial, pero se publicaba en Veritas y afuera, reforzando el repudio internacional. El hermano de Constanza reproducía los testimonios de Alba y las fotos de Carmelo en la imprenta oculta en su trastienda, en hojas que se repartían de mano en mano.

Mientras los disturbios mantenían al gobierno en ascuas, los partidos políticos se reorganizaban en secreto, preparándose para emerger cuando fuera posible e infiltrándose con infinito cuidado entre los generales y coroneles cuya lealtad a Urrutia comenzaba a flaquear y se preguntaban cómo iban a salir del atolladero. Llevaban varios años envalentonados por el poder y la impunidad, pero no tantos como para pensar que sería eterno y haber olvidado el funcionamiento de una democracia. Contra la campaña del terror, en que el Líder Supremo capitán general Máximo Urrutia era la única alternativa a la catástrofe del comunismo, con imágenes truculentas de desorden en tiempos del socialismo, colas de desabastecimiento y soldados soviéticos arrancando criaturas de los brazos de sus madres, la creciente oposición presentaba un futuro alegre en libertad.

En los días que siguieron al atentado, el Líder Supremo informó al país que a esa hora él debería estar en el cielo, pero un milagro lo salvó para completar su misión de defender la civilización cristiana occidental contra una ideología satánica; había desenvainado la espada para acudir al llamado angustioso de la ciudadanía creyente y castigar a los ateos; el cáncer marxista sería extirpado de raíz, limpiar, desinfectar, amputar; no importaba cuán dolorosa fuera la operación, era necesaria y se hacía por el bien de la patria. El coronel García lo tomó al pie de la letra. Aquel hombre frío, calculador, puntilloso, se dejó arrastrar por el bochorno de no haber previsto la afrenta contra Urrutia y el deseo fanático de probarle su lealtad. El Servicio de Inteligencia y Vigilancia existía para mantener al país bajo estricto control, para que nadie osara desafiar a la autoridad y mucho menos agredir al Líder Supremo. Si eso ocurría ante sus propias narices, qué se podía esperar en el futuro. Veía enemigos en todos lados, en la calle, en el gobierno, entre los militares y entre sus propios agentes. Trajo del Brasil a un par de especialistas en interrogatorios para enseñarles a los suyos las nuevas técnicas y él mismo se encargaba de los prisioneros que podían estar relacionados, aunque fuera de pasada, con la Vanguardia. Se multiplicaron los espías y soplones. Los tentáculos de la sospecha y la represión se introdujeron a fondo en los servicios de inteligencia de las otras ramas de las fuerzas armadas por la presunción de que existían disidentes en el alto mando. Desconfiaba de quienes rodeaban al Líder Supremo, sus guardias personales, su servicio doméstico y su familia; la primera dama hablaba demasiado y los hijos eran unos pelotudos.

Los desayunos diarios se redujeron a un café y a darle a Urrutia el informe esencial sobre la investigación de los hechos, el castigo de los culpables —sin ahondar demasiado, el general no deseaba saber cómo él cumplía esa tarea—, y los planes para reforzar la seguridad y acabar de una vez con los insurgentes. García le repitió que la guerrilla tenía raíces en Moscú y La Habana y se refugiaba en el extranjero, donde el gobierno de su excelencia tenía mala reputación por el cuento de los derechos humanos. ¿Acaso el enemigo

respetaba algún derecho? También los norteamericanos denunciaban en la prensa y ante su Congreso atrocidades inventadas; la opinión pública importaba un rábano dentro del país, pero pesaba entre los gringos. «Si el enemigo puede planear desde afuera un atentado contra la vida de su excelencia, nosotros podemos hacer lo mismo contra los traidores que hay afuera. Contamos con una red de ayuda mutua aquí en Latinoamérica, pero queremos máximo impacto donde realmente cuenta: Europa y los Estados Unidos», argumentó García a su jefe. El Líder Supremo respondió que lo iba a pensar, a veces las consecuencias negativas eran mayores que los posibles beneficios, y le recordó las clases de estrategia en las que García tanto se lució. Lo que hablaban debía quedar registrado solo en la memoria de ambos, pero García tomaba notas mentales y después, en la privacidad de su oficina, las ponía en papel y las guardaba con celo en su más valioso expediente, el de Máximo Urrutia.

La mayor parte de esa reunión de amanecida se iba en exponerle al Líder Supremo lo que sucedía en cada rama de las fuerzas armadas. En la medida en que crecía el clamor internacional contra su gobierno y aumentaban las protestas a lo largo y ancho del país, a pesar de la determinación con que eran sofocadas, Urrutia negaba los informes ante el público. Su versión era que la oposición no existía, los que metían bulla eran unos cuantos infelices que no entendían que él estaba ordenando la casa; iban a agarrarlos uno por uno. Sin embargo, a solas con el coronel García se manifestaba preocupado. Dependía del apoyo incondicional de sus compañeros de armas, por lo mismo debía arrancar de raíz cualquier asomo de disconformidad o división entre los oficiales y de rebelión en la tropa. García lo mantenía al día, pero jamás le mencionó los archivos secretos que tenía a buen resguardo de cada persona importante, militares y civiles por igual: pedofilia, homosexualidad, drogas, escándalos de mujeres y de corrupción, sadismo, tráfico de menores, conspiración, traiciones, cobardías y crímenes variados. Eso solo saldría a la luz en el momento adecuado, cuando hubiera que hundir a alguien definitivamente. Por ahora, ese caudal de datos

era lo más valioso que poseía, más valioso incluso que la confianza del Líder Supremo.

Once días después del intento de asesinato en el parque del Libertador, sicarios pagados por el SIV pusieron bombas en los coches de cuatro representantes de la antigua democracia en el exilio en Frankfurt, Roma, París y Washington, en que perecieron otras personas que se encontraban cerca. Treinta y seis horas después del último bombazo, el nuevo embajador de los Estados Unidos solicitó una audiencia privada con Urrutia, quien lo recibió de mala gana, porque lo consideraba su enemigo desde la primera entrevista un mes antes, cuando al presentar sus credenciales le entregó una carta personal de su presidente conminándolo a buscar una salida democrática para el país. El embajador, musculoso, tosco, con la nariz quebrada desde la época en que jugaba al fútbol americano, llegó acompañado por otro funcionario a quien presentó como Conor Murphy, investigador de la policía de Washington D.C. Era el hermano mellizo de Alice Murphy, desaparecida desde que la arrestaron en La Esperanza.

Conor estaba muy unido a su hermana, la echaba de menos y siempre se mantuvo en contacto con ella, incluso viajó varias veces a verla y llegó a tener una idea cabal de su vida como misionera entre los pobres y los riesgos que corría. Recibió la noticia de lo que le había ocurrido por la carta que Alba había enviado a su familia y de inmediato empezó a movilizar influencias de la Iglesia y de su gobierno para ubicarla. La bomba puesta en un automóvil, que explotó en mil pedazos a una cuadra de la Casa Blanca y mató al exiliado y a dos ciudadanos desprevenidos que pasaban por allí le dio la oportunidad de viajar. Murphy alegó que el caso le correspondía no solo al FBI, sino también a la policía de Washington, como cualquier crimen en esa ciudad, y consiguió que lo enviaran a investigar. Su propósito principal, sin embargo, era encontrar a su hermana.

—El crimen en Washington no quedará impune —le planteó sin ambages el embajador a Urrutia—. El Congreso exige una investigación a fondo y el castigo de los responsables, que deben ser extraditados a los Estados Unidos para enfrentar a nuestros tribunales. El oficial Conor Murphy ha venido para ese fin, esperamos su colaboración.

—¿Cómo se atreve a insinuar que mi gobierno tuvo algo que ver con eso? Los terroristas se matan entre ellos, es bien sabido —se ofendió Urrutia.

—Además, una misionera de los Estados Unidos, Alice Murphy, está desaparecida —agregó el embajador, ignorando la respuesta del general.

—No veo por qué me lo dice. Andará de viaje… —replicó el Líder Supremo en tono burlón.

La reunión fue breve y muy poco diplomática. El embajador exigió la inmediata liberación de la misionera y le recordó a Urrutia que el presidente de los Estados Unidos todavía aguardaba la respuesta a su carta.

Minutos después de que se fueron, al coronel García recibió la orden por teléfono.

—Suelte a esa maldita mujer ahora mismo, ¿me entiende?

—Ya es un poco tarde, excelencia. Me temo que ya no está.

—¿Se da cuenta del lío en que me ha metido? —preguntó Urrutia con el tono suave de sus peores amenazas.

—Digamos que nunca fue detenida, excelencia. El embajador no se va a jugar por una monja insignificante y el otro, el investigador, de ese me encargaré yo mismo.

—No se le ocurra, García. No queremos más problemas con los gringos. Manténgalo ocupado, dele pistas falsas, que camine en círculos pillándose la cola hasta que se aburra y se vaya.

El clamor del repudio internacional, sobre todo en los Estados Unidos, tuvo mil veces más impacto que el mensaje de escarmiento que se pretendía con los asesinatos. García tenía entendido que el Líder Supremo había aprobado tácitamente su plan contra los exiliados, rara vez el general se comprometía con una orden directa que podía rebotarle como un bumerán, por lo mismo su reacción lo sorprendió. Urrutia lo citó en su oficina a una hora inusitada, lo recibió de pie y le reprochó que hubiera tomado esa iniciativa sin consultarlo y absolutamente en contra del respeto que él tenía por la soberanía de otros países, algo que él jamás hubiera autorizado, en un discurso tan pronunciado y en voz tan alta, que García sospechó que lo estaba grabando, porque por norma hablaba bajo y enredado, con proverbios, dichos populares y acento campechano para identificarse como uno más del pueblo. Viejo zorro, pensó con cierta admiración.

El celo profesional del jefe del SIV alcanzó niveles de paranoia, todos eran sospechosos, hasta el mismo Líder Supremo, que estaba envejeciendo con el cerebro desmigajado por una pasión ilícita, lo último que él hubiera esperado de ese hombre con temperamento de culebra. Él era el único en esa nación de irresponsables que comprendía cabalmente la conspiración del comunismo, lo visualizaba como una mancha oscura, una epidemia mortal que se extendía por el globo terráqueo. Los gringos de la CIA lo tenían claro, sabían que era mucho más grave que un problema nacional, porque a fin de cuentas qué les importaba un país en el confín del mundo que no producía bananas ni café ni petróleo, pero era una cuestión de principios, de estrategia, había que combatir a la izquierda en cada rincón del continente por cualquier medio posible. Esa había sido su intención con las bombas en otros países: la

guerra es la guerra, todo se permite, no hay fronteras ni contemplaciones. No podía desafiar a Urrutia, debía mantenerlo apaciguado, era su superior en el escalafón militar, pero en la práctica él, el coronel Esteban García, era el comandante en jefe de esa guerra, nadie mandaba más que él, nadie sabía más que él, nadie tenía más poder.

Máximo Urrutia comprendió que su esbirro se le estaba escapando entre los dedos, pero lo necesitaba, sería difícil reemplazar a un hombre como él, despiadado y fanático, el perfecto inquisidor. Lo pondría en su lugar apenas el país se estabilizara y acabaran con todos los hijos de puta que se atrevieron a atentar contra su vida. Por el momento debió aceptar que García les diera una encerrona incluso a los miembros de su familia, como si Lorelei o sus hijos fueran capaces de traicionarlo, y que interrogara en su cuartel al personal doméstico y a cada uno de sus escoltas, pero le advirtió que no se le fuera a pasar la mano con ninguno; el único que se libró de sospecha fue Lucho Escobar, el chofer que le salvó la vida. Nunca imaginó, sin embargo, que García se atrevería a detener a Natalia Bianchi.

Se enteró a las nueve de la noche, cuando mandó a Lucho a recogerla para juntarse con ella en otro lugar —no podía correr el riesgo de verla donde siempre—, y el hombre volvió con la noticia de que el SIV había allanado la casa y se habían llevado a la cantante y su empleada. De eso hacía ya varias horas. El Líder Supremo cogió el teléfono privado que lo comunicaba directamente con García y le ordenó que trasladara de inmediato a la prisionera y a la otra mujer a la nueva dirección.

—¿En qué condiciones está la señorita Bianchi? —le preguntó en tono glacial.

—¿A qué se refiere, mi capitán general? Solo cumplo con mi deber de protegerlo.

—Sabe a qué me refiero. Espero por su bien, García, que no le hayan puesto una mano encima.

Natalia Bianchi estaba terminando la ensalada de fruta con yogur que constituía su merienda del mediodía, cuando sintió los golpes de los culatazos en la puerta y el grito de la empleada. No alcanzó a ponerse de pie ni a preguntar qué sucedía, siete hombres de civil invadieron la sala, uno de ellos le puso una pistola en la sien y la condujo a empujones a uno de los automóviles negros estacionados frente a su casa, la cegó con una venda y le advirtió que si no se callaba le iba a cerrar la boca con cinta adhesiva, mientras los demás daban vuelta los muebles, las camas, los cajones en busca de quién sabe qué. No supo por qué la arrestaban ni que también se habían llevado a la mujer que limpiaba su casa una vez por semana y la mala suerte quiso que estuviera allí ese día. Le quitaron la venda mucho más tarde y hubiera sido mejor que se la dejaran puesta, porque lo que presenció no habría de olvidarlo en el resto de su existencia. Lo único que se le ocurrió fue que el hombre que amaba se había cansado con ella, la había reemplazado, la había traicionado. De pronto, sin ninguna explicación, la sacaron de allí, la condujeron sin violencia a un baño y le permitieron lavarse, estaba mojada de orina. Después volvieron a vendarle los ojos, «disculpe, señorita Bianchi, es una precaución necesaria», le dijeron. Otro viaje a ciegas y cuando el coche se detuvo le quitaron la venda y la acompañaron en el ascensor a un apartamento donde nunca había estado. Temblaba tanto de terror, convencida de que la conducían a su muerte, que no podía poner un pie delante del otro y dos hombres la llevaron casi en vilo.

Les abrió la puerta el Líder Supremo en persona, demudado al ver a Natalia en ese estado. Abrió los brazos y ella se refugió contra su pecho sollozando de alivio, porque no era él quien había ordenado esa pesadilla, no la había abandonado. Urrutia la sostuvo apretadamente hasta que ella pudo responderle. No, le aseguró, no la habían maltratado, pero la obligaron a ver lo que le hacían a otra prisionera y escuchó los alaridos y los gritos y los insultos y le

habrían hecho lo mismo a ella si él no interviene a tiempo, cómo podía ser que ese horror sucediera a sus espaldas, que él no supiera lo que pasaba en ese cuartel y en otros… Urrutia le cerró la boca con un beso, le prometió que no tenía idea de qué estaba hablando, que lo investigaría a fondo al día siguiente y castigaría a los culpables, que se sacara eso de la cabeza, había sido un malentendido; él se haría cargo de ese asunto. Le dio un par de somníferos con medio vaso de licor, la llevó al baño, llenó la tina, la desvistió con cuidados de madre y se sentó a su lado a consolarla con las palabras de amor que solo podía decirle a ella, mientras Natalia se adormecía en el agua caliente. Nunca la había querido más que entonces.

Capítulo 24

Aurora

Alba llegó con la noticia que flotaba en el aire y nadie pronunciaba en público todavía: se estaba planeando una huelga general de brazos caídos. Lo había oído primero en La Esperanza y después el tío Ángel lo confirmó con su madre, quien estaba enterada de todo lo que ocurría y lo que iba a ocurrir. Dijo que, si se lograba organizar y se sumaba suficiente gente, se podía resquebrajar los cimientos del poder, pero si fracasaba, el régimen se vería fortalecido y la represión sería mil veces peor. La idea no se había gestado entre los partidos políticos en sombra, sino entre las mujeres de La Esperanza en torno a las ollas comunes, que se preguntaron qué sucedería si una mañana todo amanecía cerrado, el comercio, las oficinas, los hospitales, el transporte colectivo, las escuelas y lo demás. Ellas no tenían mucho que perder, ocho de cada diez hombres de la población estaban desempleados y allí no había nada que cerrar para contribuir al paro, pero se asignaron la tarea de propagar la idea, ayudadas por las iglesias, que estaban todas en la oposición menos el vicariato militar. También ayudaron los voluntarios de la Vicaría del Buen Pastor y una red de periodistas dispuestos a arriesgarse. Alba le llevó a la Mandona atados de hojas llamando a la huelga impresas por el hermano de Constanza, que ella transportó en la cajuela del Cadillac debajo de las verduras conseguidas en el mercado para las ollas comunes. La Mandona organizó a su gente para que las distribuyeran por la ciudad.

El gobierno contaba con la tropa, las armas, un inmenso aparato de seguridad, la prensa oficial, las comunicaciones, la propaganda mediante la radio y la televisión y el apoyo de una parte de la población, sería muy difícil paralizar al país. Tan solo ponerse de acuerdo para una estrategia en ese territorio desparramado y lleno

de obstáculos era una labor titánica, ni qué decir coordinar los detalles; pero la resistencia, que había comenzado el mismo día del golpe militar en La Esperanza, se había generalizado y de la desobediencia civil a una huelga masiva había poco trecho.

El día señalado, Dante Rossi no abrió su restaurante ni Constanza Tupper la galería de arte, con el riesgo que eso implicaba, porque los dos locales estaban en pleno Barrio Alto; Alonso Vial no acudió a la Clínica Inglesa, solo al hospital y a la policlínica de La Esperanza. Los habitantes de Los Juncos, que también se unieron al paro, aprovecharon para asar hamburguesas y destapar botellas de cerveza y vino. Apenas sospecharon lo que podía pasar se prepararon para sobrevivir durante un mes sin comprar nada, como la mayoría de aquellas familias que podían acaparar, mientras los pobres se resignaron a pasar hambre y enfrentar a la tropa.

Cuando se levantó el toque de queda a las cinco de la madrugada, Alba salió en bicicleta a recorrer las calles y comprobó que no había trabajadores esperando en las paradas de los buses, ni circulaban los basureros en sus camiones, ni los repartidores de carne y verduras. A las ocho de la mañana, en la ciudad silenciosa parecía domingo, solo vio automóviles en el Barrio Alto. A las diez, el comercio, las escuelas, los puestos del mercado, estaban cerrados como en día de Año Nuevo. Entró a varios edificios y anotó que la mitad de las oficinas estaban vacías y en las que permanecían abiertas había muy poco personal. En la estación, varios trenes estaban parados y lo mismo los aviones en las pistas del aeropuerto. El tío Ángel, que también andaba a la caza de noticias, le avisó que el puerto se había paralizado porque la mayoría de los estibadores no acudieron a sus puestos.

Al mediodía el ministro del Interior, general Rafael Hurtado, anunció por radio y televisión que los empleados públicos que no se reintegraran al día siguiente a sus labores serían despedidos y aquellos que cumplían funciones fundamentales, como médicos, enfermeras, bomberos, maestros y otros, serían arrestados si no se

presentaban al trabajo en un plazo de cuatro horas. Nadie lo hizo. Se movilizó el personal disponible del SIV. A las nueve de la noche el ruido ensordecedor de los cacerolazos alcanzó a las nubes, la gente en sus balcones y patios protestaba golpeando ollas, sartenes y utensilio de cocina. Lo mismo ocurría en otras ciudades del país.

Al día siguiente penaban las ánimas en la capital y en provincia, mientras el general Hurtado aparecía a cada rato en las pantallas leyendo bandos militares y anunciando nuevas medidas represivas en su léxico peculiar: «Los huelguistas son asnos metamorfoseados que no entienden con palabras, esos aprenden a palos». A las dos de la tarde se cumplió el plazo dado por el gobierno, se llenó el cielo de helicópteros y de los cuarteles salieron caravanas de vehículos militares que vomitaron una horda de hombres de verde impulsados por una furia inexplicable, a gritos y órdenes, doblegados por el peso de botas, chalecos antibalas, escudos, cascos, máscara, fusiles y con permiso para disparar a matar, que recorrieron las calles vacías sin encontrar resistencia en aquel enemigo escurridizo y callado, sin rostro ni voz, pura ausencia. Abrieron a culatazos las tiendas, oficinas y residencias privadas, acorralaron a miles de personas para obligarlas a volver al trabajo, almaceneros, obreros de la construcción, choferes de buses recogedores de basura, notarios…, en fin, cualquiera a quien agarraran, pero no pudieron obligar a nadie a salir de compras, llevar a los niños a la escuela, pasear a los perros, tomar un café y fumar un cigarrillo en un descanso, tampoco pudieron apurar a los obreros y operarios de fábricas y empresas que se presentaban al empleo y se movían a cámara lenta. Muchos partidarios del régimen también se tomaron el día libre, porque no sabían en qué iba a terminar aquello. En las zonas pudientes, en cambio, pocos se dieron por aludidos de lo que estaba sucediendo, solo les llegaba el ruido inconfundible de los cacerolazos. Empresarios, abogados, financistas, tiendas de lujo, bancos, consultorios de medicina privada y otros mantuvieron sus rutinas, porque la realidad nacional les afectaba muy poco, nada cambiaba para ellos, excepto que les fallaba el servicio doméstico por falta de transporte colectivo o de voluntad.

Querido Miguel:

Te tengo una magnífica noticia: ¡Aurora no es hija de Esteban García! Eso significa que es hija tuya. Lo sé por el análisis de sangre, por fin tengo la certeza. Por supuesto que no contaba con una muestra de sangre de Mi Enemigo, pero Tránsito Soto, ya sabes a quién me refiero, tuvo una idea genial. Resulta que al entrar a las fuerzas armadas, los reclutas se someten a un reconocimiento físico y mental y el expediente de salud se guarda en el Ministerio de Defensa, donde queda enterrado para siempre, pero se puede conseguir acceso a esas catacumbas mediante al contacto adecuado. A ella le sobran contactos. Así averiguó el tipo de sangre de Mi Enemigo y al compararlo con el de Aurora pudimos descartarlo. El padre de la niña eres tú, fue gestada poco antes de que me detuvieran y por un milagro sobrevivió acurrucada debajo de mi corazón. Puedes imaginar lo que eso significa para mí, Miguel. He sostenido siempre que es hija tuya sin tener ninguna seguridad; he vivido estos años con la duda insoportable de que Aurora pudiera tener la herencia genética de Mi Enemigo, su capacidad de maldad, su grosería, su carácter corrompido. Nuestra hija es lo opuesto, un alma pura, pero en mis peores momentos temía que los rasgos monstruosos de ese hombre se manifestaran más tarde en su vida. Te confieso que la observaba, buscaba algún parecido físico, medía y pesaba sus reacciones. Ese bendito examen de sangre me ha liberado de una carga inmensa. Ahora busco en ella el parecido con Miguel Espinosa León, su padre, y lo encuentro en cada detalle.

Le debo este regalo a Tránsito, que me salvó la vida una vez, y a Alonso Vial, de quien te he escrito antes. Seguramente nunca vas a conocerlo, tal como nunca vas a leer estas cartas. Quisiera tener una dirección donde enviarte al menos esta, la más importante de todas ellas. Rezo para que recuperemos la democracia, para que ya no tengas que esconderte y puedas regresar aquí y ver a tu hija.

Tal como dice el tío Ángel, seguimos amenazadas, porque a Mi Enemigo no le importa quién sea el padre de la niña, lo que quiere

es quitarme lo que pueda. Es capaz de hacerle daño a Aurora nada más que por venganza contra mi abuelo, que está enterrado desde hace muchos años, pero eso no le impide a ese hombre seguir aborreciéndolo. Aurora y yo tenemos que irnos, Miguel, pero el destierro me asusta casi tanto como quedarme aquí respirando el mismo aire de Mi Enemigo. Hace años me negaba a contemplar el exilio porque te estaba esperando, pero eso ya no es cierto. No me quiero ir porque es muy duro dejar todo lo que amo, la pequeña tribu compuesta por la gente que quiero, mis amigos, el paisaje de mi propia tierra y mi lengua materna. No sé si podría adaptarme en otra parte, donde siempre seré extranjera. El destierro es la última opción cuando hay que salvar la vida, pero Mi Enemigo no desea acabar conmigo todavía, no le conviene, está esperando que me devuelvan la casa de mi abuelo para quitármela también. Jamás se la entregaré.

Sin embargo, tuve que poner a salvo a Aurora, aunque eso significó separarme de ella.

Alba

Aurora permaneció en la finca del sur durante seis semanas y tal como había pronosticado Agustina, se convirtió rápidamente en una salvaje. Andaba con chancletas, desgreñada y siempre sucia, aunque la obligaban a bañarse a diario en una batea en el patio. Saltaba de la cama apenas aparecía el primer rayo de sol para acompañar a Facunda a ordeñar la vaca, alimentar al cerdo y las gallinas, prender la estufa a leña y preparar el pan, mientras Tarzán cazaba ratones y se revolcaba en el polvo con los otros perros. Salía de excursión y regresaba horas más tarde. En una oportunidad caminó hasta la pequeña comunidad indígena a cinco kilómetros de distancia, al otro lado del cerro. Como empezaba a oscurecer, tuvo que pedir ayuda y alguien los condujo de vuelta a ella y al salchicha cuando Agustina ya se había roto la voz llamándolos. En otras circunstancias, la mujer

habría acudido a la policía rural para que buscaran a la niña perdida, pero no podía revelar dónde estaban. Apenas se fue su madre a la capital, Aurora se olvidó de las tareas escolares, que ella le había dejado, y solo tomaba el lápiz para escribirle a Matías explicándole que cuando se casaran iban a vivir en el campo rodeados de animales.

Una noche Facunda anunció que le daría alojamiento temporal a un par de mochileros que andaban haciendo turismo en la zona. Eran dos hombres jóvenes, desarrapados y tan ansiosos, que Agustina sospechó de inmediato que de turistas nada tenían. Facunda debió admitirle que andaban huyendo, aunque le habían asegurado que no iban armados y no tuvieron nada que ver con el atentado a Urrutia, pero estaban en una lista del SIV y los perseguían.

—Van a quedarse aquí solo un par de días, hasta que llegue el guía que los va a conducir a la frontera. Aquí no se le niega hospitalidad a nadie. Hoy por ti, mañana por mí —le dijo.

—¿Se da cuenta de que eso nos pone a todos en peligro? ¡Los vienen siguiendo! ¡Yo soy responsable de la niña! —exclamó Agustina.

—¿Qué quiere que haga? Como dice el refrán, haz el bien y no mires a quién.

—¡Usted y sus refranes! Tengo que avisarle a la mamá de Aurora —replicó la otra muy alterada.

Facunda la llevó al pueblo al anca de su caballo; en la minúscula oficina de correo había un teléfono público. «Aquí hay unos visitantes que no me gustan nada», le anunció Agustina a Alba y no necesitó darle más explicaciones. Eso precipitó el viaje de la niña. Los supuestos mochileros se fueron treinta y seis horas después siguiendo al guía, que resultó ser un pastor de quince años. Los

militares que llegaron a Nahuel buscando a los supuestos terroristas siguieron de largo hacia el sur y no dieron el rodeo hacia la finca,

Á

pero para entonces ya iba el tío Ángel en camino a buscar a Aurora, Agustina y Tarzán. Fresia se quedó con Facunda; había restablecido contacto con algunos de sus parientes indígenas, muchos de los cuales también sufrieron los efectos del terremoto que a ella la dejó huérfana. Por primera vez tenía raíces, pertenecía en una comunidad.

Alonso organizó una operación complicada para sacar a la niña del país; Alba no podía viajar con ella, porque el SIV sabría de inmediato si su nombre aparecía en las listas de pasajeros. Primero consiguió que el hermano de Constanza imprimiera un falso certificado de nacimiento con otro nombre: Aura Vial Tupper, hija de Alonso Vial y Constanza Tupper, quien se prestó encantada para el engaño. El hecho de que siguieran legalmente casados facilitó la gestión. Con eso le sacaron el pasaporte y la visa de Canadá. Calcularon que contaban con un resquicio para salir sin demasiado riesgo: los servicios de seguridad tenían las manos llenas con la insurgencia y no le pondrían demasiada atención a una pareja de evidente clase alta y sus dos hijos que iban de vacaciones al extranjero. Alba tuvo que explicarle a Aurora la necesidad de esa separación y de fingir que su mamá era la tía Constanza y su papá el tío Alonso. Le dijo la verdad, porque la niña era demasiado lista para tragarse un embuste.

—Aquí estás en peligro, mi amor. Hay un hombre malo que puede hacerte daño.

—Yo sé quién es, mamá. Es el hombre que viene a veces y tú le tienes miedo. A ti también te puede hacer daño.

—Por el momento estoy bien y si la situación se pone muy fea, me voy a ir —le prometió Alba.

—¿Cuánto tiempo voy a tener que estar afuera, mamá?

—No sé, preciosa. Voy a reunirme contigo lo antes posible. Si no están las condiciones para que vuelvas, me iré a Canadá. Por ahora vas a viajar con Constanza y Alonso.

—¿Y Matías?

—También. Él será tu hermano en este viaje. Primero irán a Boston a dejarlo, va a estudiar en Harvard.

—En el avión le hablaré del casamiento —decidió la niña.

—Es un poco prematuro, Aurora. Tienes nueve años.

—Voy a cumplir diez. Y él tiene casi dieciocho, ya puede ir haciendo sus planes.

Se despidieron en la casa, Alba no quería llamar la atención en el aeropuerto, y la medida fue adecuada, porque Aurora, que se había mostrado serena hasta ese instante, sufrió un ataque de llanto al besar a Tarzán y abrazar a su madre. Se le colgó del cuello y se requirió toda la habilidad del tío Ángel para desprenderla y subirla al automóvil. Alba quedó sujetando las lágrimas con el perro en brazos mientras le rogaba a Clara que velara por su bisnieta.

Cuatro días después pudieron hablar por teléfono. Los viajeros se habían despedido de Matías en Boston y ya estaban en Calgary con Aurora en casa de Blanca y Pedro Tercero, los abuelos que la niña no conocía. Alonso volvió con una docena de fotografías en que Aurora aparecía patinando en el hielo, y tomando chocolate caliente frente a la chimenea con un gato en la falda. En las fotos, Blanca se veía radiante de la mano de la nieta, pero Pedro Tercero parecía melancólico y mucho más viejo que sus cincuenta y cinco años.

Se pusieron de acuerdo para hablar los domingos, lo que salía caro y no siempre era fácil, porque Alba debía hacerlo desde un

teléfono público por si el de Alonso estuviera intervenido. La niña se las arregló mejor que su madre con la separación. Se le abrió un mundo nuevo. Salió en verano y llegó en invierno a iniciarse en la nieve, comenzar en un nuevo colegio en inglés y adaptarse al hogar de los abuelos, al entusiasmo un poco empalagoso de Blanca y el silencio de Pedro Tercero, a quien solo la guitarra le arrancaba una sonrisa. Por precaución, no podía escribirle cartas a la familia, que podían ser interceptadas, pero esa prohibición no incluía a Matías en Boston, quien fue víctima de un diluvio epistolar, y al tío Ángel, quien esperaba el correo con la ansiedad de una novia, no podía resignarse a esa separación y empezó a hacer planes para trasladarse a Calgary. Alba echaba de menos a su hija como si le faltara un brazo, al pensar en ella se ahogaba.

—Aurora está a salvo y esta experiencia le va a servir —la consoló Alonso.

—La próxima vez que venga Mi Enemigo y no la encuentre, se va a llevar un disgusto —le comentó Alba.

—Te repito que tú también tienes que irte de aquí, Alba.

—Si salgo, seguramente no voy a poder regresar.

—Yo me iré contigo. Este país se ha vuelto insoportable —replicó Alonso.

Pero ambos estaban amarrados a la familia, los amigos, La Esperanza, el trabajo; hablaban de irse, aunque el plan no se concretaba, podían esperar un día más, una semana más. Emigrar era una decisión demasiado dolorosa.

CINTA # 10

Yo no era un aficionado, Romualdo. Llevaba toda la vida militando en el partido y doce en la Vanguardia. Nunca hubo que machacarme doctrina, porque había estudiado y mi compromiso político siempre fue incuestionable, pero era muy rígido, un ideólogo con visión limitada; en La Habana comprendí que la resistencia contra el imperialismo en mi país era parte de una estrategia mucho más amplia en el continente e incluso en países del África. En Cuba me familiaricé con armas modernas y explosivos, aprendí la importancia de protocolos, códigos y claves para comunicaciones seguras, especialmente en las zonas urbanas. Tenía experiencia, la había adquirido en los años anteriores, estaba entrenado para infiltrarme, cruzar fronteras y moverme en territorio enemigo sin ser detectado, emboscadas, ataques sorpresivos y sabotaje. Sabía trabajar con la población local, ganar aliados, establecer redes subterráneas y organizar la insurgencia. En el asalto contra Urrutia puse todo eso en práctica, no falló por falta de preparación, falló por la maldita buena suerte del tirano. Después no me quería ir, era responsable del fracaso y de la muerte de tantos de mis compañeros, me correspondía vengarlos o morir. Me dijiste que me dejara de pendejadas, que lo último que necesitaba la revolución era otro mártir, con el Che bastaba por el momento, las venganzas personales no tenían cabida en el proceso. Tatiana y yo logramos cruzar la frontera de noche, después pasamos un mes y medio esperando los pasaportes falsos hasta que pudimos irnos a La Habana vía París y Varsovia.

Esta vez encontré Cuba en plena época de las vacas gordas, por la ayuda masiva de la Unión Soviética, pero ya había descontento, mucha gente se había ido, Miami estaba llena de cubanos, y en la isla había miles y miles que también querían emigrar, porque detestaban al régimen, y hacían cola frente a los consulados para obtener visas. Traidores, gusanos. La ironía, Romualdo, es que en mi país también había miles y miles que querían irse porque detestaban

al régimen. Ya ves, hermano, todo es relativo. Yo tenía treinta y nueve años y muchas ganas de volver al terreno, a la lucha armada, pero a ti se te puso en la cabeza que me tocaba servir a la revolución en las aulas. Cuando me mandaste a enseñar en la Escuela Militar Camilo Cienfuegos lo sentí como una reprimenda, un castigo por el fracaso del atentado. Ahora entiendo que tenías razón: formar a los jóvenes, hombres y mujeres, los futuros combatientes, es una misión tan noble como la guerrilla. Estos cortos años han sido los mejores de mi vida, he aprendido mucho de mis estudiantes, ellos mantienen viva mi fe en nuestra causa, y gracias a ti, pude conocer de cerca a Fidel. ¡Qué impresión! Tú estuviste con él en la sierra, para ti es uno más del grupo, pero para mí… Bueno, ni te imaginas lo que fue estrechar su mano, conversar con él. Ese momento con Fidel fue determinante para Tatiana, ¿te acuerdas? Él reconoció el acento de Buenos Aires, le dio la bienvenida y le preguntó si se iba a quedar en Cuba. Ella le contestó que había estudiado seis años de medicina y quería terminar la carrera y recibirse de médica. Eso se arregla fácil, compañera, le dijo Fidel. Y así, de un plumazo, perdí a Tatiana. Ella se fue a estudiar y rápidamente me cambió por un médico de Angola bastante más simpático y pintón que yo.

En Cuba hicieron de mí un profesional decidido y capaz, un verdadero líder, y además me enseñaron que la vida no ha de ser solo esfuerzo, compromiso y disciplina, hay que darse tiempo para la alegría. Entrenábamos, estudiábamos, cortábamos caña en la zafra y nos mandaban a luchar, pero cualquier excusa valía para una parranda de las buenas. Aunque te confieso, hermano, que en Cuba siempre seré extranjero. Mi lugar está en mi país, luchando por derrocar a la tiranía y no me puedo conformar con la broma de que ya es tarde para mí.

Supongo que has visto las noticias de la huelga general. Es evidente que por lo menos la mitad del país está abiertamente en la oposición y quién sabe cuántos más también lo están para callado. ¿Sabes? Recién ahora, por primera vez desde el atentado, presiento

que el fin del régimen se aproxima. No estaré allí para celebrar, será tarde para mí. Si sucede como en Nicaragua, habrá multitudes en las calles vitoreando el renacer de la democracia y entre esa gente exultante estarán Alba y Aurora

Capítulo 25

El agente

Máximo Urrutia mantenía la disciplina personal adquirida en su juventud en el ejército: limpieza, rigor, pulcritud, orden. Sostenía que el uniforme simboliza la moral de quien lo lleva, por eso exigía presentación intachable en los oficiales: una gorra torcida, unas botas sin brillo, un cinturón mal ajustado podía significar una reprimenda fuerte y, si se repetía, una baja deshonrosa. Comenzaba su jornada a las cuatro de la madrugada con una rutina de veinte minutos de ejercicio y un laborioso ritual de aseo, ducha caliente y fría, quince minutos con su masajista y diez en manos del barbero que lo afeitaba, le recortaba el bigote, los vellos de la nariz y las orejas y le cortaba el pelo cada tres semanas; la manicurista lo atendía los viernes. Escogía con cuidado su ropa de civil, le gustaban las corbatas de seda y el calzado italiano, y disponía de una colección de uniformes para cada ocasión. A las cinco de la mañana, cuando terminaba su aseo y estaba correctamente vestido, engominado y rociado con colonia, la primera dama le llevaba su taza de café y le daba un beso convencional. Era la única intimidad que compartían.

Hacía un par de años que el Líder Supremo no tenía comunicación directa con Tránsito Soto; para organizar las fiestas hablaban por teléfono en clave, nunca dejaban un rastro de algo escrito, o se entendían por mediación del buen Lucho Escobar, un hombre sin trazos particulares, insustancial, tan corriente que nadie podía recordarlo o describirlo, era una sombra. Había servido al general de secretario y chofer durante treinta años, vivía con él como empleado de todo servicio, carecía de familia o amigos, su vida entera estaba dedicada a Urrutia y a su trabajo. Pocos meses después del golpe militar, Lucho había conducido a Tránsito por una entrada posterior

del edificio de gobierno, cuya combinación de la puerta solo él y su jefe conocían, habían pasado por un largo y estrecho corredor y subido por una angosta escalera en desuso hasta un cuarto adyacente a la oficina del presidente. Allí, en la mayor privacidad, la esperaba Urrutia. Lucho no supo qué hablaron ni deseaba saberlo, su absoluta falta de curiosidad era otra de sus excelentes virtudes, por lo mismo no se preguntó por qué después de tanto tiempo transcurrido lo mandaron de nuevo a buscar a esa mujer y se repitió la rutina de introducirla a hurtadillas a la hora en que la ciudad dormía.

Precisamente porque Tránsito jamás lo había molestado para algo que no fuera de absoluta necesidad, excepto aquella ocasión en que le pidió que interviniera en favor de una nieta del senador Trueba, en cuanto ella le hizo saber al Líder Supremo que deseaba hablar con él, le dio cita antes del desayuno e incluso mandó a Lucho a buscarla. El coche oficial la condujo al palacio presidencial, una antigua fortaleza acondicionada con los típicos cortinajes, cuadros de batallas y retrato de próceres de la patria, pero sin la exagerada ornamentación de las sedes de gobierno en otros países. Allí Máximo Urrutia se sentía más a gusto que en su casa decorada por Lorelei y la media docena de maricones que la asesoraban, como él llamaba a los diseñadores, que colocaba en la misma categoría de peluqueros, modistos, bailarines y artistas en general. Recibió a Tránsito con la impecable apariencia con que se presentaría esa noche en el Teatro Nacional para la única función de un célebre ilusionista norteamericano de visita en el país, en la minúscula oficina sin ventana que ella conocía, hermética, con dos sillones ordinarios de comienzos de siglo, una mesa con un jarro de agua y dos vasos. Allí, donde era imposible disimular un micrófono, se llevaban a cabo las reuniones más secretas. El general ocupaba uno de los horrendos sillones del gobierno, tapizado con una polvorienta felpa color mostaza, y se puso de pie para acogerla cordialmente.

—A ver, Tránsito, dígame qué viene a pedirme esta vez —le dijo sonriendo.

—Tiene muy buena memoria, excelencia. No se preocupe, no vengo a pedirle nada. Vengo a contarle algo que le puede interesar —replicó ella.

—Lucho, tráenos café —ordenó al chofer.

La conversación fue muy breve y se despidieron antes de que Lucho alcanzara a llegar con el café. Tránsito le explicó que existía una carpeta en manos del director del SIV con información sobre el Líder Supremo que no convenía divulgar. Estaba segura de que no contenía nada que hubiera ocurrido en las veladas que ella organizaba, sino que se refería a transacciones bancarias en el extranjero, negociaciones confidenciales con los enviados de Washington y la CIA que podían interpretarse como traición a la patria, órdenes de dudosa legalidad que lo comprometían internacionalmente, relaciones amorosas con varias esposas de sus colegas en las fuerzas armadas, un hijo de catorce años que tuvo con la empleada doméstica de confianza de la primera dama, que todavía trabajaba en su casa, y otros asuntos que no valía la pena enumerar.

—Esteban García tiene una colección de expedientes similares sobre otras personas importantes, tal como tengo yo, excelencia, con la diferencia de que los míos están a su servicio y serán destruidos cuando usted lo ordene —concluyó ella.

—¿Cómo sabe todo esto, Tránsito? —le preguntó el Líder Supremo, lívido.

—Porque García se ha jactado de que lo tiene a usted en su poder, excelencia. No me imagino qué pretende hacer con esa información. Sé que en ese expediente también hay fotografías recientes de usted con la señorita Natalia Bianchi.

Máximo Urrutia permaneció inmóvil durante una pausa demasiado larga. Jamás explotaba en un arranque temperamental y muy rara vez levantaba la voz; cuanto mayor énfasis ponía en sus palabras,

más calmado parecía, su amenazante autoridad no requería estridencia. Tenía ojos de lagarto, su mirada fría y el control de sus emociones desconcertaban a los demás y le daban ventaja, eso le facilitó ascender rápidamente en el ejército. Contaba hasta diez antes de reaccionar, anticipaba y planeaba, nunca improvisaba; se enfocaba en el asunto inmediato y no se daba prisa contemplando los diversos ángulos; esa lentitud resultaba engañosa, estaba lejos de ser indecisión o signo de senilidad, como sospechaban quienes no lo conocían. Solo con Natalia bajaba por completo sus defensas, con ella no cabían estrategias. La única evidencia de que había escuchado a Tránsito eran sus manos aferradas a los brazos del sillón con los nudillos blancos.

—¿Sabe en qué consisten esas fotografías? —le preguntó.

—Las tomaron con un lente de larga distancia. También hay grabaciones, pero no sé cómo fueron obtenidas, porque supongo que su seguridad se ha cerciorado de que no haya micrófonos en esa casa.

—Esta es una acusación bastante seria. ¿Está segura de lo que me dice?

—Si no lo estuviera, excelencia, jamás habría venido aquí a importunarlo. Usted me conoce, no actúo sin medir las consecuencias —replicó ella.

—Le agradezco que viniera a verme, Tránsito —le dijo Urrutia al despedirla, sin darle una pista de lo que haría.

Los agentes del SIV tenían en común sangre en las manos, solo se libraban algunos empleados administrativos y secretarias, que sospechaban lo que ocurría, pero no eran partícipes. La sangre compartida los convertía en miembros de una terrible hermandad, se protegían unos a otros, porque cualquiera que cayese arrastraba a los demás. En esos años se produjeron algunos incidentes con hombres que hablaban demasiado y sufrieron la suerte

correspondiente, pero hubo una sola delación grave, ocurrida unos meses después del atentado fallido contra Máximo Urrutia. Un hombre se presentó a la redacción de la revista de los jesuitas, se identificó como agente #40920, pidió hablar con el director y le anunció que deseaba confesar su historia. Había comenzado como recluta en el ejército, fue transferido al servicio de inteligencia y entrenado como interrogador, contó que después de cumplir su turno con los prisioneros en horas de oficina, se iba a su casa a ducharse, cambiarse ropa, tomar unos tragos de pisco, comer algo y escuchar música, siempre solo, porque su mujer lo dejó y se llevó al hijo de cinco años al norte, donde vivían sus padres. En las noches se embrutecía con alcohol y drogas para olvidar lo que había hecho en las horas anteriores, así aguantó un tiempo hasta que le fallaron los nervios y ya no pudo seguir con esa doble vida. Explicó en la revista el trato que sufrían los prisioneros de forma rutinaria y las ejecuciones, los nombres de personas que pasaban por los recintos del SIV, las órdenes que recibía de sus superiores, el destino de algunos desaparecidos y lo que él sentía al ver las fotos que las madres y abuelas llevaban colgadas al pecho los jueves en la plaza de los Heroicos Soldados, fotos de hombres y mujeres cuyos destinos él conocía. Tenía las

direcciones de los recintos de interrogación, varios de ellos en barrios residenciales, una casa como cualquier otra, donde los vecinos podían escuchar los gritos por encima de la radio a todo volumen; los lugares donde tiraban los cuerpos al mar y las fosas comunes; la lista de aquellas víctimas que recordaba. Cuando se presentó a declarar en la revista, sabía el precio que debería pagar, pero lo hizo porque desde hacía un tiempo lo visitaban los muertos, llegaban a su casa y lo sorprendían en la cocina, se le aparecían en la calle, en la peluquería, el almacén y una vez se le sentaron a ambos lados en el cine. Tenía el olor a excremento, sangre y muerte pegado en la ropa, en el pelo, en el cuerpo entero y aunque se frotara con jabón industrial hasta arrancarse la piel, no podía desprenderse de esa fetidez. Veritas imprimió su testimonio, pero la edición completa fue confiscada antes de salir a la calle; el reportaje se publicó afuera y quedó registrado en los archivos de la Vicaría del Buen Pastor. El agente desapareció después de dar su testimonio.

El coronel Esteban García recibió con la legendaria hospitalidad del país a Conor Murphy, el investigador de los Estados Unidos, que llegó con un intérprete designado por la embajada; los invitó a cenar al mejor restaurante de la capital, La Tavola Antica, y se puso a su completa disposición para ayudarlo en su cometido, asegurándole que al Servicio de Inteligencia y Vigilancia le interesaba tanto como a él llegar al fondo de lo que había ocurrido en Washington, un crimen sin precedente perpetrado por terroristas internacionales. Murphy le recordó que hubo cuatro atentados simultáneos contra exiliados, no podía ser casualidad, y exigió carta blanca para hablar

con personal del SIV y tener acceso a los archivos. En los días siguientes García cumplió las órdenes del Líder Supremo: aturdió al norteamericano con papeleo irrelevante, lo mareó en una maraña burocrática. Disponía de poco tiempo para el gringo, la revuelta popular que se estaba gestando debía ser descabezada, había que identificar y eliminar a los líderes, no bastaba la represión indiscriminada en la calle.

Conor Murphy comprendió, desde que le sirvieron la pasta en La Tavola Antica, qué clase de adversario era García y le siguió la corriente mientras investigaba por su cuenta. Decidió que sin un informante dentro del SIV no llegaría a ninguna parte, pero lo más urgente para él era encontrar a su hermana. Comenzó su tarea en la catedral revisando los archivos recientes de la Vicaría del Buen Pastor, donde encontró el relato del agente #40920. Su fotografía y sus datos figuraban entre los desaparecidos que él mismo había nombrado y la explicación evidente era que fue asesinado por sus colegas, como sucedía con los delatores. En la vicaría lo recibió una mujer joven que se presentó como voluntaria y se mostró sorprendida de ver a un funcionario de los Estados Unidos, era un visitante poco usual.

—Disculpe, mi inglés no es muy bueno. Me llamo Alba. ¿Cómo puedo ayudarlo? — le preguntó con evidente desconfianza.

—Ando buscando a mi hermana. Fue detenida hace un tiempo. Me imagino lo que está pensando, señorita, que soy de la CIA o un espía. Nada de eso. Mi hermana es una misionera católica, se llama Alice Murphy… Le juro por mi vida que es verdad lo que le digo —le suplicó el forastero.

Alba sintió que se le atascaba el aire en el pecho.

—¿Usted es hermano de Alice? La conozco muy bien, trabajábamos juntas en la población La Esperanza. Yo estaba allí

cuando allanaron y se llevaron a muchos detenidos, entre ellos a Alice. Ella era nuestra enfermera en la policlínica, ese día debió quedarse con nosotros, pero insistió en ir al frente de los pobladores.

Pasaron las dos horas siguientes revisando el material y tomando té del termo de Alba. Él le contó que su misión oficial era obtener prueba de lo que ya sabían el FBI y la CIA sobre la bomba colocada en Washington, pero estaba resultando bastante más engorroso de lo esperado. Conversaron sobre Alice, cómo era admirada y querida en La Esperanza, la infancia de Conor con su hermana, con quien había estado unido desde el vientre materno, y el dolor de sus padres, que rezaban sin cesar por la hija.

—Lo siento mucho, Conor. Si se llega a saber de una persona detenida y desaparecida es porque se han encontrado sus restos. Nunca aparece con vida, pero legalmente sigue estándolo —le explicó Alba.

—Es decir, si no existe prueba de la muerte, hay esperanza, ¿verdad?

—Esa es la tragedia de los familiares. Siempre siguen buscando y esperando…

Le explicó que eso significaba, entre otras desgracias, que una esposa nunca sabría si era viuda, ni un hijo si era huérfano, ni una abuela si acaso su hija dio a luz en prisión ni qué pasó con el bebé.

—La ley internacional considera la detención forzosa como secuestro permanente o continuo. A menos que aparezca la persona o sus restos, el crimen no prescribe —dijo Murphy, que se había informado.

—Lo sé, pero ¿de qué sirve eso en este país, Conor? Venga aquí mismo pasado mañana a esta hora, creo que puedo ayudarlo en su investigación.

Alba se reunió con Conor Murphy en la catedral y lo llevó a La Esperanza, donde él había estado antes a visitar a su hermana en un par de viajes anteriores. Se había hospedado en la cabaña del padre Albert Benoit, que ahora albergaba a los dos curas nuevos; allí había un camastro siempre disponible para los visitantes de paso. El investigador encontró más miseria, más rebelión, más rabia, más polvo y olor a estiércol, pero también más espíritu solidario. Reconoció a varias personas y comprobó cómo los niños de antes eran adultos prematuros con la misma expresión determinada y sufrida de sus madres. Llegó a tiempo para recibir un plato de frijoles de la olla común, que la Mandona repartía desde la parroquia, y después le presentaron a las artesanas del taller de arpilleras, que funcionaban en otro rincón. La parroquia, poco más que un galpón de madera tosca con bancos bastos y una cruz de hierro forjada, era el centro del asentamiento y cumplía múltiples funciones.

—Estas mujeres son verdaderas guerreras, Conor. La huelga general fue idea de ellas y aquí donde usted las ve cosiendo, en realidad están complotando la próxima acción, ¿verdad, Mandona? —le dijo Alba.

—Verdad. Pero cada día la cosa se nos pone más difícil. No sé cuánto más podremos aguantar —replicó la mujer.

Alba hizo de traductora y Conor les aconsejó que no aflojaran, porque la resistencia tenía mucho más impacto del que se sabía —la prensa oficialista la minimizaba— y confirmó que el nuevo embajador de los Estados Unidos había llegado con el encargo de recuperar la democracia.

—Disculpe, míster, pero eso parece cuento chino. Aquí la dictadura no existiría sin el apoyo de los gringos —replicó la Mandona.

—Los tiempos han cambiado —les aseguró Conor.

Las mujeres le contaron de Alice, a quien llamaban «la gringuita», y le mostraron lo que quedaba de ella, guardado en el taller como reliquias. Se rieron de las bromas que le hacían y cómo le enseñaron a hablar en español con palabrotas horrendas que ella repetía sin sospechar lo que significaban. Alice era el alma de la policlínica y tenía voz de ruiseñor, le dijeron; cuando ella cantaba en la misa, bajaban los ángeles del cielo para escucharla. Y en ese momento, como si la voz de Alice lo hubieran convocado, apareció El-Ángel con su aspecto de malandro: un cintillo negro con calaveras en la frente y muñequeras con puntas metálicas. Acababa de terminar el entrenamiento de sus muchachos. Alba lo estaba esperando.

—Este es el tío Ángel, digamos que es como mi hermano. Ya le hablé de ti, Conor. Tiene algo que decirte —le dijo a Murphy.

Se instalaron en un banco apartado, se cercioraron de que no los escuchaban y El-Ángel procedió a interrogar a Conor hasta convencerse de que en realidad era quien decía ser, porque no le bastó con que algunas abuelas lo reconocieran y que entre las cosas de Alice hubiera una foto de los dos en unas vacaciones en Wyoming. El que fuera hermano de la misionera no eliminaba la posibilidad de que también fuera un gringo con malas intenciones. Alba intervino para repetirle al tío Ángel lo que ya le había dicho el día anterior: Conor Murphy no solo había venido por su hermana, era un enviado especial para investigar el crimen cometido frente a la Casa Blanca.

—En los Estados Unidos exigen pruebas, pero no va a obtener nada sin un contacto dentro del SIV, tío Ángel. Por eso estamos aquí —concluyó Alba con un guiño de complicidad.

—Vamos a dar un paseo —dijo el exluchador.

Condujo a Alba y Murphy en su coche más allá de los muros que ocultaban la población, a través del centro y los vecindarios de clase obrera rumbo a una antigua zona residencial, bastante venida a

menos desde que la élite emigró al Barrio Alto y a las faldas de las montañas escapando del ruido y la bruma tóxica de la ciudad. Cuanto más alto y más lejos estuviera ubicada una propiedad, más valiosa era. Lo que antes fueran calles tranquilas con veredas de adoquines bordeadas de árboles frondosos, donde por las tardes paseaban niñeras con cochecitos y ancianos con sus perros, se había convertido en el corazón del comercio y la burocracia. Las mansiones señoriales se dividieron en oficinas y los parques dieron paso a estacionamientos, en cada esquina había un desempleado vendiendo agujas, flores, goma de mascar o cualquier otra nimiedad para disimular que mendigaba. El coche se detuvo en una calle lateral frente a un portón indescriptible, El-Ángel tocó la bocina, le abrieron y se encontraron en un patio, donde los recibió un portero. Alba calculó que estaban a pocas cuadras de la casa de su abuelo. El-Ángel les indicó a sus pasajeros que bajaran, le entregó las llaves del vehículo al encargado y los guio al interior, que parecía conocer muy bien. En realidad, eran varias casas unidas mediante puentes, pasajes, túneles, escaleras, un delirio arquitectónico que desde la calle no llamaba la atención. Recorrieron un pasillo enroscado y al final descubrieron a una joven con botas y minifalda «Buenas tarde, don Ángel, la señora lo está esperando», lo saludó alegremente.

Tránsito Soto recibió a su hijo y a los visitantes en su oficina, que tenía un cierto aire de cabina de avión, con un gato atigrado en la falda y otro echado a sus pies. «¿Café o un cóctel?», les ofreció. Ante el desconcierto de Conor Murphy, quien empezaba a sospechar que había caído en una trampa, y de Alba, que no comprendía dónde diablos estaban, El-Ángel les aclaró que se trataba del célebre hotel Cristóbal Colón, que había tenido varias reencarnaciones y la última era un refugio discreto y seguro para parejas furtivas. Los porteros ocultaban los coches en cubículos cerrados, para que nadie identificara la patente, se guiaba a los amantes por pasillos de modo que jamás se topaban con nadie, y las habitaciones estaban decoradas con diversos temas para encender la imaginación de los usuarios. Una de las más populares era de inspiración polinésica, con una palmera enana y un loro vivo. Se ofrecían acompañantes

mediante un catálogo, pero no era un burdel, allí solo acudían trabajadoras independientes. Lo habían allanado un par de veces buscando fugitivos y sacaron a empujones de las habitaciones a algunos generales y coroneles en calzoncillos y para evitar ese inconveniente, el hotel obtuvo protección de muy arriba y no volvieron a molestarlo. El-Ángel agregó que soñaba con instalaciones más modernas, tal vez un local en el Barrio Alto, pero su madre no estaba de acuerdo, porque la ubicación actual proveía lo más apreciable en esa línea de trabajo: discreción. «Mi mamá es la dueña y yo soy su asistente», concluyó con evidente orgullo.

Alba estaba fascinada, al fin descubría al menos uno de los secretos de Tránsito Soto, pero el estadounidense no entendió lo que estaba sucediendo, hasta que El-Ángel le anunció que allí estaba escondido el agente #40920, mientras encontraba la forma de salir del país. Era el único con conocimiento interno del SIV dispuesto a hablar, el fugitivo más buscado por sus propios colegas a quienes había traicionado. El agente había preparado su huida antes de presentarse en la revista, donde después de grabar su testimonio, el padre Antonio Lazcano lo mantuvo oculto en un baño de la redacción, allí esperó hasta la noche, se afeitó el bigote y se vistió con la sotana que le facilitaron. Los jesuitas estaban bien informados: el único lugar que nunca sería allanado era el hotel Cristóbal Colón. La dueña no simpatizaba con el régimen, aunque lo servía, y tenía espíritu atrevido, como había demostrado a lo largo de su extraordinaria vida. El padre Lazcano era el confesor de El-Ángel. «Así es como el agente terminó aquí», concluyó el exluchador.

—¿Podría hablar con él? —Murphy estaba cada vez más atónito.

—Eso habría que negociarlo —dijo Tránsito—. El hombre tiene que asilarse en una embajada, hay que ponerlo a salvo donde no puedan echarle el guante. Ha entregado mucha información sobre el SIV, comprenderá que apenas se asome a la calle lo van a acribillar.

—Hablaré con el embajador —prometió el estadounidense.

—Entiendo que en su país pueden darle otra identidad y otra vida a quienes colaboran con la ley arriesgando el pellejo —insistió Tránsito.

—Creo que eso se puede arreglar.

—Cuando lo arregle, tendré mucho gusto en presentarle a mi huésped —dijo ella.

Una hora más tarde el embajador escuchó boquiabierto al investigador, pero le creyó, porque llevaba varios meses en ese país de locos donde todo era posible. Se demoró pocas horas en organizar la salida del agente en la maletera de la limusina oficial y su traslado a la enorme embajada, una fortaleza custodiada por marines, donde se quedaría hasta conseguirle un salvoconducto. A cambio de protección, el agente #40920 estaba dispuesto a entregar su testimonio al FBI y al Congreso de los Estados Unidos, pero dadas las malas relaciones del embajador con el gobierno, el salvoconducto podría demorar un tiempo. Entretanto Conor Murphy grabó extensas entrevistas y cogió la punta del hilo para desentrañar la madeja del atentado en Washington y la responsabilidad directa de la policía secreta bajo órdenes de Máximo Urrutia. El agente le contó también que el cuerpo de Alice había sido lanzado desde un acantilado al mar después de amputarle las falanges para impedir la identificación mediante las huellas digitales, y le indicó el sitio exacto donde podría estar aún si la corriente no se lo había llevado. «No busque más a su hermana», concluyó. Murphy escuchó la confesión sollozando. El embajador le prometió que mandaría a un equipo de buzos a ese lugar apenas fuera posible.

CINTA # 9

Cuando regresé a mi país a preparar el atentado, por primera vez en varios años, puede ver de lejos a Alba en un par de ocasiones en la calle. Iba de la mano de un hombre, y otra vez la vi a través de la ventana de un restaurante con el mismo tipo, conversaban, bebían vino… eso me pegó fuerte. Sentí deseos de insultar a ese desgraciado, de mandarle un puñetazo, celos absurdos, porque yo ya no cumplía ningún papel en la vida de ella. Quería acercarme y sorprenderla nada más que para ver la expresión de Alba. Supongo que estaban viviendo juntos en alguna parte, porque la gran casa de la esquina estaba cerrada, con las ventanas tapiadas, abandonada. Alba se veía diferente, más madura, más sufrida, ya no era la chiquilla que conocí en la universidad, pero seguía tan linda como antes. También vi a Aurora en una oportunidad; la espié a la salida del colegio, la seguí en la calle, iba con una mujer mayor, tal vez su nana, y me acerqué a preguntarles la dirección de una farmacia. No se parecía a mí para nada, pero me pareció igual a su madre. No traté de comunicarme con Alba, no podía perder de vista que mi misión era asesinar a Urrutia. Debo admitir, hermano, que con el paso del tiempo y con la existencia que llevaba, siempre en ascuas, siempre en la clandestinidad, mi pasión por ella se calmó, pero te repito: ella es mi único amor, no he tenido otro. No me preguntes la razón. Me gustan las mujeres, me gustan casi todas, especialmente las que me sonríen y las que se parecen a Tatiana, alegres y voluptuosas, pero tengo vocación de solitario, no puedo imaginarme en una relación doméstica, compartiendo día tras día la intimidad y los sentimientos con otra persona. Estoy casado con la revolución.

Ya entonces se notaba que había un cambio en el ánimo del país. El régimen de terror no había logrado anular a la oposición. Durante un buen tiempo, sobre todo al principio, Urrutia tuvo apoyo popular significativo, eso no se puede negar, Romualdo, la gente estaba dispuesta a transar la libertad por orden y temía al comunismo. La propaganda era eficaz: «Los valientes soldados intervinieron para

salvar a la patria del yugo soviético y del demonio marxista». Urrutia era el líder mesiánico, carismático, que enardecía a las multitudes, manejaba muy bien las emociones más primitivas, más básicas, citaba a Dios y la Virgen, él era la espada divina. El pueblo es fácil de manipular, pan y circo es lo que quiere. Lo que pasa es que había circo, paradas militares, actos cívicos, series americanas en la televisión, festivales de música, fútbol, concursos, lotería, procesiones, pero faltaba pan, por eso creció el descontento y se fortaleció la resistencia. Había gran bienestar para un puñado de gente, pero la clase media vivía endeudada y un tercio de la población en la pobreza, abandonada a su suerte, sin ayuda del estado. El desempleo y la diferencia de ingresos entre la élite y el resto de la población era abismal. Tú siempre dices, Romualdo, que el impulso para una revolución no es la pobreza, como piensan algunos, sino la desigualdad. Me di cuenta de que Urrutia ya no tenía al país en el puño, como alardeaba, existía oposición incluso entre sus colegas de las fuerzas armadas. Se había convertido en el arquetipo del dictador latinoamericano, una caricatura, estaba aislado. Era buen momento para derrocarlo, los cimientos del régimen estaban cediendo y si lo hubiéramos descabezado, se habría desmoronado.

Eliminar a Urrutia fue mi principal objetivo durante años, desde El Chipote. En esa celda en tiniebla eterna empecé a planear el fin del tirano. Era tanta mi ansiedad por acabar con él, tanto lo que planeaba cómo lo iba hacer, que se convirtió en una obsesión. Apenas me soltaron quise ponerme en acción, pero tuve que obedecer órdenes, había otras cosas más urgentes. En Cuba, mi comandante me hizo ver que había que esperar, no era el momento de derrocar al tirano, el país no estaba listo para eso, lo más probable era que su muerte no cambiara nada, Urrutia sería reemplazado por cualquiera de los otros generales de la Junta. Tenía razón, eso era prematuro. Después me tocó la cárcel en Colombia. Te puedes imaginar, hermano, que cuando por fin lo tuve al frente encañonado con el lanzacohetes sentí que esa era la misión de mi vida. Estaba dispuesto a morir allí mismo con tal de matarlo. Nunca

me he conformado con ese fracaso, Romualdo. Me has dicho muchas veces que me lo saque de la cabeza, que no se puede cambiar el pasado y hasta cuándo vamos a hablar de lo mismo.

Capítulo 26

El principio del fin

La huelga continuó con pausas y por sectores, no se podía paralizar indefinidamente al país, pero se podía sabotear su funcionamiento para dar la impresión de anarquía, lo último que los militares podían admitir, ya que ese había sido el pretexto para el golpe. Urrutia mandó a los soldados a reemplazar a los trabajadores en paro, pero esos hombres curtidos en la obediencia y el rigor castrense, incapaces de iniciativa, no podían echar a andar una locomotora, las máquinas de una fábrica, las grúas del puerto ni los autobuses de la ciudad, apagar un incendio, recoger la basura o cambiar las ruedas pinchadas con clavos de los camiones del transporte detenidos a lo largo de los caminos. La pregunta en el aire era cuánto tiempo podrían mantener esa situación antes de que uno de los dos lados cediera.

En ese estado de suspensión el Líder Supremo citó al general Rafael Hurtado en su residencia, un gesto inusual, porque prefería mantener aparte los asuntos de gobierno y su vida privada. A Lorelei le molestaba ver su casa invadida con gente que ella no había invitado. El general Hurtado se tomó un trago en el salón —era el tercero de la tarde— y después Urrutia lo condujo al jardín con el pretexto de dar un corto paseo y les indicó a sus guardaespaldas que los dejaran solos. Desde su entrevista con Tránsito Soto, se sentía vigilado hasta en su propia cama. El SIV había puesto micrófonos en la casa de Natalia tan bien disimulados, que su propia seguridad no los había detectado, quién sabe si había hecho lo mismo en la residencia de su familia. En la privacidad del jardín, que a esa hora olía a la intensa fragancia de dama de la noche, le planteó su inquietud a Hurtado.

—Supongo que cuento con su lealtad, Rafael.

—Claro, pues. Somos la Junta porque estamos juntos, ¿no? —replicó el general con su risa bonachona.

—Existen expedientes con información secreta sobre varios de mis generales y otros hombres del gobierno en manos del coronel Esteban García —le informó Urrutia secamente.

—¡No me diga! Mire qué pillo resultó ese coronel… —sonrió Hurtado aspirando el aire fragante del jardín.

—Esto no es broma, Rafael. Comprenderá que no puedo correr el riesgo de que el contenido de esas carpetas sea divulgado y se sepa que mi ministro del Interior es homosexual y pedófilo.

—Yo… yo… —chapurreó el general atragantado.

—No me diga nada. No le estoy pidiendo explicaciones. Siento profunda repugnancia por los maricones, como cualquier hombre de armas, pero estoy dispuesto a hacer la vista gorda en su caso porque la nación está en crisis y nos necesita unidos.

Le preguntó qué solución le veía al problema y lo condujo con su ladina habilidad a concluir que a Esteban García se le habían subido los humos a la cabeza y debía ser eliminado. Le recordó al general que la Fuerza Aérea contaba con su propio servicio de inteligencia y lo conminó a emplearlo en favor de la patria en lo que acordaron llamar Operación Cuervo.

—Le advierto que el SIV ha infiltrado a la inteligencia de todas las ramas de las fuerzas armadas. ¿Comprende lo que le digo, Rafael?

—Ya lo sabía. Esos tipos el SIV son como los nudistas, se notan de lejos.

—No necesito saber cómo lo hará, pero exijo máxima discreción. Mis órdenes son rescatar todas las carpetas de los archivos personales de García y hacérmelas llegar intactas. ¿Entendido? Para asegurarme de que esto se cumpla como es debido, enviaré a una persona de mi entera confianza a presenciar la operación.

Al general Hurtado no le sorprendió que designara al chofer Lucho Escobar en vez de a uno de sus hijos.

Alba recorría la ciudad reportando el paro, que se había convertido en una pesadumbre para todos, excepto para aquellos que vivían en su propia burbuja y recién notaron la huelga cuando se sumaron los camioneros y faltaban productos frescos en los mercados, mientras se pudrían en los campos. Era un inconveniente, pero existía el recurso de la variedad de alimentos importados. Ella tenía acceso a esa burbuja a través de la familia Vial, que terminó por aceptarla en vista de que llevaba años con Alonso. Los padres no sabían qué pensar de esos dos, porque por una parte se oponían por completo al divorcio —cualquier arreglo de una pareja era preferible a eso— y por otra no deseaban cerrarle la puerta a su hijo, como ya lo habían hecho con la hija menor. Para enredar aún más la situación, Constanza, la esposa legítima, era amiga de Alba. ¿Dónde se había visto una revoltura similar? Pobre Matías, decían, víctima de la depravación de los padres, ese niño iba a crecer sin moral ni principios. El hecho de que Alba Satigny fuera conocida en la prensa contribuyó a que la toleraran e incluso la invitaran.

Los Vial habían sido adinerados por varias generaciones, pero nunca ostentosos; se escandalizaban con los excesos de los nuevos ricos, gente arribista y ordinaria. El blanco de sus burlas privadas era el mal gusto de las mujeres de los militares, pero como Marcelo ocupaba un puesto muy alto en el gobierno, habían terminado por abrirles sus puertas. Ese fue un domingo especial. Alba llegó una hora antes del almuerzo para entrevistar a la señora Kathy Vial,

quien se prestó encantada para un artículo en Gracia sobre su estilo de vida, la revista que todo el mundo en su club leía. Eso le iba a sacar roncha a sus amistades locales y sería una linda sorpresa para su hermana en Filadelfia cuando se la mandara. No sospechaba que en el mismo número también aparecerían mujeres con diferentes perspectivas, de clase media que escasamente tenían para la comida y otras que vivían en extrema pobreza y pasaban hambre. La única forma de tocar esos temas era enfocarlos desde un ángulo femenino.

Alonso trataba de evitar las reuniones familiares, pero Alba lo obligaba a ir de vez en cuando porque obtenía información de Marcelo, quien en esos años había multiplicado su fortuna, tenía una mansión ultramoderna en un cerro, varios yates y medio millón de hectáreas en la zona más bella del sur, que pensaba mantener intactas para un futuro parque nacional. Le había tomado una inexplicable simpatía a Alba, dado que tenían muy poco en común. La llamaba «mi cuñadita» y se burlaba de sus opiniones políticas y su feminismo, pero le divertían sus artículos en Gracia y la mezcla de desfachatez y cariño con que ella lo trataba. La simpatía era mutua, porque ella comprendía mejor que Alonso la fragilidad de la posición política de Marcelo, que dependía por completo de los caprichos del dictador, y le perdonaba que no pudiera librarla de Esteban García.

—Me parece que todos ustedes en el gobierno andan en la luna, Marcelo. ¿Crees que Urrutia se da cuenta de lo que está pasando en este país? Me refiero a la huelga —le preguntó Alba.

—¡Por supuesto! Si no fuera muy listo no estaría donde está.

—Lleva muchos años aislado por el poder absoluto. Se rodea solo de sus partidarios y aduladores —insistió ella.

—¿Me incluyes entre esos?

—¡Claro!

—No me ofendas. No estoy al servicio de Urrutia, estoy al servicio del país. El Líder sabe muy bien lo que ocurre en cada rincón de este olvidado rincón del planeta. Es un estratega genial. Va a esperar a que la huelga se caiga por su propio peso; el gobierno puede aguantar mucho más que la oposición —replicó Marcelo.

—Yo ando en la calle, Marcelo, en esas calles que tú no has pisado en años, y te aseguro que más temprano que tarde el que se va a caer por su propio peso es Urrutia.

—Que no te oigan, cuñadita. Cuídate de lo que dices.

—No tengo que cuidarme delante de ti, ¿o piensas denunciarme? —le contestó ella con un beso travieso en la mejilla.

Tal como decía Marcelo Vial, el Líder Supremo no perdía el sueño a causa de sus opositores y enemigos, pero temía ser traicionado por sus propios generales y por Esteban García en particular. Esa rata le recordaba a Manuel Noriega, sospechoso de haber orquestado el accidente que mató al presidente de Panamá. Noriega había complotado con la CIA y Esteban García era capaz de lo mismo, las circunstancias actuaban en su favor: la situación política era incierta, el general podía palpar el descontento entre sus propios colegas y el embajador estadounidense poco menos que le había declarado la guerra. ¿Qué se imaginaban los gringos? Esta no era una república bananera donde podían imponerse como les diera la gana. Claro que el asunto de la bomba en Washington y la misionera desaparecida les ofrecía un pretexto en bandeja.

A las cinco de la madrugada en punto terminó su ritual de aseo, recibió la taza de café de manos de Lorelei y antes del primer sorbo sonó el teléfono y el general Rafael Hurtado le anunció que la

Operación Cuervo había culminado con éxito. «Tráigame las carpetas de inmediato», le ordenó el Líder Supremo.

Ese día, por primera vez desde que había memoria, el coronel García no se presentó a su oficina a la hora habitual. Tenía reputación de trabajar de sol a sol sin fatigarse, de dormir dos o tres horas y comer de pie cuatro bocados. Los chismes sobre su energía inhumana eran truculentos, decían que bebía pociones mágicas de los haitianos y le hacían transfusiones de sangre de prisioneros jóvenes. Sus subalternos lo esperaron alarmados, lo llamaron por teléfono y mandaron a alguien a buscarlo a su apartamento, incluso se pusieron en contacto con la policía del pueblo cercano a Las Tres Marías para que enviaran una patrulla al fundo, pero no había rastro de él. A media tarde decidieron que no podían seguir postergando el momento de avisar al Líder Supremo, quien recibió la noticia con su impenetrable calma y les dijo que no se preocuparan, ya volvería y entretanto el general Rafael Hurtado lo reemplazaría. El cargo de ministro del Interior recaería temporalmente en uno de sus consejeros económicos, Marcelo Vial.

Dos días más tarde la noticia de que Esteban García ya no estaba en su puesto recorrió el país entero como un ventarrón de opiniones contradictorios. ¿Dónde se encontraba? ¿Lo habían destituido? ¿Qué iba a pasar ahora con el SIV? Comparado con García, el general Hurtado era un alfeñique. Lo mismo pensaban en los cuarteles del SIV, donde por primera vez surgió el temor entre los agentes de que podía fallarles la impunidad y entonces la prepotencia degeneró en chivateo y el afán colectivo de lavarse las manos. Nadie era culpable, cumplían órdenes.

Alba no se dejó arrastrar por el alivio y esperanza que la remecieron al escuchar los primeros rumores. García era muy astuto, podía estar escondido para ver qué pasaba en su ausencia, quiénes se aprovecharían de la situación, quiénes lo traicionarían o tratarían de usurpar su puesto. También podía ser un truco de Urrutia para probar lealtades. Deseaba creer la teoría que andaba circulando de

que el coronel había huido del país forrado de billetes, pero le parecía absurda, porque para ese hombre el poder era más valioso que cualquier fortuna. Se quedó a la espera, contando los días, revisando la prensa, hablando con sus colegas periodistas; le pidió a Alonso que averiguara con Marcelo Vial y ella misma fue a importunar a Tránsito Soto, que siempre estaba bien informada. Nadie sabía nada a ciencia cierta.

—Si fuera verdad que Mi Enemigo se ha ido, puedo respirar tranquila. Ya no tenemos que emigrar y podemos traer a Aurora de vuelta —sugirió a Alonso.

—No hay ninguna seguridad de eso. García puede aparecer en cualquier momento. Mientras no esté confirmado, no podemos cambiar los planes —replicó él.

—¿Y si está muerto?

—Ya lo sabríamos, Alba.

En cualquier caso, se notó que la violencia de la represión empezaba a disminuir, como si de pronto la mano dura del gobierno vacilara.

Alonso llegó eufórico a contarles a Alba y al tío Ángel que la oposición había elegido a cinco representantes, uno de cada partido político de la coalición formada en la clandestinidad, y que el Líder Supremo aceptó recibirlos. Lo supo por su hermano, quien se enteraba de las intrigas del gobierno antes que nadie. Por fin había alguna esperanza de que se podía llegar a un acuerdo, la huelga no había sido en vano. «¿Cinco políticos? ¿Creen que esos señoritos van a obtener algo de Urrutia? ¡Se los va a tragar de un solo mordisco!», opinó el tío Ángel.

Lo mismo pensaba el Líder Supremo; les había dado audiencia para ganar tiempo a esos señores políticos, que habían estado metidos en sus covachas durante años y ahora venían a molestarlo. Los pondría a chapalear en un lodazal de condiciones contradictorias, normas y postergaciones hasta alborotarles el hígado y en la espera también se agotaría ese paro infame, que estaba poniendo a prueba su paciencia. Esteban García haría mucha falta para apretarle los torniquetes a ese populacho malagradecido que lo desafiaba después de todo lo que él había logrado —imponer orden, espíritu de trabajo, sacar al país del subdesarrollo y convertirlo en el más próspero del continente—, pero calculó que el peligro que representaba ese hombre con sus malditas carpetas era mayor que el inconveniente de buscar un sustituto. Nadie es irremplazable, solo yo, decidió.

Tras reunirse con los representantes de la oposición quedó con un mal sabor, no había sido fácil embrollarlos, tenían una agenda y se atrevieron a emplazarlo para que llamara a elecciones democráticas. ¿Para qué incurrir en tanta complicación y gasto? Pero se planteó que algo así se vería bien ante los ojos del mundo y acallaría el malestar interno. El único candidato posible era él mismo, aunque habría otros para mantener la fachada, por supuesto. No era mala idea y calzaba con el segundo propósito de la Operación Cuervo: apaciguar a los gringos. Invitó al embajador de los Estados Unidos con una nota personal resaltando la histórica amistad entre ambas naciones y su deseo de aclarar el reciente malentendido. Lo recibió con un cóctel en el salón presidencial en compañía de los otros generales de la Junta y algunos de sus ministros.

Ese domingo en casa de sus padres, Marcelo Vial salió a la terraza a fumar un cigarrillo con Alba y Alonso. Se había tomado tres pisco sours que le entorpecieron la discreción y acabó contándoles lo fundamental de aquel extraño encuentro del Líder Supremo, el alto mando y el embajador, quien llegó con uno de sus consejeros de asuntos políticos, un intérprete, que según él tenía pinta de ser de la CIA, y un tal Conor Murphy, a quien presentó como investigador de

Washington. Entre los generales de uniforme, Urrutia sobresalía de gris con charreteras doradas, varias hileras de condecoraciones y lentes oscuros, que solía usar de noche para intimidar. Pasaron las bandejas con diversos cócteles, champaña y bocaditos, que el embajador no probó, intercambiaron las banalidades de rigor, posaron para los fotógrafos y a los veinte minutos Urrutia condujo al embajador a una pequeña sala adyacente para conversar en privado. «Por alguna razón, el Líder Supremo quiso que yo estuviera presente para traducir, aun sabiendo que el embajador habla buen español. Creo que me quería de testigo», les dijo Marcelo.

El fornido embajador carecía de paciencia para el exceso de maniobras diplomáticas y le planteó sin rodeos que tenía prueba de que el atentado en Washington había sido perpetrado por enviados del SIV y que la misionera había sido asesinada.

—El Líder se mostró indignado, como pueden imaginarse. Además, el embajador lo trataba de general a secas, nada de Líder Supremo, capitán general, ni siquiera excelencia — les contó Marcelo —. Urrutia le respondió que esa acusación era un insulto a la patria. Sin embargo, agregó que había tomado medidas para satisfacer al presidente de Estados Unidos. El director del SIV había dejado su cargo.

—¡Entonces es verdad que destituyó a García! —exclamó Alba sin poder disimular su alivio.

—Sí, pero al embajador no le pareció suficiente. Dijo que García debía ser extraditado para enfrentar la justicia estadounidense. Dos de sus ciudadanos habían muerto en la explosión.

—¿Qué le contestó Urrutia?

—Que el coronel García se había ausentado del país. Pero lo más notable de esa entrevista fue que el embajador reiteró que su presidente deseaba un pronto retorno a la democracia.

Alba pensó en Aurora, la gente de La Esperanza, los voluntarios de la vicaría, los hermanos de Constanza y todos los que marchaban en las calles y llevaban años resistiendo al tremendo aparato militar con un coraje demente.

—El Líder Supremo le aseguró al embajador que sin él habría caos total, solo su presencia y la mano firme de las fuerzas armadas podían mantener el orden, un cambio de gobierno significaba soltar a las hienas del terrorismo y la revancha, él no iba a permitir que tocaran ni un pelo de sus leales soldados —continuó Marcelo—. Mire míster, le dijo, usted no conoce este país. No me hable de democracia, está demostrado que aquí son capaces de votar por los comunistas, ¿es eso lo que quiere su presidente? No escuché el resto de la negociación, que condujeron en privado, solo ellos dos, mientras el clamor de las cacerolas atravesaba los vidrios y todos nos hacíamos los sordos.

Capítulo 27

El renacer

La dictadura cayó sin sangre gracias a la resistencia de años, a un fuerte empujón de la huelga y otro de parte de los Estados Unidos. El punto crítico fue durante una de las manifestaciones callejeras, cuando los soldados se negaron a obedecer la orden de arremeter a balazos contra la muchedumbre y los oficiales no insistieron, porque eso les marcó la pauta de que la situación había dado un giro dramático y más valía seguir la corriente. El paro general concluyó apenas anunciaron que el Líder Supremo había renunciado; la gente volvió a sus ocupaciones normales y los uniformados desaparecieron de las calles, excepto la policía, que hizo lo posible por reconciliarse con el público haciendo alarde de civilidad y a la larga casi lo consiguió. Urrutia, quien todavía contaba con el apoyo fanático de un cuarto de la población, intentó la maniobra desesperada de provocar otro golpe militar para permanecer en el poder, pero sus propios generales y los representantes de la CIA le hicieron ver que ya no estaban los tiempos para eso. El imperio estadounidense, que históricamente había impuesto tiranías en Latinoamérica y en otras partes, estaba virando hacia el apoyo de democracias, que por vacilantes y falladas que fueran, resultaban mejor que la alternativa.

No hubo cambios drásticos, todo siguió más o menos igual, la consigna fue echarle tierra al pasado y a las atrocidades cometidas, reconciliar al país y mirar hacia el futuro. Borrón y cuenta nueva. Designaron a un presidente de transición encargado de preparar las elecciones libres: Marcelo Vial. Lo escogieron por su reputación de hombre razonable, no permitía que la emoción influyera en sus decisiones, una rara virtud en ese tiempo de arrebatos pasionales. Se suponía que era el único capaz de lograr acuerdos entre los bandos políticos que hasta ese momento parecían irreconciliables.

Pocos objetaron el hecho de que había sido colaborador cercano del dictador y responsable de la política económica de alto costo social, que produjo la mayor desigualdad del mundo entre la élite y el resto de los mortales. No hay mal que por bien no venga, decían los beneficiados: el sacudón remeció los cimientos de la patria y la colocó en la era moderna; estaban dispuestos a tolerar la democracia siempre que no hubiera cambios en el sistema económico. Ya veremos cómo arreglamos eso más adelante, decía la oposición, lo primero es devolverle sus instituciones a la república. Marcelo Vial era buen negociador y además, era muy rico, seguramente no usaría la presidencia para apoderarse de fondos fiscales, como había sucedido antes. Hizo su fortuna con tarjetas de crédito y otros negocios dentro de la ley, no se le podía reprochar que hubiera aprovechado las oportunidades que le brindaba el sistema que él mismo había ideado. Volvieron a colocar al general Rafael Hurtado en el puesto de ministro del Interior para que quedara muy claro el papel de las Fuerzas Armadas: con o sin Máximo Urrutia, no soltaban el control. Tal como había advertido el Líder Supremo, no tocaron ni un pelo de sus soldados. Los generales de la Junta y sus oficiales, los jueces comprados, los que se enriquecieron de manera ilícita y tantos otros que abusaron del poder, incluso el SIV y los torturadores gozaron de impunidad. Se eliminó la policía secreta, el toque de queda y la censura, se restablecieron los partidos políticos, que emergieron intactos de la noche a la mañana, incluso el Partido Comunista, tan minoritario que la estrategia de guerra a muerte para combatirlo fue como matar una mosca con una bazuca. Ya nadie podía ser detenido sin cargo por más de dos días. «Sobre los presuntos desaparecidos, bueno, eso habría que verlo», dijo el ministro Rafael Hurtado. «Seguramente son turistas ideológicos que se fueron a Europa, donde se dan la gran vida con el oro de Moscú». Por el momento existían otros asuntos más urgentes e importantes. Por suerte, la gente tiene mala memoria.

Sin embargo, el investigador Conor Murphy tenía buena memoria y buenas conexiones. Consiguió que el embajador cumpliera la

promesa de mandar un equipo de buzos al sitio señalado por el agente #40920, a pesar de las postergaciones burocráticas del gobierno, que no tenía interés en averiguar qué había al pie de ese acantilado para no provocar a las fuerzas armadas, que se mantenían con un dedo en el gatillo. Los helicópteros lanzaban a los prisioneros mar adentro, esos restos nunca serían hallados, pero el método expedito de empujarlos al agua desde la costa era mucho menos seguro. El embajador se las arregló para invitar a la prensa, la televisión y varios representantes del cuerpo diplomático, que llegaron al lugar esa mañana de cielo despejado y olas mansas. Los buzos descendieron desde un bote provistos de cámaras y las primeras imágenes llegaron a los veinte minutos. Resultó que había huesos muy antiguos con piedras en los tobillos, blancos esqueletos lavados por la sal y el tiempo, y restos mucho más recientes amarrados a trozos de rieles. Ese cementerio submarino existía desde el siglo XIX y el dato de su ubicación había pasado de una generación de asesinos a otra. En los días siguientes, los buzos subieron a la superficie ochenta y siete bolsas de plástico, una por cada cadáver, entre los cuales estaba Alice Murphy, todavía en condiciones de ser reconocida. Conor Murphy volvió a su país con pruebas convincentes del crimen cometido en Washington y el corazón destrozado por la pérdida de su hermana. Alba llevó los detalles del hallazgo a La Esperanza, donde la Mandona reunió a la gente para rendirle homenaje a Alice. Por iniciativa suya, los pobladores decidieron levantar una ermita para ella al centro de la plaza. «Espérense no más, van a ver que la gringuita empieza a hacer milagros», predijo la Mandona.

El descubrimiento más notable de los buzos fue el coronel Esteban García, que no se había fugado al extranjero, como se decía, sino que sufrió la misma suerte que él le impuso en muchas de sus víctimas. Hubo un intento de callar los pormenores, porque no convenía escarbar en ciertas acciones de los aparatos de seguridad, pero la noticia circuló como el viento, enriquecida con los detalles escabrosos que cada uno le agregaba. Marcelo les contó a Alba y Alonso a puerta cerrada que, en una maniobra relámpago, el servicio

de inteligencia de la Fuerza Aérea inutilizó a los guardias de seguridad de García y lo detuvo al amanecer, cuando se dirigía a su cita diaria para informar al Líder Supremo. El general Rafael Hurtado se había lucido; resultó que no era tan tonto como todo el mundo creía. Fue fácil identificar a García porque no llevaba demasiado tiempo en el agua, no le habían amputado las falanges y por un descuido inexplicable, tampoco le habían quitado el anillo del jaguar que siempre usaba; quienes lo ejecutaron no tenía tanta práctica como los agentes del SIV. A pesar del comunicado oficial y el huracán de rumores, era tanto el miedo que ese hombre había inspirado durante años, que muchos dudaron de su muerte. Decían que ese cuerpo pertenecía a otro, que le habían puesto el anillo para despistar, que García estaba escondido y volvería apenas tuviera una oportunidad.

Mediante la intervención directa del nuevo presidente, Alba recuperó la gran casa de la esquina una semana después del fin de la dictadura, cuando el país entraba pisando huevos en los comienzos de una democracia condicionada, como la describía la prensa.

En esa ocasión, Alonso tuvo una complicada cirugía de emergencia, llegó muy tarde al apartamento, y encontró al perro y su ama durmiendo juntos en el sofá de la sala. Lo estaban esperando. Ella se levantó a besarlo, pero Tarzán se limitó a mover la cola.

—Te tengo una sorpresa, mi amor —le dijo a Alba y le puso algo en la mano.

—¿Qué es esto? —le preguntó, todavía medio dormida.

—Son las llaves de tu casa de los espíritus. Es tuya para siempre —respondió Alonso.

En los años en que estuvo cerrada se detuvo el tiempo y cuando quitaron las tablas que tapiaban las puertas y ventanas comprobaron que estaba preservada en el vacío, intacta, tan limpia como en la época de Agustina y Fresia, no había polvo ni telarañas, tampoco excremento de ratones, porque los gatos callejeros seguían siendo dueños de los tejados. Al volver a su hogar, donde la esperaban los espíritus y recuerdos del pasado, Alba sintió que se iniciaba otra etapa: su quinta vida. Aspiró a fondo el aire quieto de esa casa mágica y le pareció percibir la sutil fragancia de su abuela, pero es posible que fuera un desvarío de su imaginación. El tío Ángel y sus alumnos de lucha libre trasladaron los muebles, que habían estado guardados, así como el piano de Clara y la poltrona del abuelo, que permanecían en poder de Alonso, pero se necesitaba mucho más para crear un ambiente acogedor en esos amplios espacios de techos altos. Cerraron la mayoría de los cuartos en espera de darles un buen uso. El tío Ángel sugirió que la casa se prestaba muy bien para la nueva sede del hotel Cristóbal Colón, pero esa idea no tuvo buena acogida.

Entretanto, Alba y Alonso se instalaron lo mejor posible en la parte que quedó habitable. Vivían juntos desde hacía un par de años en el apartamento de Alonso, que otrora fuera minimalista, blanco, beige, desnudo e impecable, pero con Alba se llenó de vida y color. El dormitorio, donde antes solo había una cama sencilla, una lámpara funcional y una mesa de noche, lo ocupó enteramente el velero de Clara, que de tanto ser trasladado de un lado a otro perdió su prestancia original. El baldaquín se escoraba hacia un lado y los velos colgaban como enaguas harapientas, pero parecía cosa de magia lo bien que se prestaba para hacer el amor, por eso Alonso fue quien más insistió en seguir usándolo. Agustina se hizo cargo de la cocina y Alba delegó por completo la organización doméstica en ella. Como decía el tío Ángel, esa casa era un buque a la deriva, necesitaba una tripulación completa y un capitán inflexible como Agustina para mantenerse a flote.

Por un recurso legal, Alba pudo recuperar también Las Tres Marías, porque se comprobó que Esteban García había obtenido el fundo mediate extorsión. Fue con Alonso y el tío Ángel a visitar esa tierra donde pasó los veranos de su infancia, pero la presencia de su Enemigo impregnaba las paredes, los muebles, el aire que respiraba, tan amenazante como si estuviera esperándola, y comprendió que a menos que demoliera la casona de sus abuelos, no podría estar allí ni un solo día. Le alquiló la propiedad a unos inversionistas que iban a plantar viñas para producir un buen cabernet.

Aurora había cumplido once años cuando regresó de Canadá. En el aeropuerto la esperaba la familia completa con flores y globos, pero el único que la reconoció de lejos fue Tarzán, quien se le fue encima loco de alegría y ambos rodaron por el suelo entre besos y lengüetazos. La niña estaba creciendo por partes, los codos protuberantes, las piernas demasiado largas, las orejas salidas, los dientes con frenillos, los pelos cortados a tijeretazos, los zapatos enormes y en general un aspecto de desastre anatómico. «No te asustes, en esta etapa los chiquillos son horribles; cuando se le ordenen las presas va a ser una belleza», le aseguró el tío Ángel a la azorada madre mientras recogían las maletas. En Canadá, Aurora desarrolló el vicio de la correspondencia epistolar que distinguía a las mujeres de su familia y le escribía fielmente a Matías Vial, quien alcanzó a llenar un cajón de cartas en Harvard, donde estudiaba ciencia y trataba de ignorar a esa mocosa desquiciada que insistía en molestarlo y firmaba sus cartas como «tu futura esposa». Excepto en lo concerniente al amor y el romance, Aurora tenía el sentido común que faltaba en casi todos los otros miembros de su estirpe. Era de temperamento poco inclinado a los asuntos paranormales y al sentimentalismo, a los únicos que echó de menos durante su ausencia fue al tío Ángel, a Tarzán y al futuro esposo. Al perro salchicha no se le notaba la edad, se lucía con las mismas piruetas mortales de su juventud y mantenía su línea ridícula, no había engordado, como el tío Ángel, quien a pesar del gimnasio y el ring empezaba a ponerse rollizo.

El-Ángel y Alonso Vial fueron los únicos capaces de dilucidar el enigma de los fenómenos fantasmagóricos en la antigua casa de la esquina, pero guardaron el secreto para que Alba mantuviera la ilusión de que fue defendida de la codicia de doña Lorelei Hansen de Urrutia por los espíritus familiares, hasta que por insistencia de Aurora, en una de esas tardes estiradas del invierno, bebiendo chocolate con canela frente a la chimenea de la pajarera, surgió el tema y confesaron que para las manchas en las paredes Alonso había recurrido al banco de sangre de la Clínica Inglesa, los aullidos fueron grabaciones de Tarzán, los ratones que provocaron la estampida de las Damas Voluntarias de la Patria se los compró el tío Ángel por unidad a los niños de La Esperanza, y mediante un ingenioso sistema proyectaron la diapositiva de una mujer en camisón desde un orificio en el entretecho encima de la escalera. No calcularon que gracias al espejo serían dos ni que los soldados de guardia arremeterían a balazos contra aquellos inofensivos espectros. El-Ángel cercenó el cable de la lámpara de lágrimas y la dejó colgada de un hilo, pero sin duda fue Clara quien logró que se viniera abajo en el momento perfecto.

—¿Cómo hicieron todo eso sin que los sorprendieran? —les preguntó Alba.

—Durante el toque de queda. Pasamos más de una noche en los preparativos —dijo el tío Ángel.

—¡No quiero pensar en lo que hubiera pasado si los descubren!

—Valió la pena —respondió Alonso. Fue la única broma que se permitió en la vida.

Habían transcurrido cinco semanas desde que ocuparon la casa cuando salió publicado en la revista de los jesuitas el acuerdo confidencial que puso fin a los largos años de Junta. Alba averiguó las circunstancias por Marcelo Vial y varias personas próximas a los

Urrutia a quienes entrevistó. Lo que jamás hubieran revelado cuando esa familia estaba en el poder, se deleitaron en decirlo cuando ya no tenían nada que temer. El embajador de los Estados Unidos negoció el exilio de Máximo Urrutia en términos aceptables: saldría en un avión de la Fuerza Aérea estadounidense entre gallos y medianoche, sin escándalo, preservando su dignidad, acompañado por quienes él designara; sus bienes serían respetados en su totalidad y no se indagaría sobre las cuentas bancarias en el extranjero ni las empresas y vastos terrenos mal habidos por él y los suyos durante su reinado. La familia completa, unos cuantos colaboradores cercanos y el chofer, Lucho Escobar, abordaron el avión con un complicado equipaje que incluía, según se pudo probar, dos millones de dólares en efectivo y una suma no determinada en joyas y lingotes de oro.

Como ninguno de los países europeos o latinoamericanos aceptó recibir a Máximo Urrutia, el embajador arregló para que pudiera empezar otra vida en los Estados Unidos. El avión aterrizó diez horas más tarde en Los Ángeles, donde a los pasajeros no se les permitió bajar y debieron esperar otras seis horas en la incertidumbre, mientras se resolvían los engorrosos trámites de inmigración, al cabo de los cuales les anunciaron que seguirían volando a otro destino apenas cargaran combustible y algunos alimentos. Durante la espera, Urrutia intentó comunicarse con el presidente estadounidense, con el embajador, con algunos miembros del Congreso que consideraba sus aliados, en fin, con cualquiera que pudiera darle una explicación y resolver ese inaceptable mal rato. No lo logró. Volaron diecisiete horas más, con una breve escala en Honolulu, hasta Samoa Americana, la isla polinésica del Pacífico Sur administrada por los Estados Unidos. El embajador cumplió su palabra de darle asilo político al dictador.

La revista publicó también algunas fotografías. Máximo Urrutia estaba bien instalado en una casa de estilo colonial con una terraza envolvente, protegida de la curiosidad ajena por alta vegetación. Contaba con servicio doméstico y la compañía de su fiel chofer,

Lucho Escobar. Doña Lorelei y sus hijos no apreciaron los encantos de ese territorio remoto y andaban en Europa disfrutando de su fortuna, mientras su marido aguardaba la respuesta de varios países a los que había solicitado asilo, pero solo recibió una oferta del infame Mobutu en Zaire, que se negó a aceptar. Los días del viejo guerrero eran todos iguales, largos y calientes, pero se mantenía ocupado escribiendo sus memorias. Soñaba con Natalia Bianchi, cuyo silencio desgarraba su fiero corazón.

CINTA # 11

No me resigno, Romualdo: terminó la tiranía en mi país y yo no estaba allí. No tuve nada que ver con el fin de Urrutia o de García, no salí a la calle con los demás, no pude abrazar a Alba y a Aurora. Tampoco pude cumplir la promesa de vengar a mi hermana y a Alba, de cobrarles la deuda a esos cabrones. Me voy a ir de este mundo con esa espina clavada en el corazón. Vaya, qué pendejada, morirme del páncreas en vez de cáncer a los pulmones o enfisema por todo lo que he fumado desde que estaba en el liceo. No le presté atención a los síntomas, atribuí el dolor abdominal y de la espalda a secuelas del tiempo que estuve en El Chipote y pensé que la orina oscura era alguna tontería de los riñones; pero, aunque me lo hubieran detectado antes, esto no tiene cura. Hace tres meses estaba bueno y sano enseñando mis clases en la Escuela Militar, cómo iba a pensar que había un tumor comiéndome por dentro. Me correspondía morir de bala, combatiendo, pero no soy ningún mártir, Romualdo, soy un pobre diablo en esta cama de hospital muy bien atendido, es cierto, pero furioso, porque no quiero irme todavía, me falta mucho por hacer. Y si voy a ser sincero, no quiero morir en La Habana, quiero morir en mi propia tierra. No es que sea mal agradecido, Cuba es mi segunda patria, pero la primera es el país donde nací. ¿Sabes qué le pediría a Dios si creyera en la oración? Que encontraran los restos de mi hermana y nos enterraran juntos bajo la sombra de un árbol. La abandoné en la vida, quisiera estar con ella en la muerte.

> Siempre supe que me iba a morir joven, pero no de esto, carajo. Te agradezco que me

acompañes en este trance, Romualdo. Y te agradezco también que quieras grabar lo que hablamos. Es bueno hacer memoria del pasado, siento que he tenido una buena vida, he sido consecuente con mis ideales; pero me pregunto a quién le podría interesar mi historia, que es similar a la de tantos otros compañeros. Alba es la

única persona en este mundo que puede recordarme como el hombre que fui; para ti soy el hermano de lucha, el revolucionario, pero ella me conoció como el estudiante, el amigo, el joven sentimental con quien compartía libros, el amante insaciable en el sótano de su casa. Espero que ella le cuente a su hija de mí, que luché contra el imperialismo, que fui un Robin Hood que buscaba la justicia, quitarle al rico para darle al pobre, cambiar este mundo por otro en que el bienestar alcance para todos. Si esa niña me considera su padre y está orgullosa de mí, me puedo morir contento. ¿Qué edad tendrá ahora? ¡Cómo pasan de rápido los años! ¿Y qué será de Alba? Le deseo lo mejor, que haya encontrado un buen compañero, tal vez ese hombre que vi con ella algunas veces, y me haya olvidado, pero lo dudo, es el tipo de mujer capaz de aferrarse al recuerdo de un solo amor. Lo entiendo, porque eso he hecho yo. Ese amor ilusorio me ha sostenido en las dificultades, pero te confieso que también me ha servido de pretexto para evitar atarme a una relación permanente.

> Un día Aurora encontrará las cartas de amor que le he escrito a su madre en un cajón

perdido en esa casa de los Trueba, que para entonces será una reliquia arruinada donde ella será la última sobreviviente de su extravagante estirpe, y tal vez sienta curiosidad por ese padre mítico. O tal vez Alba me incorpore al relato de su familia, entonces habré dejado una huella de mi paso en el mundo. A ti te va a tocar viajar después que me vaya, Romualdo. Tendrás que ir a ver a Alba para entregarle las cartas que nunca le mandé, están en mi mochila, para que sepa que siempre la quise y que no volveré.

Cinco años más tarde

Agustina, quien ya arrastra los pies y habla sola cuando creía que nadie andaba cerca, le abrió la puerta al hombre que llegó por la noche preguntando por mí. No lo conocía y su aspecto de extranjero con rasgos africanos le produjo desconfianza instantánea hasta que sonrió con los dientes más blancos del mundo y le tendió la mano.

—Bendición, abuelita, disculpe la hora, ¿podría ver a la señora Alba? Dígale que viene a verla un cubano de pura cepa —anunció con un acento cerrado que ella apenas entendió.

Intrigada, lo recibí en la pajarera, donde paso gran parte del sábado, mi día libre, leyendo o escribiendo. Todavía trabajo para Gracia, que ya no es la única revista para mujeres, competimos con varias que nos llegan de Miami, todas muy glamorosas, pero ninguna feminista. Ya no colaboro en Veritas Liberat por falta de tiempo. El padre Lazcano no me perdona que lo haya abandonado, pero de vez en cuando nos juntamos en el hotel Crillón a tomar café vienés con pastelería francesa y compartir información. Voy un par de veces por semana a La Esperanza, que tiene agua potable, electricidad y cuatro teléfonos públicos desde que la Mandona es concejal del municipio. Las ollas comunes son cosa del pasado, aunque la mayoría de las familias aún pasa penurias, a pesar de la ayuda del estado. Siempre tengo mucho que hacer, pero defiendo mi sábado como un derecho bien ganado. Cuando apareció el visitante yo estaba disfrutando del último rato de silencio antes de que llegara el tío Ángel con su bulla habitual y comenzara el trajín de la cena, que los sábados es siempre muy tarde, porque hay que esperar que lleguen todos. Es la única oportunidad durante la semana en que se reúne la familia completa en torno.

El desconocido que tocó el timbre es atractivo, de unos cincuenta y tantos años, piel oscura, ojos claros y pelo afro en un moño canoso y alto que le aumenta quince centímetros de estatura.

—¿Tú eres Alba? Te hacía diferente —dijo tuteándome de inmediato, con su radiante sonrisa—. Perdona que venga tan tarde, no pude hacerlo antes. Soy el comandante Romualdo Martínez y vengo a cumplir un encargo de Miguel Espinosa León…

Mareada de sorpresa, tuve que sentarme para no caer, porque se me aflojaron las rodillas. Él se sentó a mi lado y me tomó la mano, como si me leyera el corazón. Me explicó que debió haber venido mucho antes, pero había estado en Centroamérica en compromisos ineludibles y francamente no era fácil viajar, era buscado en varios países del continente y por la CIA, una declaración inusitada, porque acababa de conocerme. Estaba de paso, agregó, venía solo a verme para cumplir la promesa hecha a su mejor amigo y al día siguiente partiría sin dejar ni rastro, así era su existencia de clandestino.

—Te traigo las cartas que te escribió Miguel —dijo, pasándome un paquete que extrajo de su mochila—. Lo siento de verdad, Alba, Miguel se nos fue de un cáncer allá en La Habana hace cuatro años.

Se me escapó un sollozo y sentí los ojos llenos de lágrimas, que rodaron por la cara. Romualdo, también emocionado, me abrazó y durante largos minutos permanecimos sentados muy juntos, llorando a Miguel. Después me entregó varias cintas grabadas con las conversaciones que mantuvo con él en el hospital; lo había acompañado en los últimos dos meses de su vida. Me explicó que Miguel era el profesor más querido de los estudiantes de la Escuela Militar y tanto preguntaban por él cuando se enfermó, que se le ocurrió grabar su historia. Transcribió las grabaciones, las imprimió en un cuadernillo y lo repartió entre las chicas y chicos como recuerdo de graduación.

—Tienes que escucharlas, para que comprendas lo importante que fuiste para Miguel. Él era como mi hermano, nunca me he conformado con su muerte. Pero oye lo que te digo: hasta el último aliento el tipo no hizo más que pensar en ti, solo en ti. Tú fuiste su único y verdadero amor, mija —me aseguró.

No supe qué decirle. Había esperado alguna noticia de Miguel durante muchos años, haciéndome mil conjeturas para justificar su ausencia y su silencio, pero no se me ocurrió que hubiera muerto; creía que, si eso sucediera, yo lo sabría en sueños o lo sentiría en los huesos, en la piel. Pensaba rara vez en él, es cierto; ya no estaba su fotografía pegada en el espejo del baño y Aurora no preguntaba por su padre, pero esa noche con el cubano comprendí cuán importante Miguel había sido también en la vida mía.

—¿Por qué nunca se comunicó conmigo? Tengo una conversación pendiente con él —le pregunté al fin.

—Muchacha, tú sabes bien quién era Miguel, aquí lo conocían como el comandante Emiliano. Se despidió de ti y te dijo que se iba y que no lo esperaras. La revolución es una amante celosa, mija, esa te pide todo. Si te metes por ese camino, ya no tienes otra vida. Miguel, como tantos de nosotros, tuvo que escoger entre el amor y la lucha armada, y eso lo vas a oír bien clarito en esas cintas. El tipo se sacrificó fajao por la justicia y la hermandad. Ojalá puedas perdonarlo.

—Le escribí muchas cartas con la idea de que un día podría entregárselas. Todavía las tengo… —le dije.

—Él también te escribió lo suyo, pero no pudo enviarte sus cartas para no ponerte en peligro.

—Si se murió hace cuatro años, alcanzó a enterarse del fin de la dictadura, podía escribirme o llamarme sin ningún riesgo —lo rebatí.

—La cosa no es tan así. Al final Miguel ya no era el mismo, el cáncer lo tenía en el fango, consumido, una sombra de lo que fuera el comandante Emiliano. Ni siquiera pudimos seguir grabando, apenas podía hablar. Quería que lo recordaras como el hombre que te enamoró y no como un tipo hecho tierra en una cama de hospital. Además, cualquier comunicación implica riesgo para nuestra gente y seguramente para ti también. Ni te imaginas el peligro que corro al venir hasta aquí. Tu país todavía no ha asumido el pasado, los muertos y los desaparecidos siguen penando. Los mismos de antes son los que mandan. El tipo ese, Máximo Urrutia, sigue en Samoa, pero óyeme bien, un día de estos lo llaman y vuelve en gloria y majestad.

Me recomendó que leyera las cartas y escuchara las cintas sin prisa, que me tomara uno o varios tragos de ron si fuera necesario, tenía que arrancarme esa espina clavada. Miguel me había amado a su manera hasta el final. Estuvimos un rato callados, pensando en Miguel y en tanto que nos había sucedido en esos años. Después hablamos de cómo el mundo estaba cambiando con la caída del Muro de Berlín y cómo se estaban desmoronando uno a uno los regímenes del bloque soviético. Había concluido la guerra fría. Le comenté que el comunismo impuso regímenes tan represivos como las tiranías de derecha, pero él no me permitió la comparación, porque las primeras buscaban justicia y eran la respuesta a siglos de violencia contra el pueblo, mientras que las segundas preservaban los privilegios de la élite mediante el terror, como dijo. Le pregunté cómo justificaba su misión de guerrillero en el vacío que dejó el fracaso del comunismo y me explicó que la lucha por liberar a los oprimidos era tan relevante como siempre, porque las estructuras económicas seguían siendo las mismas; de hecho, cada vez se acumulaba más poder y riqueza en menos manos.

—Debe ser muy duro vivir en permanente violencia, siempre armado y vigilante, sin compasión, sin amor —le dije.

—Al contrario. Peleamos y morimos por compasión al pueblo oprimido. Eso es amor.

—¿Nunca has perdido la fe en tu causa? —quise saber.

—Sí, a veces me entran mis cosas, pero las dudas se me quitan de un tirón en el fogueo, ahí con la gente, viendo el abuso, la desigualdad, la explotación. Miguel, en cambio, ese no flaqueó nunca; le entregó su vida entera a la revolución —replicó él.

—La misión de Miguel me afectó profundamente, Romualdo, determinó una parte fundamental de mi existencia y recién ahora, con tu visita, muchos años después de que él se fue, puedo cerrar el círculo para mí y para Aurora, su hija. Me ha costado limpiarme el alma del rencor y el miedo, eran cargas muy pesadas. Estoy en paz —le aseguré.

—No veo anillo en tu dedo. ¿Estás con alguien? —me preguntó.

—Sí. Miguel fue el amor de mi primera juventud. Alonso es el amor del resto de mi vida.

No aceptó la invitación a cenar, porque partía esta misma noche, pero quiso ver algo de la casa y en especial el sótano al cual Miguel se había referido a menudo. En esa caverna en penumbra eterna todavía cuelgan los cables eléctricos sobre los charcos de las filtraciones; era difícil imaginar que allí armamos nuestro nido de enamorados. ¡Qué jóvenes éramos entonces! Acompañé al comandante a la puerta y nos despedimos con un apretado abrazo.

—Que vivas muy largo —le dije.

—Que no te falte amor, mija —replicó él.

La cena del sábado en esta casa es sagrada, porque sin un compromiso formal de juntarnos, la familia se dispersa en múltiples ocupaciones. El tío Ángel es siempre el primero en llegar para chismorrear con Aurora en privado; está encargado de poner la mesa y se esmera en el mantel y las servilletas de lino, las velas y las flores. Los sábados abrimos el comedor grande de las visitas, con la mesa y sillas Chippendale que encargó mi abuelo a Londres a comienzos del siglo. Hoy estarán ausentes Constanza y Dante, que fueron a Estados Unidos a ver a Matías, y el tío Nicolás, que anda de peregrinación en Bután con un par de sus acólitos. En la mesa siempre hay más puestos de los necesarios para los comensales visibles, porque nunca faltan los invisibles: Esteban Trueba, Clara del Valle, el tío Jaime, a veces las hermanas Mora y, en el suelo, Barrabás. De vez en cuando el tío Ángel consigue que su madre nos acompañe, pero Tránsito prefiere quedarse en su casa viendo la teleserie con sus gatos. Vendió a muy buen precio el hotel Cristóbal Colón a un consorcio japonés y goza de la vejez apacible por la cual tanto trabajó en su vida.

Los sábados Agustina no cocina, se viste de domingo y se toma dos margaritas antes de cenar, porque Alonso trae la comida de La Tavola Antica, que ya no es el mejor restaurante de la capital, compite con dos peruanos y uno francés. Dante no se dejó apabullar por ese inconveniente; amplió su menú para servir pizza hasta las dos de la madrugada y con eso atrajo a la juventud que se da cita allí después de las discotecas. Ahora existe una animada vida nocturna para compensar por los años de toque de queda en que había que acostarse temprano. Cada semana Alonso insiste en preparar la comida y al final siempre llega tarde con platos de La Tavola Antica en cajas de cartón. Tiene poco tiempo libre. Dejó su puesto en la Clínica Inglesa, pero sigue yendo por las mañanas al Hospital Santos Cosme y Damián, que sufrió bastante con la privatización de la salud pública, y en las tardes atiende en la policlínica gratuita, que nombraron Albert Benoit. El cura francés volvió del destierro y pudo cumplir su deseo de morir entre la gente que amaba en La Esperanza. El tráfico de media ciudad se paralizó

el día de su funeral; miles y miles de dolientes acudieron a despedirlo.

Por una de esas volteretas de la suerte, Alonso alcanzó a tener más dinero del que nunca imaginó con sus inversiones en los negocios de su hermano Marcelo, eso le permite ejercer la medicina entre los pobres, tal como hizo su abuelo. Su nulidad matrimonial sigue en el aire. De vez en cuando se acuerda de tocar el tema con Constanza, aunque nunca fijan una fecha y así van pasando los años. Al único que le importa es el tío Ángel, que se muere por organizar una boda doble

Mis padres quisieron regresar, pero no pudieron acostumbrarse al nuevo país. Después de tanto padecer de nostalgia, Pedro Tercero decidió que prefería vivir en Canadá. Mi mamá viene de vez en cuando y Aurora los visita durante la Estampida, no se pierde el festival de Calgary. Mi hija se ha convertido en una adolescente poco usual, le gusta la historia más que el rock y sus derivados, se pinta de negro los ojos como Drácula y de verde algunos mechones de pelo, usa overoles que le quedan enormes y botas de soldado; solo el tío Ángel aprecia su estilo, cree que es una precursora de la moda del futuro. Se cumplió su pronóstico respecto a ella: le quitaron los frenillos, la melena le tapa las orejas, se le ordenaron las facciones y las diferentes partes del cuerpo y sin el maquillaje macabro y los overoles pasaría por bonita. Terminó la secundaria con honores antes de lo habitual y piensa estudiar veterinaria —la historia es solo un pasatiempo— porque ama a los animales, especialmente a Tarzán. Nuestro perro salchicha disfruta de sus vejez echado en una colchoneta y alimentado a cucharaditas con papilla de bebé, porque no le quedan dientes. Cumplió dieciséis años, está sordo y ciego, es un Matusalén canino. No podemos imaginar la vida sin él. El único amor romántico de Aurora sigue siendo Matías Vial, quien ya es un hombre hecho y derecho y tiene una novia seis años mayor que él en Boston, profesora de física, pero de vez en cuando le contesta las cartas que ella todavía firma como «tu futura esposa». Según

Constanza, su hijo no merece tanta fidelidad, es muy aburrido y más bien feo, como Aurora podrá comprobar cuando vuelva a verlo.

Mi hija estaba investigando el pasado remoto en los miles de negativos y fotografías de su célebre pariente y tocaya, Aurora del Valle, que piensa organizar para una exposición retrospectiva. También investiga el pasado más reciente. Guarda las cartas que le escribí a Miguel y las que él me escribió a mí con el mismo celo con que yo atesoro lo que escribió Clara. Ambas somos depositarias de la memoria familiar. Lo que queda escrito no lo borra el olvido. Terminé mi manuscrito basado en los cuadernos de anotar la vida de mi abuela y Aurora es la única que quiso leerlo, nadie más mostró ni el menor interés por esas quinientas páginas, que a falta de otro nombre llamamos La casa de los espíritus, título que tal vez sugiere una novela de horror.

Después de que se fue el comandante cubano, me encerré con Aurora en la pajarera y le di la noticia de la muerte de Miguel en la forma más suave posible. Me escuchó sin comentarios, en realidad ese padre ausente significa muy poco para ella, aunque se ha criado con la idea de que fue un héroe, pero se dio cuenta de que yo estaba muy afectada y acabé llorando en sus brazos. Por último, me secó las lágrimas con la manga de su camiseta y me recordó que la familia estaba esperando en el comedor.

Alonso había traído ensalada caprese, ravioli clásico de espinaca, milanesas de ternera y tiramisú, que desplegó junto a dos de las últimas botellas de la colección de mi abuelo. Cuando por fin nos sentamos a la mesa, con la luz apagada y alumbrados por las velas del tío Ángel, Aurora golpeó su copa con el cuchillo para acallar a la familia, aquí todos hablamos al mismo tiempo.

—Les pido un minuto de silencio por la memoria de mi padre, Miguel Espinosa León, quien dedicó su vida a luchar por un mundo

más justo. Acabamos de enterarnos de que murió hace algún tiempo. Dice mi mamá que una noche de tormenta, cuando yo era muy chica, arriesgó su vida en tiempos de la dictadura para venir a esta casa a conocerme. Desde ahora, tío Ángel, tienes que poner un puesto para él en esta mesa, donde nos juntamos los vivos y los muertos —dijo, y todos levantamos las copas para brindar.

Mucho más tarde, a la hora antes del amanecer, cuando la noche es más oscura, aún seguíamos juntos rememorando las vidas y hablando de los ausentes. De la mano de Alonso, yo no pensaba en los quebrantos del pasado, sonreía agradecida por la dicha del presente.

ÍNDICE

PRELUDIO

CAPÍTULO I: Alba

CAPÍTULO II: La gran casa de la esquina

CAPÍTULO III: El encuentro

CINTA 1

CAPÍTULO VI: La Esperanza

CAPÍTULO V: El doctor

CAPÍTULO VI: La amable espera

CAPÍTULO VII: El amigo

CINTA 2

CAPÍTULO VIII: La llegada

CAPÍTULO IX: Metamorfosis

CAPÍTULO X: Trauma

CAPÍTULO XI: El amor

CINTA 3

CAPÍTULO XII: Extorsión

CAPÍTULO XIII: La condesa

CINTA 4

CAPÍTULO XIV: El visitante

CAPÍTULO XV: Espíritus traviesos

CINTA 5

CAPÍTULO XVI: Represión

CAPÍTULO XVII: La primera dama

CAPÍTULO XVIII: El enemigo

CAPÍTULO XIX: El refugio

CINTA 6

CAPÍTULO XX: Tránsito

CINTA 7

CAPÍTULO XXI: El atentado

CAPÍTULO XXII: La amenaza

CINTA 8

CAPÍTULO XXIII: Estado de sitio

CAPÍTULO XXIV: Aurora

CINTA 9

CAPÍTULO XXV: El agente CINTA 10

CAPÍTULO XXVI: El principio del fin

CAPÍTULO XXVII: El renacer

CINTA 11

Cinco Años más tarde